MUY HISTORIA

EDICIÓN COLECCIONISTA

JAPÓN VERSUS EE UU
Dos potencias frente a frente

GRANDES PROTAGONISTAS
Del emperador incapaz al presidente pacifista que deseaba la guerra

ATAQUE A PEARL HARBOR

EL GIRO DRÁSTICO DE LA II GUERRA MUNDIAL

¿UN ATAQUE SORPRESA?
80 años de secretos

LA RESPUESTA FASCISTA
Hitler y Mussolini contra el coloso yanqui

CAMPOS DE REUBICACIÓN
El odio al compatriota

DESENLACE FATAL
La venganza atómica

1,500 Killed In Hawaii

U.S. DECLARES WAR!

WASHINGTON, Dec. 8 (AP)—This is the resolution adopted by the Senate and House of Representatives declaring war on Japan:

"Whereas, the imperial Japanese government has committed an unprovoked act of war against the government and the people of the United States of America; therefore, be it

Resolved by the Senate and the House of Representatives of the United States of America and the Congress assembled, that a state of war between the United States and the imperial government which has thus been thrust upon the United States is hereby formally declared: And the President is hereby authorized and directed to employ the entire naval and military forces of the United States and the resources of the government to carry on war against the imperial Japanese government; and, to bring the conflict to a successful termination, all of the resources of the country are hereby pledged by the Congress of the United States."

New Air Raid Battering Manila!

Senate 82-0, House 388-1 For War Act

War Map and Pictures on Pages A, B, D, 3, 6, 7, 10

WASHINGTON, Dec. 8 (AP)—

BLUE STREAK EDITION

WEATHER: FAIR

THE CALL BULLETIN

87TH YEAR

MONDAY, DECEMBER 8, 1941

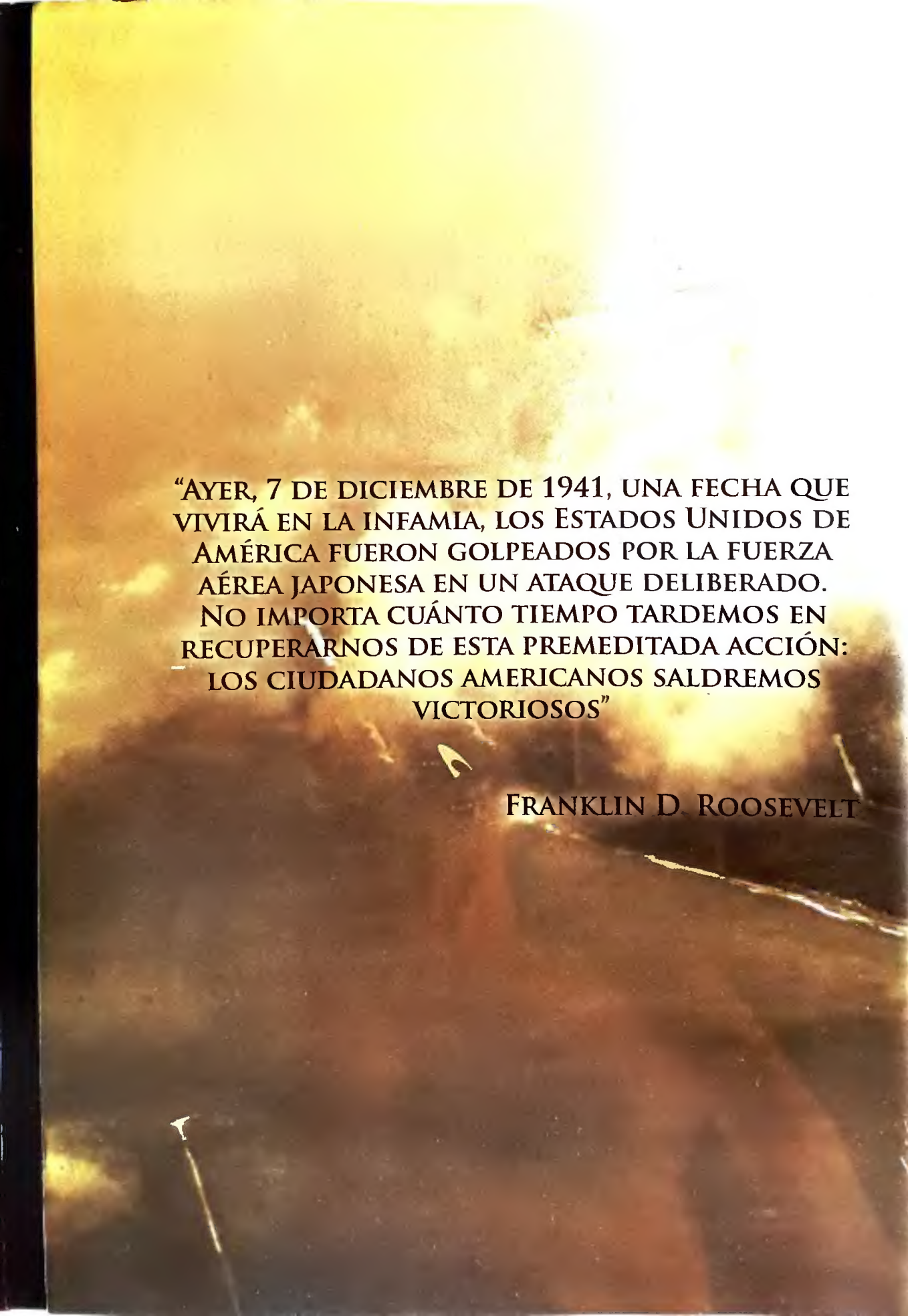
5c DAILY

Text of Roosevelt's War Message

WASHINGTON, Dec. 8 (AP)—The text of President Roosevelt's war message to Congress [illegible]

Nippon Claims Several Yank Warships Sunk

NEW YORK, Dec. 8 (AP)—Manila is under [illegible] bombardment by Japanese planes, on NBC correspondent reported late today (Tuesday morning, Manila [illegible]) with the raiders smashing at Fort William McKinley, Nichols airfield and the Radio Corporation of [illegible] short wave transmitter.



"Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que vivirá en la infamia, los Estados Unidos de América fueron golpeados por la fuerza aérea japonesa en un ataque deliberado. No importa cuánto tiempo tardemos en recuperarnos de esta premeditada acción: los ciudadanos americanos saldremos victoriosos"

Franklin D. Roosevelt

El Día de la Infamia

A la misma hora en que el presidente estadounidense Roosevelt charlaba animadamente en el despacho oval de la Casa Blanca, la base naval de Pearl Harbor era bombardeada por la fuerza aérea japonesa. En Washington, el reloj marcaba la una de la tarde; en Hawái, las ocho de la mañana. Con esta fatídica acción nipona, que pilló por sorpresa a EE UU a pesar de la creciente tensión entre ambos países, el curso de la Segunda Guerra Mundial cambió para siempre. Churchill lo dijo de forma abierta: "Tener a Estados Unidos de nuestra parte es para mí como el mejor regalo". En este especial hacemos un exhaustivo análisis del antes y el después de esa jornada, de sus razones y consecuencias.

Disfrutarás de la lectura.

CARMEN SABALETE
Directora

Reconstrucción del ataque aéreo japonés del 7 de diciembre de 1941. SHUTTERSTOCK

CONTE

MAPA DEL CONFLICTO 8

JAPÓN *VERSUS* EE UU 10

GRANDES PROTAGONISTAS 20

PRECEDENTES 80

LAS RAZONES DE UN ATAQUE PREVENTIVO 40

80 AÑOS DE SECRETOS 48

OFENSIVAS PARALELAS 58

CHOQUE DE FUERZAS 68

EL PLAN DE YAMAMOTO 78

DESARROLLO DEL ATAQUE 88

EL FIN DE LOS ACORAZADOS ... 98

SHUTTERSTOCK

DOS COLOSOS ENFRENTADOS. El ataque a la base de Pearl Harbor (Hawái), el 7 de diciembre de 1941, llevó a la guerra entre Estados Unidos y el Imperio del Sol Naciente.

NIDOS

LA RESPUESTA FASCISTA **112**

HIROHITO, EL DIOS NIPÓN..... **122**

LA VIDA TRAS LA TRAGEDIA... **130**

CAMPOS DE LA INFAMIA **138**

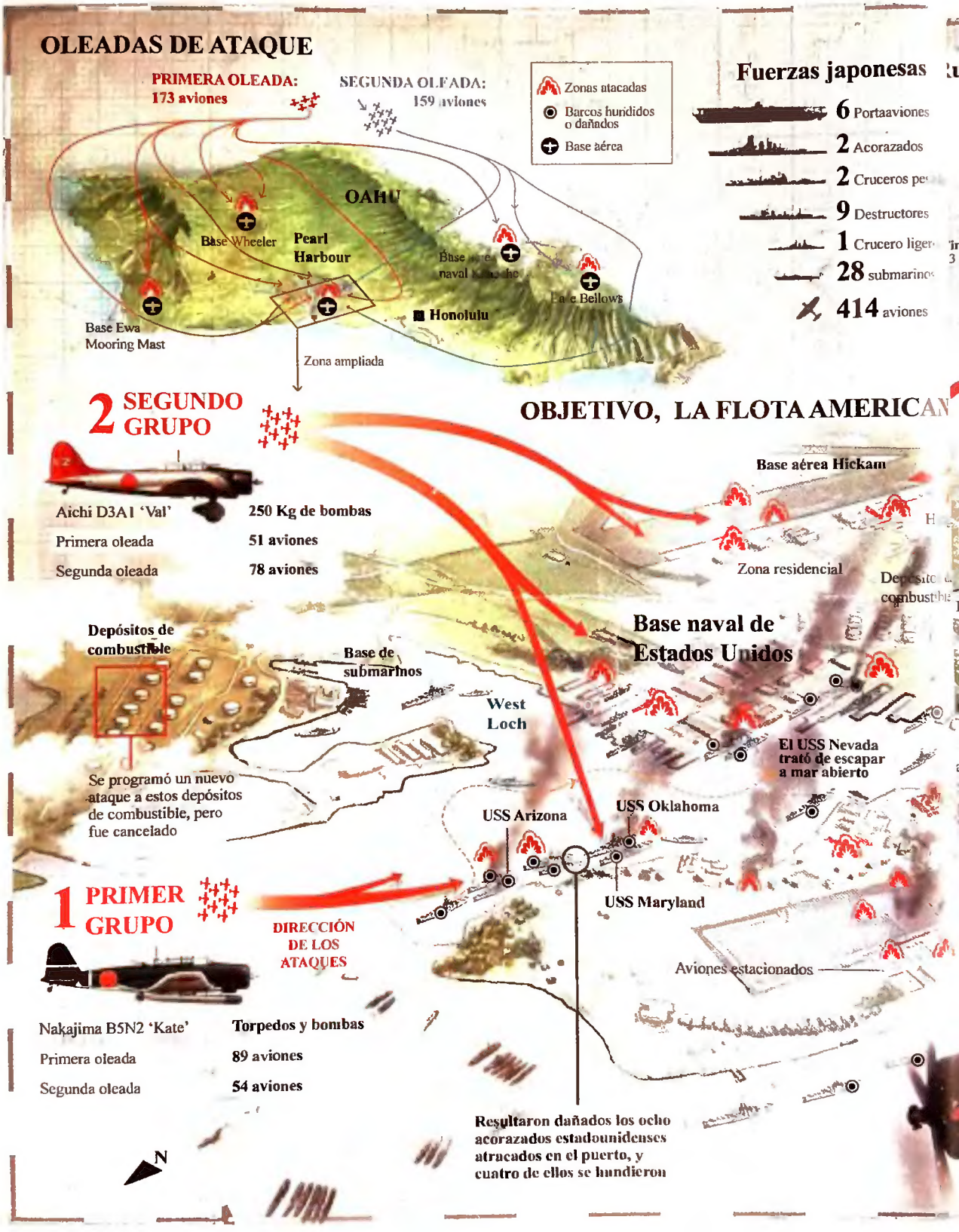
'REMEMBER PEARL HARBOR': AMÉRICA REACCIONA **148**

LA DECLARACIÓN DE GUERRA Y LA DERROTA DEL EJE **156**

LOS JUICIOS DE TOKIO **166**

LA VENGANZA ATÓMICA **174**

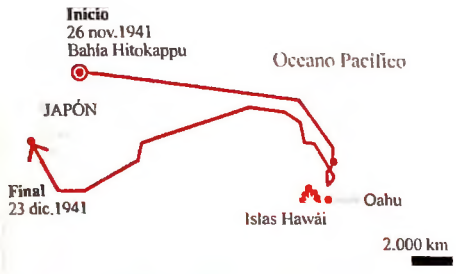
PEARL HARBOR EN EL IMAGINARIO ESTADOUNIDENSE **184**


OLEADAS DE ATAQUE
PRIMERA OLEADA: 173 aviones
SEGUNDA OLEADA: 159 aviones
Zonas atacadas
Barcos hundidos o dañados
Base aérea
Fuerzas japonesas
6 Portaaviones
2 Acorazados
2 Cruceros pe
9 Destructores
1 Crucero liger
28 submarino
414 aviones
OAHU
Base Wheeler
Pearl Harbour
Base Ewa Mooring Mast
Honolulu
Bellows
Zona ampliada
2 SEGUNDO GRUPO
Aichi D3A1 'Val'
250 Kg de bombas
Primera oleada
51 aviones
Segunda oleada
78 aviones
OBJETIVO, LA FLOTA AMERICA
Base aérea Hickam
Zona residencial
Depósitos de combustible
Base de submarinos
West Loch
Base naval de Estados Unidos
El USS Nevada trató de escapar a mar abierto
Se programó un nuevo ataque a estos depósitos de combustible, pero fue cancelado
USS Arizona
USS Oklahoma
USS Maryland
1 PRIMER GRUPO
DIRECCIÓN DE LOS ATAQUES
Aviones estacionados
Nakajima B5N2 'Kate'
Torpedos y bombas
Primera oleada
89 aviones
Segunda oleada
54 aviones
Resultaron dañados los ocho acorazados estadounidenses atracados en el puerto, y cuatro de ellos se hundieron
N

El ataque a Pearl Harbor

Fue una ofensiva militar sorpresiva efectuada por la Armada Imperial Japonesa contra la base naval de Estados Unidos en Pearl Harbor (Hawái) en la mañana del domingo 7 de diciembre de 1941. El ataque pretendía ser una acción preventiva destinada a evitar la intervención de la Flota del Pacífico de Estados Unidos en las acciones militares que el Imperio del Japón estaba planeando realizar en el Sureste Asiático contra las posesiones ultramarinas del Reino Unido, Francia, Países Bajos y Estados Unidos.

Ruta de las fuerzas japonesas



3 TERCER GRUPO

Mitsubishi A6M2 'Zero'	Cañones de 20mm
Primera oleada	43 aviones
Segunda oleada	27 aviones

El ataque comenzó a las 7:48 a. m., hora local, y en él participaron 353 aeronaves japonesas que incluían cazas de combate, bombarderos, torpederos y aviones de observación que despegaron desde seis portaaviones

Nakajima B5N2 'Kate
El comandante y piloto Mitsuo Fuchida dió la famosa orden de ataque (*Tora, tora, tora*) desde este avión

BAJAS Y PÉRDIDAS

Japón

29 Aviones

6 Submarinos

185 Muertos

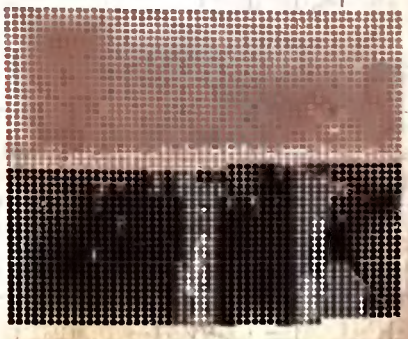
Estados unidos

164 Aviones

18 Barcos

1.177 en el USS Arizona

2.390 Muertos



INFOGRAFÍA: CARLOS AGUILERA

EL IMPERIO DE
versus ESTADO

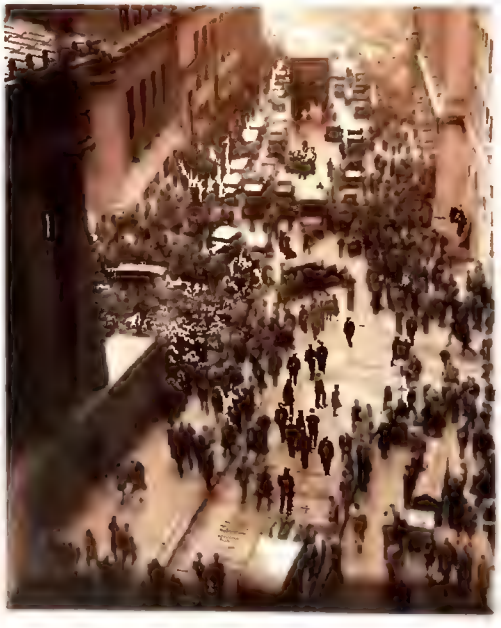
SHUTTERSTOCK

El palanquín del emperador Meiji en el camino de Kioto a Tokio. Grabado d... Alfred Roussin (1869).

Japón se había convertido mucho antes de 1941 en la primera potencia económica y militar en Asia. Hasta la llegada de la Restauración Meiiji en 1868, era un país agrícola y aislado, que se va a esforzar con éxito en occidentalizarse en lo político y en desarrollarse en lo económico. La industria se convertirá en el motor de la economía japonesa a partir de la última década del siglo XIX. Desde ese momento hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, Japón consi guió la convergencia con las economías más prósperas del mundo. Este rápido proceso de modernización económica, marcado por un fuerte intervencionismo del Estado, con trastaba con la mentalidad del pueblo y de las élites japonesas que seguirán, al inicio del conflicto con Estados Unidos, muy apegados a la moral y la religión tradicional.

EL JAPÓN DEL CAPITALISMO, LA INDUSTRIA Y LA EXPANSIÓN TERRITORIAL

Esta notable expansión económica fue acom pañada de una política internacional agresiva basada en sus fuerzas armadas. La idea era "enriquecer el país para fortalecer el ejérci to". Japón estuvo en guerra contra otros países durante 30 de los 77 años compren didos entre 1868 y 1945. A finales del siglo XIX derrotó a China y a principios del XX sorprendió a Occidente venciendo a Rusia, sus dos grandes rivales regionales. Fue el



En octubre de 1929, una multitud se agolpa en Wall Street para vender sus acciones.

comienzo de su expansión territorial y de la creación de un Imperio japonés en Asia oriental, que tendría a Manchuria (donde impuso el Estado títere de Manchukuo), Co-rea y Taiwán como sus principales colonias. A partir de 1912, el afán occidentalizante de la época anterior irá dando paso a un acusado sentimiento de orgullo nacional y a la revalo-rización del sintoísmo y del sistema del *Ten-*

En Japón, la crisis económica acentuó los problemas de superpoblación y desempleo

Retrato de Inukai Tsuyoshi (1855-1932), primer ministro de Japón (1931-1932).

ASC

no. La identificación del *Tenno* (emperador) como cabeza de familia asimilará la idea de Estado a la de unidad familiar. A ambos se les debe lealtad (*chuu*). El sentimiento de adhesión al grupo, de fidelidad, de responsabilidad compartida será clave también en el capitalismo japonés y en la organización de sus empresas y hará más difícil la lucha de clases, tal y como se desarrollará en los países occidentales. En 1920 Japón contaba ya con 55 millones de habitantes y su capital superaba los dos millones. Más de 1.600.000 hombres se empleaban en la industria japonesa, que mostraba ya una acusada falta de materias primas, necesarias para su desarrollo. China se convirtió en una importante abastecedora de carbón, hierro y algodón y representaba también el mercado de más de la mitad de la producción textil japonesa.

En el aspecto social, la industria japonesa fue presionada desde el gobierno para repercutir parte de sus beneficios en la mejora de las condiciones de los trabajadores, aunque a pesar de eso el nivel de vida del trabajador japonés será inferior al de sus contemporáneos europeos o norteamericanos.

La educación se generalizó, pero favoreció también la extensión de las ideas nacionalistas que se impartían en las escuelas estatales. Los alimentos escaseaban, ya que la agricultura japonesa era incapaz por sí misma de abastecer a un pueblo en continuo crecimiento, por lo que se recurrió a importar a gran escala cereales procedentes de Corea, frutas y azúcar que llegaban desde Taiwán y trigo y otros cereales de Estados Unidos.

POLÍTICA NACIONAL E INTERNACIONAL

La política en los años 20 va estar dominada por una fuerte asociación de intereses de las élites burocráticas y económicas. Con la instauración del voto universal masculino en 1925, la base electoral pasa de 3 a 14 millones de personas. Los partidos políticos, representantes de los intereses de esos grupos minoritarios, van a dejar en evidencia su incapacidad para representar legítimamente al nuevo electorado, sucediéndose los atentados y el extremismo político tanto de derecha como de izquierda.

En el ámbito internacional, tras el fin de la Gran Guerra, las aspiraciones imperialistas de Japón entraban en conflicto con la nueva visión diplomática predominante, orientada a mantener el *status quo* ya existente, creándose así entre los japoneses una sensación de resentimiento. La depresión, tras el Crac del 29, había empañado el prestigio de las potencias occidentales. Se pensaba que el futuro estaba en la ocupación de los territorios de su entorno, no en la cooperación con esas democracias "caducas".

La crisis económica acentuó los problemas de superpoblación y desempleo. Las capas sociales más humildes estaban empobrecidas y desilusionadas de los partidos tradicionales. Temerosas del comunismo, vieron con alegría que se formara un gobierno fuerte y autoritario, capaz de expandirse territorialmente en los países vecinos y de afrontar la tarea de auxiliar a sus ciudadanos más necesitados.

Para superar la crisis, el gobierno potenció su comercio exterior ofreciendo precios asequibles, posibles gracias al bajo nivel salarial, a la poca calidad de muchos de los productos, al abandono del patrón oro y a la devaluación de su moneda, el yen. Por otro lado, se fomentaron las fusiones industriales eli-

GETTY

El arte Edo refleja ambientes y personajes de este periodo (1615-1868), desde escenas de la vida cotidiana hasta paisajes idílicos. En la imagen, artesanos pintando lienzos de seda (s. XVII).

minando en lo posible la competencia en el mercado interior. Aunque la recuperación económica fue rápida y notable en los gran des parámetros estadísticos, el consumidor japonés se benefició poco y siguió teniendo un nivel de vida muy modesto.

En 1932, el primer ministro Inukai Tsuyos hi, opuesto a la invasión de Manchuria, fue asesinado en un golpe de Estado militar. Ja pón estaba ahora liderado por un gobierno de reconciliación nacional dirigido por los militares nacionalistas y encabezado por el almirante Saito. El país abandonó la Socie- dad de Naciones en 1933 y anunció la llamada Declaración Amau, una especie de Doctrina Monroe que convertía a Japón en el árbitro de Asia oriental. El inicio de la guerra con China en 1937 obligó al gobierno a adoptar un papel mucho más intervencionista en economía, instaurando una Nueva Estructu ra Nacional (*Shintaisei*) con el fin de adap tarse a las necesidades bélicas. Los partidos políticos fueron disueltos y su lugar lo ocupó la Asociación para la Asistencia a la Autori dad Imperial (*Taisei Yokusankai*), basada en la idea del partido único. Los sindicatos que aún quedaban fueron también aglutinados en una sola asociación patriótica.

ORGULLO PATRIÓTICO

Los cambios políticos fueron acompañados de un proceso de purificación de las influen-

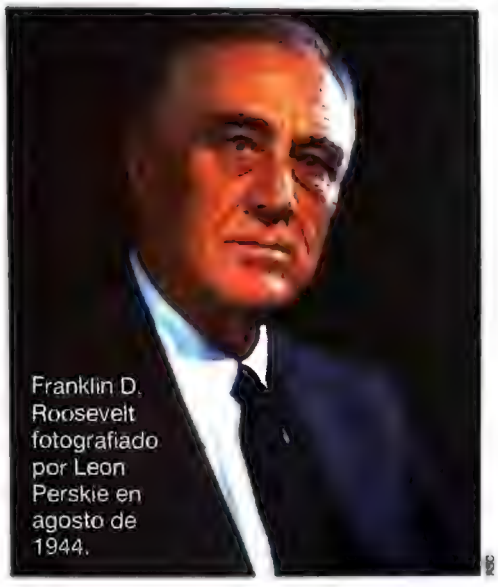
ALBUM

Ciudadanos neoyorquinos en Times Square muestran alegres la portada del periódico *The Evening Mail*, que anuncia la capitulación alemana con el titular *Germany surrenders* (Alemania se rinde).

cias occidentales: las películas extranjeras fueron desapareciendo de las carteleras de los cines, el golf dejó paso al tiro con arco japonés, se retiraron los letreros en inglés de las estaciones y en las escuelas se insistía en el papel de Japón como instrumento para unificar el mundo sirviendo de puente entre el este y el oeste. La política imperialista japonesa, la firma del Pacto Tripartito en 1940 con Alemania e Italia y el pacto de no agresión con la Rusia soviética empujaron a Gran Bretaña, Holanda y Estados Unidos a declarar un embargo total de exportaciones al Japón. En la práctica esto suponía el estrangulamiento de la economía japonesa, dependiente del hierro, el caucho, el algodón y el petróleo de estos países y sus colonias.

EL CRAC DEL 29

Tras la victoria de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, se iniciará en este país una época de prosperidad económica, "los felices años 20". En estos años de euforia, bancos y empresas comienzan a emitir bonos y acciones que son presentados como productos de poco riesgo y rentables. Gracias a las medidas de la Reserva Federal, que mantuvo muy bajos los tipos de interés para facilitar el acceso al crédito, muchos pequeños y medianos ahorradores pidieron préstamos baratos para invertir en estos bonos y obtener así un beneficio fácil en un mercado en continua alza. El exceso de demanda hizo que los valores bursátiles se apreciaran por encima de su precio real, provocando el famoso Crac de octubre de 1929 que supuso una caída continuada de la bolsa hasta el mes de enero de 1930. Muchos particulares que habían pedido prestado para invertir se arruinaron al no poder devolver a los bancos el capital y los intereses que les debían. Numerosas instituciones financieras dejaron



Franklin D. Roosevelt fotografiado por Leon Perskie en agosto de 1944.

Zaibatsu, el poder en la sombra

La política en Japón estuvo dominada por una fuerte asociación de intereses minoritarios de la aristocracia, la burocracia superior (*mombatsu*) los partidos conservadores, los grandes terratenientes, la burocracia militar (*gumbatsu*) y los grandes capitalistas (*zaibatsu*). A partir del 32, con la toma de control del gobierno por parte del ejército, militares y *zaibatsu* serán las fuerzas que impongan el rumbo político.
Pero ¿qué significa el término *zaibatsu*? Literalmente, "camarilla financiera": un grupo de empresas presentes en los sectores económicos más importantes e integradas verticalmente a través de la participación en su accionariado de unas compañías en otras. En la práctica estaban dirigidos por una sola familia.
Podemos remontar a la era Meiiji el origen de los cuatro grandes *zaibatsu*: Mitsubishi, Mitsui, Sumitomo y Yasuda. En un país que iniciaba una industrialización acelerada fueron beneficiados por contratos públicos, relacionados sobre todo con la industria armamentística. El imperialismo japonés, alimentado por un creciente sentimiento nacionalista, lleva a Japón a una agresiva política exterior y el ejército será el brazo armado de ese expansionismo. En los años 30, aunque el mundo estaba sumido en una terrible crisis, Japón, dominado por militares y los intereses de los *zaibatsu*, siguió invirtiendo grandes cantidades de dinero en su desarrollo militar e industrial. Las familias que los controlaban obtuvieron grandes beneficios por la influencia política, la especulación con divisas y los bajos costes laborales. Incluso algunos como Mitsubishi o Mitsui tenían su propio partido político que impulsaba el discurso nacionalista y militarista.
En los momentos previos a la Segunda Guerra Mundial, solo entre los cuatro grandes *zaibatsu* generaban el 30% de la producción química y minera del país, el 50% de la industrial y el 60% del mercado de valores, a los que habría que añadir la cuota de mercado de otros más pequeños como Nomura, Kawasaki, Nissan y Matsushita (que se convertiría en Panasonic).
Tras el fin de la guerra, EE UU les consideró responsables en parte de la agresividad imperialista de Japón. Se planteó disolver estas agrupaciones monopolistas profundamente antidemocráticas, al concentrar tanto poder en tan pocas manos; pero, al mostrarse eficaces herramientas de control de los medios productivos y estar profundamente arraigadas en el sentir del pueblo japonés, los americanos optaron por otra táctica. Se les exigió mayor transparencia, se requisó la mayoría del capital a las grandes familias que estaban detrás de estos conglomerados de empresas, se tomaron medidas para fomentar la competencia de mercado, se rompió su integración vertical y al fin fueron sustituidos por una nueva forma de agrupación de carácter horizontal, los *keiretsu*, que son las estructuras que han llegado hasta nuestros días manteniendo el nombre de los *zaibatsu* que les precedieron.

de ser solventes. Millones de personas perdieron todos los ahorros que habían depositado en ellas, lo que llevó a muchos, a partir de entonces, a guardar el dinero en casa.
En cuanto a la industria, gran cantidad de fábricas, faltas de financiación y afectadas por la reducción del poder adquisitivo de sus potenciales clientes, cerraron y aumentaron de este modo aún más el paro, que pasó de afectar a un millón y medio de personas antes de octubre de 1929 a la escalofriante cifra de doce millones de parados en el verano de 1932. Pronto aparecerían por doquier asentamientos de chabolas poblados por aquellos que lo habían perdido todo.

EL 'NEW DEAL': LA SOLUCIÓN

Ante la falta de resultado de las medidas, fundamentalmente represivas, tomadas por el gobierno republicano contra las protestas sociales, el electorado se decanta por darle el triunfo en las elecciones presidenciales de 1932 al demócrata Franklin Delano Roosevelt, que propone todo un sistema de medidas conocido como *New Deal* que asume que la era del individualismo y de la permanente expansión ha terminado tras esta crisis. Ahora ha llegado el momento de gobernar interviniendo en la vida económica y social del país. Se emiten leyes que devuelven la confianza de los ahorradores en los bancos; se recorta el pre-

La industria, las finanzas, el empleo y la agricultura mejoraron pronto con el 'New Deal' de Roosevelt

supuesto y el sueldo de los funcionarios; se emplea a jóvenes en el cuidado de los recursos naturales; se emite una ley de abandono del patrón oro; se auxilia a los estados, ciudades y condados para que puedan ayudar a los más necesitados.

Ante los enormes excedentes agrícolas, se decide una drástica reducción en la siembra de productos básicos como el maíz, el algodón o el trigo para evitar la caída de los precios; se impide que las pequeñas propiedades agrícolas caigan en manos de los bancos por impago de préstamos; se financian las hipotecas de vivienda; se obliga a la industria a definir al máximo los horarios de trabajo y salarios y se prohíbe el trabajo infantil.

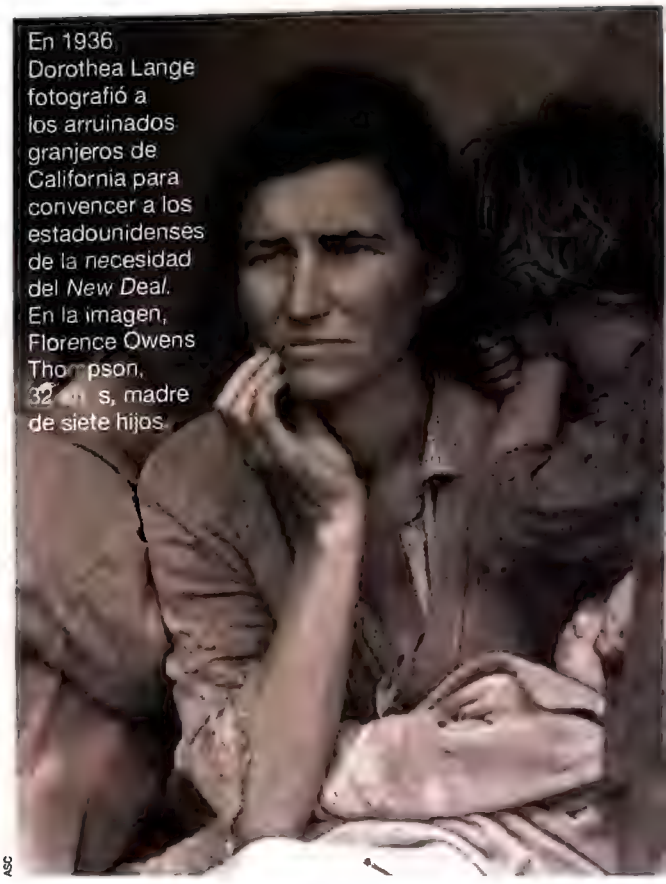
El gobierno dedicará millones de dólares a construir inmensas presas, alcantarillado, tendido de redes eléctricas en el mundo rural, carreteras, escuelas e instalaciones deportivas, lo que supondrá la creación de numerosos puestos de trabajo. El costo de todas estas medidas va a ser asumido por el Estado, que a su vez se sustentará en las contribuciones de los sectores más privilegiados. A pesar de las críticas de los conservadores, que las tildan de comunistas, las medidas pronto hacen notar sus efectos en la recuperación de la industria, la actividad financiera de los bancos y la agricultura y en el descenso del paro.

Ya en 1936 es evidente que se han logrado cambios en numerosos aspectos, aunque conservando las antiguas estructuras sociales y económicas. En ese año, tras la promulgación del Acta sobre Seguridad Social, el gobierno se hace cargo de diversos asuntos sociales como el desempleo, la ayuda a los ancianos, la salud infantil o la atención a los minusválidos. Todas estas medidas legitimarán a Roosevelt ante el pueblo norteamericano como el destructor de las formas más duras del capitalismo.

LA GUERRA, ESTÍMULO ECONÓMICO

Estados Unidos veía la luz al final del túnel y, a pesar de que aún quedaban muchas secuelas de la crisis por superar, el presidente sería reelegido en 1936. No obstante, el Estado seguía tirando de una maltrecha economía que en 1938 aún tenía siete millones y medio de parados. Tendrá que ser el estímulo de la guerra –que ya se oteaba en el horizonte– el que impulse el crecimiento económico.

La creencia tras el final de la Gran Guerra de que esta solo había beneficiado a los grandes magnates del país impuso a los gobiernos sucesivos una estricta neutralidad en el ámbito internacional, a la que Roosevelt no escapará. Varias leyes impedirán vender armas o prestar dinero a países en conflicto, manteniendo Estados Unidos una línea de no intervención sancionada por diversas normas en 1935, 1936 y 1937, que no se va a romper ante las sucesivas agresiones japonesas en Asia ni ante la Guerra Civil en España ni ante el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en Europa. No será hasta junio de 1940, con el hundimiento de Francia, cuando los norteamericanos abandonen ese ensimismamiento en sus problemas internos y dejen a un lado la pasividad y el pacifismo en sus relaciones internacionales.



En 1936 Dorothea Lange fotografió a los arruinados granjeros de California para convencer a los estadounidenses de la necesidad del *New Deal*. En la imagen, Florence Owens Thompson, 32 años, madre de siete hijos.

ASC

Productos esenciales en la guerra: refrescos, chicles y plumas

La puesta en marcha de la industria norteamericana para abastecer las necesidades bélicas propias y las de sus aliados supuso una gran oportunidad de expansión para muchos consorcios y un reto para sentar las bases de otras empresas no relacionadas tan directamente con la guerra.

Los pedidos del gobierno eran un negocio seguro que poco tenía que ver con la libre competencia. El gobierno aportaba el capital y el mercado, siendo los costes de producción secundarios, ya que lo que primaba era la rapidez en la entrega. Hubo algunos magnates que hicieron grandes fortunas, como Andrew Jacskon Higgins, empresario de Nueva Orleans que pasó de fabricar barcos para la navegación en el Misisipi a producir para la Marina las célebres lanchas Patrol Torpedo PT, o Henry J. Kaiser, que elaboró grandes barcos como el carguero Liberty Ship, construido en el tiempo record de cincuenta y cinco días.

Otras empresas necesitaron algo más de imaginación para adaptarse a los nuevos tiempos. Algunos grandes almacenes, como Gimbel's o Macy's, almacenaron productos que pronto iban a ser escasos. Otras como la casa de plumas Parker, Coca-Cola o los chicles Wrigley se esforzaron en demostrar que sus productos eran esenciales para la guerra. La casa de plumas Parker, a pesar de ver restringida su producción, aumentó sus ventas gracias a que se concentró en fabricar sus tres plumas más caras. Acepto producir para el ejército sin pérdidas, pero sin ganar nada. Su gran éxito fue desarrollar un nuevo tipo de tinta, la Quink, que promocionó con una campaña publicitaria centrada en la idea de que escribir a los soldados del frente mantenía alta su moral. Gracias a ello consiguió aumentar la venta de esta tinta en un 800%.

El presidente de Coca-Cola convenció a los mandos de la Marina y el Ejército de que su producto era esencial para tener contentos a los soldados. Así consiguió incrementar su producción a pesar del racionamiento de azúcar, que no afectaba al Ejército, y ver crecer el número de sus plantas de embotellado en las zonas que se iban ocupando militarmente. Además, Coca-Cola consiguió consolidar internacionalmente el gusto por su bebida, lo que le ayudaría a tener un desarrollo espectacular la década posterior.

El control del consumo de azúcar y el costoso abastecimiento de la goma que llegaba de América del Sur y Central también amenazaban la producción de chicle. El fabricante de chicle Philip K. Wrigley gastó dos millones de dólares en una campaña de radio para convencer a la nación de que su producto era esencial en la guerra, pues ayudaba a eliminar la tensión, limpiaba la boca, aplacaba la sed y evitaba fumar. En uno de sus lemas se insistía en que "ayuda a sus trabajadores a sentirse mejor y trabajar más; procure que tengan sus cinco barritas de chicle diarias". Tras la campaña, los soldados en sus raciones de combate y los trabajadores de las industrias de guerra llevarán siempre una barrita de chicle Wrigley's Spearmint.

Andrew Jackson Higgins en su oficina de City Park Plant, Nueva Orleans, entre 1943 y 1945.

EE UU, CON UNA PODEROSA INDUSTRIA ARMAMENTÍSTICA, SE PODÍA REARMAR Y SUMINISTRAR, A LA VEZ, APOYO A SUS ALIADOS

ALBUM

Grabado de una feria en Edo (actual Tokio). Se publicó en 1875 en *El mundo en la mano*.

Tras la tercera reelección de Roosevelt en 1940, se produce un cambio brusco de política y se pasa de una economía en depresión y predominantemente civil a otra de guerra financiada con impuestos sobre la renta, con los beneficios empresariales y con la venta de bonos de guerra. Su punto de partida era privilegiado, ya que Estados Unidos producía casi todos los materiales estratégicos en una proporción muy superior a la de sus rivales, tenía una poderosa industria armamentística y un amplio abanico de variadas y complejas empresas, pudiéndose permitir el rearme nacional y continuar con el suministro de apoyo a sus aliados. El país invertirá 12.000 millones de dólares en equipamiento bélico, creando así más de dos millones de nuevos puestos de trabajo. En 1941 la actividad se multiplica: se venden destructores a Gran Bretaña y se aportan armas, vestidos, alimentos y toda clase de bienes a otros aliados usando como instrumento la Ley de Préstamos y Arriendos.

Estados Unidos ocupa Groenlandia e Islandia, instala una base naval en Irlanda del Norte y ayuda a la URSS. Más del 15% de su producción industrial está orientada a las necesidades bélicas. El país vive ya una falsa neutralidad que abandona el 7 de diciembre de 1941 tras el ataque japonés a Pearl Harbor, en las islas Hawái. Con la guerra, el problema del paro desaparece por completo y se alcanza el pleno empleo. Los salarios aumentan, el sistema fiscal se hace más justo y grava ahora en mayor medida a los más privilegiados y, aunque se produce el racionamiento de algunos productos básicos como el azúcar, la población mejora su nivel de vida.

La guerra vino a triunfar donde el *New Deal* había fracasado a medias. Más de 14 millones de norteamericanos lucharán en este conflicto y más de 10 trabajarán en puestos civiles en pro del esfuerzo bélico, que supondrá un gasto público de unos 320.000 millones de dólares. Las mujeres se han incorporado al mercado laboral y, al igual que los afroamericanos y otros miembros de comunidades marginadas, ya no abandonarán las conquistas sociales que han sido capaces de obtener. Tras la victoria, a los ciudadanos de Estados Unidos les quedará claro su papel como primera potencia mundial.

FEDERICO ROMERO DÍAZ
Historiador

Medalla de Honor de la Marina estadounidense. Impuesta por el presidente en una ceremonia en la Casa Blanca, es el más alto reconocimiento militar que otorga el Congreso de EE UU. Numerosos marinos y marines, estacionados en Pearl Harbor a bordo de los acorazados, la recibieron por sus esfuerzos extremos durante el ataque de Japón el 7 de diciembre de 1941

GRANDES PROTAGONISTAS

Del emperador incapaz al presidente pacífico que anhelaba la guerra

El presidente Franklin D. Roosevelt (1882-1945) sentado al volante de su automóvil ante su casa de Hyde Park, Nueva York, a mediados de los años 30.

El 27 de septiembre de 1945, Japón olía a amarga derrota y a terror nuclear. La tensión era palpable en la embajada de Estados Unidos. Se acababa de ganar la guerra, en efecto, pero el futuro era incierto para el país. A lo largo de la mañana, un viejo Rolls Royce se detuvo frente a la puerta del edificio, el único intacto de todo un barrio destruido. De él salió un hombre delgado y no demasiado alto. Llevaba pantalón a rayas y chaqué, con una correcta etiqueta. Le recibió el general Douglas MacArthur, aunque sin demasiada pompa. Aquel tipo enjuto era el mismísimo emperador. "Le ofrecí un cigarrillo norteamericano, que aceptó con efusión. Cuando le di lumbre, noté el temblor convulsivo de sus manos", escribió el militar en sus memorias. El norteamericano iba en mangas de camisa, una verdadera afrenta según la tradición nipona, pero a nadie le importó.

Aquel ser tembloroso era lo único que quedaba del glorioso emperador que, junto a una gigantesca camarilla de oficiales como Minoru Genda o Isoroku Yamamoto, había orquestado y aprobado el ataque contra Pearl Harbor. Pero, aunque el mito ha extendido lo contrario, esta imagen se correspondía con su verdadero carácter. Más que un aguerrido mandatario, el japonés era en la práctica un monarca constitucional manipulado por sus consejeros. Nada que ver con el mandamás de Estados Unidos, un Franklin Delano Roosevelt que, aunque se esforzó por mostrar su faceta más aislacionista para no perder votos, anhelaba entrar en la guerra para evitar la caída de Gran Bretaña.

VERDADES Y MISTERIOS TRAS HIROHITO

"El emperador es la cabeza del Imperio y reúne en sí los derechos de soberanía". En la constitución de 1889, la primera de Japón, quedaba tan cristalino como las aguas de Hawái que el emperador era mucho más que un líder político. El pueblo lo veía casi como una deidad: el descendiente directo de la diosa del Sol, Amaterasu. Por ello, su figura era inviolable, tenía el mando supremo del Ejército y asumía grandes responsabilidades políticas como la sanción y promulgación de leyes. Eso, y bastante más, es lo que empezó a representar Hirohito para los ciudadanos del país del Sol Naciente a partir de diciembre de 1926, cuando se celebró su ceremonia de entronización. No era un novato, a pesar de que apenas sumaba 25 primaveras a la espalda. Había sido educado para reinar y ya había ejercido como regente durante seis años debido a la demencia de su padre.

Sin embargo, bajo todo aquella parafernalia y ese halo de divinidad, Hirohito era un ser humano que transmitía cierta debilidad. A nivel físico, fue el primer emperador en

Eleanor Roosevelt (1884-1962) –primera por la derecha– recorre una mina de carbón de Ohio en la primavera de 1935. GETTY

Existe gran controversia sobre el papel de Hirohito en el bombardeo de Pearl Harbor, pero hoy parece claro que no se opuso

romper la norma de no mostrarse en sociedad con lentes. La descripción del militar y periodista de la época Raymond Cartier lo deja claro: "Dios teórico, no es un héroe. Es un hombre de laboratorio, desgarbado, que se viste y habla mal, tan miope que los cristales de sus gafas parecen unas lupas que le agrandan los ojos de manera extraña". El carácter tampoco le acompañaba. Introvertido, cauteloso y frágil, estaba convencido de que el papel del emperador era secundario y testimonial. De hecho, su limitado poder real –el de una suerte de monarca constitucional– hizo que, durante las décadas de los años veinte y treinta, sintiera cierto miedo a los generales más populares de Japón.

Esa es la triste verdad: Hirohito nunca gobernó *de facto* Japón, solo actuó como una figura que vertebraba el país y que, eso sí, era venerada por la población. Allá van algunos ejemplos. En 1931 se mostró contrario a la guerra contra China y criticó que las tropas del ejército nipón perpetraran matanzas y violaciones en ciudades como Nankín, donde se asesinó a entre 150.000 y 300.000 personas. Sin embargo, no pudo detener aquella locura. Poco después, en 1933, se negó a que Japón abandonara la Sociedad de Naciones, pero sus quejas fueron obviadas por la cúpula de un Gobierno ansioso por estrechar lazos con Alemania. Para terminar, tampoco aprobó la ocupación de la colonia francesa de Indochina en 1940. "Por principios, no estoy de acuerdo en actuar como un saqueador en un incendio", insistió. Una vez más, su opinión no importó. Unas veces era convencido por sus consejeros. Otras, era su carácter el que le hacía recular.

Sobre su papel en el bombardeo de Pearl Harbor existe gran controversia. Algunos historiadores son partidarios de que, aunque sentía que no había otra salida que enfren-

Chikanori Moji, Yoshio Kodama, Takijiro Onishi y Fujiyoshi (de izda. a dcha.) en el santuario de Tainan en Taiwán (1944 o 1945).

tarse al gigante de las barras y las estrellas, quería declarar la guerra antes de bombar dear la base de Hawái. De hecho, según esta misma teoría, se enfureció cuando supo que sus deseos no se iban a respetar. En 2018, sin embargo, se descubrió un informe japonés fechado en 1941 que cambió esta perspecti va. Escrito por el viceministro del interior Michio Yuzawa poco después de que se decidiera el ataque, el documento explicaba que no había puesto impedimentos al golpe de mano: "El emperador parecía tranquilo e inquebrantable después de tomar una decisión". Fuera como fuese, los hechos del 7 de diciembre condenaron a un Hirohito que, tras la derrota, tuvo que renunciar a su condición divina para evitar ser juzgado por crímenes de guerra.

Fotografía de Minoru Genda (1904-1989) con uniforme de la Marina Imperial japonesa.

EL DOBLE JUEGO DE ROOSEVELT

A miles de kilómetros, el par de Hirohito en Estados Unidos mostraba un carácter diametralmente opuesto. Si el emperador prefería la cautela, el trigésimo segundo presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, se mostraba siempre dispuesto a hacer lo que hiciera falta para salvaguardar la integridad de su país. Además, contaba con algo que el emperador no tenía: la capacidad de transmitir su fuerza interior tanto a los miembros de su gabinete como a la ciudadanía. Incluso albergaba un puntito presuntuoso, aunque se le había reducido por culpa de la enfermedad que le postró en una silla de ruedas. "Después de su lucha contra la poliomielitis se mostró menos arrogante, menos presumido, menos superficial, más concentrado, más complejo, y más interesante", escribió Frances Perkins.

Mientras trataba de dar una imagen de aislacionismo, Roosevelt preparaba al país para la guerra que venía

La que fue su secretaria de Trabajo entre 1933 y 1945 también especificó que "su capacidad para animar al resto a hacer trabajos difíciles era indiscutible".

Roosevelt, de cara ancha y entradas acuciantes en la frente, vivió una verdadera pesadilla después de hacerse con la presidencia en marzo de 1933. El político se topó con un país sumido en una fuerte depresión económica y financiera; una en la que la población hacía cola para sacar el dinero de los bancos, no se consumía y la quiebra bancaria era un hecho. Por si no fuera bastante, la sociedad todavía recordaba con amargura los miles de cadáveres que había provocado en su país la Primera Guerra Mundial. Ambos factores hacían que, en la práctica, llevar a Estados Unidos a un nuevo conflicto en Europa fuera imposible. A pesar de ello, el presidente se esforzó por mantener una apariencia de cierto aislacionismo mientras preparaba a su país para el conflicto que se avecinaba. "EE UU nunca sobrevivirá como un oasis feliz y fértil de libertad rodeado por un cruel desierto de dictadura", afirmó.

Pero ni un genio de los tiempos como él pudo evitar la escalada de tensión que se sucedió entre EE UU y Japón en los años siguientes. Durante 1937, el presidente dio el primer paso hacia la guerra al pronunciar el *Discurso de cuarentena*. En él, cargó contra todas las potencias que estaban convirtiendo el mundo en un lugar peligroso. No citó ninguna, pero sus desencuentros con los nipones eran bien conocidos. "La guerra es un contagio. La misma situación está amenazando la paz del mundo, el bienestar y la seguridad de todas las naciones. Que nadie piense que EE UU escapará. Sí, estamos decididos a mantenernos fuera de la guerra, pero no podemos asegurarnos contra sus efectos desastrosos", sentenció. A pesar de ello, intentó mantener este doble juego hasta 1940, cuando la posibilidad de presentarse a la reelección por tercera vez –un hito, ya que lo habitual era retirarse a los dos mandatos– le provocó más de un desvelo.

El portaaviones japonés Akagi, en abril de 1942, durante el ataque en el océano Índico. Los aviones de cubierta son bombarderos en picado Aichi D3A Tipo 99.

De hecho, las elecciones navegaron en la incertidumbre para Roosevelt, como bien explicó su mujer, Eleanor, en las memorias que escribió tras el conflicto: "Yo estaba convencida de que él no quería volver a presentarse. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo más y más gente le decía que debía hacerlo, que la guerra estaba en el horizonte y que nadie más que él tenía el conocimiento necesario para salir adelante en la crisis que se avecinaba". Al final, Franklin se decidió y obtuvo la ansiada mayoría. Parece que a la sociedad no le importó su lucha frontal contra el aislacionismo. El tiempo terminó por darle la razón cuando, el 7 de diciembre del año siguiente, sucedió el ataque a Pearl Harbor. "Durante mucho tiempo, mi marido sospechó que Japón soñaba con dominar el Pacífico. Para él eran el enemigo, pero no podía expresarse porque le hubieran llamado belicista", desveló su mujer.

REVOLUCIÓN JAPONESA

Bajo estos dos grandes líderes se contaban una infinidad de oficiales. Entre los que fueron clave en el Ejército Imperial destaca el contralmirante Takijiro Ōnishi. Alumbrado en 1891, en la práctica fue un pionero de las fuerzas aeronavales niponas que, además, había atesorado una gran experiencia como piloto e instructor. Militar destacado durante

Una visión femenina de Pearl Harbor

Eleanor Roosevelt no fue solo la primera dama de Estados Unidos. A la postre atesoró una extensa lista de logros, como ser la impulsora de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Sin embargo, el 7 de diciembre se convirtió en una norteamericana más a la que las noticias del ataque le encogieron el corazón. Así recordaba aquella triste jornada en sus memorias: "El día comenzó tranquilo. Hubo una gran fiesta en el almuerzo y no me sorprendió que Franklin me enviara un mensaje para informarme de que no venía. A veces comía solo o aprovechaba para trabajar". Desconocía que la causa era distinta: el Día de la Infamia había arribado. No supo lo que había ocurrido hasta después de la comida. "Fue al subir las escaleras, me lo dijo uno de los camareros. Nos impresionó tanto que se hizo un total silencio. Despedí a mis invitados y esperé a que Franklin estuviese solo para hablar con él", añadió. Cuando al fin pudo reunirse con su esposo, vio que

estaba más tranquilo que en las semanas anteriores. "En cierto modo, le resultó reconfortante saber que la suerte estaba echada y que ya no se podía hacer otra cosa que afrontar el hecho de que el país estaba en guerra. Por muy dura que fuera la lucha, y por peligroso que pareciera el futuro, presentaba un desafío más claro que la incertidumbre del pasado". La jornada siguiente fue, si cabe, más ajetreada. A eso de las doce, Eleanor acompañó a su marido hasta el Capitolio para que diera el discurso más importante de su carrera política. "Parecía que estaba viviendo de nuevo el día en que el presidente Wilson se dirigió al Congreso para anunciar nuestra entrada en la Primera Guerra Mundial. Ahora el presidente de EE UU era mi esposo. Por segunda vez en mi vida escuché a un presidente decir que esta nación debía ir a la guerra", señaló en sus memorias. En esos momentos, como otras tantas madres, solo pudo pensar en los hijos que morirían al combatir en Europa y Asia.

la segunda guerra chino-japonesa, en enero de 1941 fue requerido para dar forma al ataque contra la base estadounidense, aunque siempre se mostró contrario a entrar en guerra con los norteamericanos. Por desgracia, su fama le llegó cuatro años después, cuando era jefe de la Primera Flotilla Aérea de Filipinas. A sabiendas de que la potencia del Imperio era irrisoria en comparación con la del gigante americano, alumbró a los kamikazes. "Solo hay una manera de asegurar que nuestra cuestionable fuerza sea efectiva: organizar unidades de ataque suicida compuestas por aviones de combate Zero", señaló.

Igual de importante para el desenlace de las operaciones fue Minoru Genda, más conocido por ser el arquitecto que perfeccionó el plan de ataque sobre Pearl Harbor. Resumir su vida resulta una tarea imposible. Nacido en 1904, este militar de tez ruda y gesto severo se ganó los galones como piloto en 1932 y, con los años, no tardó en ascender en el escalafón. Si por algo se hizo famoso fue por su cuasi obsesión con la guerra aeronaval. En este sentido era un visionario. "Un día, mientras veía las noticias, me percaté de que había cuatro portaaviones estadounidenses en formación. Eso me dio la idea de utilizar este tipo de navíos de forma concentrada. Hasta entonces solo habíamos usado dos. Es

cierto que así se les exponía a los aeroplanos enemigos, pero también lo es que podían concentrar fuego antiaéreo contra ellos", explicó en una conferencia en los años sesenta. Con la guerra en el horizonte, Ōnishi solicitó a Genda que afinara los pormenores del asalto a la base estadounidense. Este elaboró una estrategia con diez puntos clave que, en su mayoría, fueron implementados. "Antes del golpe, perfeccionamos el bombardeo horizontal contra acorazados a una altitud de 3.000 metros, el bombardeo en picado y el ataque con torpedos. Estos dos últimos, contra acorazados de alta velocidad y maniobra evasiva libre", desveló el propio Genda en la misma conferencia. Tampoco se olvidó de las 'batallas de perros', los combates en el aire entre aeroplanos: "Confiábamos bastante en nuestra habilidad. Muchos pilotos habían luchado en China y nuestro Zero era excelente". Aunque hubo algo que no pudo lograr: que se lanzara un segundo golpe varias jornadas después para eliminar del todo a la flota norteamericana. El 7 de diciembre se destacó como asesor naval en el portaaviones Akagi.

Por último, cabe reseñar a Isoroku Yamamoto, almirante y comandante en jefe de la Flota Combinada de la Armada Imperial. Séptimo hijo de un maestro de escuela, nació en 1884 e ingresó en la escuela naval a los 16 años. Poco después fue adoptado por la familia Yamamoto, de la que tomó su apellido. Estudió en Harvard y fue agregado naval en Washington, lo que le convenció de que Estados Unidos era un rival demasiado poderoso para el ejército nipón. Por ello, siempre rechazó la idea de declarar la guerra al coloso norteamericano. A nivel militar era un defensor a ultranza de los aeroplanos y los portaaviones para obtener la superioridad en el conflicto que se avecinaba. A cambio, criticó mucho el derroche de dinero que suponía fabricar gigantescos acorazados como el Yamato o el Mushashi. "Serán tan útiles como una espada samurái en el conflicto", expresó. La decisión de que había que atacar Pearl Harbor desde el aire fue suya, y vaya si acertó.

ASC

Isoroku Yamamoto (izda.), agregado naval japonés en Washington, y Curtis D. Wilbur, secretario de la Armada de EE UU, en 1926.

VETERANOS Y SOBREPASADOS

Como es lógico, los oficiales norteamericanos no fueron los que salieron mejor parados de la tragedia que supuso el 7 de diciembre de 1941, aunque no se puede decir que estuvieran menos preparados que sus homólogos japoneses. Un ejemplo de veteranía era Husband E. Kimmel, comandante en jefe de la Flota del Pacífico durante el ataque a Pearl Harbor. El almirante había nacido en 1882 y había pasado por una infinidad de puestos; entre ellos, el de asistente del subsecretario de Marina. No era un don nadie, en definitiva, pero sus grandes defectos, la terquedad y la falta de iniciativa, terminaron por condenar a los marinos de Hawái. Y es que, a pesar de que recibió una extensa lista de avisos en los que se indicaba que la zona podía ser bombardeada, siempre estuvo convencido

LA IDEA DE ATACAR PEARL HARBOR DESDE EL AIRE FUE DEL ALMIRANTE YAMAMOTO, Y ACERTÓ

El Yamato -acorazado de la Armada Imperial japonesa- realiza pruebas a plena potencia en la bahía de Sukumo el 3 de octubre de 1941.

El general Walter C. Short (1880-1949), gobernador militar de Hawai, posa de uniforme en Honolulu.

GETTY

de que los nipones cargarían contra otros objetivos como las islas de Wake o Midway en primer lugar.

De hecho, era partidario de que el enemigo no se atrevería a iniciar las hostilidades, pues la URSS se abalanzaría sobre Japón sin dudarlo. En sus memorias, *Admiral Kimmel's Story*, dejó pinceladas de los problemas internos que favorecieron el ataque japonés. El principal fue la división de responsabilidades en lo que se refiere a la protección de la base: el Ejército se encargaba de la defensa aérea y terrestre, mientras que la Armada del mar. Lo cierto es que esta bicefalia provocó situaciones absurdas como que la Marina fuese la responsable del reconocimiento, pero fueran las fuerzas de tierra las que disponían de las estaciones de radar. Aunque lo que más irritaba a este veterano oficial americano es que el alto mando le arrebatara recursos para destinarlos a la creación de la Flota del Atlántico. En todo caso, siempre siguió las órdenes, aunque le molestaran o estuviera en contra de ellas.

El homólogo de Kimmel fue el general Walter C. Short, comandante del Ejército de Estados Unidos en Pearl Harbor y al frente de las defensas terrestres y antiaéreas. Sus errores de concepto a la hora de plantear la protección de Hawái condenaron, en gran medida, a los miles de hombres que caye-

La pesadilla de los culpables

El ataque causó un *shock* tal en Estados Unidos que desde las altas esferas no se tardó en buscar culpables. El primero en ser señalado con el dedo delator fue Husband E. Kimmel. Para él fue una verdadera pesadilla. Diez días después de Pearl Harbor, fue destituido como comandante en jefe de la Flota del Pacífico y degradado a contralmirante. Las acusaciones fueron tantas y tan variadas que decidió retirarse de la Marina en 1942. Intentó pasar sus últimos días tranquilo como consultor para un contratista del Gobierno, pero la presión pública le obligó a combatir para demostrar su inocencia.

Así, en 1955 publicó un libro en el que rechazaba las críticas, afirmaba que había sido un chivo expiatorio de Roosevelt e insistía en que desconocía los avisos del ataque que habían llegado a Washington y las negociaciones secretas con Japón. Además, mantuvo que el presidente de EE UU destruyó su carrera para esquivar las sospechas que se cernían sobre el mismo Gobierno. Kimmel se aventuró incluso a subrayar que el político sabía que la base sería bombardeada y que no hizo nada por evitarlo, aunque jamás aportó una sola prueba de ello.

Otro tanto le ocurrió a su par, Walter C. Short. Sus errores a la hora de plantear la defensa, más claros incluso que los de Kimmel, hicieron que fuera destituido y degradado. Se retiró el 28 de febrero de 1942 y aceptó un puesto en la compañía Ford, que por entonces fabricaba también automóviles y vehículos militares. Pero no le valió de nada esconderse. En los meses posteriores fue perseguido por una justicia ávida de hallar una espalda sobre la que cargar las culpas. Él, por su parte, defendió que no había recibido advertencias desde Washington y que tuvo que luchar contra la falta de recursos a la hora de orquestar las protecciones de Pearl Harbor.

En la práctica, entre 1942 y 1946 diferentes organismos organizaron hasta nueve investigaciones diferentes alrededor de Kimmel y Short. Y, para su desgracia, ocho coincidieron en que eran culpables. No de negligencia en el cumplimiento del deber, sino de haber errado en su juicio. Los militares, fallecidos respectivamente en 1949 y 1968, no vivieron para ver cómo sus familias luchaban por demostrar su inocencia. En 1995, y con el apoyo del senador Strom Thurmond, sus descendientes consiguieron que se reabriera el caso. El informe resultante estableció que, "si bien fueron culpables de errar en sus decisiones, no fueron los únicos responsables de la catástrofe de Pearl Harbor", y que otros tantos de sus superiores deberían haber compartido las culpas. Aunque tarde, se limpió en parte su nombre.

ron el 7 de diciembre. Para empezar, estaba convencido de que el único peligro real eran los sabotajes. Por ello, decidió reunir todos los aeroplanos que tenía a su disposición y concentrarlos en emplazamientos que fueran fáciles de vigilar. Por descontado, fueron un objetivo prioritario y sencillo para las fuerzas aéreas niponas. Además, subestimó la utilidad de los radares y tan solo estableció un equipo de vigilancia entre las cuatro y las siete de la mañana; algo que se demostró insuficiente. Como Husband, criticó la falta de recursos y, al igual que él, no tardó en ser destituido.

MANUEL P. VILLATORO
Periodista y escritor

El contralmirante Husband E. Kimmel en 1939 a bordo de su buque insignia, el USS San Francisco.

ASC

PRECE

DENTES

Fotografía tomada por un piloto japonés en el momento del ataque a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941.

SHUTTERSTOCK

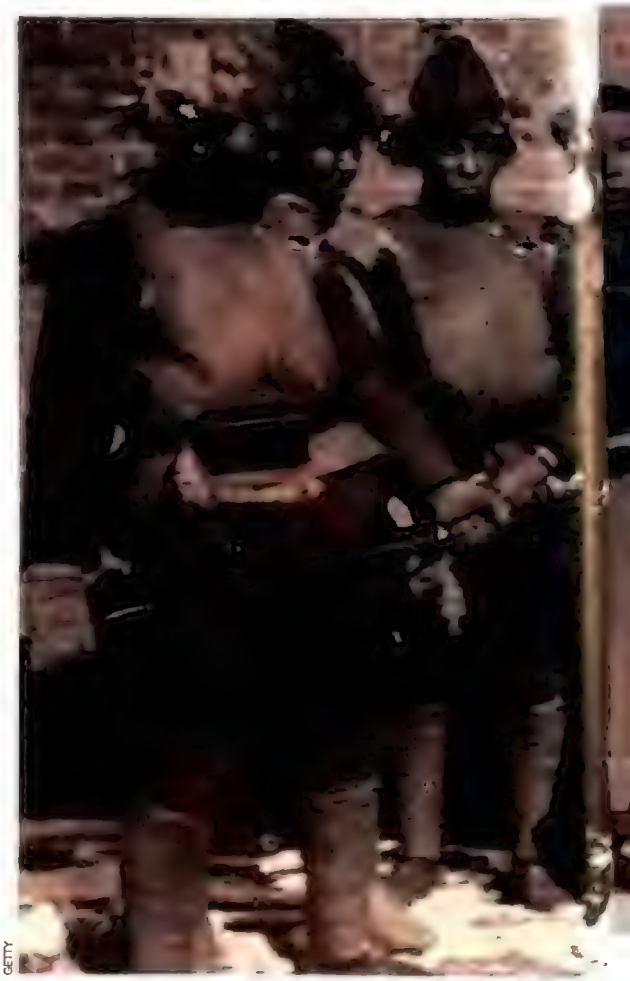
El 1 de septiembre de 1939, los nazis invadieron Polonia alegando como pretexto la reivindicación de la soberanía sobre el Estado libre de Dantzig, que estaba poblado mayoritariamente por alemanes. En dos semanas ocuparon la parte occidental. El 3 de septiembre de 1939, el Reino Unido declaró la guerra a Alemania. Tras demorar su entrada unas horas, Francia acabó haciendo lo mismo que el gobierno británico. El día 17, los comunistas invadieron Polonia por la frontera oriental. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial, que se saldaría con más de 50 millones de muertos.

Una de las vertientes más sangrientas de la contienda vendría un poco después, cuando Japón y Estados Unidos entraron en el conflicto. La escalada de tensión entre los dos titanes fue veloz y se plasmó primero en el ámbito económico y, a continuación, en el geoestratégico.

A LA CONQUISTA DE ASIA

Dos años antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial se había iniciado la segunda guerra chino-japonesa, concretamente el 7 de julio de 1937. Como Japón ya controlaba Manchuria desde 1931, intentó hacerse tam bién con el norte y con el este de China. Se conoce como masacre de Nankín (tomando el nombre de la antigua capital) al conjun to de crímenes cometidos por el ejército japonés, violaciones que soportó la República China durante este ciclo.

En contrapartida, China recibió la ayuda de la Unión Soviética y de Estados Unidos. La



GETTY

En la imagen de arriba, soldados alemanes invaden Polonia en divisiones blindadas y motorizadas en septiembre de 1939. A la dcha., dos prisioneros cautivos tras la ocupación japonesa de Manchuria en 1931.

lucha se prolongaría hasta la rendición de Japón el 9 de septiembre de 1945, aunque desde el ataque a Pearl Harbor ambos conflictos quedaron fusionados. Más del 90% de las víctimas de la Guerra del Pacífico perecieron en este frente: se calcula que murieron unos 20 millones de personas, la mayor parte civiles. Corea y Taiwán no eran Estados títere, sino que estaban controlados directamente por Japón como provincias.

El 27 de septiembre de 1940 se firmó en Berlín el Pacto Tripartito, también conocido como Pacto del Eje. Fue un acuerdo rubricadoformalmente por Saburō Kurusu, Adolf Hitler y Galeazzo Ciano en representación del Imperio de Japón, la Alemania nazi y el Reino de Italia, respectivamente. El tratado constituyó una alianza militar entre estas naciones. Desde ese momento, oficialmente se conformaron las fuerzas del Eje, opuestas a las fuerzas aliadas en la Segunda Guerra Mundial.

Japón, imitando lo que hacía la Alemania nazi en Europa, quería hacerse con toda Asia

El objetivo de Japón era imitar lo que sucedía en la Alemania nazi, que buscaba apoderarse de Europa, haciendo lo mismo en Asia. En septiembre de 1940, el ejército imperial japonés ocupó la Indochina francesa en un esfuerzo por hacerse con el monopolio de los suministros que llegaban a China. Indochina era administrada por la Francia de Vichy y, cuando los nipones derrocaron el sistema colonial, se hicieron con ella hasta 1945. Casi al unísono, a principios de 1941, el Viet Minh, la guerrilla liderada por el comunista Hô Chí Minh, emprendió una sublevación contra franceses y japoneses que, al término del conflicto mundial, desembocaría

en la Guerra de Indochina (1946-1954).
Antes hubo esta breve confrontación militar no declarada entre Japón y Francia en el norte de la Indochina francesa. El combate se extendió desde el 22 hasta el 26 de septiembre de 1940, a la vez que la batalla del sur de Guangxi, uno de los 22 combates librados en la segunda guerra chino-japonesa.
La ocupación de Indochina era exactamente lo que Franklin Delano Roosevelt, presidente de Estados Unidos, temía que ocurriera. Ante este hecho, los estadounidenses propusieron sanciones duras contra los nipones: cancelaron los envíos de aeronaves, repuestos, maquinaria, magnesio, plomo, etc. Sin embargo, la nación norteamericana no detuvo entonces las exportaciones de petróleo a Japón porque creyó que sería una medida extrema, dado que el 80% del petróleo usado por los nipones procedía de Estados Unidos.
En julio de 1941, Japón hizo público que había concertado con el gobierno de Vichy un pacto de "Protectorado conjunto" en Indochina. Roosevelt reaccionó congelando todos los valores de Japón en EE UU y, ahora sí, cesando el envío de petróleo.
Aunque no tenía petróleo, el Imperio del Sol Naciente se sentía fuerte porque sabía que este abundaba en el Pacífico. Por ello no se arredró y se fijó en las Indias Orientales Neerlandesas, conocidas hoy como Indonesia. Esto hacía que la situación se complicara más todavía para los aliados, pues peligraban

ASC

A la derecha, documento del Pacto Tripartito firmado por Bulgaria, con la rúbrica del primer ministro Bogdan Filov.

El embajador de Japón, el ministro de Asuntos Exteriores de Italia y el embajador de Alemania tras la firma del pacto germano-japonés en Roma.

GETTY

Hitler pretendía avanzar por Oriente Medio y que las tropas alemanas se reunieran con las japonesas en la India

las islas Filipinas, en la órbita de Estados Unidos desde que España las perdiera en 1898.
Por su parte, en abril de 1941, las divisiones alemanas al mando de Rommel iniciaron un ataque contra las tropas británicas situadas en Libia y alcanzaron en un rápido avance la frontera egipcia. Alemania pretendía expulsar a los británicos de la zona del Canal de Suez y, tras avanzar por Oriente Medio, quería llegar a Persia y a la India, donde las tropas alemanas se reunirían con las japonesas. Sin embargo, el inicio de la invasión de la Unión Soviética por las tropas de la Wehrmacht mermó las reservas de Rommel, que tuvo que detener su hasta entonces imparable avance.
Hitler no respetó el pacto de no agresión germano-soviético y la invasión alemana de la URSS, la Operación Barbarroja, comenzó el 22 de junio de 1941. Fue bautizada así en homenaje al emperador Federico I, del siglo XII, exaltado por el nacionalismo alemán.
En el ataque participaron más de tres millones de soldados alemanes y rumanos. La estrategia de ocupación del territorio soviético se planteó en una triple dirección: en el norte, la invasión de Leningrado y el control del Báltico; en el centro, la conquista de Moscú, y en el sur, la ocupación de Ucrania y de las regiones industriales del Donetz.
Las tropas alemanas fueron avanzando en los primeros meses, pero el fracaso ante Moscú marcó el estancamiento de la ofensiva alemana. La llegada del invierno ruso suspendió las operaciones hasta la primavera de 1942, dando tiempo a la reorganización militar económica en la parte soviética.

SHUTTERSTOCK

El mariscal de campo Erwin Rommel en el norte de África, en enero de 1942.

La masacre de Nankín

Una de las páginas más horribles de la historia universal es la relativa a la masacre de Nankín, acontecida durante 42 días de 1937-1938. Japón actuó con odio y crueldad ante China. El ejército nipón conquistó Nankín el 13 de diciembre de 1937 y el gobierno chino, liderado por Chiang Kai-shek y los comandantes del Kuomintang (ejército nacionalista chino), tuvo que huir, quedando millares de soldados chinos atrapados en la ciudad amurallada. Los japoneses se presentaban ante la sociedad china como una "raza superior", macabro proyecto que Hitler puso en práctica en Alemania con su pretendida "raza aria". Durante las seis semanas siguientes a la batalla de Nankín, las tropas imperiales japonesas atentaron contra todos los derechos humanos asesinando a combatientes desarmados y a civiles chinos, violando a mujeres, obligando a las familias a cometer actos de incesto y perpetrando saqueos generalizados. Las cifras son escalofriantes: entre 20.000 y 80.000 violaciones de mujeres de todas las edades y entre 100.000 y 300.000 muertos.

HUTTERSTOCK

Un pueblo a orillas del Densa arde durante la invasión nazi de la Unión Soviética. Agosto del 41.

UN ATAQUE QUE PILLÓ POR SORPRESA A ESTADOS UNIDOS

El príncipe Fumimaro Konoe, en calidad de primer ministro de japón, se mostraba muy reticente a iniciar una guerra contra los países de la Commonwealth y Estados Unidos. Sin embargo, el emperador Hirohito se inclinó finalmente por las tesis más agresivas. Emperador de Japón desde 1926 (llegó al trono con 25 años), la historiografía lo ha presentado como una persona reservada, menos belicista que sus asesores. No obstante, en los últimos años han salido a la luz testimonios que hablan de su participación directa en la planificación de determinadas campañas, como el ataque sobre Batán, en Filipinas.

Ante la falta de apoyo del emperador, Konoe dimitió el 16 de octubre de 1941. En su puesto, Hirohito situó al hasta entonces ministro de la Guerra, el general Hideki Tōjō –una de las figuras más destacadas del sector belicista–, encargándole la organización del ataque contra la flota estadounidense en el Pacífico.

Con el ascenso al poder del clan militarista del general Tōjō, se aceleraron los movimientos que condujeron al ataque sobre Pearl Harbor, la base aeronaval norteamericana situada en el archipiélago de Hawái. El 26 de noviembre de 1941 la ofensiva estaba en marcha: seis portaaviones, 30 barcos con más de 408 aviones y 16.000 hombres de la Armada Imperial japonesa abandonaron el

La Gran Asia Oriental

Al creciente militarismo nipón hay que sumar su proyecto panasiático. Durante el periodo de entreguerras, circuló el concepto de "Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental", que plasmaba el deseo japonés de crear un bloque de naciones unidas bajo su liderazgo. Las apetencias expansionistas dieron lugar en 1940 a la aspiración formal de constituir la Gran Asia Oriental. Mientras Alemania intentaba hacerse con el control de Europa, Japón trató de establecer su propio orden en toda Asia. La idea de una Esfera de Coprosperidad fue proclamada el 29 de junio de 1940 por el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Hachiro Arita, en una rueda de prensa. El general Hideki Tojo, que fue primer ministro japonés desde el 16 de octubre de 1941 hasta el 18 de julio de 1944, impulsó este movimiento desde la sociedad secreta Toseiha. Ese papel que Japón se arrogaba para si mismo de "libertador de Asia" frente al colonialismo occidental fue puesto de manifiesto en Tokio el 5 y el 6 de noviembre de 1943 en la Conferencia de la Gran Asia Oriental, cumbre en la que el idioma utilizado fue curiosamente el inglés.

Foto del acorazado de la Armada de Estados Unidos USS Maryland (BB-46) tomada desde el puente de Brooklyn a principios de 1920, año en el que entraba en servicio.

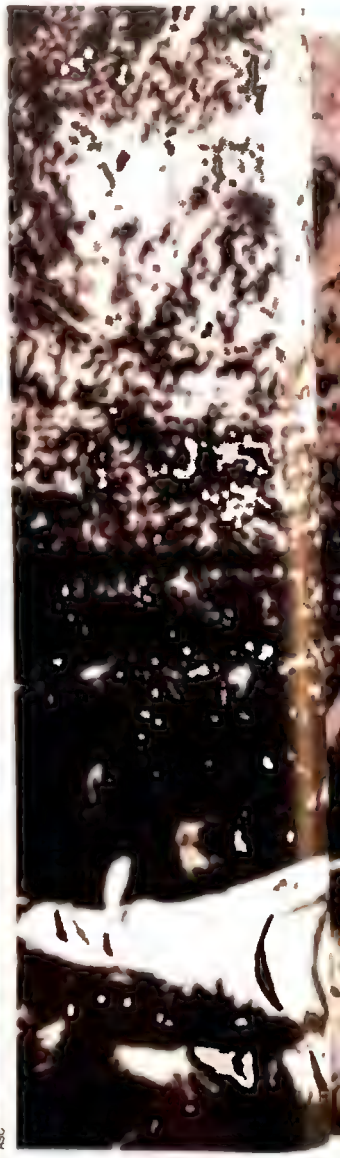
puerto de Iturup, en las islas Kuriles, con destino a Pearl Harbor. Tenían tres objetivos claros: destruir las unidades navales norteamericanas para impedir su interferencia en la Guerra del Pacífico, en la conquista de las Indias Orientales Neerlandesas y en Malasia; ganar tiempo en aras de aumentar su posición naval antes de que EE UU reaccionara y asestar un golpe moral a los americanos, pues los acorazados constituían el orgullo de la armada naval norteamericana.

JUGANDO AL ENGAÑO HASTA EL ÚLTIMO MINUTO

En 1941, Estados Unidos era todavía neutral en la guerra; aunque iba incrementando sus acciones de defensa, a tenor de lo que ocurrió estas no fueron suficientes. A comienzos de ese año, Roosevelt ordenó el traslado de la Flota del Pacífico a Hawái desde su base en San Diego (California) y gestionó el rearme de las Filipinas para disuadir la agresión japonesa en el Extremo Oriente. En febrero de 1941, el almirante James O. Richardson se retiró como comandante en jefe de la Flota de Estados Unidos, asumiendo el mando Husband Edward Kimmel. Ese mismo mes, el día 18, Kimmel escribió al Jefe de Operaciones Navales: "Creo que un ataque por sorpresa (submarino, aéreo o combinado) en Pearl Harbor es una posibilidad, y estamos adoptando de forma inmediata las medidas necesarias para minimizar los posibles daños y garantizar que la fuerza atacante lo pague". No ocurrió así. Como Comandante en Jefe de la Flota del Pacífico, cuando se produjo el ataque japonés del 7 de diciembre, Kimmel fue hecho responsable y sería degradado y destituido.

En la víspera del ataque a Pearl Harbor, el secretario de la Marina estadounidense Frank Knox hizo unas declaraciones en la cena que tuvo con la prensa en Washington D.C. Cuando le preguntaron por las relaciones con Japón, Knox contestó: "Damas y caballeros, no sé qué va a pasar. Nadie sabe qué pasará, pero les diré con mucha seguridad que, pase lo que pase, no nos sorprenderá. La Marina está lista".

El 1 de diciembre de 1941, la Conferencia Imperial, presidida por el emperador Hirohito, aprobó la entrada en guerra contra Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos. Pero, como entendían que el factor sorpresa era decisivo, jugaron con el engaño y decidieron no romper las relaciones con Estados Unidos



Un soldado japonés sostiene en la mano la cabeza del hombre al que acaba de decapitar en Nankín. A su alrededor, decenas de víctimas chinas torturadas hasta la muerte.

Saburo Kurusu (1886-1954) jugando con su perro en la embajada japonesa de Berlín en 1939, recién nombrado embajador.

hasta media hora antes del inicio del ataque. Por ello, no se informó de la ofensiva ni al embajador Kichisaburo Nomura, represen tante en Washington, ni al enviado especial a Estados Unidos, Saburo Kurusu.

El domingo 7 de diciembre de 1941, a las 7:48 horas, la flota japonesa atacó Pearl Harbor. Al día siguiente, Estados Unidos declaró la guerra a Japón y, por extensión, al resto de potencias del Eje.

El avance japonés sobre las colonias británi cas y holandesas en el sudeste asiático resul tó imparable entre diciembre de 1941 y mar zo de 1942, periodo en el que conquistaron Hong Kong, Singapur, Malasia, Birmania e Indonesia. En el Pacífico, los éxitos japone-ses culminaron con la conquista de Guam y de Filipinas, proceso que finalizó en abril de 1942 con la derrota del general Mac Arthur, el militar más condecorado en la historia de Estados Unidos. Aunque perdió Filipinas en esta etapa inicial, el "D'Artagnan america-no" lideró con éxito la defensa de Australia y la reconquista de Nueva Guinea, las Fili-pinas y Borneo. Asimismo, MacArthur su-pervisó la ocupación de Japón desde 1945 hasta 1951.

DRA. LAURA LARA MARTÍNEZ
Historiadora, embajadora de la Marca Ejército y profesora de Seguridad, Defensa y Geoestrategia

ALBUM

LAS RAZONES DE UN ATAQUE PREVENTIVO

Soldados japoneses del Ejército Imperial avanzan hacia Lang Son (Indochina francesa) en septiembre de 1940. Algunos llevan en el rifle la de la suerte *hinomaru yo* bandera nacio por amigos y fam Era un regalo tradicional para los soldados, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial.

A principios de 1941, la posibilidad de un ataque sorpresa de Japón revoloteaba por los pasillos del Departamento de Estado en Washington D.C. Ante la manifiesta hostilidad del Imperio del Sol Naciente, pocos dudaban de que su política expansionista, tarde o temprano, colisionaría con los intereses de EE UU en la región.

Los indicios eran abrumadores, y se remon taban a tiempo atrás. En 1931, el ejército de Kwantung había ocupado Manchuria. Tres años después el gobierno nipón denunció el Tratado naval de Washington, suscrito por las potencias vencedoras tras la Primera Guerra Mundial. ¿Con qué derecho se creían americanos y británicos para coartar el crecimiento de su Armada Imperial? El inicio de la Guerra Chino-japonesa, en 1937, debió hacer saltar todas las alarmas, pero el conflicto quedaba lejos y Estados Unidos se mantuvo a la expectativa. Ni siquiera el incidente del cañonero U.S.S. Panay, atacado mientras evacuaba a ciudadanos americanos de Nankín, les hizo mudar el gesto. Japón se disculpó por las tres víctimas mortales, pagó una indemnización y la sombra del Maine, *casus belli* de la guerra contra España, se diluyó.

Contra la "epidemia de la anarquía mundial" que promovían las naciones agresivas, Roosevelt demandaba una "cuarentena", pero el aislamiento no bastaría. El gobierno japonés no cesó de jugar la baza del imperialismo hasta que, en un lance más que previsible, designó a sus socios en el Pacto Tripartito, que el 27 de septiembre de 1940 fundió su destino con los de Alemania e Italia, las fuerzas del Eje. Para entonces, hacía tiempo que Estados Unidos se había alineado con China, y sus medidas de presión económica no hicieron sino exacerbar la arrogancia de su enemigo.

EL LAZO AL CUELLO

El Tratado de Comercio y Navegación, firmado en Washington en 1911, fue el primero en saltar por los aires, el 25 de enero de 1940, tras el plazo de seis meses para cortar todos sus flecos. La opinión pública americana se mostró satisfecha: las matanzas japonesas en China y la conculcación de los derechos de

ASC Vista de proa de estribor del USS Maine en 1898. El hundimiento de este acorazado en el puerto de La Habana, el 15 de febrero de 1898, fue el detonante de la Guerra Hispano-estadounidense.

Un pequeño grupo protesta en Washington contra la agresión de Japón a China en 1937

ASC

sus residentes requerían, por parte de la administración, una respuesta clara y contundente.

Tras el inicio de la guerra en Europa, el gigante americano se posicionó con mayor firmeza frente a los regímenes fascistas, sin quebrantar su neutralidad pero flexibilizándola al máximo. La Ley Cash and Carry (1939) y el acuerdo de bases por destructores (1940) precedieron a la ley Lend-Lease, articulada en marzo de 1941, por la que sus socios en armas acabarían recibiendo suministros por valor de cincuenta mil millones de dólares. Gran Bretaña y la Unión Soviética coparon la mayor parte de esas ayudas, pero a China le correspondió también un buen pellizco.

Entre tanto, Japón sufría el embargo de sus exportaciones y veía cómo le cortaban el grifo del petróleo, el acero y el hierro, necesarios para su industria bélica. Prácticamente, cada semana se añadía un nuevo material a la lista: combustible, chatarra, lubricantes, cobre, latón, bronce, zinc, níquel, potasa... La asfixia era inaguantable.

Para atajar el envío de suministros extranjeros a China y amarrar su bloqueo, un ejército expedicionario, al mando del general Takuma Nishimura, organizó en septiembre de 1940 la llamada expedición de Vietnam. En pocos días, Japón ocupó militarmente el norte de la Indochina francesa, esto es, la región de Tonkín. De cara a la galería, el gobierno colonial francés, dependiente de Vichy, seguía manteniendo su estatus, pero sus concesiones a los invasores fueron cada vez más sonrojantes. Pese a todo, la presencia japonesa en Tonkín no supuso la soledad de China, que pudo seguir avituallándose gracias a los británicos a través de la carretera de Birmania.

LAS MEDIDAS DE PRESIÓN ECONÓMICA DE EE UU (ALIADO CON CHINA) EXACERBARON LA ARROGANCIA DEL IMPERIO NIPÓN

SU PROPIO ESPACIO VITAL

El Lejano Oriente era un polvorín a punto de estallar, y los falsos discursos de la vieja Europa resonaban al noroeste del océano Pacífico. El primer ministro japonés, Fumimaro Konoe, uno de los artífices de la deriva totalitaria de su país, aseguraba que solo querían establecer "un nuevo orden que asegurara la permanente estabilidad de Asia oriental". ¿A quién sonaban esas palabras? La desahogada marcha de los ejércitos del Tercer Reich por Europa, entre abril y mayo de 1940, llenó de

Jóvenes británicas descargan cajas de rifles estadounidenses recién llegados (1941).

optimismo al gobierno nipón, que estimaba que su expansión era un objetivo legítimo para forjar un imperio autosuficiente en el contexto de las presiones que lo estaban estrangulando. La sola idea de depender de la voluntad, o la caridad, de Estados Unidos y pasar a ser una potencia de tercera categoría resultaba una humillación intolerable.

De la misma manera que el *Lebensraum* nazi, los japoneses aspiraban a su propio espacio vital o, lo que es lo mismo, a poner a "todo el mundo bajo un mismo techo". Ese mundo era el que representaba la Esfera de Copros peridad de la Gran Asia Oriental, un concep to que cuajó en 1940 y que, partiendo de la emancipación del yugo colonial en el conti nente asiático, no pretendía sino afianzar la hegemonía de Japón. Sus miembros eran Estados títere como Manchukuo, Birmania o el gobierno nacionalista de Nankín, instituidos por los conquistadores, o socios de conveniencia como el reino de Tailandia, que, tras un amago de invasión japonesa, encontró en esa alianza la oportunidad de sacudirse el imperialismo occidental.

JAPÓN SE DEBILITABA, DE MODO QUE, SI LA GUERRA ERA INEVITABLE, MEJOR CUANTO ANTES

El oriental, por su parte, seguía sin con tratiempos la senda que se había trazado. Cuando las fronteras de Tonkín se le quedaron pequeñas, decenas de miles de soldados japoneses procedieron a ocupar el sur de Indochina, a finales de julio de 1941. Al fin y al cabo, la Francia de Vichy siempre estaba dispuesta a negociar y la Unión Soviética, que ya les había derrotado en la batalla de Jaljin Gol o el incidente de Nomonhan, en 1939, se mantenía ocupada en la defensa de sus fronteras, tras el inicio de la Operación Barbarroja. Por si no fuera suficiente, las maniobras en las fronteras de Malasia, Birmania y Singapur hicieron temblar a los británicos.

INDOCHINA O EL FINAL DE LA ESCAPADA

La reacción occidental a la ocupación de Indochina fue categórica. El 26 de julio de 1941, Roosevelt ordenó la congelación de los activos de Japón en el país, una medida a la que se sumaron el Imperio británico y las Indias Orientales Neerlandesas, el objetivo más codiciado del Imperio nipón en su fiebre militarista. La razón era obvia: la colonia administrada por los Países Bajos seguía siendo

El USS Panay de la Armada de Estados Unidos navegando frente a Woosong, China, el 30 de agosto de 1928.

La guerra del caucho

El gobierno japonés temía que la guerra se prolongara en el tiempo y consumiera todos sus recursos. Así, planificó una suerte de *Blitzkrieg* para someter al enemigo en el menor tiempo posible, confiando en que la opinión pública de Estados Unidos y Gran Bretaña presionara a sus líderes para aceptar el nuevo *status quo*. Tres días después del ataque a Pearl Harbor, los japoneses hundieron el acorazado británico Prince of Wales y el crucero de batalla Repulse en el mar de la China Meridional, presagio de la zozobra que esperaba a los ingleses en las aguas del Pacífico.

Entre diciembre de 1941 y febrero de 1942, Japón conquistó Birmania, Tailandia, Malasia, Indonesia, el conjunto de Indochina y las Filipinas, que les proveyeron del ansiado petróleo, las materias primas y los alimentos necesarios para afrontar las primeras fases de la guerra. En el caso de Malasia, al igual que en el de las Indias Orientales, que sucumbirían en abril de 1942, el caucho fue el oscuro objeto de deseo del Imperio japonés, que extrajo cientos de toneladas del llamado oro blanco de las selvas malayas. En septiembre de ese año, un periodista del diario *Malay Mail* denunció los abusos de los invasores contra el medio ambiente, con bosques "talados y quemados sin discriminación".

Y, a la inversa, la falta de ese polímero, necesario para los neumáticos de los vehículos, las máscaras y otros equipamientos médicos, o incluso para el calzado y ciertas prendas, fue la causa de que Estados Unidos tuviera que recurrir al reciclaje para mantener con vida su industria y apostara luego por el caucho sintético GRS (*Government Rubber Styrene*), que suplió con creces sus necesidades, en tanto que Gran Bretaña multiplicaba su producción en Ceilán.

uno de sus principales exportadores, tras la desafección de Estados Unidos, su principal proveedor. Unos meses antes, en octubre de 1940, Roosevelt había hecho notar a su secretario de Estado, Conrad Hull, que el corte total en el suministro de oro negro obligaría a Japón a atacar a las Indias Orientales Neerlandesas.

Y es que, tirando solo de sus reservas, la maquinaria bélica japonesa se habría tenido que parar en poco más de un año, de modo que la noticia de que las Indias Orientales se sumaban al embargo, siguiendo las directrices de la reina Guillermina en el exilio, hizo cundir el pánico en Tokio. El general Teiichi Suzuki, director de la Oficina de Planificación, remarcó que, ante el bloqueo, la supervivencia pasaba por "establecer una base económica firme", lo que, en aquella coyuntura, solo cabía lograr de dos formas: mediante la paz –renunciando a su imperio– o con la guerra. Las opciones de Japón pasaban por conquistar las colonias y enfrentarse al veredicto de Estados Unidos –que, sin duda, les declararía la guerra– o, modificando la cronología, asestar un golpe fatal a la Flota del Pacífico, que Roosevelt había desplazado a Hawái desde San Diego. O un ataque frontal contra su objetivo último –las Indias Orientales, Ma-

Las enseñanzas de Port Arthur

Pearl Harbor constituye el perfecto ejemplo de ataque preventivo, una estrategia que Japón había ejecutado con éxito en la Guerra Ruso-japonesa de 1904-05. En aquella ocasión, la rivalidad de ambos imperios por Manchuria y Corea, irresoluble sobre la mesa de negociaciones, indujo a las fuerzas del almirante Togo a atacar, sin previo aviso, a la flota rusa apostada en Port Arthur, la noche del 8 de febrero de 1904. Su triunfo facilitó el desembarco de un primer contingente de soldados en la península de Corea al día siguiente. Más allá de evidenciar la crisis, o más bien el colapso, de la Rusia de los zares, el tratado de Portsmouth de 1905, que puso fin a las hostilidades, dio la bienvenida a un imperio emergente que, a pesar del inmenso coste económico de la guerra, pudo presumir de alcanzar sus objetivos militares. Gracias a aquel golpe de mano, Japón pudo establecer un protectorado en Corea (en 1910, se anexionó toda la península) y se quedó en arriendo la península de Liaodong, en el mar Amarillo, así como la base de Port Arthur, con el fin de tener un pie en el continente para arrostrar con mejores garantías una guerra en el futuro.

Si en Port Arthur había funcionado, ¿por qué no en Pearl Harbor? Las razones son múltiples y variadas, pero podrían resumirse en una sola: la Rusia de los zares no tenía nada que ver con el coloso americano.

lasia, Singapur, las Filipinas– o una operación de flanqueo que desbaratara el poder del guardián y árbitro del Pacífico, cuya capacidad de resistencia algunos subestimaron (no todos, ojo: el almirante Yamamoto pareció redactar dos meses antes de Pearl Harbor el guión de la derrota cuando señaló que Estados Unidos nunca dejaría de luchar). Si la guerra era inevitable, la lógica aconsejaba que, cuanto antes empezara, mejor, ya que, en esas circunstancias, Estados Unidos no dejaría de prosperar y Japón de debilitarse.

TAMBORES DE GUERRA

Tal como ha expuesto Jeffrey Record (*Japan's decision for war in 1941: Some enduring lessons*, 2009), "los líderes de Japón no querían la guerra contra Estados Unidos, pero hacia

Nomura (a la izda. de la imagen), embajador de Japón, a la salida de su entrevista con el presidente Roosevelt el 27 de noviembre de 1941.

ASC

el otoño de 1941 pocos hallaron otra alternativa aceptable. Creyeron que la invasión de los territorios controlados por británicos y holandeses en el Sureste asiático significaría la guerra, y se resignaron a ella". Al principio, qué duda cabe, el coste de sus campañas fue asumible, apenas unas miles de bajas entre Malasia y Birmania, pero la "aventura" no había hecho más que empezar. Sea como fuere, los tambores de guerra sonaban cada vez más fuertes, pero nadie conocía aún las coordenadas. El Real Ejército de las Indias Orientales Neerlandesas (KNIL), compuesto en su mayoría por indígenas, se aprestó para la acción, mientras que Filipinas, flamante base de la FEAF (Far East Air Force) de Estados Unidos, asumió que, si la guerra estallaba ya, no podría aguantar el choque.

Las puertas de la diplomacia seguían abiertas, pero apenas entraba luz por ellas. Conrad Hull deshilaba la madeja con la diplomacia nipona mientras ambas naciones se preparaban para lo peor. El 17 de agosto, Roosevelt comunicó al embajador Nomura, un hombre decente y buen amigo de Estados Unidos, que su gobierno daría carpetazo a las negociaciones si Japón no reculaba en su expansionismo. El imperio se comprometió a buscar la paz con China y pidió el restablecimiento de las relaciones comerciales con Estados Unidos, pero, a la vez, el ala más radical del Ejército Imperial boicoteó cualquier acercamiento, hasta el punto de que el ministro de Guerra, Hideki Tōjō, urgió a la declaración de guerra contra su némesis americana y Gran Bretaña.

EN NOVIEMBRE DE 1941, LA PAZ ERA UN ESPEJISMO Y LA RESPUESTA DE JAPÓN IMPREDECIBLE

El reloj corría en contra de todos. A finales de noviembre, la paz era un espejismo. El Jefe de Estado Mayor del Ejército, George Marshall, notificó al responsable de la defensa de las instalaciones americanas en Hawái, Walter Short, que, aunque la respuesta de Japón seguía siendo impredecible, no podía descartarse un acto hostil ("las cosas, automáticamente, van a suceder", decía el mensaje que interceptaron a los japoneses el 22 de noviembre) y que, en caso de que este fuera inevitable, su país no deseaba que las fuerzas americanas fueran las primeras en cometer un acto punible. No lo fueron, y a Short, uno de los chivos expiatorios del desastre de Pearl Harbor, lo destituyeron y degradaron por su supuesta negligencia. En 1999 el Senado rehabilitó su nombre.

ALBERTO DE FRUTOS
Periodista y escritor

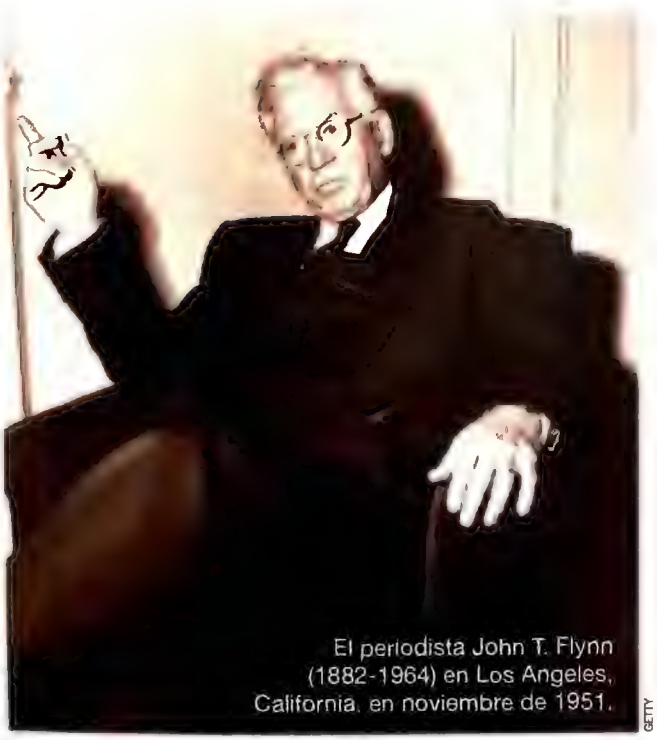
¿UN
ATAQUE
SORPRESA?
80 años de
secretos

Explosión del USS Shaw durante el ataque japonés a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941. El destructor fue reparado y sirvió en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

SHUTTERSTOCK

El 7 de diciembre de 1941 fue un día para la ignominia, y una fecha grabada a fuego en la memoria del pueblo estadounidense. Tuvo lugar el implacable ataque japonés a Pearl Harbor, en el Pacífico, y a causa del mismo cambiaba el rumbo de la Segunda Guerra Mundial, con la entrada de la nación de las barras y estrellas en la contienda, y con él el desarrollo de la propia historia contemporánea. Al día siguiente del bombardeo, que se saldó con la pérdida de 188 aeronaves, 2.403 muertos y, al menos, 1.178 heridos estadounidenses, el presidente Franklin Delano Roosevelt, en un discurso a la nación magnánimo y grandilocuente, de esos que se estudian en la universidad, calificó el ataque como el "Día de la Infamia" y declaró la guerra a Japón: "Ayer, 7 de diciembre, Estados Unidos de América fue atacado repentina y deliberadamente por fuerzas navales y aéreas del Imperio de Japón". Sin embargo, no todos creen que fuera de forma tan 'repentina'.

Varios días después, la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini hacían lo propio, declarando la guerra a la que ya era la primera potencia mundial, que se blindaría con la victoria contra la Alemania de Hitler y el Japón imperial cuatro años después. Y a 80 años vista, se mantiene firme la leyenda negra, origen de diversas teorías alternativas en torno a las verdaderas razones del ataque y al conocimiento –o desconocimiento– de Washington sobre lo que iba a suceder en el 'puerto de perlas' sito en O'ahu, la isla más poblada de Hawái, reconvertido tras la incursión de 353 aparatos aéreos de la Armada Imperial japonesa en un enclave humeante regado de escombros y cadáveres.



El periodista John T. Flynn (1882-1964) en Los Angeles, California, en noviembre de 1951.

GETTY

Pero ¿tiene consistencia la hipótesis de un complot urdido en los pasillos de la Casa Blanca? Uno de los principales (y primeros) impulsores de la hipótesis del complot fue el periodista estadounidense John T. Flynn, uno de los mayores opositores a Roosevelt y contrario a la entrada del país en la Segunda Guerra Mundial. Cofundador del America First Committee, una organización pro no intervención, en septiembre de 1944 lanzó una narrativa alternativa de los hechos cuando publicó un panfleto de 46 páginas titulado *La verdad acerca de Pearl Harbor*, sembrando el camino de la sospecha.

No fue el único. Otros escritores y ex altos cargos estadounidenses hicieron hincapié en el mismo sentido, como el periodista y veterano de guerra Robert B. Stinnett, y mucho antes, el contraalmirante retirado de la Marina de EE UU Robert Alfred Theobald, que en 1954 mandaba a imprenta *El secreto final de Pearl Harbor: la contribución de Washington al ataque japonés*; también el historiador norteamericano Harry Elmer Barnes, conocido por su revisionismo histórico y su negacionismo del Holocausto, o el historiador de la misma nacionalidad Richard F. Hill, autor de *Hitler Attacks Pearl Harbor. Why United States Declared War on Germany*, publicado en 2003.

LA INVESTIGACIÓN OFICIAL

En cuanto a las pesquisas oficiales, el gobierno estadounidense realizó nueve investigaciones entre 1941 y 1946, y una décima en abril de 1995, cuando tuvo lugar la audiencia Thurmond-Spence, cuyo resultado sería el *Informe Dorn*. La primera fase de la investigación oficial la llevó a cabo el secretario de Marina, periodista y escritor Frank Knox, el mismo mes de diciembre de 1941. Knox fue el primero que recibió en Washington la noticia del bombardeo en Hawái. Reaccionó con sorpresa, pensando que era un error de transmisión y que realmente se refería a Filipinas o Singapur, pero el cable rezaba: "Ataque aéreo, Pearl Harbor... Esto no es ningún ejercicio". Inmediatamente llamó al presidente Roosevelt, que se encontraba almorzando en el Despacho Oval con uno de sus principales asesores,

El gobierno estadounidense realizó nueve investigaciones sobre Pearl Harbor entre 1941 y 1946, y una décima en abril de 1995

Harry Lloyd Hopkins (1890-1946), representante personal de Roosevelt en misiones en el extranjero, fotografiado durante un viaje a Inglaterra y Lisboa en enero de 1941.

Patrick N. L. Bellinger en octubre de 1943, cuando fue ascendido a vicealmirante.

El general George C. Marshall, Jefe del Estado Mayor de EE UU, en torno a 1946.

Harry Hopkins, secretario de Comercio hasta 1940. Durante las conversaciones con Japón en otoño de 1941, Hopkins había sido uno de los principales impulsores de mantener el embargo estadounidense sobre los puertos nipones, lo que para los partidarios de la confabulación forzó a Japón a atacar aún sabiendo que una guerra contra Estados Unidos no tenían forma alguna de ganarla.

Oficialmente, el presidente Roosevelt designó la llamada Primera Comisión Roberts para investigar y denunciar los hechos relacionados con el ataque a Pearl Harbor (para los partidarios del discurso alternativo, una cortina de humo). Fue denominada así porque estaba encabezada por el juez adjunto de la Corte Suprema de Estados Unidos Owen Roberts. Sus miembros encontraron a los comandantes de Pearl Harbor, el almirante Husband E. Kimmel y el general de División Walter Short, culpables de "incumplimiento del deber", y a su vez exoneraron al comandante de la Fuerza Aérea de Hawái, el mayor general Frederick L. Martin, y a su homólogo de la Marina, Patrick Nieson Lynch Bellinger.

Pero la más sonada fue una comisión colectiva del Congreso estadounidense en julio de 1946, de cuyas indagaciones resultaron 39 volúmenes de documentos. El periodista Jean Bernier dejó patentes sus dudas sobre las conclusiones de sus expertos: "Poncio Pilato y Perogrullo juntos no lo habrían hecho mejor. El secreto de Pearl Harbor pasaba de un oscuro grupito político al refrigerador de la historia". Fue un detonante más para que se escribieran varios libros revisionistas. Uno de los más prestigiosos historiadores contemporáneos que defendió cierto discurso paralelo de lo sucedido fue John Tolland, quien escribió en *Infamy: Pearl Harbor and its aftermath*: "Ese puñado de hombres, venerados y honrados por millones de personas, se convencieron a sí mismos de que era necesario faltar al honor por el bien de la nación y provocar la guerra que Japón había tratado de evitar".

La última investigación oficial fue llevada a cabo en el Senado estadounidense en 1999. Por aquel entonces, el miembro más veterano de la cámara era Strom Thurmond, que daría nombre a la comisión y quien tras la votación se refirió a Kimmel y a Short como "las dos víctimas finales de Pearl Harbor". Pero a pesar

UNA DE LAS TEORÍAS DEL COMPLOT SOSTIENE QUE ROOSEVELT TENÍA INFORMACIÓN SOBRE EL ATAQUE JAPONÉS ANTES DE QUE OCURRIERA

de las peticiones de muchos altos cargos, ni el presidente Clinton ni el presidente Bush se comprometieron a exonerarlos y devolverles el rango militar previo a ser destituidos de sus cargos el 15 de diciembre de 1941.

LA CASA BLANCA OCULTÓ INFORMACIÓN

En lo que concierne a Roosevelt, la teoría del complot se sustenta en que el presidente disponía de información privilegiada sobre la maniobra militar japonesa antes de que tuviese lugar. Investigaciones que salieron a la luz llevadas a cabo por el gobierno estadounidense recogen la interceptación de un mensaje radial tres días antes del bombardeo, un código en clave oculto bajo la falsa apariencia de un informe meteorológico que rezaba: "la ejecución de los vientos" (*winds execute*), una misiva que se conocería como "el mensaje del complot del bombardeo". Al parecer, de los miles de cables japoneses desclasificados, era el único que pedía información específica de los barcos anclados en la base de Hawái. Según el historiador Richard F. Hill, los criptógrafos llevaron rápidamente el mensaje a sus superiores, entre ellos al Jefe del Estado Mayor del Departamento de Guerra, el general George C. Marshall. Luego, el mensaje secreto habría llegado hasta Roosevelt. Dos

Un garrafal cúmulo de errores humanos

El escritor estadounidense Walter Lord, a diferencia de los defensores de la hipótesis del complot, atribuye el desarrollo de los acontecimientos a errores humanos que acabaron costando muy caros. A las 18:30 h de la víspera del ataque, cuando la flota japonesa se encontraba todavía a 800 kilómetros de Pearl Harbor, el teniente coronel George Bicknell, oficial del Servicio Secreto, llevó apresuradamente al comandante en jefe, general Walter Short, un mensaje cuando menos interesante y motivo de gran especulación hasta el día de hoy.

El FBI –cuyo servicio de decodificación no mantenía lo que se dice una buena comunicación con la inteligencia militar (otro hecho que facilitaría el bombardeo)– había interceptado una llamada de Tokio a un japonés de Honolulú pidiendo información sobre aviones, reflectores, barcos, situación climatológica... y flores. El interlocutor de Honolulú contestó lo siguiente: "En la actualidad, las plantas florecen menos que en cualquier otra época del año; sin embargo, los hibiscos y las flores de Pascua se han abierto ya". El autor señala que los dos oficiales se quedaron perplejos, pues no entendían la razón de que alguien hiciese una llamada tan costosa a través del Pacífico para hablar de flores; y en caso de tratarse de espionaje, ¿por qué se utilizaba para la conversación un medio tan fácil de interceptar como el teléfono? La razón que se ocultaba tras aquel extraño mensaje sigue rodeada de misterio, y la mayoría de investigadores cree que se trataba de algún tipo de clave de inteligencia para conocer dónde estaban los objetivos que debían bombardear las aeronaves japonesas en Hawái, lo que explicaría el éxito del bombardeo. Sea cual fuere la verdad, tanto Bicknell como Short decidieron, tras discutir durante una hora, dejar la decisión para el día siguiente.

Un error fatal, pero no el único. A las 3:42 h de la mañana siguiente, el pequeño dragaminas Cóndor avistó lo que parecía un periscopio cerca de la entrada al puerto. Se lo comunicó inmediatamente al destructor Ward, que patrullaba la zona, y este escudriñó el océano durante una hora, pero al no encontrar nada no avisó a las autoridades. El capitán pensó que había sido una falsa alarma. La estación naval radiofónica, que había escuchado las comunicaciones todo el tiempo, también calló, pues pensaron que si los otros barcos no informaban, que era su asunto, no debían notificarlo. Aquellos hombres, bien adiestrados y que después mostrarían su valía en combate, dejaron perder su gran oportunidad, pues el periscopio pertenecía realmente a un minisubmarino japonés. Y mientras el Cóndor y el Ward se intercambiaban las últimas señales, los primeros aviones enemigos despegaban desde su portaaviones, a 370 kilómetros de distancia.

Fotografía del ataque a Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941) tomada por uno de los 353 aviones japoneses (cazas de combate, bombarderos y torpederos) que intervinieron. A lo lejos, el humo se eleva desde Hickam Field.

Churchill, ¿el verdadero responsable?

Otra hipótesis apunta también a una traición, pero en este caso no por parte de Roosevelt y su Alto Estado Mayor, sino orquestada por su principal aliado occidental: el premier británico Winston Churchill. Es la teoría que sostiene el veterano autor e historiador estadounidense James Rusbridger en su ensayo *Traición en Pearl Harbor. cómo Churchill atrajo a Roosevelt a la Segunda Guerra Mundial.*

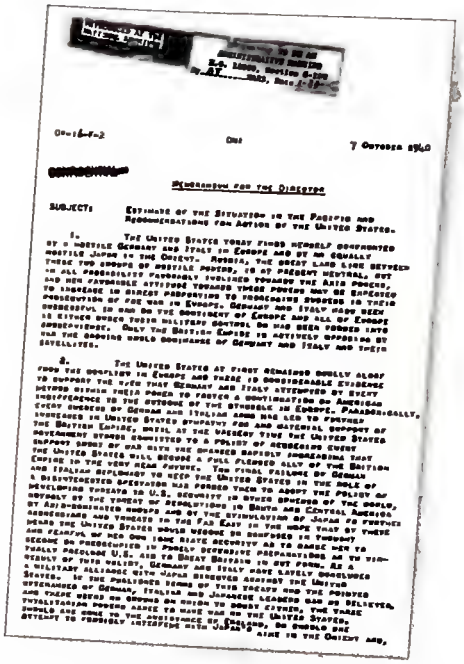
Es de sobra conocido que en los peores momentos de las islas, en "la hora más oscura", como definió Churchill al ataque aéreo nazi contra Gran Bretaña, EE UU fue el país que más apoyo (humano, logístico y armamentístico) brindo a los ingleses, a los que consideraban primos hermanos a pesar de viejos rencores y toda la sangre derramada (solo habían pasado 160 años desde que el país se independizase con las armas de la Corona británica). En 1991, el coautor del libro, Eric Nave, durante una entrevista rechazó gran parte de lo escrito por Rusbridger (quien moriría en 1994) tildando sus afirmaciones de "especulación". Aunque Churchill se refirió a su satisfaccion tras la decisión de Roosevelt de entrar en la guerra del lado aliado en el tercer volumen de su monumental ensayo *La Segunda Guerra Mundial* –"Saturado y saciado de emoción, me fui a la cama y dormí el sueño de los seguros y agradecidos"–, lo cierto es que esta idea del complot del primer ministro inglés no parece tener consistencia.

Durante una visita en Londres a las *Churchill War Rooms*, pude ver la recreación de su búnker y, también, el llamado 'Cuarto del Teléfono', una de las habitaciones más importantes del complejo, donde el líder británico tenía línea directa trasatlántica con Roosevelt. Pasaron muchas horas enganchados al teléfono, convirtiéndose, además de en aliados, en grandes amigos. ¿Gestaron un complot para derrotar juntos al nazismo? Nunca se sabe, aunque ninguna fuente parece indicar una conspiracion de tal calibre.

hombres que debían tener acceso directo a esa delicada información eran, precisamente, el contraalmirante Kimmel y el mayor general Short, los comandantes de Pearl Harbor. Pero nunca la recibieron. Hill habla de una conspiración deliberada para aniquilar Pearl Harbor. En el mismo punto incide el periodista Robert B. Stinnett, muerto en 2018, que trabajó como fotógrafo en la Segunda Guerra Mundial y es autor de *Day of Deceit: Truth about FDR and Pearl Harbor*, uno de los principales defensores de la llamada 'Teoría del conocimiento avanzado de Pearl Harbor'. En 2000, tras 17 años de investigaciones en los archivos de la Marina y entre documentos a los que muy pocos tenían acceso en virtud de la Ley de Libertad de Información, dijo haber descubierto que, además de los códigos diplomáticos de los japoneses (algo que se sabía desde hacía décadas), la inteligencia estadounidense había descifrado también, meses antes del ataque, el código ultrasecreto de la Marina japonesa, bautizado como '*Japanese Navy 25*' o simplemente como 'JN-25'. Para él, esto prueba que los asesores más cercanos a Roosevelt debían saber cómo y dónde ocurriría el ataque. Aquello reimpulsó la teoría de un complot gubernamental gestado en Washington, que reverbera hasta hoy.

Uno de los documentos más importantes a los que tuvo acceso Stinnett fue el llamado *Memorando McCollum*, que se desclasificó en 1994. El 7 de octubre de 1940, el teniente coronel Arthur H. McCollum, de la Oficina de Inteligencia Naval, presentó un memorando a los capitanes de la Armada Walter S. Anderson y Dudley Knox que detallaba posibles escenarios que podrían conseguir el efecto de provocar que Japón atacase a EE UU. El expediente contiene una línea que ha sido motivo de gran controversia: "Si por estos medios se puede inducir a Japón a cometer un acto de guerra manifiesto, mucho mejor".

El objetivo del presidente norteamericano –en lo que, de ser cierto, sería un acto de alta traición– era entrar en la guerra contra los nazis por la puerta de atrás. Y aunque desde entonces no han dejado de reverberar las hipótesis sobre la turbia actuación del demócrata, en 2008 la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés), tras analizar toda una serie de documentos liberados ese mismo año, concluyó que dicho mensaje nunca llegó a la Casa Blanca. Es más, se sabe que las decodificaciones de inteligencia que llegaron a la mesa de Roosevelt no fueron las originales. Así lo afirma



Página 1 del *Memorando McCollum*, enviado el 7 de octubre de 1940 (más de un año antes del ataque a Pearl Harbor).

el profesor Warren Kimball, que cree que la conspiración no se sostiene y que el mensaje del 'complot del bombardeo' no prueba nada porque no hay nada en el mismo que diga que "los aviones japoneses aparecerían sobre Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941".

Roosevelt moría el 12 de abril de 1945, tras el mandato más largo de la historia estadounidense, llevándose el secreto de Pearl Harbor a la tumba, y sin ver con sus ojos la victoria sobre la Alemania nazi y el Japón imperial. No obstante, está claro que la historia la escriben los vencedores, y los testigos directos de aquel ataque ya no existen. En abril de 2021 fallecía el último superviviente del bombardeo, el estadounidense Ray Chavez, a la longeva edad de 106 años. En enero se había reunido en la Casa Blanca con el presidente saliente, Donald Trump, otro partidario de la no intervención en guerras "extranjeras". Durante las entrevistas, Chavez siempre decía que "cada día de su vida" recordaba el ataque de 1941. Hace 80 años que allí sonaron las sirenas antiaéreas y la controversia permanece.

ÓSCAR HERRADÓN
Periodista y escritor

Ilustración que recrea el ataque a un portaaviones japonés durante la batalla de Midway (junio de 1942).

ACCIONES OFENSIVAS PARALELAS

re estas líneas, el general japonés Hideki Tojo (1885-
) fotografiado en 1942. Fue primer ministro de Japon
nte la Segunda Guerra Mundial, entre 1941 y 1944.

Acaban de atacar Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941. Pero ese no es el objetivo principal que llevan tanto tiempo preparando. En ataques simultáneos, los japoneses golpean en un perímetro de una vasta área que se extiende desde Pearl Harbor al golfo de Siam. En todo el frente occidental de ese arco, han incrementado sus fuerzas con miles de soldados veteranos de la larga campaña de China, que se dirigen en un primer y calculado paso a ampliar las fronteras de Japón hasta incluir todo el este y el sur de Asia.

Pearl Harbor, para el general Tōjō, no es sino un incidente en un día a partir del cual comenzará a reinar el *Dai Nippon* (la Nación del Gran Japón).

UNA GRAN PREPARACIÓN PREVIA

Pero ¿cuánto tiempo llevaban los japoneses preparando la guerra en el Pacífico? Ciertamente, los ataques simultáneos en las mañanas del 7 y 8 de diciembre de 1941 fueron la consecuencia de un amplio plan que necesitaba una exhaustiva preparación, elaborado al minuto y con todo detalle. Esas flotas y esos ejércitos no pueden ser desplegados en millones de kilómetros cuadrados de un momento a otro, ni tan siquiera en un mes.

Unas pocas horas después del comienzo del ataque sorpresa, los japoneses inmediatamente bombardean la isla de Mid-

Mapa del archipiélago de Hawái, formado por nueve islas y atolones en el Pacífico Norte. La isla más grande, Hawai (capital Honolulu), es la más oriental (dcha. del mapa) y la de Midway (territorio no incorporado de EE UU) es la más occidental (izquierda).

arcos de la Marina Imperial japonesa navegan hacia Hong Kong durante la batalla d Hong Kong, el 17 de diciembre de 1941.

way, que forma parte del archipiélago hawaiano, a 1.100 millas de Pearl Harbor. Luego atacan la isla de Wake a miles de millas, muy lejos, al oeste de Midway. También golpean la isla de Guam a 1.300 millas de Wake y, por supuesto, atacan las Filipinas.

La realidad es que Midway no llegó a ser un serio objetivo para la ofensiva japonesa hasta medio año después. Esta demora es uno de los mayores misterios de la estrategia japonesa, en palabras del comandante Walter Karian y del teniente Welbourn Kelley, autores del libro *Battle Report*, publicado por el Consejo de Libros en Tiempo de Guerra por Farrar and Rinehart, Inc, en 1944. Si los japoneses querían tomar Midway, hubieran encontrado las defensas de la isla mucho más débiles en el momento de atacar Pearl Harbor.

También, unas horas después del ataque a Pearl Harbor, son ocupadas las concesiones extranjeras en China de Tien-Sing, Sing-Tao y Wan-Tao y se ataca Hong-Kong, mientras la flota imperial se dirige al sur del mar de China y empieza a trazar una línea imaginaria hasta llegar a las costas de la península malaya en apoyo del general Yamashita, que se dirige a rendir a las tropas británicas comandadas por el general Pownall.

Yamashita ha partido desde sus bases en Indochina y Formosa y, en vez de las cuatro Divisiones que le aconsejan llevar, el comandante japonés elige llevar solo dos. Debe escoger entre una maquinaria

LOS ATAQUES JAPONESES SIMULTÁNEOS EN LAS MAÑANAS DEL 7 Y 8 DE DICIEMBRE DE 1941 FUERON LA CONSECUENCIA DE UN AMPLIO PLAN

El teniente general Henry Pownall rodeado de gente a su salida de la Oficina de Guerra, el 19 de noviembre de 1941.

de guerra pesada con mayor carga logística o una más ligera de equipaje con la mitad de necesidades de abastecimiento y mantenimiento, pero una mayor velocidad en la ejecución de movimientos y ataque. Elige lo segundo y no se equivoca. Son 30.000 soldados japoneses frente a más de 150.000 soldados ingleses, australianos, indios y malayos. Pero son 30.000 soldados más veloces, con bicicletas como arma escondida y pequeños carros de combate, instruidos para moverse por la selva y manteniendo intactas su capacidad de sorpresa, protección blindada y potencia de fuego.

Al día siguiente del ataque a Pearl Harbor, el día 8, es conquistada Shanghái y tienen lugar los primeros desembarcos en la costa tailandesa, llegando incluso Japón a desembarcar mucho más al sur, en Kota Bharu (en la Malaca británica).

El día 9 es fuertemente atacada Hong-Kong por 75 bombarderos, 40 de ellos de ataque en picado, y a las mismas horas se llega al acuerdo entre Japón y Tailandia por el cual los dos se comprometen a respetar su soberanía, a darse apoyo económico y a colaborar militarmente.

EL CAPÍTULO MÁS NEGRO DE LA HISTORIA NAVAL BRITÁNICA

Ese mismo día 9 los japoneses desembarcan en la isla de Guam, y a la vez se inicia una operación para cortar la retirada de las tropas británicas hacia el sur de la península de Malasia con un desembarco en Kuantan. Desde el norte, el avance japonés se desarrolla en tres direcciones; desde Kangar por el flanco oeste, hacia Lipis por el centro y desde Kota Bharu por el este.

Las tropas japonesas desembarcadas en Kuantan pretenden atacar el frente britá-

AL DÍA SIGUIENTE DEL ATAQUE A PEARL HARBOR, EL DÍA 8, ES CONQUISTADA SHANGHÁI Y JAPÓN DESEMBARCA EN LA COSTA TAILANDESA

nico por la retaguardia y cortar toda posibilidad de suministros que llegan desde Singapur a través de la línea férrea. La situación militar en la Malaca británica se torna crítica y, por ello, los británicos se deciden a enviar a su escuadra para evitar otros desembarcos más al sur.

Aceleradamente, su flota de Extremo Oriente, conocida como Fuerza Z, pone rumbo a Singapur. A mediodía del 8 de diciembre, el almirante Philips recibe los informes de los desembarcos en Singora, Pattani y Kota Bharu y considera que la flota no puede quedarse en Singapur, sino que tiene que ir en apoyo de las fuerzas británicas de tierra y aire que van a ser pronto copadas. La Fuerza Z está constituida por el acorazado Príncipe de Gales, el crucero de batalla Repulse y los destructores Vampire, Tenedo, Júpiter, Encounter, Stronghold, Express, Electra y Durban.

Ese mediodía del día 8 se convoca una reunión de mandos a bordo del acorazado Príncipe de Gales y se proyecta una operación de ataque a las naves japonesas que se dirigen a las áreas de desembarco en Kuantan para caer sobre ellas el día 10. Los informes revelaban que las fuerzas navales niponas disponían en la zona de desembarco del acorazado Kongo, de tres cruceros tipo Atago, otro tipo Kako y otro tipo Zintu; siendo su principal objetivo el acorazado Kongo, a quien quieren obligar al combate.

El almirante Philips –que no sabe que se dirigen a firmar sobre papel de agua el final del poder naval inglés en el mar desde Trafalgar– determina, para evitar los campos de minas, pasar por el este de las islas Anamba antes de arrumbar al norte. Ese 9 de diciembre el tiempo no acompaña, con un cielo cubierto de nubes bajas y chubascos; un tiempo gris que promete unos hechos aún más grises para la flota inglesa.

Nunca llegaron de vuelta a Singapur: a las 10:30 del día 10 ya localizan por radar aviones enemigos, y el almirante decide aproar al suroeste y aumentar la velocidad a 25 nudos. La flota británica no se espera esa reacción japonesa; a las 11:20 se produce un ataque con bombarderos a gran altura, unos 3.000 metros y en formación cerrada. Los buques abrieron fuego, pero los aviones no cambiaron su objetivo: el crucero de batalla Repulse. El segundo objetivo fue el acorazado Príncipe de Gales

El general Hideki Tojo dando un discurso en el aniversario de la entrada de Japón en la guerra; a la izda., el embajador alemán Eugen Ott.

El acorazado japonés Kongo fotografiado el 14 de noviembre de 1936.

y el ataque se produjo a las 11:44 por nueve aviones torpederos, siendo alcanzado por uno de ellos. A partir de ahí todos los ataques, hasta seis, tienen como objetivos el acorazado y el crucero de batalla. Torpederos en vuelo rasante logran impactar en los dos buques dejándolos sin gobierno y con averías tales que tienen que dar la orden a la dotación de abandonar los buques, cuyos supervivientes son recogidos por los destructores Electra y Vampire.
Para Churchill, esas dos horas entre las 11:20 y las 13:20 del día 10 de diciembre fueron de las más negras de la historia naval del Imperio británico.

MALASIA, HONG-KONG, INDONESIA...

Con el ataque a Pearl Harbor y la batalla naval de Malaca, Japón tiene el dominio del mar y ni ingleses ni norteamericanos están en condiciones de defender sus posiciones en la costa pacífica, permitiendo los movimientos en las costas de la península malaya y en el resto de archipiélagos.
Después de todos estos reveses, la situación no es muy favorable a las tropas aliadas. En Malasia continua la llegada de refuerzos a las zonas de desembarco; y por supuesto continúa la penetración norte-sur por parte de las dos divisiones del general Yamashita. En Wake, Guam y Midway las acciones aeronavales van causando sus efectos: el día 12 se rinde Guam y el día 24, tras una resistencia numantina, que ha pasado a la historia como una de las mayores gestas de la guerra, se rinde Wake.
Hong-Kong, bloqueada por tierra y mar, continuaba defendiéndose con sus 20.000 soldados de guarnición y el día 12 de diciembre se retiran hacia la parte china de la colonia, el barrio Kaelum, empujados por los japoneses que avanzan por la orilla izquierda del río de las Perlas. Pero el día 20 de diciembre los 625.000 habitantes de la isla no tienen agua y el número de bajas defensoras es muy grande y el mando británico decide firmar un armisticio. Sin Hong-Kong, es ya muy difícil intervenir sobre la fuerza marítima japonesa en el mar de China meridional.
Mientras tanto el avance por la península malaya progresa por sus tres ejes fundamentales, estableciéndose a finales de diciembre el frente según la línea Pe

CON EL ATAQUE A PEARL HARBOR Y LA BATALLA DE MALACA, JAPÓN ARREBATA EL DOMINIO DEL MAR A NORTEAMERICANOS E INGLESES

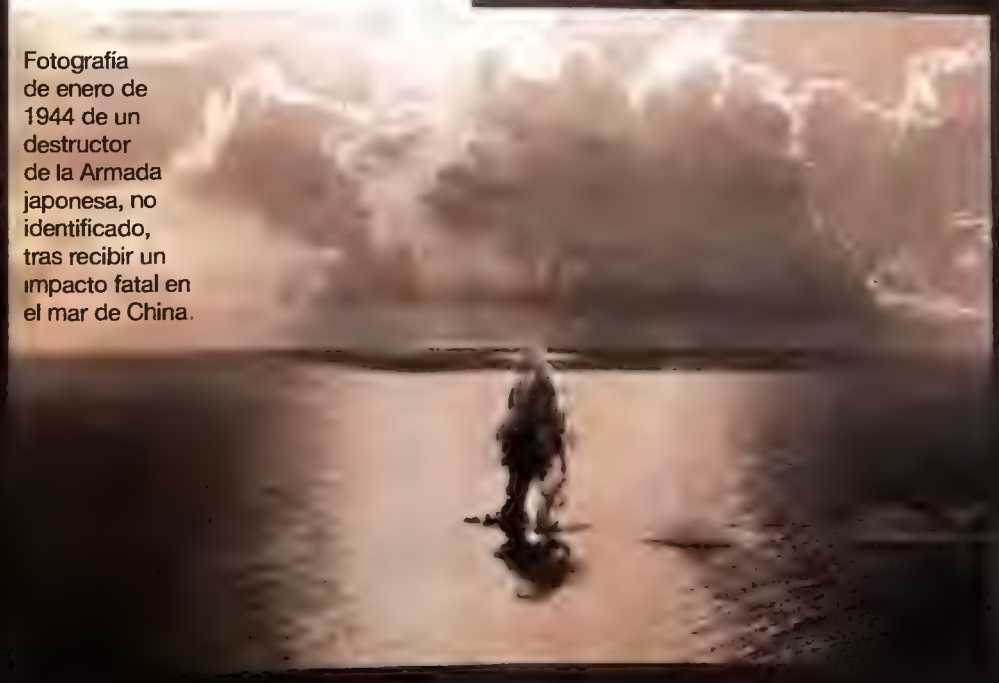
nang-Ipah-Kuantan, continuando con la marcha hacia el gran objetivo: Singapur. El ataque no se realizará por mar, donde les espera la artillería británica, sino por el lado de tierra donde las defensas son más débiles y, principalmente, defendidas por el foso que separa la isla del continente y por la espesa jungla.

Simultáneamente, continúan las invasiones en el área de Indonesia. En la isla de Luzón, las tropas japonesas desembarcan en Aparri y Legazpi y, apoyadas por la

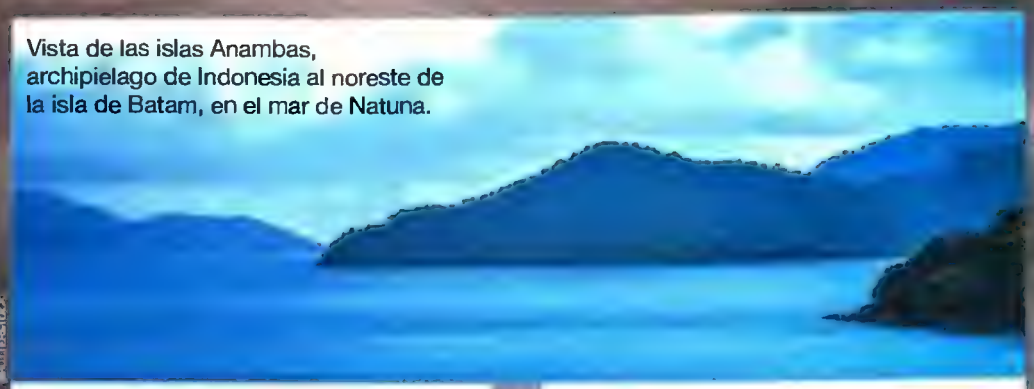
El botín del general Yamashita

El primero de febrero de 1942 comienza el asedio a Singapur principal bastión del Imperio británico en Oriente. Los japoneses a los seis días de su llegada, asaltan el islote de Purin y la noche del día 8 se lanzan sobre la fortaleza, atacando a todo lo largo del frente, mientras los defensores son machacados por la aviación. El día 15 la guarnición de Singapur depone las armas. La posición estratégica de la isla es única y, además de deshacer al Imperio británico en Oriente, no fue poco el botín recogido por Yamashita en la victoria: unos 300 cañones antiaéreos, 145 piezas de artillería instaladas en las fortificaciones, 63 lanzagranadas antitanques, 2.500 ametralladoras, más de 50.000 fusiles, 1.050 locomotoras y vagones y un gran número de toneladas de petróleo almacenadas en depósitos.

Han buscado durante mucho tiempo el tesoro escondido del general Yamashita, aunque el verdadero botín fue el que él ganó en Singapur.



Fotografía de enero de 1944 de un destructor de la Armada japonesa, no identificado, tras recibir un impacto fatal en el mar de China.



Vista de las islas Anambas, archipielago de Indonesia al noreste de la isla de Batam, en el mar de Natuna.

aviación, siguen penetrando en dirección a Manila. Los defensores de Filipinas, unos 50.000 hombres al mando del general Mac Arthur, sin apoyo aéreo, se ven obligados al repliegue. El 12 de diciembre efectúan un nuevo desembarco al sureste de Manila en la bahía de Lamón, quedando cortada la isla de Luzón, y el 19 desembarcan en Mindanao en el sector de Davao, el 22 en la bahía de Lingayen y el 25 en Vigam, ambas en Luzón. Mac Arthur apenas tenía fuerzas aéreas y el poder naval aliado se reducía a unos cuantos destructores y submarinos al mando del almirante Hart, ciñéndose su capacidad de ataque a los submarinos y lanchas torpederas. El 3 de enero entran las primeras tropas japonesas en Manila y se declara "ciudad abierta".

Al final de año, los japoneses preparan sus proyectados ataques sobre Menado, Kema y Kendari en las islas Célebes y Tarakan en Borneo, para avanzar después sobre las islas del sur a través de los estrechos de Molucas y Makasar, quedando muy cerca y en peligro la seguridad de Australia. Por eso, fuerzas holandesas y australianas, el día 17 de diciembre, invaden la zona oriental de Timor, de soberanía portuguesa. El 20 de febrero, los japoneses se deciden a tomar Timor estableciendo dos cabezas de desembarco en Koepang (Timor holandés) y Dilly (Timor portugués), ocupándola.

EL ASEDIO A SINGAPUR

Empieza el primero de febrero. Inicialmente los japoneses asaltan el islote fortificado de Purin, situado en el estrecho de Johorey, y en la noche del día 8 se lanzan sobre Singapur. El dique que enlaza con la isla es ocupado, realizándose varios desembarcos.

Ataque a la isla de Wake

El 8 de diciembre de 1941, cinco horas despues del bombardeo sobre Pearl Harbor, los aviones japoneses empiezan su ataque a la isla de Wake, un remoto lugar del Pacífico donde tenía su base una pequeña guarnicion militar norteamericana.

Si hay alguna historia heroica durante la II Gu rra Mundial, esa es la batalla por la isla de Wake, porque quienes combatieron en ella convirtieron con su valor, capacidad de resistencia y fortaleza una derrota en victoria. El coronel James P. S. Devereux, que capitaneó el destacamento de los marines desplegados en Wake, contó esos combates en el libro *The Story of Wake*, publicado originalmente en 1947. Durante dieciséis terribles dias aguantaron durísimos bombardeos, combatieron cuerpo a cuerpo contra un número muy superior de enemigos y consiguieron hundir un gran número de embarcaciones enemigas haciéndolas retroceder. Fue la primera vez que el Ejército japonés se retiraba. Wake, a la larga, cayó en manos japonesas, pero demostró lo que unos soldados con voluntad de vencer pueden lograr.

Un escuadrón de la 25ª División de Infantería de EE UU se aproxima a las posiciones japonesas cerca de Baguio, en la isla de Luzón (Filipinas), en marzo de 1945.

El general Yamashita avanza desde el norte en la frontera con Birmania y Tailandia hasta Singapur; en febrero de 1942, toda la península malaya es suya

La guarnición australiana va replegándose hacia el sur para proteger la ciudad portuaria, y el día 11 de febrero toman los nipones el monte Biskit desde el que se domina Singapur. La lucha dura cuatro días más, hasta que el 15 de febrero la ciudad depone las armas. La campaña del general Yamashita ha corrido desde el norte en la frontera con Birmania y Thailandia hasta Singapur. Toda la península malaya es suya.

Los éxitos militares alcanzados por Japón en 24 días con todas las acciones ofensivas paralelas no entraban siquiera en sus cálculos más optimistas. Ahora los aliados debían recomponerse, si Japón les daba tiempo para ello, para que la maquinaria industrial norteamericana dejase oír su sonido en el Pacífico.

NORBERTO RUIZ LIMA
Teniente coronel del Ejército de Tierra, escritor, filólogo y director del periódico *Tierra*

BIBLIOGRAFÍA:
-*Battle Report. Pearl Harbor to Coral Sea.* Walter Karig (commmander USNR) & Welbourn Kelley (liutenant). Council on Books in Wartime, Farrar & Rinehart, 1944.
-*Pearl Harbor Attack. Hearings before the Joint Committee on the Investigation of the Pearl Harbor Attack.* Congress of the United States.
-*Después de Pearl Harbor.* Bill Sloam. Editorial Crítica, 2003.
-*Recordad Pearl Harbor.* Manuel Leguineche. Editorial Temas de Hoy, 2001.

CHOQUE DE FUERZAS

La Armada Imperial japonesa contra el coloso dormido

Antes del ataque a Pearl Harbor, Japón llevaba décadas construyendo una flota de guerra poderosa que afianzase su presencia dominante en el Pacífico frente a otras potencias, especialmente Estados Unidos. Las victorias militares obtenidas por el Imperio del Sol Naciente en la primera guerra contra China de 1894 y en el conflicto ruso-japonés de 1904 habían servido como carta de presentación de una potencia naval en auge que estaba dispuesta a hacerse respetar en su área de influencia. La Primera Guerra Mundial, en la que Japón luchó contra las Potencias Centrales, alentó un ambicioso programa de construcción naval que sirvió como instrumento de una política expansionista en la región. El impulso de la ingeniería naval permitió a Japón disponer, en un plazo relativamente corto de tiempo, de la tercera flota de guerra del mundo, solo superada por la Royal Navy y la US Navy.

UNA ARMADA FORMIDABLE

Este desarrollo, discreto pero imparable, sorprendió al resto de potencias occidentales, que asistieron con preocupación al rearme naval nipón. En los despachos de Washington y Londres, los analistas advirtieron de una posible amenaza a la que había que poner coto antes de que fuera demasiado tarde. Las presiones internacionales forzaron la firma del Tratado

SHUTTERSTOCK

ASC

Los aviones se preparan para despegar desde el portaaviones Akagi de la Armada Imperial japonesa para el ataque a Pearl Harbor, Hawái, el 7 de diciembre de 1941.

Naval de Washington de 1922, por el que se intentó limitar una carrera armamentística que pudiera poner en peligro la hegemonía anglosajona en los océanos del mundo bajo el eufemismo de que se quería evitar una nueva guerra. Las autoridades japonesas aceptaron a regañadientes los principios del acuerdo y tuvieron que desguazar algunos de sus nuevos y poderosos acorazados a punto de realizar las pruebas de mar, todo por mantener unas apariencias que tal vez les permitieran ganar un poco más de tiempo.

Las limitaciones establecidas por el Tratado de Washington forzaron a los japoneses a aguzar el ingenio para mantener sus planes de expansión de la flota. En este sentido, fueron pioneros a la hora de ver las posibilidades que ofrecía el portaaviones, un nuevo tipo de buque de guerra que acabaría desplazando al acorazado como dueño de los océanos. Decididos a aprovechar el trabajo y tiempo invertidos, en 1921 botaron el Hōshō, diseñado en principio como un crucero y considerado como el primer portaaviones de la historia naval. Este barco reconvertido sirvió como plataforma de pruebas para poner en práctica las nuevas tácticas impulsadas por el almirante Yamamoto, teórico de la proyección del poder aeronaval, y entrenar a los primeros pilotos embarcados para atacar a los buques de superficie.

El Primer Programa de Rearme Naval Japonés, también conocido como plan Círculo Uno, fue aprobado por el Ejecutivo japonés en noviembre de 1930 y supuso un considerable refuerzo de la Armada Imperial al financiar la construcción de 40 nuevos buques de guerra de última generación. En 1934 se dio luz verde al Segundo programa o Círculo Dos, que concedió fondos adicionales para otros 48 barcos.

Al mismo tiempo que los astilleros japoneses trabajaban a pleno rendimiento para cumplir los planes de producción, se puso especial cuidado en el adiestramiento de los oficiales y tripulaciones de los barcos de guerra. La instrucción de los marineros hacía hincapié en un duro entrenamiento en el que se exigía de los hombres obediencia absoluta y predisposición para el sacrificio por el emperador. Los errores o la falta de disciplina se penaban con castigos físicos y largos arrestos. Para la oficialidad la vida en el mar no era menos dura, pero se alentaba la capacidad de aportar ideas y la resolución a la hora de tomar decisiones. Sin embargo, nunca debían ponerse en duda las órdenes de un mando superior. Bajo estas premisas, que fomentaban el trabajo en equipo para cumplir con éxito la misión, las tripulaciones de los barcos formaban parte de un engranaje perfectamente engrasado para el combate.

JAPÓN TIRARÍA DE INGENIO PARA MANTENER LA EXPANSIÓN DE SU FLOTA TRAS EL TRATADO DE WASHINGTON

Gracias a la eficaz política militarista de rearme naval, en vísperas del ataque a Pearl Har-

bor la Armada Imperial japonesa contaba con una temible flota que no dejaba de expandirse. La detallada planificación del ataque incluía la participación de los grupos aéreos embarcados de los portaaviones Akagi, Kaga, Sōryū, Hiryū, Shōkaku y Zuikaku, escoltados por una impresionante escuadra de superficie compuesta por dos acorazados, dos cruceros pesados, otro ligero y una decena de destructores, sin contar con la flotilla de avanzados submarinos que merodeaban acechando a las aisladas presas norteamericanas.

Al margen de las unidades que participaron directamente en el ataque, la Armada nipona disponía en esos días de más de una docena de gigantescos acorazados, diez portaaviones terminados o en diferentes fases de construcción, junto a medio centenar de cruceros pesados y ligeros, sin contar un sinnúmero de buques menores. Los mandos japoneses estaban convencidos, en un error de cálculo que tendría desastrosas consecuencias, que esta flota de guerra sería suficiente para doblegar a los norteamericanos en una rápida campaña con el Pacífico como escenario. Sin embargo, pronto se reveló como claramente insuficiente en lo que fue una larga guerra de desgaste.

PODER AÉREO

El desarrollo de la industria aeronáutica militar japonesa fue parejo al de la Armada Imperial. La presencia de aviones embarcados en los buques de guerra nipones se remontaba a los primeros años del siglo XX, con la presencia de primitivos hidroaviones en sus cubiertas. En los años siguientes, la creciente importancia de los portaaviones impulsó el diseño de aparatos propios adaptados a las necesidades de la nueva guerra aeronaval.

En lo que se refiere al perfeccionamiento de la aviación naval, el Círculo Uno también se concentró en la aplicación de las últimas tecnologías en el diseño de nuevos aparatos, especialmente hidroaviones de ataque que pudieran ser catapultados desde las cubiertas de los acorazados, pero especialmente en aparatos que operasen desde portaaviones. Los planificadores dedicaron especial interés al entrenamiento de pilotos en tácticas de bombardeo en picado y lanzamiento de torpedos. El Círculo Dos ordenó la creación de ocho nuevos grupos aéreos navales que debían reforzar los 14 ya existentes.

A finales de 1941, el Servicio Aéreo de la Armada Imperial, rama de las fuerzas armadas japonesas que llevó el peso del ataque a Pearl Harbor, contaba con casi 2.000 modernos aviones de primera línea, entre cazas, bombarderos en picado y torpederos. La mayoría de sus pilotos, especialmente los de cazas, eran curtidos aviadores con amplia experiencia en combate adquirida en los cielos de China. El núcleo de

Cinco bombarderos estadounidenses Helldivers de la flota pacífica regresan a sus portaaviones tras atacar Haha Jima y Chichi Jima, a 600 millas al sur de Tokio.

GETTY

su organización operativa era la Kidō Butai (Fuerza Móvil), que integraba al grueso de sus portaaviones y que permitía el intercambio de escuadrones completos entre los buques, lo que facilitaba su cohesión y aumentaba su fuerza de ataque.

El grueso de las oleadas de aviones japoneses lanzadas contra Pearl Harbor estaba formado por tres modelos concretos con misiones específicas. El Aichi D3A, conocido por los aliados con el nombre en clave de "Val", era un bombardero en picado embarcado que tuvo el privilegio de ser el primer aparato nipón en atacar un objetivo norteamericano en la campaña del Pacífico. Tripulado por un piloto y un artillero, podía transportar una bomba de 250 kilos bajo el fuselaje o dos bombas de 60 kilos en cada ala. Con una autonomía de vuelo de casi 1.500 kilómetros y una velocidad punta de 450 kilómetros por hora, el Aichi D3A fue el avión japonés que más barcos aliados hundió durante la guerra.

El Nakajima B5N "Kate" constituyó la espina dorsal de la flota de aviones torpederos del Servicio Aéreo de la Armada Imperial. Con una tripulación de tres hombres, el piloto iba en el asiento delantero de la carlinga y el navegante y bombardero estaba situado en el central, mientras que el operador de radio iba detrás y también estaba encargado del manejo de una ametralladora defensiva. Considerado en su tiempo como el mejor avión torpedero del mundo, el "Kate" podía alcanzar una velocidad de 380 kilómetros por hora y tenía una autonomía de casi 2.000 kilómetros. Podía transportar un torpedo del Tipo 91 y en su configuración como bombardero una bomba de 800 kilos.

Pero si hubo un avión japonés que destacó en el ataque a Pearl Harbor y en toda la campaña del Pacífico ese fue el Mitsubishi A6M "Zero-sen". Considerado el mejor caza embarcado hasta la llegada, a finales de 1943, del avión norteamericano Grumman F6F "Hellcat", pronto reveló sus impresionantes cualidades. Caza de gran radio de acción y excelente maniobrabilidad, adquirió fama en combates aéreos cerrados, situaciones en las que prácticamente no tenía rival. Armados con dos ametralladoras montadas sobre el morro y otras dos en las alas, los "Zero" eran un arma letal en manos de los experimentados aviadores que los pilotaban.

PROTAGONISTA EN PEARL HARBOR, EL MITSUBISHI A6M O "ZERO-SEN" NO TENÍA RIVAL EN COMBATES AÉREOS CERRADOS

No existe unanimidad entre los historiadores militares a la hora de fijar con precisión el número total de aviones japoneses lanzados contra Pearl Harbor. Las cifras varían dependiendo de las distintas fuentes y oscilan entre los 390 y los 432 aparatos, contando a los que forma-

Bombarderos Aichi D3A1 Tipo 99 de la Armada japonesa a punto de despegar de un portaaviones en la mañana del 7 de diciembre de 1941.

Un caza Grumman F6F-3 Hellcat de la Armada de EE UU a bordo del USS Yorktown (CV-10), el 20 de noviembre de 1943. Su misión era atacar objetivos en las islas Marshall para cubrir los desembarcos en Gilberts.

ron parte de las oleadas que participaron en el ataque y los que realizaron misiones de patrulla defensiva de la flota. Entre las tripulaciones ni ponas se repartieron fotografías de la base nor teamericana dividida en cuadrantes, donde se indicaba la zona concreta que cada piloto debía atacar. Los bombarderos y torpederos debían lanzarse contra portaaviones y acorazados co mo objetivos preferentes, mientras que los ca zas debían concentrarse en ametrallar los cam pos de aviación y destruir en tierra los aparatos enemigos para impedir un contraataque.

PEARL HARBOR: AGRADABLE DESTINO

A principios de la década de los cuarenta, la gigantesca base aeronaval de Pearl Harbor, resguardada en una laguna costera en la isla de Oahu en Hawái, era un agradable destino para los oficiales y marinos de la US Navy destinados allí. Cercana a la localidad de Pearl Ci ty y situada al oeste de Honolulu, la capital del archipiélago, constituía un excelente puerto natural para los navíos de la confiada Flota del Pacífico de Estados Unidos.

En sus instalaciones y alrededores, mandos na vales y del Ejército, tripulaciones de los barcos, aviadores y soldados de la guarnición disfruta ban del clima benigno y la hospitalidad local en un ambiente luminoso y colonial en el que se vivía una disciplina relajada que invitaba a dejarse llevar. A finales de 1941 nadie parecía estar excesivamente preocupado por la escalada de tensión con Japón, aunque en Washington se elevaban algunas voces que advertían del rearme naval nipón. Para los más escépticos, se trataba de temores infundados de los que se hacían eco los más agoreros. Sin embargo, sobre Pearl Harbor hacía tiempo que soplaba una inquietante brisa que no tardaría en convertirse en un huracanado viento de guerra.

En aquel tiempo, Hawái todavía no tenía la categoría de estado de la Unión. El territorio del archipiélago había sido anexionado por Estados Unidos en 1898, suprimiendo la monarquía local que hasta entonces había regido su gobierno. Desde un primer momento, las autoridades norteamericanas supieron ver el valor estratégico que las islas podían tener para sus planes de expansión por el Pacífico y decidieron construir una gran base naval que diera cobertura a sus buques de guerra. De esta forma, lo que en principio fue un apostadero de carbón para abastecer las calderas de los barcos de vapor se acabó convirtiendo en una estación aeronaval de primer nivel mediante la compra y expropiación de terrenos.

Tras la ampliación y dragado de los canales, se

Fotografía aérea de Pearl Harbor (Hawái) poco antes del ataque japonés de diciembre de 1941.

GETTY

construyeron un astillero y un arsenal que cambiaron el perfil del paisaje. El perímetro de la base se amplió con almacenes, talleres, depósitos de combustible, hospitales. barracones para la guarnición y pistas de aterrizaje, instalaciones que le dieron el aspecto de una ciudad en la que convivía el personal de la US Navy y del Ejército junto a sus familias. En este proceso de transformación se produjeron varios hitos. El 28 de mayo de 1903 recaló en la base el USS Wisconsin, el primer acorazado que entraba en la dársena del puerto. En 1917, la isla Ford, situada en el centro de Pearl Harbor, fue comprada por el Gobierno federal para establecer un campo de aviación militar de uso compartido entre la Fuerza Aérea del Ejército de EE UU y la US Navy, pistas que debían servir para el desarrollo del poderío aéreo, especialmente el de la aviación naval. Desde finales de los años treinta, esta isla albergó un fondeadero para barcos de gran porte y una base de mantenimiento de submarinos. Hasta el ataque japonés, los únicos hechos dramáticos que vivió la base fueron un brote de peste bubónica en 1900 y el derrumbe de la estructura de un dique seco en 1913.

A COMIENZOS DE 1941, LA BASE DE PEARL HARBOR (HAWÁI) ERA UN AGRADABLE DESTINO PARA LA US NAVY

DESPREVENIDOS

A pesar del clima de relajación que se vivía en Pearl Harbor, el potencial de la flota japonesa era un peligro latente que nadie podía ignorar y que acabó forzando la adopción de medidas preventivas. En una fecha tan temprana como el 1 de febrero de 1933, la Marina de Estados Unidos organizó un simulacro de ataque a gran escala contra la base que debía servir para poner a prueba la capacidad de reacción del personal encargado de su defensa. Sin embargo, este ejercicio no tendría continuidad en años posteriores a pesar del empeoramiento de la situación.

La invasión japonesa de la Indochina francesa en 1940 supuso un aumento de la tensión entre las dos potencias y, ante los informes de inteligencia que advertían de una posible acción hostil contra intereses norteamericanos en la región, en mayo de ese mismo año el presidente Franklin D. Roosevelt ordenó trasladar el cuartel general de la Flota del Pacífico desde San Diego a Hawái como gesto de disuasión ante un posible ataque nipón. Al mismo tiempo, se ordenó reforzar las defensas de las Filipinas para prevenir una ofensiva en Extremo Oriente. A esas alturas, la mayoría

de los analistas estaban convencidos de que en caso de que los japoneses decidieran ir más lejos en su amenaza atacarían antes las bases norteamericanas del archipiélago filipino. En las oficinas de los estrategas del Departamento de Marina en Washington, nadie con autoridad se planteaba que los japoneses se atrevieran y fueran capaces de atacar un objetivo tan lejano como Pearl Harbor.

Algunos de los más confiados eran el almirante Husband E. Kimmel, comandante de la Flota del Pacífico con base en Hawái, y el general Walter Short, jefe de las defensas militares terrestres y aéreas del archipiélago. Ambos mandos se habían dejado contagiar por el clima relajado que se vivía en la base y desoyeron las advertencias de Henry L. Stimson, secretario de Guerra y hombre que conocía bien Extremo Oriente por haber desempeñado el cargo de gobernador general en Filipinas.

Ante el aumento de las acciones bélicas japonesas, Stimson recomendó intensificar los vuelos de reconocimiento, incrementar el nivel de alerta de las unidades aéreas desplegadas y mejorar el entrenamiento y mantenimiento de las defensas antiaéreas. Sin embargo, el almirante Kimmel y el general Short consideraron estos consejos innecesariamente alarmistas y decidieron no adoptar ningún tipo de medida tendente a incrementar la protección de la base.

El acorazado estadounidense USS Wisconsin (BB-64) fotografiado en alta mar entre 1988 y 1991.

ASC

Ambos militares tenían bajo su mando una fuerza formidable que en un exceso de confianza les hacía sentirse invulnerables. En el momento de producirse el ataque contra Pearl Harbor, en su puerto había atracados ocho acorazados, entre ellos el USS Arizona, buque que había entrado en servicio durante la

Bombardeo en picado

La Guerra del Pacífico introdujo una serie de nuevas tácticas y de innovaciones tecnológicas que, sin lugar a dudas, revolucionaron el combate aeronaval. El pistoletazo de salida fue el bombardeo de Pearl Harbor, en el que los japoneses tuvieron la oportunidad de poner en práctica muchas de ellas. En el transcurso del conflicto bélico que enfrentó al Imperio del Sol Naciente contra Estados Unidos, ambos bandos se especializaron en el bombardeo en picado para alcanzar con letal precisión a sus presas en el mar. Mucho más efectivo que el bombardeo nivelado, exigía de los pilotos un alto grado de habilidad y sangre fría a los mandos de sus aviones para acertar a los escurridizos blancos navales.

Elegido su objetivo sobre la superficie del mar, el aviador picaba su bombardero desde aproximadamente 4.000 metros de altura, en un ángulo de unos setenta y cinco grados, con la carlinga abierta para poder escapar en caso de ser alcanzado por el fuego antiaéreo. Entonces desplegaba sus *flaps* para retardar la aceleración antes de lanzarse en un vertiginoso descenso en vertical que duraba menos de un minuto. Apuntando a su objetivo con el morro del avión, accionaba sus alerones para ajustarse a la fuerza del viento y centrar la posición del barco que iba a atacar. Al llegar a los 600 metros, soltaba una bomba que caía con una impresionante fuerza cinética de impacto, para después elevarse bruscamente en una maniobra estremecedora que exigía nervios de acero. El piloto se veía entonces sometido a una fuerza centrífuga que lo pegaba a su asiento y que podía superar los 6G. Estos arriesgados ataques eran altamente efectivos y ponían los pelos de punta de las tripulaciones de los barcos atacados.

Un Boeing B-17E en pleno vuelo (1942).

Primera Guerra Mundial, el USS Oklahoma, otro veterano de la Gran Guerra que había evacuado a ciudadanos norteamericanos al comienzo de la Guerra Civil española, y el USS Nevada, el único que consiguió zarpar bajo el fuego enemigo en un intento por ponerse a salvo. A estos buques, integrados en las llamadas Divisiones de Acorazados de la Flota del Pacífico, había que añadir ocho cruceros, una treintena de destructores, cuatro submarinos y medio centenar de barcos menores, abarloados en el puerto y en la laguna interior de Pearl Harbor. Por fortuna, no había ninguno de los portaaviones que los japoneses habían esperado encontrar, principal objetivo del ataque. El USS Saratoga se encontraba en San Diego, mientras que su gemelo el USS Lexington navegaba con rumbo a Midway transportando aviones de la Marina. El USS Enterprise, el último de los portaaviones de la terna que tenía su base en Pearl Harbor, regresaba a Hawái después de entregar una escuadrilla de aviones en la isla Wake cuando fue informado en directo del ataque japonés. Algunos de sus bombarderos y cazas consiguieron despegar para interceptar al enemigo, con la mala fortuna de ser recibidos por fuego amigo al ser confundidos con aparatos nipones, confusión que costó el derribo de varios aviones. Si los japoneses hubieran destruido estos portaaviones, posiblemente el resultado final de la campaña del Pacífico hubiera sido muy distinto.

En la Naval Air Station de Ford Island y en las bases aéreas de Hickam Field, Wheeler Field y Bellows Field se concentraban los casi 400 aviones destinados en Pearl Harbor. La mayoría eran cazas P-40 "Warhawk" y P-36 "Hawk" de la USAAF, estacionados en las pistas sin adoptar ningún tipo de medidas para protegerlos. A ellos había que añadir varios bombarderos e hidroaviones de la Marina aparcados indefensos. Una docena de bombarderos de largo alcance B-17 "Flying Fortress", que habían hecho escala en su vuelo del continente a las Filipinas, también fueron cogidos por sorpresa. Durante el ataque, tan solo unos pocos cazas norteamericanos consiguieron despegar para interceptar a los aparatos japoneses concentrados en destruir los aviones en tierra.

Mientras el cielo límpido de Oahu se cubría

La base aérea estadounidense de Hickam Field, en Honolulu (Hawái), fotografiada en 1940.

El USS Franklin el 19 de marzo de 1945, tras ser atacado por un bombardero en picado japonés que anotó dos impactos con bombas perforantes.

GETTY

Coreografía milimétrica

La importancia adquirida por los portaaviones en el Pacífico exigió de sus tripulaciones un alto grado de entrenamiento que tenía su más fiel reflejo en las cubiertas de vuelo de estos auténticos colosos del mar. El ataque a Pearl Harbor puso a prueba a las dotaciones de los navíos japoneses que lanzaron el ataque.

La acción sobre las atestadas cubiertas de vuelo, en las que se amontonaban aviones, equipos, municiones y hombres, requería una coordinación de los distintos servicios que colaboraban estrechamente en preparar los aparatos embarcados para facilitar su rápido despegue y evitar accidentes, circunstancias que en los momentos álgidos de la batalla podían resultar dramáticamente decisivas, como los japoneses no tardarían en comprobar en la batalla de Midway.

Sobre el entarimado de la pista de despegue, cada marinero tenía una función muy específica, mientras se movían ágilmente entre los tractores de arrastre que transportaban bombas y torpedos. Bajo el ensordecedor ruido de las hélices y en medio del fragor de los despegues continuos, se desarrolló un preciso código de gestos y señales que servían para transmitir las órdenes exactas, elementos de una entrenada coreografía milimétrica en la que nada podía fallar.

Con las primeras luces del alba de aquel 7 de diciembre de 1941, los servidores japoneses de las cubiertas de vuelo de los portaaviones implicados en el ataque cargaron combustible y munición en los aviones con la escarapela del Sol Naciente en sus fuselajes. Bajo el rugido atronador de los motores, retiraron con precaución los calzos de las ruedas para evitar ser arrojados hacia atrás por la corriente de aire que generaban las hélices. Otros marineros empleaban señales manuales para conducir a los aparatos hasta el oficial de despegue, que tenía que calcular con precisión la velocidad del viento y del barco para elegir el momento adecuado para autorizar su salida.

A pesar de la tensión de un trabajo extenuante, los marinos japoneses despidieron con aclamaciones de júbilo a los pilotos que acudían a su cita con la historia.

con el humo negro de los incendios y las explosiones, un puñado de marineros, soldados y marines corrieron a las posiciones antiaéreas para descubrir que la munición estaba guardada bajo llave. De la misma forma, los acorazados que componían el grueso de la Flota del Pacífico estaban anclados sin la protección de redes antitorpedos. Cuando dos horas más tarde se retiraron los aviones japoneses, fue evidente la magnitud del desastre.

El que fue conocido como "Día de la Infamia" exigió responsables, y todas las miradas se dirigieron hacia el almirante Kimmel y el general Short. Acusados de negligencia y degradados, sus respectivas carreras terminaron en 1942.

JOSÉ LUIS HERNÁNDEZ GARVI
Escritor y divulgador

EL PLAN DE ATAQUE de Isoroku Yamamoto

Todos los historiadores y analistas de la Segunda Guerra Mundial que han escrito sobre Pearl Harbor y la Armada japonesa sostienen que Isoroku Yamamoto, nacido con el nombre de Isoroku Takano, nunca quiso entrar en guerra con Estados Unidos porque creía sinceramente que el poderío armamentístico estadounidense era muy superior al japonés y a la larga ese desequilibrio de fuerzas haría que la balanza se inclinase del lado de EE UU. Sin embargo, Yamamoto, que había sido viceministro de Marina entre los años 1936 y 1939, no podía desobedecer los deseos del emperador Hirohito, que quería tener la supremacía geoestratégica en la zona además de hacerse con diferentes terrenos en China y el Extremo Oriente, y que llevaba desde el 25 de diciembre de 1926 en el trono. Por ello, acató el deseo del emperador y comenzó a preparar el ataque sobre la Armada estadounidense en las islas Hawái.

Este episodio de la guerra comenzó con la firma del Pacto Tripartito, también denominado Pacto del Eje, que se rubricó el 27 de septiembre de 1940 en Berlín. Los promotores fueron Japón, Alemania e Italia. Los dirigentes que suscribieron dicho tratado fueron Saburō Kurusu, por parte del Imperio japonés, Adolf Hitler, por parte de la Alemania nazi, y Galeazzo Ciano representando al reino de Italia. Con la firma de dicho pacto, estos países conformaron una alianza militar que tenía como obligación la mutua defensa en caso de ataque por las fuerzas aliadas contra cualquiera de los firmantes. Posteriormente a la

Recreación de un "Zero", célebre caza japonés utilizado desde 1940 hasta 1945. Era el caza embarcado más capaz del mundo y todo un símbolo del Imperio nipón.

SHUTTERSTOCK

firma de esta alianza se unieron los reinos de Bulgaria, Hungría, Rumanía y Yugoslavia y la Republica Eslovaca, después de la desmembración de Checoslovaquia tras la ocupación de los Sudetes por parte alemana. Como curiosidad, añadiremos que España y Finlandia asistieron a la firma del tratado, pero no lo suscribieron; pese al afán que mostró por ratificarlo Ramón Serrano Suñer, siempre muy proclive a entrar en guerra al lado de los alemanes. Como es sabido, el 'cuñadísimo' era un ferviente seguidor de los nazis.

En esos momentos, tanto Alemania como Italia habían iniciado campañas militares contra diferentes países aliados. Los firmantes reconocían las esferas de influencia de los tres miembros principales. Japón dejaba a Alemania e Italia vía libre en la guerra en Europa y África, y ambos países europeos reconocían la preeminencia del Imperio japonés en el sudeste asiático. El primer resultado fue la ocupación japonesa de Indochina, que entonces estaba en manos de los franceses, además de continuar con la invasión de China y los posteriores planes para hacerse con Filipinas, Malasia y las Indias Orientales holandesas. Hasta llegaron a barajar la posibilidad de conquistar Singapur a los británicos. El conflicto bélico extendía sus alas a los cinco continentes. El tratado hacía una salvedad importante: la Unión Soviética no fue incluida en la lista de potencias atacables. Así, Japón salvaguardaba sus intereses en territorio chino, ya que también estaban en conflicto con los soviéticos.

En el breve articulado del pacto, de solo seis

puntos, los tres países respetaban el liderazgo de cada uno de los firmantes en su área de influencia y debían cooperar en sus esfuerzos en las líneas pactadas en el tratado. Se asistirían mutuamente en los terrenos político, económico y militar si uno de los firmantes era atacado por una potencia aliada, tanto en el conflicto europeo como en el chino-japonés. La duración del tratado se extendería por diez años. Al expirar, se comprometían a entablar nuevas negociaciones para renovar el pacto. La derrota del Eje impidió toda negociación para prorrogar dicho pacto.

Otro factor importante fue la firma por Yōsuke Matsuoka, ministro de Asuntos Exteriores del gabinete del príncipe Fuminaro Konoe, del pacto de neutralidad suscrito con Stalin el 13 de abril de 1941. El ministro japonés creía que el pacto firmado era el mayor regalo que podía llevar a su país de la gira europea que realizó en esas fechas, en la que también fue recibido con todo lujo de atenciones por parte de Adolf Hitler. Se aseguraba así una posible entente cuatripartita que incluiría al gigante soviético, mal visto por la comunidad internacional después de la invasión de Finlandia en noviembre de 1939, por la que sería expulsado de la Sociedad de Naciones. Se trata del único país en la historia de dicha organización internacional –antecesor de las Naciones Unidas- que fue expulsado.

EL ENFADO DE LOS AMERICANOS Y LA RUPTURA DE RELACIONES

La firma del Pacto Tripartito y las subsiguientes invasiones japonesas en el sudeste asiático sentaron muy mal en la Casa Blanca. Japón tenía serías carencias de materias primas y de petróleo; de ahí su intención de expandirse por la zona para conseguir lo que en sus islas no tenía. Estados Unidos, con muchos intereses en la zona, no estaba dispuesto a consentir el expansionismo nipón. En mayo de 1941, Estados Unidos expuso, de manera clara, su posición en el documento llamado de los "Cuatro Principios", que fue redactado por el secretario de Estado americano Cordell Hull y donde se manifestaba contrario a la política expansionista japonesa. Japón continuó con sus planes y ocupó, como hemos señalado, la Indochina francesa. Con la denominada "Operación Vietnam", Japón se hacía con las ocho bases aéreas y los dos puertos navales de la zona que estaban en posesión de los franceses. Esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Estados Unidos. El presidente Franklin D. Roosevelt impuso unas severas sanciones económicas a Japón que incluían el embargo de las ex portaciones de petróleo y la supresión de las ventas de todos los materiales estratégicos, desde la goma para fabricar neumáticos al estaño y a todo tipo de minerales, en especial el hierro, una manera de entorpecer la construcción de buques, tanques y vehículos blindados. Además, bloqueó los capitales japoneses en Estados Unidos: las medidas

EL TRIPARTITO (JAPÓN, ALEMANIA E ITALIA) Y LAS INVASIONES EN EL SUDESTE ASIÁTICO SENTARON MUY MAL EN LA CASA BLANCA

ASC

Isoroku Yamamoto (1884-1943) fotografiado en 1940 a bordo del acorazado Nagato.

GETTY

EFE

A la izquierda, primer primer plano del canciller alemán Adolf Hitler. Arriba, retrato de Ramon Serrano Suñer (1901-2003), uno de los principales artífices del Régimen franquista en sus primeros años y cuñado de Carmen Polo, esposa de Francisco Franco.

afectaron a los más de 120.000 ciudadanos nipones que vivían en el país. El embargo del petróleo se hizo efectivo el 1 de agosto. Esta decisión provocó el rechazo frontal de la opinión pública japonesa, que creía en la superioridad de su espíritu, en sus altos ideales morales y en la gran misión que creían tener encomendada de liberar a Asia del colonialismo occidental. En ese momento, las reservas de carburante de Japón se estimaba que no superarían los 24 meses y su situación se deterioraba a pasos agigantados. Pese a eso, Japón quería que Asia quedara sometida a otro colonialismo, el suyo, igual de censurable que el occidental.

El 23 de julio, el nuevo secretario de Estado estadounidense, Sumner Wells, que había reemplazado temporalmente a Cordell Hull por enfermedad de este, decretó la ruptura de relaciones con Japón, y dos días más tarde Roosevelt congeló definitivamente los activos japoneses en EE UU. Otros países hicieron otro tanto, como las Indias Orientales holandesas, Gran Bretaña, Canadá, Nueva Zelanda o Filipinas. Acto seguido, el presidente estadounidense nombró a Douglas MacArthur jefe de las Fuerzas Armadas estadounidenses en Extremo Oriente. Ya se palpaba en el ambiente lo que ocurriría meses después, que se iba a precipitar con las decisiones que se irían tomando para oponerse al expansionismo nipón, al que denominaban los propios japoneses "Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Central".

Pese a esas decisiones, Japón continuó con una política de apaciguamiento del gigante americano. Intentaron convocar una cumbre de ambos países en Juneau, una pequeña ciudad de Alaska, a finales de septiembre del 1941. Roosevelt ya tenía tomada su decisión y no quiso finalmente reunirse con los representantes japoneses. No fue la única in-

tentona: el primer ministro Fuminaro Konoe continuó tratando de negociar con Washington. Su estrategia no fructificó, aunque llegó a proponer la retirada de Indochina a cambio de poner fin al embargo. Los estadounidenses no lo aceptaron y, harto de la situación creada, Konoe dimitió el 12 de octubre, dejando todo el poder en manos de los militares. Hideki Tojo, ministro del Ejército hasta ese momento, asumió el cargo que Konoe había dejado vacante como primer ministro. El belicismo se había impuesto a la política de apaciguamiento.

YAMAMOTO Y EL PLAN DE ATAQUE A PEARL HARBOR

Si bien se siguió con esa política seudopacifista, el ejército japonés comenzó sus preparativos, tanto de defensa de sus islas como de ataque a las de Hawái. Desde que el almirante Osami Nagano, en abril de 1941, asumiese el cargo de jefe del Estado Mayor de la Armada, los planes de ataque a Hawái se fueron conformando sin prisas. Nagano dejó en manos de Isoroku Yamamoto la elaboración de un plan de ataque a las islas Hawái, al tiempo que se fijaba como fecha límite el 30 de noviembre de 1941 para zanjar la vía diplomática.

Yamamoto barajó varios planes ofensivos y, con la colaboración de dos reconocidos pi lotos, el contraalmirante Takijiro Onishi y el capitán Genda Minoru, intentó mejorar la parte del plan de ataque que no veía clara. Se valieron de la colaboración del piloto Kuroshima, el único que se atrevía a contradecir a Yamamoto (este valoraba mucho esa valentía y honorabilidad). Cuando ya tuvieron el plan elaborado, se lo presentaron a Nagano, que no terminaba de ver la posibilidad de éxito de la empresa, aunque decidió firmarlo por el bien del país. No fue el único que se opuso a dicho plan. Cuando se presentó en el Estado Mayor de la Armada en Tokio, fue rechaza-

Mapa de las Indias Orientales del *Atlas moderno de Pinkerton* (1818).

do de plano por demasiado osado: no parecía que se pudiese llevar a cabo. Yamamoto, profundamente decepcionado, amenazó con dimitir. Esto era un lujo que el gobierno y la Armada no se podían permitir, por lo que con muchas reservas se decidió aprobarlo.

LUZ VERDE

Una vez se dio luz verde al plan, entre el 2 y el 13 de septiembre, en el tablero de simulacros de la Escuela Naval de Japón se comenzó a ensayar la posible ofensiva y el bombardeo. Acto seguido, la flota se movilizó dirigida por el acorazado Nagato, buque insignia de la flota japonesa, y partió la Armada hacia el sur del país; su primer destino fue Shibushi, una de las bahías más grandes de Japón, situada en dicha área. El 20 de junio comenzaron las maniobras preparatorias de la aviación de la Armada. Debido a las características de Pearl Harbor, cuya ensenada tenía una profundidad que no superaba los 12 metros, comenzaron a adiestrar a los pilotos que portaban en sus aviones bombas y torpedos. Los pilotos debían hacer vuelos rasantes para descargar los torpedos sin que estos se hundiesen en el lecho marino. También practicaron bombardeos en picado. Aquí la tecnología japonesa puso de manifiesto su preparación, consiguiendo que los torpedos se mantuviesen sumergidos a pocos metros en el agua, para así poder alcanzar los objetivos fijados y no chocar con el fondo marino.

Para continuar la preparación, Yamamoto decidió trasladar a la flota a la cercana bahía de Kinko, más al oeste y a pocas millas de Shibushi, en la misma prefectura de Kagoshima. Se escogió esta ensenada porque tenía un extraordinario parecido con la de Pearl Harbor, tanto en las dimensiones como en la profundidad y el perfil orográfico de la costa. Movilizaron a todos los buques y a mediados de septiembre pusieron rumbo a Kinko. Se intensificaron las maniobras para preparar bien el ataque y durante todo el mes de octubre siguieron realizando ejercicios de tiro, tanto desde los acorazados como desde la aviación, que paulatinamente fueron adquiriendo la pericia necesaria para que el bombardeo y ataque a Pearl Harbor fuese un éxito. Pese a esta preparación, algunos mandos de la Armada seguían sin ver claro el ataque. El que más se opuso fue el capitán de corbeta Shimura, además de, como hemos dicho, algunos miembros del propio Estado Mayor de la Armada y parte del gobierno.

Una vez realizadas las maniobras de preparación, la Armada se desplazó hacia el norte rumbo a las islas Hawái, tomando una ruta cercana al continente para que no pudiesen localizarlos los estadounidense, que seguían con su estrategia de forzar a Japón a dar el primer paso y lanzar la primera bomba. El secretario del Ejército de Estados Unidos lo expresaba así: "¿Cómo poner a los japoneses en una situación en la que se vean forzados a disparar el primer tiro, sin exponernos demasiado?" No se esperaba lo que iba a su-

JAPÓN COMENZÓ A ENSAYAR LA OFENSIVA Y EL BOMBARDEO Y LA FLOTA SE MOVILIZÓ CON EL ACORAZADO NAGATO AL FRENTE

Yosuke Matsuoka (1880-1946), ministro de Relaciones Exteriores de Japón entre julio de 1940 y julio de 1941.

GETTY

A la izquierda, el subsecretario de Estado Sumner Wells (izda.) con John F. Royal, vicepresidente de NBC. A la derecha, retrato de Minoru Genda (1904-1989).

ceder en la Casa Blanca diez días después de lanzar esta reflexión.

RUMBO A HAWÁI

La flota japonesa partió el 26 de noviembre del puerto de Iturup, en las Kuriles. Los once días de travesía transcurrieron en el más absoluto secreto, ya que el éxito dependía del factor sorpresa y del silencio en que se produjese su movimiento. Pese a la movilización de tantos buques de guerra, el general Onishi, siempre muy pesimista, manifestó: "No tenemos ninguna esperanza de ganar, a menos que la flota estadounidense en Hawái pueda ser destruida". En esos momentos, los japoneses ignoraban en dónde se hallaba fondeada la Armada estadounidense. No sabían exactamente en qué puerto estaba.

Una vez puesta en marcha la Armada, el jefe del Estado Mayor de la 1ª Flota Aérea, Ryonosuke Kusaka, volvió a perfilar el plan de ataque. En ese momento, se creía que los buques estadounidenses estaban fondeados en la bahía de Lahaina, pero no tenían la certeza. El mando japonés envió a Hawái unos días antes a un aviador de 33 años con gran experiencia, Suguro Suzuki, que viajó desde las Kuriles en un barco mercante. Durante la travesía, fue midiendo la presión atmosférica de la zona, la intensidad y la dirección de los vientos, además del balanceo de la nave, datos fundamentales para conocer los vientos en Hawái. Este aviador, al llegar a las islas, descubrió dos cosas de extrema importancia: la primera, que los estadounidenses respetaban el fin de semana como si de una fiesta religiosa se tratase, y la segunda, que el grueso de la Armada de EE UU no se encontraba en Lahaina sino en el puerto de Pearl Harbor. Además, proporcionó información sobre los sistemas de seguridad de los hangares de aviones en la base aérea de Hickam. Vio que sus descubrimientos podrían ser esenciales para su ejército y quiso seguir indagando:

LA FLOTA NIPONA PARTIÓ EL 26 DE NOVIEMBRE EN EL MÁS ABSOLUTO DE LOS SECRETOS, PUES EL ÉXITO DEPENDÍA DEL FACTOR SORPRESA

Escenarios de una batalla que nadie ganó, pero que decidió el destino de un pueblo

Dos fueron los principales escenarios de la batalla de Pearl Harbor. La primera, claro está, el archipiélago de Hawái, formado por nueve islas y atolones. Se cree que estas islas fueron colonizadas en el siglo IV o V por pueblos procedentes de las islas Marquesas, pero la primera ocupación por las naciones occidentales la efectuó el explorador británico James Cook en 1778, aunque algunos historiadores suponen que la expedición española de Ruy López de Villalobos llegó a aquellas paradisiacas islas en 1555, ya que existen mapas hispanos de la época que muestran una islas en la misma latitud de Hawái.

El archipiélago tomó el nombre de la isla más grande. Su origen es volcánico y es el más aislado de todos los del mundo: más de 3.000 kilómetros lo separan de cualquier continente (el mas cercano es América).

De ahí la importancia geoestrategica de las islas, un gran "portaaviones terrestre" para controlar el océano más grande del planeta azul. Por eso los japoneses lo atacaron para que EE UU entrara en la guerra mas destructiva de todos los tiempos.

Sus ensenadas y atolones sirven tanto como refugio de embarcaciones como de punto de repostaje en las grandes travesias marítimas. Sus dos bahías mas destacadas son las de Lahaina y Pearl Harbor. Ambas las utilizaba la Armada de Estados Unidos para resguardar a sus buques de guerra, pero en aquel mes de diciembre de 1941 la mayoría de los barcos estaban en Pearl Harbor, una sinuosa y poco profunda ensenada natural, refugio de todo tipo de embarcaciones a lo largo del tiempo, desde piratas hasta la mas sofisticada armada.

Los japoneses advirtieron la situacion de Hawai y creyeron que un ataque a Pearl Harbor no solo podria hacer entrar a Estados Unidos en la guerra, sino también dar un golpe mortal a su Marina del que tardarian muchos años en recuperarse. Al final, no fue asi por la impericia de los mandos japoneses.

El otro escenario de esta batalla fue la bahía de Kinko (en la imagen), situada en la isla de Kyūshū, la más austral de las islas mayores de Japon. La prefectura de Kagoshima es su departamento político. Kinko tiene un extraño parecido con Pearl Harbor. Por eso, Yamamoto la seleccionó como escenario de pruebas para ejecutar las practicas para el ataque a Hawái. En dicho lugar estuvo la Armada japonesa cerca de mes y medio preparando el mayor ataque aéreo realizado por Japón en su historia. Allí perfeccionaron el tiro de los cazas "Zero" y de los bombarderos. Una preparación muy inteligente, pero que posteriormente, sobre el terreno, no resultó tan eficaz como esperaban. Después del ataque, Isoroku Yamamoto, comandante en jefe de la Flota Combinada de la Armada Imperial japonesa, dijo: "Yo siento que todo lo que ha pasado ha despertado a un gigante dormido que terminará esto con un terrible resultado".

Isoroku Yamamoto

Nacio el 4 de abril de 1884 con el nombre de Isoroku Takano. Su padre biológico fué un samurai menor y desde niño le conto historias sobre estos y sobre el ambiente marinero que conocia tan bien. Sin embargo, no pasaría a la historia con el apellido Takano, ya que a los 32 años fue adoptado por la familia Yamamoto –tras morir su padre tres años antes– y se lo cambió. Se casó con Reiki Mihashi, con la que tendría cuatro hijos, dos niños y dos niñas.

A comienzos del siglo XX, con 16 años, se enroló en la Marina y comenzó sus estudios en la Academia Naval Imperial, donde se graduó con una de las mejores puntuaciones de su promoción. Participó en la Guerra Ruso-japonesa (la ilustración de abajo corresponde a un retrato de esa época). Enrolado en el crucero Nisshin, fue herido en un brazo cuando estaba subido al mástil principal. Perdió dos dedos de la mano izquierda y a punto estuvo de que le amputasen el brazo, porque se le gangrenó la herida. Prefirió arriesgarse y no consintió que se le operase. Quería ser marino a toda costa y un brazo amputado lo impediría. Salvó el brazo y posteriormente sirvió en varios buques de guerra.

Debido a su excelente expediente fue destinado a EE UU en 1919. Estudió en la Universidad de Harvard y aprendió el inglés con gran fluidez. Dio clases de economía y pudo conocer los campos petrolíferos de Texas y Nuevo México y la industria pesada del norte del país, lo que le valió para emprender, posteriormente, la modernización de la Armada japonesa. Fue ascendido a comandante por la gran labor de investigación realizada en América. Posteriormente, fue nombrado instructor de la Escuela de Guerra Naval y asignado al Estado Mayor General de la Armada. En 1925, fue destinado a la embajada japonesa en Washington como agregado naval. Ya entonces se veía la gran proyección que tendría en el futuro.

Allí tomó conciencia de la necesidad de modernizar de forma radical la Armada, y de que el poder aéreo era esencial para esta y para el Ejército de Tierra, por lo que abogó por potenciar la aviación del ejército imperial.

Ocupó cargos y destinos cada vez más relevantes hasta que fue nombrado viceministro de Marina, después de un periplo por diferentes países donde acumuló una gran experiencia diplomática y militar. Como responsable de la Marina, autorizó la construcción de los acorazados de la clase Yamato –los más pesados y fuertemente armados jamás construidos en Japón– con motivo de la doctrina *Kantai Kessen*: "Ejecutar con el medio más potente, los acorazados pesados, un ataque que aniquile inmediatamente al enemigo". Se dio cuenta de la relevancia que tendrían en el futuro los portaaviones y autorizó su construcción. Siempre tuvo en su mente la modernización de la Armada, lo que serviría tanto para defender el país como para expandirse por Asia.

El éxito inicial de la batalla de Pearl Harbor, que pudo ser mayor si no se llega a retirar la aviación antes de tiempo y si hubiese bombardeado los hangares de los aviones estadounidenses estacionados allí, le granjeó una gran popularidad, que continuó hasta la batalla de Midway. La derrota japonesa en esta acción armada le acarreó graves consecuencias, y su desprestigio comenzó a mustiarse. En Guadalcanal ideó la estrategia para evacuar a las tropas japonesas que se saldó con un éxito rotundo, pese a la derrota. Los estadounidenses eran conscientes de su prestigio y planearon una acción aérea contra él en una visita a las islas Salomón. Su avión y escolta fueron interceptados el 18 de abril de 1943 y Yamamoto pereció a causa de dos impactos de bala. Su cuerpo fue incinerado con honores y sus cenizas se esparcieron en el mar. Se ocultó su fallecimiento hasta el 21 de mayo.

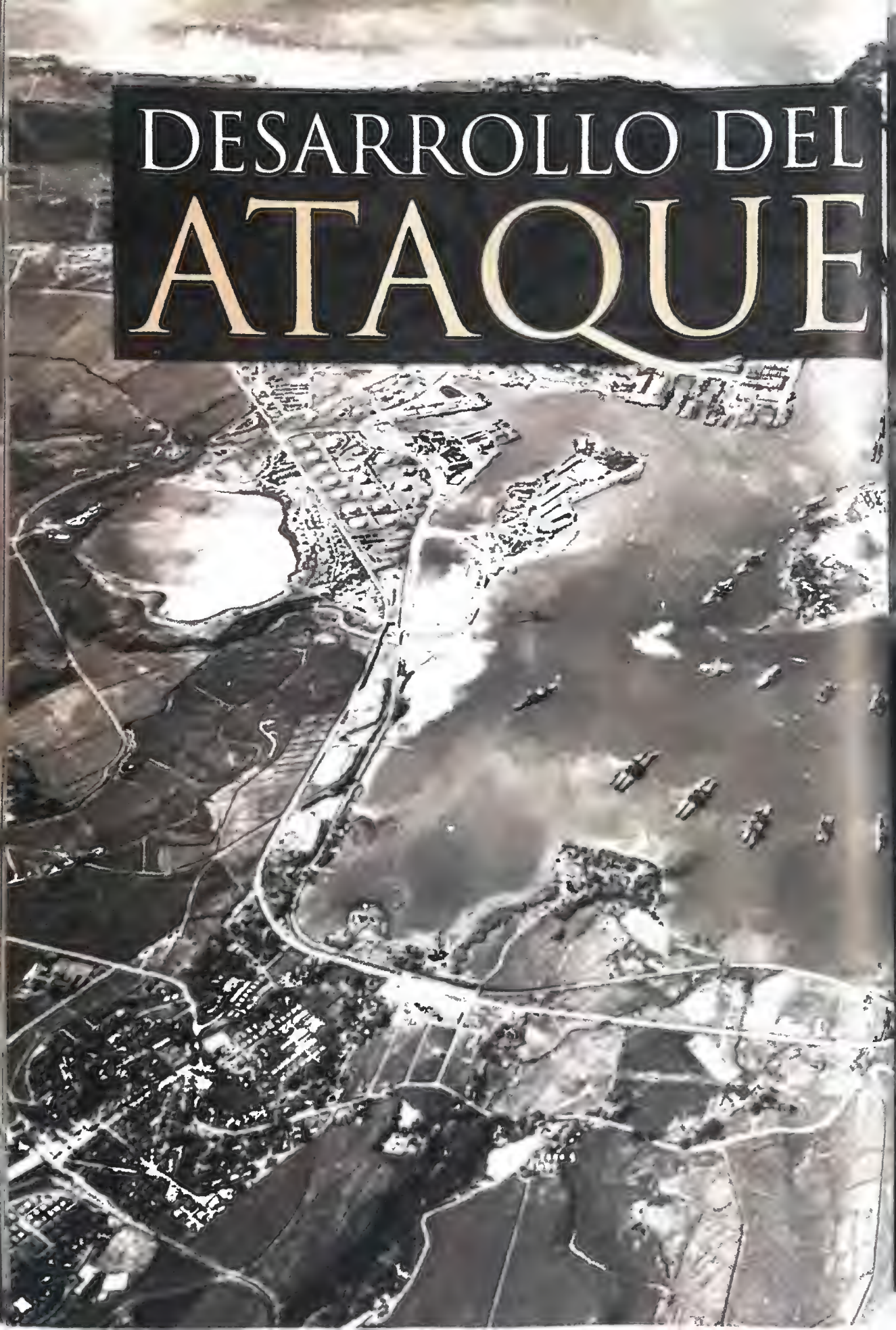
Varias fotografías en las que vemos al almirante de la Armada Imperial japonesa Ryunosuke Kusaka (1893-1971).

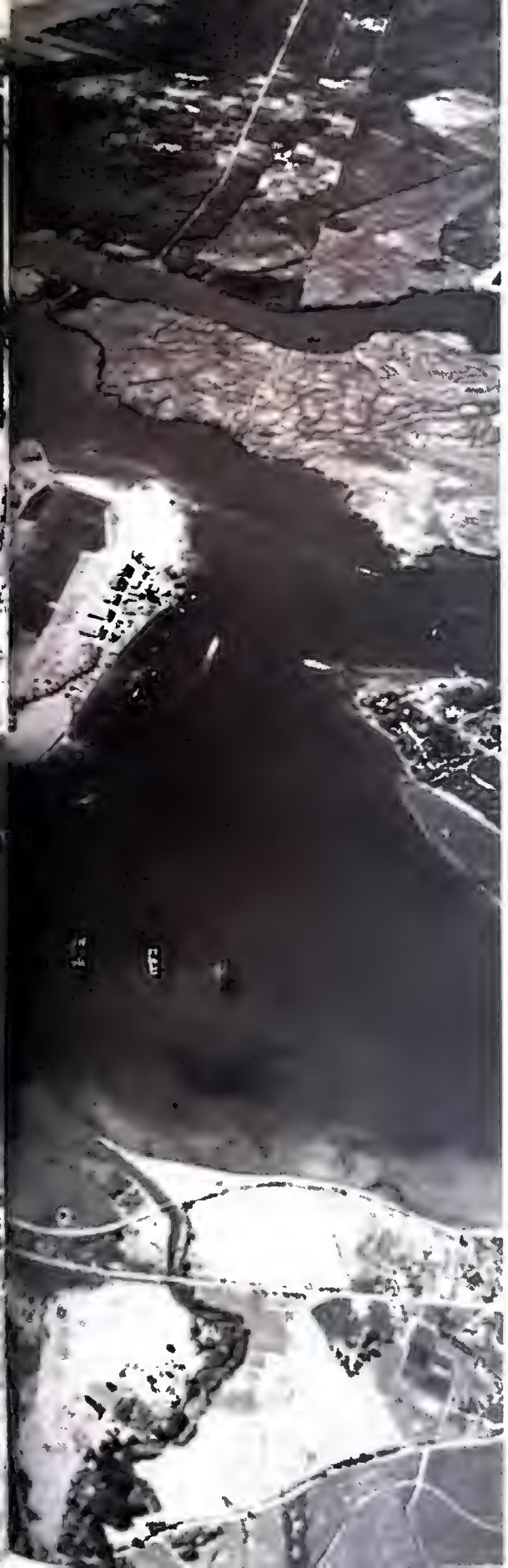
para ello, alquiló una avioneta con la que tomó fotografías aéreas de la posición de los buques de guerra estadounidenses, mientras hacía acrobacias suicidas de vuelo por la isla para distracción de los hawaianos. Logró enviar las fotos a sus jefes, que quedaron tan sorprendidos como él mismo. Con esa información, la Armada japonesa pudo maniobrar a tiempo, mientras navegaba con las luces apagadas y con las transmisiones de radio silenciadas rumbo a las islas Hawái, ya con un claro objetivo: Pearl Harbor.

El 2 de diciembre, Yamamoto había dado la orden definitiva a Nagumo: "Escalad el monte Niitaka". Lo que significaba, en clave, que la orden de ataque estaba refrendada por el gobierno japonés. Tenían orden de que si la flota era descubierta antes del 5 de diciembre debían volver a sus bases, y si era después no les quedaba más remedio que el ataque. Este se produjo en la madrugada del 7 de diciembre porque los estadounidenses no fueron capaces de detectar la impresionante Armada que se dirigía hacia sus costas.

JAVIER VELASCO OLIAGA
Periodista y escritor

DESARROLLO DEL ATAQUE



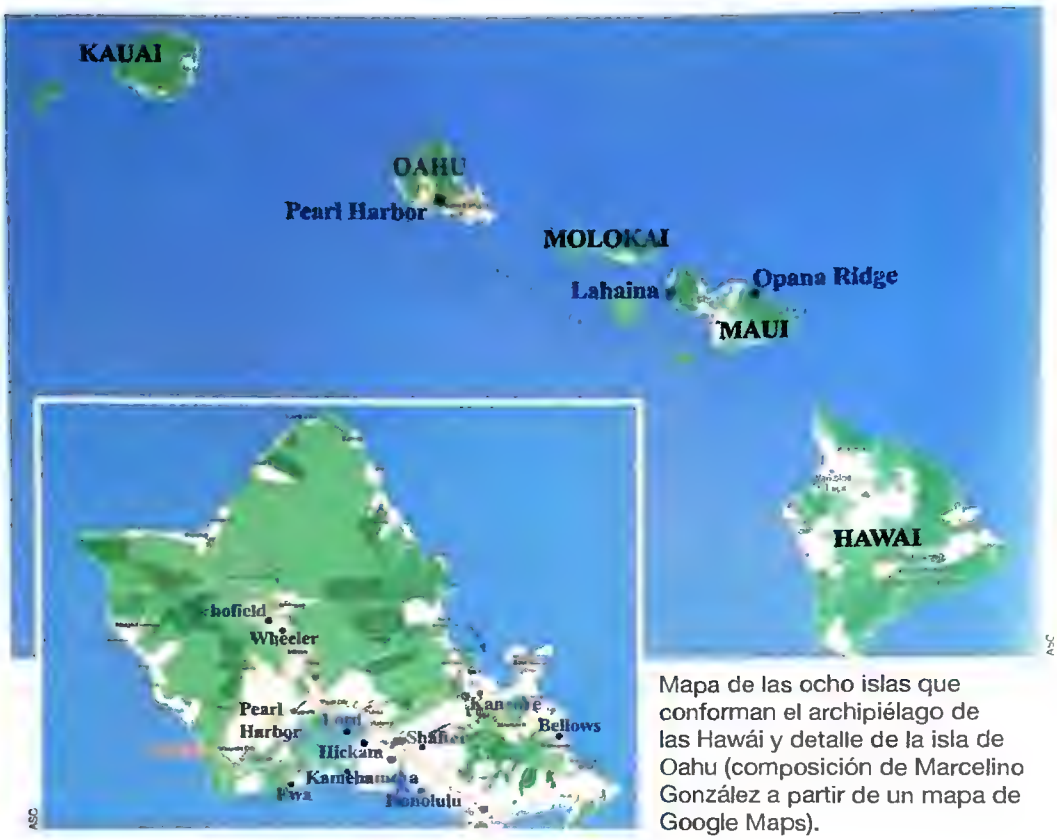


Vista áerea de Pearl Harbor el 30 de octubre de 1941.

En cumplimiento de las órdenes de Yamamoto, la fuerza japonesa de ataque sale de las Kuriles el 26 de noviembre de 1941, con gran secreto y en silencio radio. La componen seis portaviones: Akagi, Hiryu, Kaga, Shokaku, Soryu y Zuikaku, dos acorazados y una fuerte escolta, al mando del vicealmirante Chuichi Nagumo que va a bordo del Akagi. Esta flota junto con cinco submarinos de bolsillo son transportados hasta Pearl Harbor (Oahu).
El 1 de diciembre, Nagumo recibe un mensaje cifrado que dice: "Subid al monte Niitaka"; significa que la operación sigue en marcha. Y el día 2 a las 7 horas, abre un sobre secreto, que fija la fecha del ataque a Pearl Harbour para el domingo 7 de diciembre, correspondiente al día 8 en Japón.
La operación está a punto de ser suspendida, al saberse que en puerto no están los tres portaviones norteamericanos, Enterprise, Lexington y Saratoga. Los dos primeros se encuentran entregando aviones en Wake y Midway, y el tercero está en reparación en San Diego, California. Pero como se encuentran muchos otros barcos, entre ellos los acorazados Arizona, California, Maryland, Nevada, Oklahoma, Pennsylvania, Tennessee, West Virginia y el viejo Utah, los japoneses deciden seguir adelante.
En la madrugada del día 7, cinco minisubmarinos japoneses son dejados cerca de Pearl Harbour. A las 5:30, dos hidroaviones se dirigen a reconocer Lahaina (Maui) y Pearl Harbor. Y la fuerza japonesa arrumba al noreste, dando comienzo a la operación.

LA PRIMERA OLEADA

Nagumo ordena que la primera oleada, formada por 183 aviones al mando del capitán de fragata Fuchida, despegue a las 06:15. A 250 millas al norte de Oahu, los aviones empiezan a despegar, y a 06:30 inician el vuelo hacia Pearl Harbor. A 06:20, 18 aviones despegan del portaviones Enterprise, para llegar a la isla de Ford sobre las 08:00. Y a 06:30, un submarino desconocido es avistado y atacado cerca de Pearl Harbour.
Las emisoras de radio de Hawái, emiten música que guía a los aviones procedentes de Estados Unidos. A 07:00, los japoneses comienzan a utilizar dicha señal para guiarse hacia Pearl Harbour. La estación radar de



Mapa de las ocho islas que conforman el archipiélago de las Hawái y detalle de la isla de Oahu (composición de Marcelino González a partir de un mapa de Google Maps).

Opana Ridge (Maui), detecta un eco a 115 millas al norte de Oahu, que parece un grupo de aviones, y a las 07:10, informa a Fort Shafter (Oahu), quien, a las 07:20, comunica que deben de ser aviones americanos procedentes del continente.

En Washington se reciben retazos de mensajes japoneses, que son descifrados y crean preocupación, por lo que se decide avisar de forma rutinaria a Pearl Harbour. A las 07:38, los hidros japoneses de reconocimiento, informan de la presencia de la flota norteamericana en Pearl Harbor y de la inexistencia de barcos en Lahaina. Los aviones japoneses avistan Oahu, y a las 07:49, los torpederos se dirigen a Pearl Harbour. Un minuto después, Fuchida envía la señal radio "To-to-to" ("Al ataque"). A las 07:53, empiezan los primeros ataques con el mensaje "Tora, tora, tora" ("Atacar, destruir"). Y en Oahu, la tranquila mañana del domingo se convierte en un auténtico infierno.

A las 07:55, un avión que vuela bajo suelta algo en Ford, y una explosión en los hangares sorprende a todos. Seis aviones atacan al acorazado Utah y al crucero ligero Raleigh con varios torpedos, y el crucero comienza a escorar. Un torpedo pasa por debajo del minador Oglala e impacta contra el crucero ligero Helena averiándolo. La explosión daña al minador, que hace mucha agua. Y a las 07:57, otro torpedo impacta contra el Oklahoma. Hacia las ocho de la mañana, una fuerte explosión sacude al California, que recibe varios torpedos. La torpedera PT-23 abate un avión japonés; posiblemente sea el primer blanco derribado en el Pacífico. Sobre las 08:05, el Oklahoma encaja varios torpedos y empieza a escorar, se da la orden de abandonarlo, y termina volcado y hundido. Sendas bombas impactan en el barco de reparaciones Vestal y en el Arizona. La artillería del Nevada alcanza a un avión que se dirige a atacarle, pero el piloto lanza un torpedo que impacta en el acorazado y le hace escorar. Sobre las 8:06 h, el Arizona y el Vestal son atacados de nuevo. Una bomba en un pañol de munición del Arizona, causa una enorme explosión con terribles daños, mueren 1.177 hombres, el barco se hunde, y aplasta el sistema de suministro de agua del puerto, dificultando la labor de los bomberos.

El Utah termina hundido. El Raleigh trata de mantenerse a flote. El West Virginia es alcan-

Restos de un submarino de bolsillo japonés que fue utilizado en el ataque a Pearl Harbor.

ASC

zado por dos bombas, escora fuertemente, encaja varios torpedos y se hunde. El caos es total. Los barcos supervivientes tratan de salir de aquella ratonera. Y a las 8:20 h, el Tennessee es alcanzado por, al menos, dos bombas. A las 08:30, el Nevada es atacado por varios bombarderos, y, amenazado por el combustible en llamas del Arizona, larga amarras para dirigirse a la salida del puerto. Será a partir de las 7:53 h, cuando los aeródromos de Oahu soporten los ataques japoneses, que intentan anular su capacidad de respuesta. El priori tario es el de Wheeler. Los cazas lo ametra llan y los bombarderos lo machacan. Muchos aviones estadounidenses, que están fuera de los hangares, son destruidos y su combustible prende fuego en los aparatos cercanos. También son atacados Ewa y Kaneohe. En Kaneohe no hay baterías antiaéreas, que habían sido devueltas al Ejército, y resultan destruidos varios hidroaviones. A las 07:55, el Grupo de Artillería de Costa de Fort Kame hameha, y el destructor Helm, que intenta salir de puerto, abren fuego y derriban a un caza japonés. El aeródromo de Bellows es atacado a las 08:30 h.

El mensaje "Tora, tora, tora" (atacar, destruir) da inicio, a las 07:53, a los primeros ataques japoneses en Oahu

Antes de esto, a las 08:00, 12 bombarderos procedentes de Estados Unidos, que comienzan el descenso hacia Hickam, son atacados por los japoneses y por el fuego amigo, pero todos logran aterrizar en los aeródromos de la isla con diversas averías. Los 18 aviones del Enterprise, inician su aproximación a Ford. Pero se encuentran con los aviones enemigos con el fuego antiaéreo de la isla, que los toma por japoneses. Uno de los aviones, aterriza con su gente muy enfadada porque la artillería les está disparando; otro es derribado por fuego amigo; los japoneses derriban otros cinco; y el resto aterriza en Burns (Kauai), Ford y Ewa.

El almirante Kimmel, al mando en Oahu, remite un mensaje a las 08:12 h dando cuenta del ataque. Las emisoras de radio, interrumpen la programación para llamar al personal a sus puestos de combate. Cinco minutos más tarde, el Helm, dañado por dos bombas cercanas, abandona el puerto, y avista un pequeño submarino, contra el que abre fuego sin alcanzarlo. Y en Honolulú todo son rumores. Nadie sabe nada ni comprende nada. Unos piensan que son maniobras militares.

ASC / COLECCIÓN MARCELINO GONZÁLEZ

El acorazado norteamericano Nevada en un sello de Bequia, Granadinas de San Vicente.

Otros creen que ha habido una explosión accidental. Los hay que contemplan estupefactos lo que ocurre en Pearl Harbour. Y la policía trata de mantener la calma.

LA SEGUNDA OLEADA

Pasadas las siete de la mañana, ha salido la segunda oleada japonesa al mando del capitán de corbeta Shimazaki, con 171 aviones bombarderos y de caza. La realidad es que por el solape de horas, hay muy poca separación entre oleadas.

El destructor Monaghan, que navega hacia la salida, a las 08:39 ataca a un submarino japonés, y sale de puerto cuando llega la segunda oleada. El petrolero Neosho larga amarras tres minutos después, está a punto de ser alcanzado, pero logra ponerse a salvo. El destructor Aylwyn navega hacia la salida perseguido por bombarderos, y sale a mar abierta a las 09:32. El Nevada, tocado en la primera oleada, continúa alejándose de su amarradero. Y el aeródromo de Bellows es ametrallado por un solo caza, que se aleja a las 08:30.

Las defensas antiaéreas supervivientes están preparadas, y a las 9 h, los americanos ya tienen algunos aviones en el aire.

A las 08:55 llega la segunda oleada a Kaneohe. Mientras, otros aparatos japoneses evalúan los resultados de los ataques realizados, y permanecen en la zona como observadores. Unos 18 bombarderos escoltados por cazas, destruyen algunos hidroaviones más, y los japoneses pierden un avión, que ha sido alcanzado y cae a tierra.

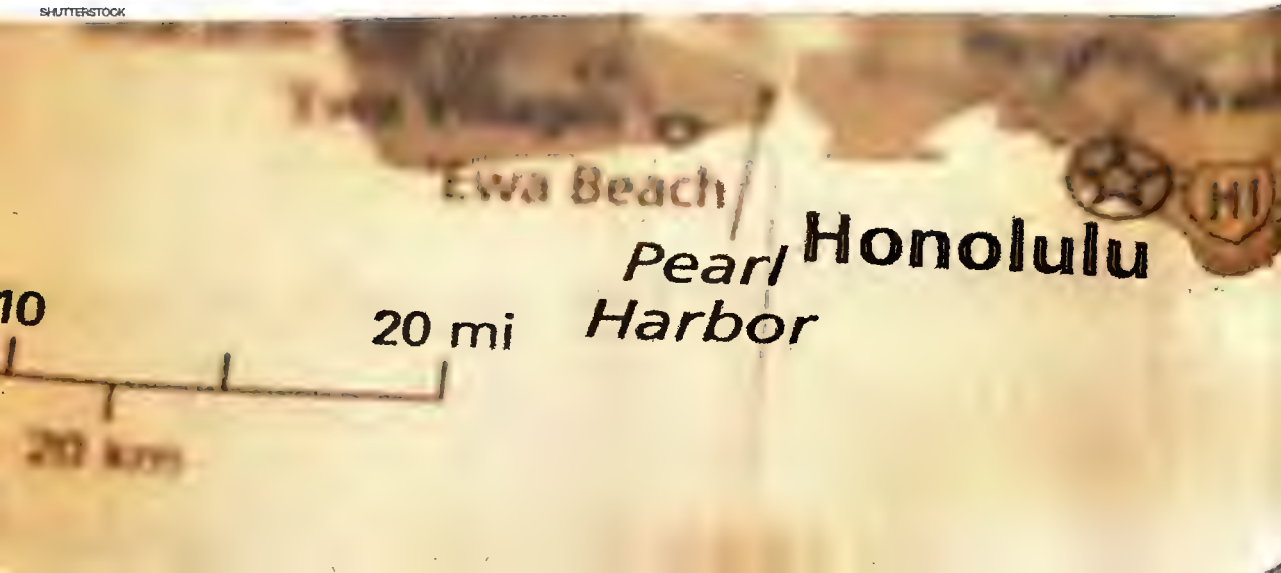
Tras la primera pasada en Kaneohe, ocho cazas se dirigen a Bellows, que atacan a partir de las 9 h, y persiguen a los cazas norteamericanos que intentan escapar. Los demás aviones se dirigen a Wheeler, y son atacados por cuatro aparatos norteamericanos que habían podido despegar y les causan grandes daños, aunque dos son derribados.

Varios cazas y bombarderos atacan Hickam y continúan hacia Wheeler. Y otros bombarderos, escoltados por cazas, tratan de bombardear Hickam de nuevo. Pero esta vez, las defensas antiaéreas no se lo permiten, por lo que tienen que lanzar las bombas desde mucha altura, con poca precisión y no dan en el blanco. Mientras, los cazas efectúan pasadas de ametrallamiento.

Los bombarderos en picado, con bombas de 250 kg, rematan objetivos tocados y supervivientes de la primera oleada, y atacan a barcos ilesos. Pero ya no hay sorpresa, por lo que son recibidos con un nutrido fuego y buscan blancos de oportunidad

A las 09:05, bombarderos en picado alcanzan al New Orleans. También hacen blanco en los destructores Downes y Cassin, que están en dique seco; el Cassin explota, cae de lado sobre el Downes, y ambos quedan irrecuperables. El dique flotante YFD-2, es alcanzado por bombas y se hunde; dentro está

SHUTTERSTOCK



Fotografía del ataque a Pearl Harbor tomada desde un avión japonés. Al fondo, el acorazado West Virginia en el momento de ser alcanzado por un torpedo.

el destructor Shaw, que resulta muy dañado y pierde la proa, y el remolcador Sotoyomo, que se hunde. El buque taller de aeronaves Curtiss es alcanzado y muy dañado por una bomba. Y a las 09:07, el Pennsylvania recibe otra bomba que le produce pocos daños.

El destructor Blue navega hacia la salida de puerto mientras dispara contra dos aviones japoneses, derriba a uno, consigue salir y comienza a patrullar. Tiene un contacto sonar, al que lanza cargas de profundidad y, aparentemente, un submarino es destruido.

El crucero Honolulu es atacado con bombas a las 09:20 y resulta dañado. También es atacado el Raleigh, superviviente de la primera oleada, que está a punto de volcar al atravesar su cubierta una bomba.

En Ewa, dos bombarderos en picado y algún avión japonés más, son derribados por aviones norteamericanos. El buque de reparaciones Vestal se ve amenazado por el fuego que consume al hundido Arizona, hasta que un remolcador lo separa, pero empieza a escorar, y hacia las 09:45 es varado. Quince minutos más tarde, el Oglala es abandonado, y al poco tiempo se hunde. El Nevada sigue moviéndose, pero los bombarderos le lanzan una docena de bombas, una explota ante el castillo, le causa grandes daños y termina embarrancado. Intentan liberar al Maryland, que ha sido alcanzado por dos bombas, y está entre el muelle y el volcado Oklahoma. El combustible en llamas vertido al mar se aproxima al California, que termina hundiéndose. Y pasadas las 09:30, el destructor Raid se prepara para salir a la mar.

A las 09:04, el crucero ligero St. Louis navega para salir de puerto, y lo consigue una hora más tarde. Hace evasiones para esquivar dos torpedos, y abre fuego contra un submarino de bolsillo que hace inmersión. Es el último barco que consigue salir de Pearl Harbour durante el ataque.

LAS RADIOS INSTAN A QUE LA GENTE SE QUEDE EN CASA, LUEGO SE SILENCIAN PARA NO SERVIR DE GUÍA A LOS JAPONESES

Tras bombardear el puerto, varios aviones se dirigen a ametrallar Hickam, Wheeler y Ewa, y algunos son derribados por aparatos norteamericanos. Hickam recibe un nuevo castigo, pero muchos de sus bombarderos aguantan, aunque con grandes daños. Cerca de Wheeler, el cuartel de Schofield es ametrallado en varias ocasiones, y su gente logra derribar un avión japonés. En el puerto, seis lanchas patrulleras se dedican a recoger marineros y soldados del agua.

Las estaciones radio de la isla transmiten mensajes para que la gente permanezca en sus casas y deje las carreteras libres. Será a las 10 h cuando los aviones japoneses de la

ASC / COLECCIÓN MARCELINO GONZÁLEZ

ASC / COLECCIÓN MARCELINO GONZÁLEZ

Tarjetas postales con los acorazados norteamericanos Arizona (arriba) y Maryland (abajo).

primera oleada regresen a sus portaviones, que están a unas 260 millas.

El gobernador Pointdexter declara el estado de emergencia en Oahu. Sobre las 10:42, las emisoras de radio quedan en silencio, para no servir de guías a los japoneses. Se cierran las escuelas, y se establece un rígido apagón nocturno.

A las 11 h, el capitán de fragata Fuchida comienza un vuelo de reconocimiento para evaluar los daños causados, espera a los aviones rezagados y regresa al Akagi, donde toma tierra pasadas las 13:00 horas.

Los aviones norteamericanos que han sobrevivido, despegan y buscan a los japoneses sin éxito. A las 12:30, la policía de Honolulú y agentes del FBI se presentan en la embajada japonesa, y encuentran a su personal muy enfaenado quemando papeles.

POSIBILIDAD DE UNA TERCERA OLEADA

Tras el informe de Fuchida a Nagumo, se debate la posibilidad de lanzar una tercera oleada para destruir los depósitos de combustible y torpedos, el dique seco y los talleres de Oahu. Los comandantes de los portaviones y muchos oficiales, son partidarios de un nue-

LOS AVIONES NORTEAMERICANOS SUPERVIVIENTES DESPEGARON Y BUSCARON A LOS JAPONESES SIN ÉXITO

Fuerza japonesa de ataque

Buques

En los ataques participaron 56:
-6 portaaviones: Akagi, Kaga, Hiryu, Soryu, Zuikaku y Shokaku.
-2 acorazados: Hiei y Kirishima.
-2 cruceros pesados: Tone y Chicuma.
-1 crucero ligero: Abukuma.
-9 destructores: Tanikaze, Urakaze, Isokaze, Hamakaze, Kasumi, Arare, Kagero, Shiranuwi y Akigumo.
-28 submarinos (de ellos, 5 de bolsillo).
-8 petroleros y buques de apoyo.

Aviones de ataque

La fuerza de ataque japonesa contaba con un total de 432 aviones embarcados, de los que 392 estaban operativos; los demás eran de reserva o estaban en reparación y mantenimiento. En los ataques utilizaron un total de 354. Todos ellos eran de tres tipos: bombarderos en picado, bombarderos horizontales o torpederos y cazas. Los bombarderos en picado eran del tipo Aichi D3A1 "Val"; los bombarderos horizontales, que también se utilizaron como torpederos, eran del tipo Nakajima B5N2 "Kate", y los cazas, usados para combates en el aire y ametrallamientos a tierra, eran del tipo Mitsubishi A6M2b "Zero".

Oleadas de ataque

En la primera oleada intervinieron 183 aviones: 49 bombarderos de altura, 51 bombarderos en picado, 40 torpederos y 43 cazas. En la segunda oleada tomaron parte 171 aviones: 54 bombarderos de altura, 81 bombarderos en picado y 36 cazas. No hubo torpederos.

Aeronaves de exploración

Como aeronaves de exploración y reconocimiento, utilizaron los hidroaviones asignados a los cruceros pesados Tone y Chicuma. Eran del tipo Aichi E13A1 y se lanzaban con catapultas.

Armas

-Bombas. Los bombarderos japoneses utilizaron bombas de 800 (perforantes), 250, 113 y 60 kilogramos.
-Torpedos. Pearl Harbor tenía poca profundidad y no permitía el uso de torpedos normales desde aviones, ya que se tenían que lanzar a bastante distancia y al caer al agua bajaban unos 20 metros para iniciar poco a poco sus carreras hacia la superficie, armarse y navegar hacia el blanco, lo que suponía una carrera del torpedo bastante larga, una profundidad del agua considerable y un prolongado tiempo de armado. Para evitar estos inconvenientes, los japoneses habían diseñado el torpedo Tipo 91 "Kai", que, gracias a unas aletas especiales hechas de madera, bajaba a poca profundidad, se lanzaba a corta distancia y se activaba casi inmediatamente. Con este tipo de torpedo llevaron a cabo sus ataques en Pearl Harbor, cuando los americanos estaban convencidos de que, en dicho puerto, sus barcos no podían ser atacados por torpedos lanzados desde el aire.

Directrices para el caso de ser descubiertos

Las órdenes dadas a la fuerza de ataque japonesa, en caso de ser descubierta en su movimiento hacia el objetivo, eran las siguientes:
-Antes del día D-2, debía regresar a Japón.
-Antes del día D-1, la decisión de regresar o seguir adelante debía tomarla el almirante Nagumo.
-La víspera o en la mañana del día D, debía llevarse a cabo la acción.

El destructor japonés Urakaze, en diciembre de 1940.

ASC

Pérdidas sufridas

Estadounidenses:

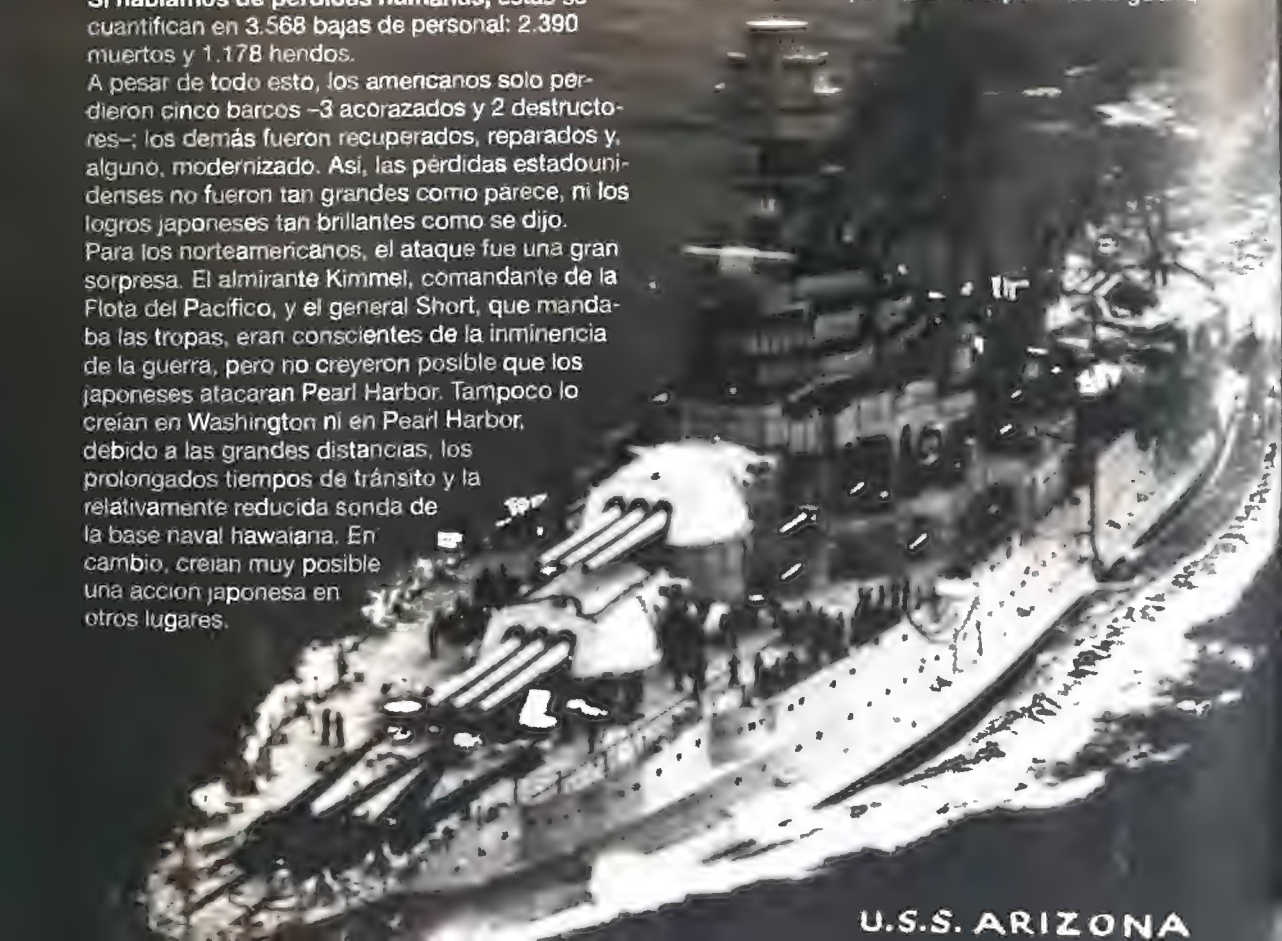
Hubo **21 barcos americanos que fueron dañados, varados o hundidos y**, de ellos, 5 se perdieron y 16 fueron reparados.
-Acorazados hundidos y perdidos: Arizona (en la imagen), convertido hoy en museo y mausoleo, Oklahoma y el viejo Utah.
-Acorazados hundidos, reflotados y reparados: California y West Virginia.
-Acorazado varado, reflotado y reparado: Nevada.
-Acorazados dañados y reparados: Maryland, Pennsylvania y Tennessee.
-Cruceros ligeros dañados y reparados: Helena, Honolulu y Raleigh.
-Destructores hundidos y perdidos: Cassin y Downes.
-Destructores dañados y reparados: Helm y Shaw.
-Minador hundido, reflotado y reparado: Oglala.
-Buque taller dañado y reparado: Curtiss.
-Buque de reparaciones varado, reflotado y reparado: Vestal.
-Remolcador hundido, reflotado y reparado: Sotoyomo.
-Dique flotante hundido, reflotado y reparado: YFD-2.
-171 aviones destruidos: 3 del Bellows, 10 del Enterprise, 33 del Ewa, 26 del Ford, 18 del Hickam, 28 del Kaneohe y 53 del Wheeler. Y 159 averiados y reparados.

Si hablamos de perdidas humanas, estas se cuantifican en 3.568 bajas de personal: 2.390 muertos y 1.178 hendos.
A pesar de todo esto, los americanos solo perdieron cinco barcos –3 acorazados y 2 destructores–; los demás fueron recuperados, reparados y, alguno, modernizado. Así, las pérdidas estadounidenses no fueron tan grandes como parece, ni los logros japoneses tan brillantes como se dijo.
Para los norteamericanos, el ataque fue una gran sorpresa. El almirante Kimmel, comandante de la Flota del Pacífico, y el general Short, que mandaba las tropas, eran conscientes de la inminencia de la guerra, pero no creyeron posible que los japoneses atacaran Pearl Harbor. Tampoco lo creían en Washington ni en Pearl Harbor, debido a las grandes distancias, los prolongados tiempos de tránsito y la relativamente reducida sonda de la base naval hawaiana. En cambio, creían muy posible una acción japonesa en otros lugares.

Japonesas:

Las pérdidas japonesas fueron mínimas.
-29 aviones perdidos: 15 bombarderos en picado, 5 torpederos y 9 cazas. Uno de los aviones fue derribado hacia las 08:00 por la Torpedera P[illegible] 23; posiblemente sea el primer blanco derribad[illegible] en la Guerra del Pacífico.
-5 submarinos de bolsillo perdidos, de los que se puede apuntar que, a las 03:42, el dragamina norteamericano Condor avisto el periscopio de uno; a las 06:37, al parecer, el destructor norteamericano Ward hundio a otro, en la que fue la primera acción de la Guerra del Pacífico; a la[illegible] 08:43, parece que el destructor norteamerican[illegible] Monaghan hundió a un tercero; otro encalló, si[illegible] do uno de sus hombres capturado, convirtiend[illegible] en el primer prisionero de la Guerra del Pacífic[illegible] y un último submarino de bolsillo resulto daña[illegible] por cargas de profundidad y fue abandonado

Las bajas humanas japonesas fueron de 6[illegible] muertos: 55 pilotos y 9 tripulantes. Durante l[illegible] ataque a Kaneohe, un avión fue alcanzado, ca[illegible] tierra y se estrelló contra una colina, muriendo[illegible] piloto, el teniente de navío Fusata Iida, que, se[illegible] ramente, fue la primera baja japonesa en la Gu[illegible] del Pacífico. Estudiados algunos documentos[illegible] llevaba, se vio que el deposito del agua apar[illegible] por error, como deposite de combustible. Sus restos fueron repatriados a Japón tras la guerra



U.S.S. ARIZONA

Retratos de Yamamoto (izda.) y de Nagumo (dcha.), tomados de una fotografía de época. Son obra de Marcelino González.

A LAS 13:30, NAGUMO DIO POR FINALIZADA LA OPERACIÓN Y ORDENÓ LA RETIRADA, RENUNCIANDO A UNA TERCERA OLEADA

vo ataque. Pero Nagumo da por finalizada la operación por varias razones: considera que lo logrado es suficiente; no sabe dónde están los portaviones norteamericanos, que son un gran peligro; está dentro del radio de acción de los bombarderos americanos aún operativos; en la segunda oleada, la capacidad antiaérea norteamericana ha mejorado sensiblemente; necesita mucho tiempo para preparar la tercera oleada: la noche se puede echar encima; y está corto de combustible. Y a las 13:30 ordena la retirada.

LOS RESULTADOS

Las pérdidas estadounidenses son muy grandes. De los 70 barcos de guerra que estaban en Pearl Harbour, 21 resultan dañados o hundidos. Los hundidos son: cinco acorazados, dos destructores, un minador, un remolcador y un dique flotante. Quedan dañados: cuatro acorazados, tres cruceros ligeros, dos destructores y dos buques taller. Son destruidos 171 aviones y 159 resultan averiados. Los acorazados hundidos Arizona, Oklahoma y Utah, se pierden totalmente, y el California y el West Virginia, junto con otros barcos, son reflotados y reparados. Y los demás sufren averías, algunas de consideración, que les obligan a pasar por prolongadas reparaciones hasta ser recuperados.

Ni que decir tiene que las bajas humanas son muy cuantiosas. Se calculan en unos 2.390 muertos y más de 1.178 heridos.

La victoria obtenida por los japoneses es demoledora y a muy bajo precio, ya que solo pierden 29 aviones y cinco submarinos de bolsillo, y tienen 64 muertos. Sin embargo, no destruyen infraestructuras ni depósitos de combustible, que permiten a los americanos mantener el apoyo a sus unidades, ni tampoco los tres portaviones que no están en puerto. Además, los 13 cruceros pesados se las arreglan para salir a la mar y salvarse.

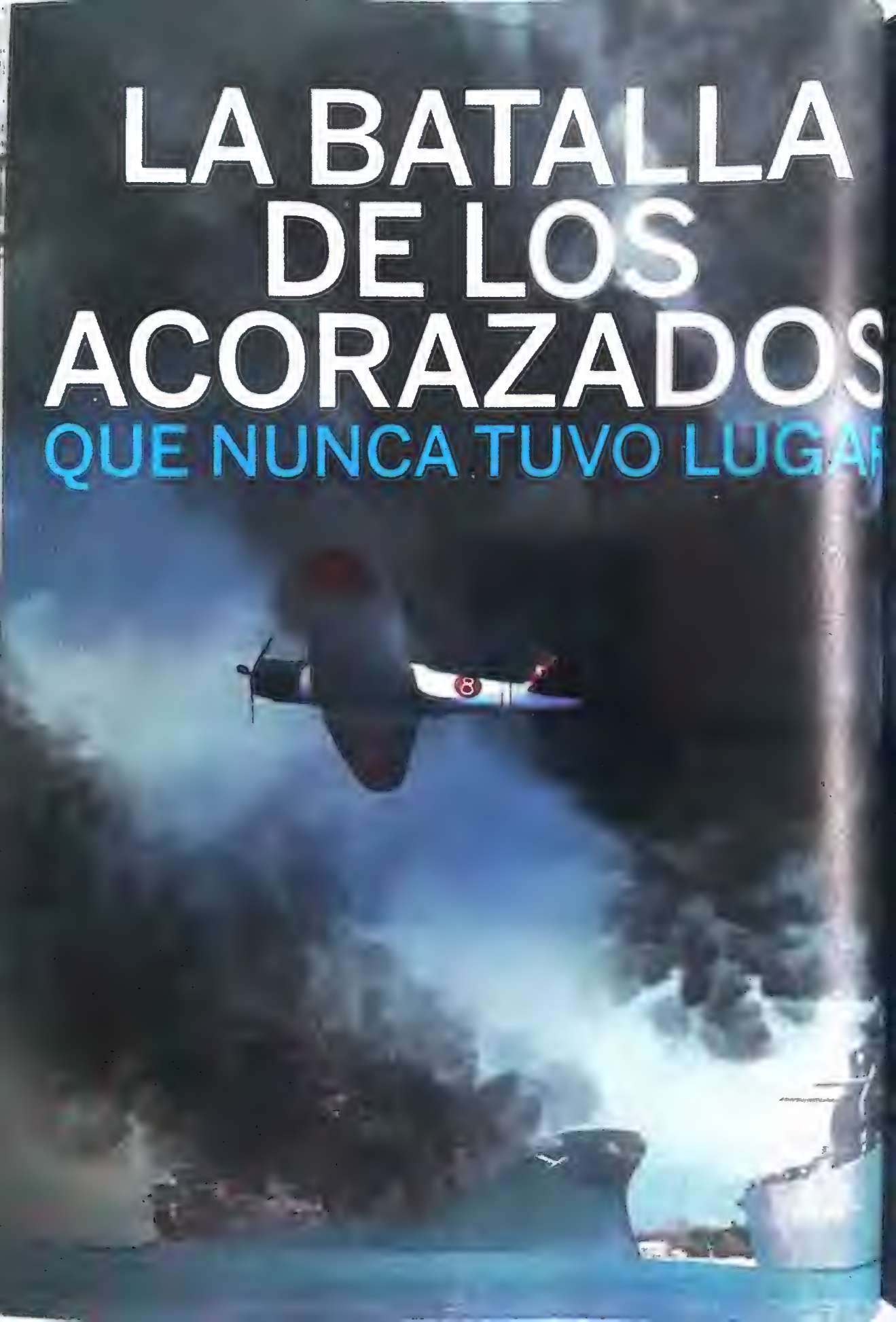
Así finaliza el que se ha dado en llamar el "día de la infamia", en el que, según declaraciones de Yamamoto: "Japón acaba de despertar a un gigante dormido".

Vista aérea del portaaviones japonés Akagi desde popa, mientras navega frente las costas de Osaka en octubre de 1934.

MARCELINO GONZALEZ FERNÁNDEZ
Capitán de navío retirado y escritor

LA BATALLA DE LOS ACORAZADOS

QUE NUNCA TUVO LUGAR



SHUTTERSTOCK

Con similares éxitos a la *Blitzkrieg* alemana (Guerra relámpago), las extraordinarias ofensivas japonesas de 1941-1942 habían sorprendido y arrinconado a los países aliados con presencia en el Pacífico, pero muy pronto las fuerzas del Imperio del Sol Naciente iban a convertirse en víctimas de la llamada –por los historiadores militares– "tiranía de las distancias"; es decir, que los nipones no supieron reconocer los límites naturales impuestos a su esfuerzo de guerra por la inmensa geografía marítima, y cuanto más se expandían sus fuerzas armadas por ese inmenso océano, más lejos estaban de sus bases y mucho más se debilitaban y dispersaban. Seguramente, les habría ido mucho mejor si se hubieran contentado con crear un anillo defensivo en torno a las Marianas, las Filipinas y Borneo, en lugar de avanzar arrogantemente hacia las Midway, las Aleutianas, las Salomón, Australia y el nordeste de la India.

No obstante, el desafío japonés a la hegemonía anglo-americana en Asia oriental y el Pacífico eclosionó durante la década de 1930 con una violencia y una furia devastadoras, similar al kamikaze viento divino que desde siempre había protegido al país de sus enemigos y que, más adelante, inspiraría el nombre de sus pilotos suicidas.

De ahí que la guerra en el Pacífico resultó muy distinta a la guerra en Europa, y pese a la crueldad desplegada en la contienda germano-rusa del frente oriental, el enfrentamiento de Estados Unidos contra Japón superó todos los márgenes y horrores conocidos. Varios factores conformaron uno de los escenarios más brutales y salvajes de toda la Segunda Guerra Mundial: el inmenso océano Pacífico, los cientos de archipiélagos, las condiciones climatológicas, las enfermedades tropicales o la férrea voluntad japonesa empujaron a los contendientes hacia los extremos de su propia resistencia provocando un escalofriante número de bajas, que en el caso de los estadounidenses supero los 250.000 muertos. Pero lo que más la distinguió fue la intensi-

Meiji Tenn
Emperador Meiji,
líder simbólico de l
restauración Meiji,
fotografiado en 1873

Paisaje de la estratégica isla de Taiwán –a antigua Formosa portuguesa–. Arrebatar su soberanía a China convirtió a Japón en un actor mundial con vocación de imperio.

El desafío japonés a la hegemonía anglo-americana en Asia oriental y el Pacífico eclosionó con violencia en los años 30

dad con que ambos bandos se lanzaron a una guerra total y sin cuartel, denominada por muchos autores "la guerra sin compasión": la única que, hasta el día de hoy, terminó con un holocausto nuclear. Baste recordar el odio racial expresado con el lema del alto mando respecto al deber de todo soldado americano, resumido en el famoso cartel que colgaba en el cuartel general del almirante William Halsey: "Matad japos, matad aún más japos. Si hacéis bien vuestro trabajo, ayudaréis a acabar con los cabrones amarillos".

LA EXPANSIÓN DEL IMPERIO DEL SOL NACIENTE

Con la restauración de la dinastía Meiji en 1868, Japón abandonó su tradicional aislamiento y gozó de un verdadero impulso modernizador que, aunque no sirvió para liberalizar su sociedad medio feudal, sí colocó al país en la senda colonial de Occidente, con un impresionante desarrollo industrial y un crecimiento económico basado en las exportaciones de productos manufacturados. Pero, al carecer de suficientes materias primas, los nacionalistas japoneses buscan fuentes de abastecimiento propias y seguras tal y como las que disfrutan el Imperio británico, Estados Unidos o Rusia, dando lugar así a una expansión territorial que muy pronto convertirá a Japón en un actor mundial con vocación de crear su imperio.

La transformación se hizo notable tras la guerra de 1894-95 con su vecina China, que dio a Tokio la soberanía sobre la estratégica isla de Taiwán –la antigua Formosa portuguesa–. Una década después, Japón conmocionó al mundo al derrotar en 1905 a la Rusia zarista, tanto en el mar como en tierra (batalla de Mukden), conquistando así el sur de Manchuria y la península de Corea. La batalla más notable de aquella breve guerra fue la aplastante victoria de la marina japonesa sobre la flota del zar en el estrecho de Corea, frente a la isla de Tsushima (mayo de 1905), que encumbró al almirante Togo Heihachiro, quien destruyó dos tercios de la flota rusa al mando de su oponente Zinovi Rozhéstvenski, inspirando a partir de entonces el desarrollo y fortalecimiento de la moderna Armada Imperial japonesa.

Nueve años después, invocando su alianza con Gran Bretaña, Tokio aprovechó el estallido de la Primera Guerra Mundial en Europa para apoderarse del Imperio alemán en el Pacífico; esto es, de sus concesiones territoriales en el norte de China, Shandong y Tsingtao, más los archipiélagos de la Carolinas, las Marshall y las Marianas, que Alemania había adquirido o arrebatado a España en 1898 y que, gracias a su situación geográfica en el Pacífico central, iban a resultar absolutamente vitales en la guerra contra Estados Unidos.

Terminada la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Versalles rubricó la expansión japonesa y la consolidación de su Imperio, admitiendo al Japón entre los cinco grandes que llevaron a cabo las negociaciones parisinas y conformaron el núcleo duro de la nueva Sociedad de Naciones. Para asegurar la paz, al Tratado de Versalles se sumaron los tratados de Washington y Londres de 1921 y 1922, que impusieron severas restricciones al rearme en general de los vencidos y, en particular, unas limitaciones muy estrictas en cuanto al número de unidades, el tamaño y tonelaje de las principales marinas de guerra del mundo.

Una década después, insatisfechas, Alemania, Italia y Japón emprenden la revisión de estos tratados, y las ambiciones japonesas de conquista del vasto territorio de Manchuria conducen al abandono nipón de la Sociedad de Naciones, al mismo tiempo que lo hace la

El almirante norteamericano William Sowden Sims (1858-1936) en 1918.

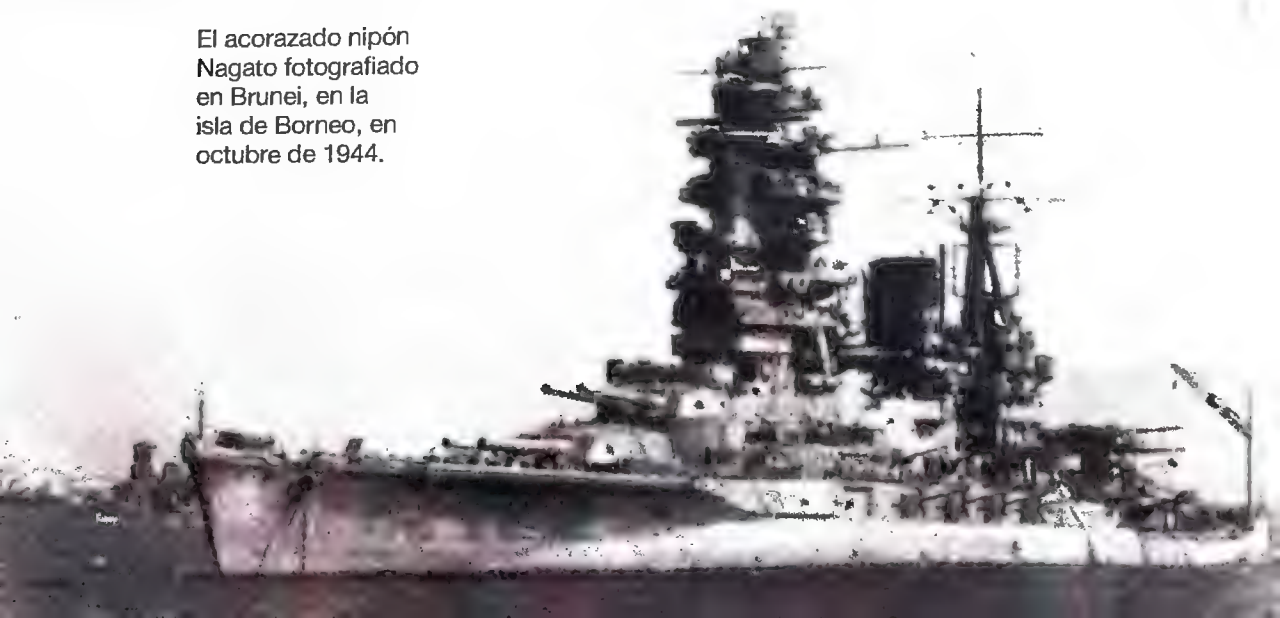
GETTY

Alemania de Hitler (1933-34). Un año después, Tokio desafía a la comunidad internacional notificando que ya no se considera ligado a las restricciones navales de Washington y Londres, que Japón sustituye por la adhesión al Pacto Antikomintern (contra el comunismo y la URSS) y su ofensiva a gran escala en la China continental a partir de 1937, sumada a la conquista de la Indochina francesa, en manos del impotente régimen de Vichy, entre 1940 y 1941. Con todo ello, el Imperio del Sol Naciente adquiere el control aeronaval sobre el mar de la China y amenaza las posesiones británicas y holandesas, al igual que Australia y la presencia norteamericana en las Filipinas.

Hasta ese momento, los triunfos de Japón son evidentes, pero en julio de 1941 llega la decisión del presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt –apoyada por británicos y holandeses– de congelar todos los activos comerciales y financieros del Japón, reduciendo el envío de petróleo al país, del que casi el 90% era importado. Ante ese duro revés, Tokio solo tenía dos opciones: podía doblegarse o bien pasar al ataque para obtener los suministros energéticos y los bienes que necesitaba. Pero para su clase política y militar aceptar lo primero resultaba tan humillante como inconcebible y, con la apremiante necesidad de obtener petróleo, caucho y estaño de Sumatra, Java y Borneo, la lógica militar se impuso y condujo a tomar las decisiones operativas de atacar Hong Kong, las Filipinas, Borneo, Java, Ceilán y Singapur, eliminando a las fuerzas armadas británicas, holandesas y norteamericanas apoderándose de sus bases. La acción decisiva son los ataques simultáneos contra Pearl Harbor, las Filipinas y Hong Kong durante los días 7 y 8 de diciembre de 1941. Sin la previa declaración de guerra contra sus enemigos, la crudelísima contienda por el dominio del Pacífico estallaba con inusitada violencia.

IMPRESIONANTE ARMADA IMPERIAL

Para derrotar al enorme Imperio japonés, que nunca antes había sido vencido en la guerra, tuvo que desplegarse un esfuerzo naval sin precedentes con un impresionante despliegue de buques, recursos, tropas y sistemas de armas cada vez más sofisticados, en los que la aviación y los portaaviones jugaron un papel esencial. Los estrategas navales del periodo de entreguerras habían abordado la construcción de cruceros y acorazados como el mejor refuerzo de sus armadas de superficie, potenciando igualmente el arma submarina, pero dudaban de la idoneidad de los portaaviones, debido a su elevado coste y el hecho de que la aviación no alcanzó su pleno desarrollo hasta mediados de los años 30, demostrando su validez ofensiva y su capacidad de bombardeo durante la Guerra Civil española (1936-39). Tampoco resultaba un problema menor el diseño de unos buques que superaban los 250 metros de eslora, cargados con más de 5.000 toneladas de aviones y tanques de combustible para los aparatos, por no hablar de los motores necesarios para lograr velocidades de no menos de 30 nudos a plena carga. No obstante, no todos los analistas navales pensaban así, y el renombrado almirante William Sims, impulsor de los portaaviones estadounidenses, declaró en 1925 frente a una comisión del Congreso: "Una flota cuyos portaaviones le proporcionen el dominio del aire sobre la escuadra ene-



El acorazado nipón Nagato fotografiado en Brunei, en la isla de Borneo, en octubre de 1944.

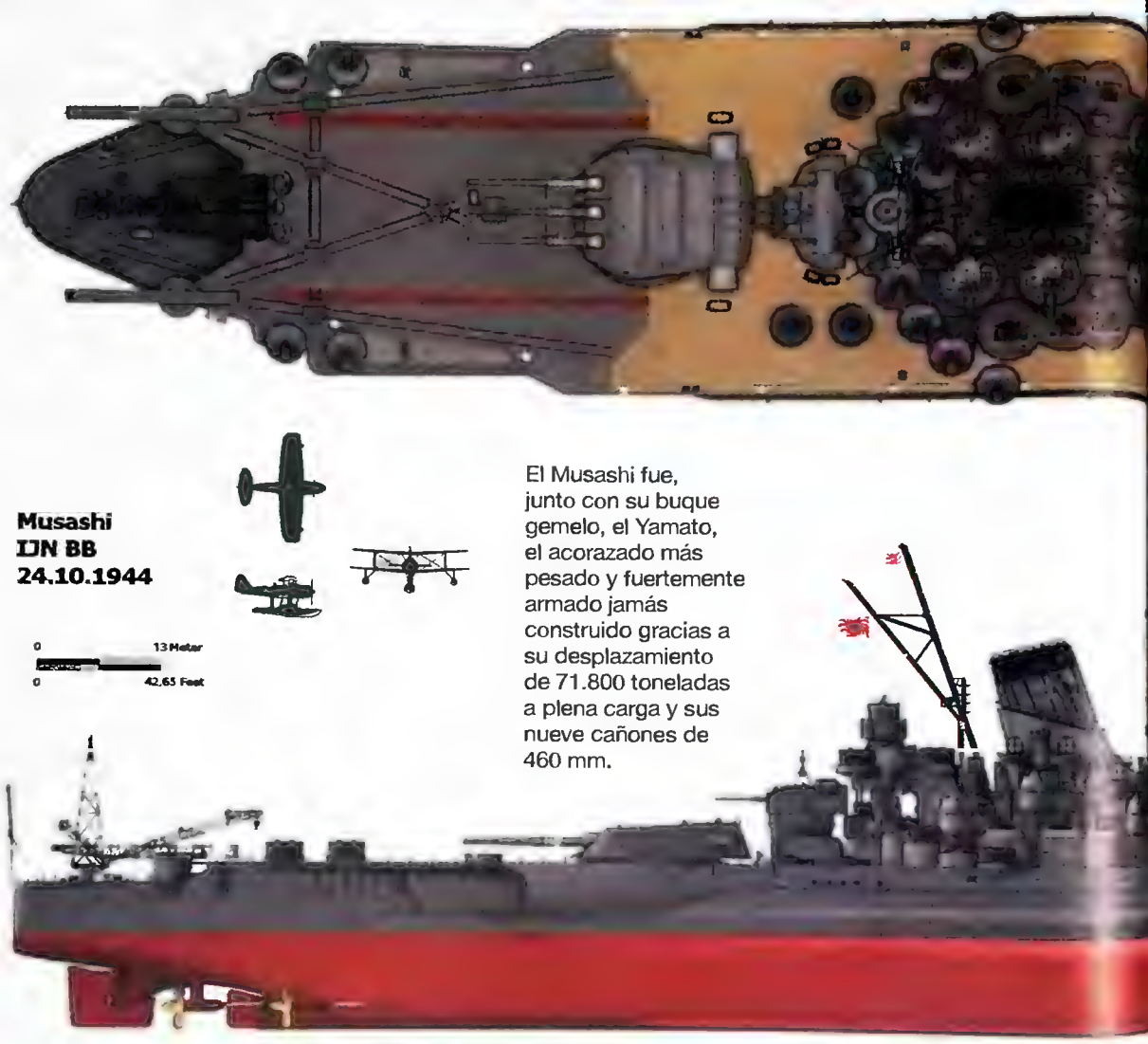
El acorazado Yamato en la fase final de su construcción en la base naval de Kure (Japón), en septiembre de 1941.

miga puede derrotar a esta. El portaaviones será el acorazado del futuro".

Lástima que esta advertencia cayera en saco roto durante demasiado tiempo. Como el resto de las grandes marinas de Occidente, la japonesa desoyó el consejo, centrándose en la construcción de cruceros ligeros a partir de las 5.000 toneladas, y pesados por encima de las 10.000, además de grandes acorazados de 30.000 toneladas en adelante. La diferencia entre ambos tipos de navíos residía en su velocidad, mayor en los cruceros, el peor o mejor grosor de sus blindajes y, por supuesto, el calibre de sus cañones, de 155 y 203 mm, respectivamente.

Una notable aportación al diseño y construcción de estos buques fue la que hizo el entonces capitán de navío Isoroku Yamamoto -luego comandante en jefe durante la Segunda Guerra Mundial-, quien en 1929 abogó por la construcción de los primeros portaaviones japoneses y además enunció la teoría del combate de los navíos a corta distancia con cañones de tiro rápido. Basándose en esta teoría, no era ya necesario armar los acorazados con cañones de 203 mm, de largo alcance pero muy pesados, sino que bastaba con instalar cañones de tiro rápido, compensando la diferencia de peso con un número mayor de piezas, sin aumentar por ello excesivamente el desplazamiento de las naves. Sin embargo, sopesando la posibilidad de enfrentarse a las unidades similares de la Royal Navy y la US Navy, armadas con piezas de 203 mm, el almirante Chuichi Naguno, otro de los impulsores de los portaaviones, consideró que

El acorazado japonés Musashi (primer plano) severamente castigado y hundido por aviones de EE UU durante la batalla del mar de Sibuyan el 24 de octubre de 1944.



El Musashi fue, junto con su buque gemelo, el Yamato, el acorazado más pesado y fuertemente armado jamás construido gracias a su desplazamiento de 71.800 toneladas a plena carga y sus nueve cañones de 460 mm.

los acorazados debían volver a contar con los cañones de 203 mm como armamento principal, dotándolos de estos montajes y abordando su reforma completa. Así, de la decena de estas grandes unidades que estaban en servicio en diciembre de 1941, la mayoría habían sido modernizados y constituían la más poderosa fuerza naval acorazada del mundo, con buques muy notables como el Mutsu y su gemelo Nagato, ambos de 39.130 toneladas y 207 metros de eslora, botados en 1920 y 1921, y considerados como el máximo exponente de la ingeniería naval nipona. Y por si ello fuera poco, esa flota muy pronto se vio reforzada con dos unidades sobresalientes: el Yamato y el Musashi, navíos con un desplazamiento de 71.800 toneladas a plena carga y 242 metros de eslora, botados en 1941 y 1942 respectivamente, siendo los buques de guerra más grandes jamás construidos hasta entonces en el mundo, artillados además con cañones descomunales de 460 milímetros.

Las características de todos estos acorazados nipones era la de tener doble casco y una cubierta corrida, con la proa elevada, y en el centro del navío lucían una superestructura muy alta, que llegaba desde las torres de proa hasta las de popa, con muchos puentes superpuestos, coronados por la torre central de tiro. Además de los montajes de 203 mm, sobre la cubierta iban armados con una quincena de piezas de 155 mm, repartidas por los puentes, y solían disponer de ocho a doce cañones antiaéreos de 127 mm, organizados en grupos de dos sobre plataformas en torno a las chimeneas. Tubos lanzatorpedos y minas

CON BUQUES MÁS QUE NOTABLES COMO EL MUTSU Y EL NAGATO Y LOS SOBRESALIENTES YAMATO Y MUSASHI, EN DICIEMBRE DE 1941 JAPÓN CONTABA CON LA MÁS PODEROSA FUERZA NAVAL ACORAZADA DEL MUNDO

completaban su poder ofensivo, y más adelante también cohetes. Ese tipo de estructura de grandes dimensiones, característica de los acorazados y cruceros japoneses, fue apodada por los técnicos occidentales "puente de pagoda". Los mástiles eran dos de trípode, y el de popa, más alto y fuerte, tenía un puntal de carga para los hidroaviones de observación, que también disponían de dos catapultas de tipo giratorio, instaladas en cada banda de babor y estribor.

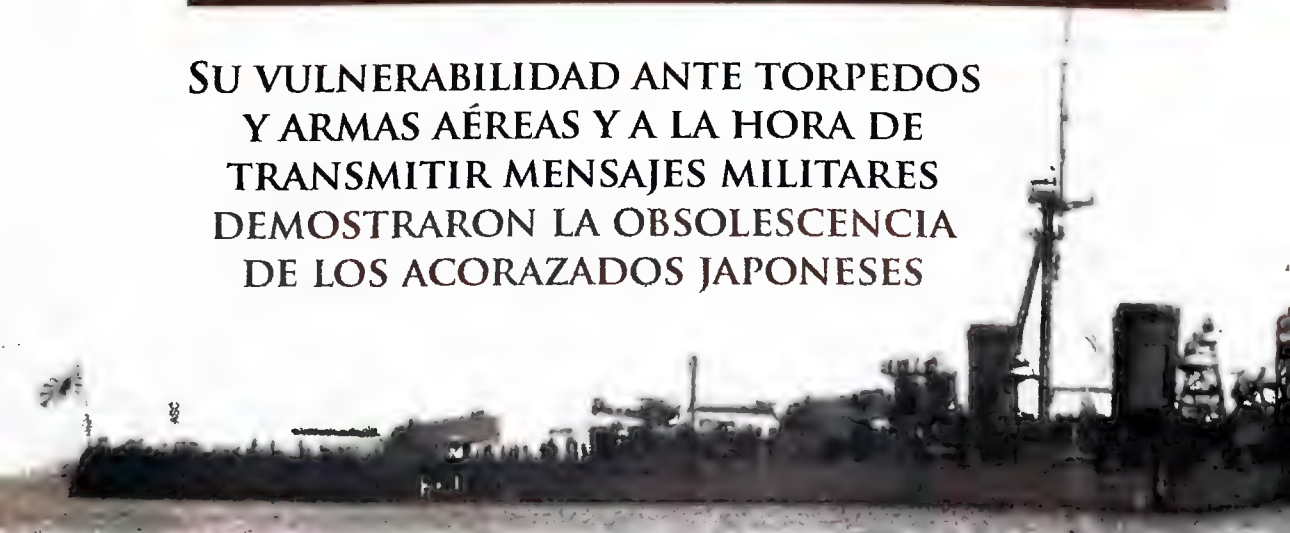
No obstante, y víctimas de su ceguera, los estrategas navales japoneses no entendieron que la época de los acorazados ya declinaba por el poder del arma aérea y el riesgo que implicaban los submarinos provistos de torpedos y, salvo el parecer del almirante Yamamoto –defenestrado en abril de 1943–, siguieron apostando por los acorazados y destinando enormes recursos a su construcción y equipamiento. En un intento por equilibrar el mayor peso de las flotas enemigas con el poder destructivo de estas grandes unidades –que hasta entonces habían dominado el escenario marítimo–, optaron por construir el Yamato y el Musashi, en parecidas fechas (1937) en que los alemanes armaban el Bismarck en sus astilleros de Hamburgo. Pero, para su desgracia, el Musashi sería hundido el 24 de octubre de 1944 durante la batalla del mar de Sibuyán, después de impactar en su casco hasta 19 torpedos y 16 grandes bombas de aviación. Y su gemelo el Yamato, orgullo de la Armada Imperial, se iría a pique en 1945, navegando solo y sin protección en su travesía suicida hacia Okinawa.

Después de haber participado en la batalla del Golfo de Leyte (Filipinas) en octubre de 1944,

Acorazados japoneses

	Desplazamiento	Eslora	Año de botadura	Pérdida del buque
Yamato	71.659 tn	242 m	1941	Hundido en 1945
Musashi	71.659 tn		1942	Hundido en 1944
Shinano	71.890 tn		1944	Reconvertido en portaaviones, hundido en 1944
Nagato	39.130 tn		1920	Blanco atomico en 1946
Mutsu	39.130 tn		1921	Explotó en 1943
Ise	38.676 tn			Hundido en 1945
Hyuga	38.676 tn			Hundido en 1945
Fuso	39.154 tn			Hundido en 1944
Yamashiro	39.154 tn			Hundido en 1944
Cruceros pesados reconvertidos en acorazados				
Kongo	31.720 tn			Hundido en 1944
Hiei	31.720 tn			Hundido en 1942
Kirishima	31.720 tn			Hundido en 1942
Haruna	31.720 tn			Desguazado en 1946
Kaga	44.200 tn	248 m	1921	Reconvertido en portaaviones, hundido en 1942

SU VULNERABILIDAD ANTE TORPEDOS Y ARMAS AÉREAS Y A LA HORA DE TRANSMITIR MENSAJES MILITARES DEMOSTRARON LA OBSOLESCENCIA DE LOS ACORAZADOS JAPONESES



El Kirishima cerca de Beppu, Kyushu (Japón), a mediados de octubre de 1932.

Acorazados de la US Navy en el Pacífico

	Desplazamiento	Año de botadura	Pérdida del buque
Oklahoma	27.500 tn	1916	Hundido en Pearl Harbor, 7-12-1941
Arizona	31.400 tn		Hundido en Pearl Harbor, 7-12-1941
Utah	21.825 tn		Reconvertido en portaaviones, hundido en 1944
USS New Mexico, Mississippi, Idaho, Tennessee y California, todos de 32.000 toneladas y 190 metros de eslora, construidos desde 1918 a 1920, y desguazados después de la guerra			
USS clase Colorado: de 32.590 toneladas y 190,2 metros de eslora, botados desde 1921 a 1923; USS Colorado, Maryland y West Virginia, desguazados al final del conflicto			
USS North Carolina	38.000 tn		Hoy convertido en museo
USS Washington	38.000 tn		Dado de baja en 1960 y desguazado en 1961
USS South Dakota	38.000 tn		Dado de baja en 1947 y desguazado en 1960
USS clase Iowa: cuatro acorazados de 45.000 tn y 270 m de eslora; USS Iowa, New Jersey, Missouri y Wisconsin, botados los dos primeros en 1943 y los dos siguientes en 1944. Estos cuatro navíos participaron en las guerras de Corea y Vietnam. El Missouri y el Wisconsin, armados ya con misiles, lo hicieron incluso en la guerra del Golfo contra Irak. Hoy los cuatro se han convertido en museos navales.			

BIBLIOGRAFÍA:
-*ACORAZADOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. UN ESTUDIO TÉCNICO 1921-1945*, MANUEL GONZÁLEZ LÓPEZ. HRM EDICIONES (2019)
INGENIEROS DE LA VICTORIA, PAUL KENNEDY. DEBATE (BARCELONA, 2014)
-*CAMINO DEL SOL NACIENTE. LA GUERRA DEL PACÍFICO 1942-1945*, PATRICK K. O'DONNELL. ARIEL (BARCELONA, 2003).

el enorme navío permanecía en puerto debido a la falta de combustible. En abril de 1945, el alto mando japonés, desesperado, ordenó su partida hacia la isla de Okinawa con la misión de impedir su invasión y combatir hasta el final, pero fue avistado por un submarino y el 7 de abril resultó atacado por las formaciones de decenas de bombarderos y torpederos enviados contra aquel gigante, que lo hundieron provocando la muerte de casi toda su tripulación, formada por 3.500 hombres.

Corriendo una suerte parecida, el infortunio y la falta de previsión también se cebaron con el resto de los acorazados japoneses, dos de ellos reconvertidos en portaaviones: el Kaga y el Shinano. El primero, que había participado en el ataque a Pearl Harbor, fue hundido en la batalla de Midway, del 4 al 7 de junio de 1942, y el Shinano, que era el tercer acorazado previsto de la clase Yamato, pero transformado en el mayor portaaviones de la Segunda Guerra Mundial, con 71.890 toneladas a plena carga, resultó torpedeado el 29 de noviembre de 1944 en la bahía de Tokio por el submarino Archesfish norteamericano, apenas dos semanas después de haber entrado en servicio.

Otro de los hundimientos más celebrados por los aliados fue el del acorazado Kirishima a manos de su oponente el USS Washington durante la batalla de Guadalcanal, en la noche del 14 al 15 de noviembre de 1942; no sin antes dejar fuera de combate los japoneses al acorazado USS South Dakota, buque que fue reparado y estuvo presente en la bahía de Tokio para la firma de la rendición de Japón el 2 de septiembre de 1945, llevada a cabo ante el general McArthur a bordo del USS Missouri.

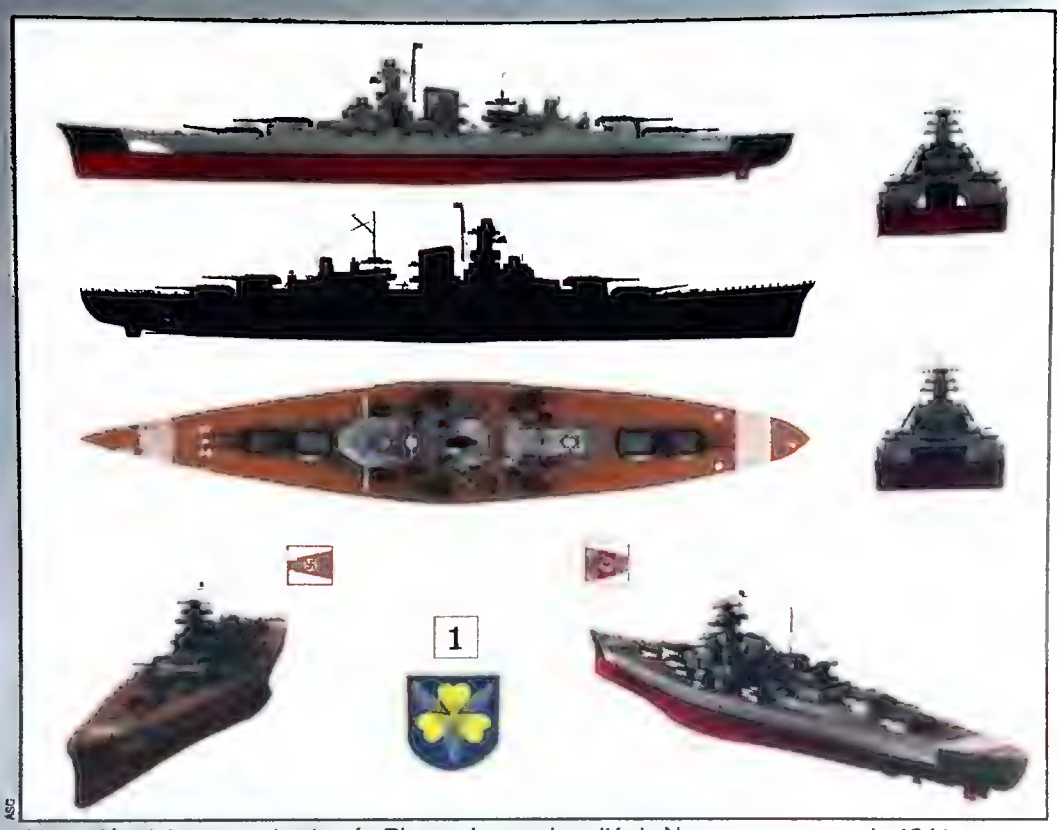


Ilustración del acorazado alemán Bismarck cuando salió de Noruega en mayo de 1941.

Salvo el encuentro entre el Kirishima y el USS Washington, las batallas protagonizadas por acorazados habían periclitado desde el temprano hundimiento del Bismarck (27 de mayo de 1941), y el papel de fortalezas o de navíos corsarios que los estrategas les habían asignado apenas se llevó a efecto. Además del talón de Aquiles que habían demostrado frente a los torpedos y el arma aérea, su obsolescencia también tuvo mucho que ver con la capacidad de los aliados de leer los comunicados diplomáticos de las potencias del Eje y los mensajes navales y militares que se intercambiaban entre Berlín y Tokio, lo que daba una gran ventaja a sus enemigos, proporcionando una confirmación veraz de los planes navales. Para rizar el rizo, la mejora de las tácticas estadounidenses de guerra antisubmarina y la incorporación del radar miniaturizado a los aviones y buques de guerra del Pacífico, mas las docenas y docenas de nuevos destructores patrullando el océano, acabaron con todas las opciones de la Armada Imperial japonesa, acosada por los enjambres de aviones con las estrellas de cinco puntas pintadas en sus fuselajes.

Pero lo curioso fue que el primer aviso referente a lo antícuados que estaban los acorazados fue, precisamente, el hundimiento a manos de los japoneses de los dos buques insignias británicos, el HMS Prince of Wales, de 44.460 toneladas, y su escolta el crucero HMS Repulse, el 10 de diciembre de 1941. Ambos navíos eran el orgullo de la Royal Navy y fueron enviados a Singapur como refuerzo naval frente al ataque nipón para encabezar la denominada Fuerza Z, que partió de esta colonia británica el 8 de diciembre escoltada por cuatro destructores –HMS Electra, HMS Express, HMS Tenedos y HMS Vampire– para enfrentarse a la flota de invasión que había sido avistada desembarcando tropas en la costa oriental malaya. No sabían a lo que se enfrentaban: lejos de encontrar al enemigo, la escuadra inglesa fue descubierta por un submarino japonés, que dio aviso de su posición en el mediodía del 9 de diciembre. El vicealmirante Kondo Nobutake -considerado hoy como el comandante de la Armada Imperial japonesa más significativo después de Yamamoto- dio la orden de ataque a una escuadrilla de bombarderos bimotores Mitsubishi G3M con base en Saigón (Indochina francesa), frente a los cuales ninguno de los buques británicos pudo hacer nada.

El desastre fue total, máxime considerando que el moderno HMS Prince of Wales contaba, nada menos, que con 175 cañones y ametralladoras antiaéreas capaces de disparar hasta 60.000 proyectiles por minuto. Pero incluso ese armamento resultó ineficaz frente a unos ataques aéreos muy bien orquestados por los japoneses. Fue el primer precedente de una escuadra de navíos hundidos por fuerzas exclusivamente aéreas en mar abierto, lo que significaba la drástica reducción del papel de los acorazados y sus escoltas en la guerra naval que entonces daba comienzo, cuyo protagonismo absoluto sería para los portaaviones y el arma submarina. El pecio del Prince of Wales se encuentra hoy boca abajo a 68 metros de profundidad en el mar de China, cerca de Kuantán. El desprevenido almirante Tom Phillips y varios cientos de sus hombres perecieron en aquella debacle, tras la cual la presencia naval británica en el Pacífico resultó irrelevante.

LAS CAMPAÑAS ALIADAS

Seis meses después de Pearl Harbor tuvo lugar la trascendental batalla de Midway, librada en las inmediaciones de las islas Midway del 4 al 7 de junio de 1942, en la que participaron solo portaaviones y que supuso la venganza por Pearl Harbor y marcó el inicio de la ofensiva aliada sobre Guadalcanal, a partir de agosto de ese año. El frente del Pacífico se dividió en dos grandes zonas. La principal, denominada Zona del Océano Pacífico, comprendía el Pacífico Norte, Centro y Sur, al mando general del almirante Chester Nimitz. El comandante en jefe del ejército estadounidense, el general Douglas MacArthur, era el responsable del Pacífico Sudoeste, con una fuerza de ataque considerable, compuesta por unidades australianas y el ejército de tierra de EE UU. Avanzando desde Nueva Guinea, MacArthur lograría aislar la gran base aeronaval japonesa de Rabaul, situada en la isla de Nueva Bretaña, llevando posteriormente sus tropas hasta las Filipinas. Por su parte, el almirante Robert Ghormeley, comandante naval del Pacífico Sur, reemplazado poco después por el almirante William Halsey –apodado 'Bull' (Toro)–, avanzaría sobre Rabaul desde las islas Salomón partiendo de Guadalcanal. Ambas campañas iban a resultar muy largas y sangrientas, con serias dudas respecto a su desenlace final, pero el control japonés de dicho archipiélago era lo que amenazaba la vital conexión marítima entre Estados Unidos y Australia.

La Operación Watchtower fue trazada precipitadamente con el objetivo de desembarcar lo antes posible a las tropas americanas en Guadalcanal y las islas próximas a Tulagi y Gavutu, en donde los japoneses tenían bases de hidroaviones. Watchtower comenzó con mal pie, topándose con fuerzas japonesas muy superiores a los 11.300 hombres que desembarcaron en esta isla el 7 de agosto de 1942. No obstante, y pese a los ataques banzái del enemigo –asaltos masivos de tropas sin tener en cuenta el número de bajas–, la ofensiva siguió adelante y a la larga abarcaría siete grandes batallas navales, además de muy diversas acciones aéreas y terrestres. De ahí que la campaña por la toma de Guadalcanal, apodada "el portaaviones insumergible", resultase muy costosa para ambos bandos. Solo la US Navy perdió 24 buques, incluidos dos grandes portaaviones.

Recordemos que Rabaul era un enorme bastión aeronaval japonés, situado a unos mil kilómetros al noroeste de Guadalcanal. En esta base había alrededor de cien mil soldados estacionados, un aeródromo con capacidad para cientos de aviones y un puerto muy bien protegido que podía albergar a toda la flota nipona. Era un enclave militar de primer orden que no solo bloqueaba el avance aliado, sino que colocaba a los japoneses en una inmejorable situación para desplazarse hacia el sur del Pacífico. Por todo ello, tras hacerse con el control de Guadalcanal a principios de 1943, la toma de Rabaul se convirtió en el objetivo más importante de las fuerzas aliadas.

GETTY

El almirante Chester W. Nimitz, comandante en jefe de la Flota del Pacífico.

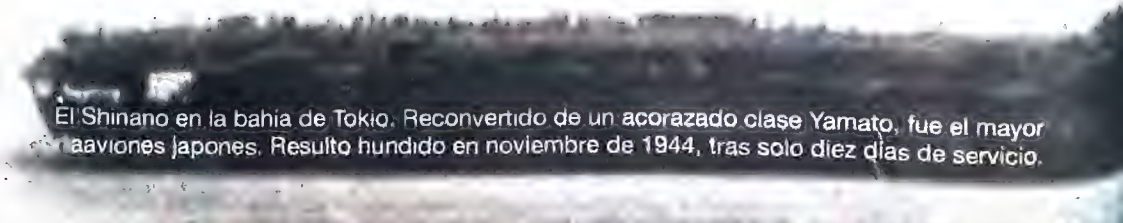
Iva Toguri D'Aquino (1916-2006) en julio de 1945.

Las Rosas de Tokio

Durante la guerra, la emisora japonesa Radio Tokio emitía una programación propagandística en inglés por todo el Pacífico, destinada a minar la moral combativa de los marinos y soldados aliados. Los programas radiofónicos eran conducidos por una veintena de voces femeninas que pasarían a ser conocidas con el apelativo de Rosas de Tokio. Terminado el conflicto con la rendición japonesa, la norteamericana Iva Toguri, una joven de origen japonés, fue acusada de ser una de las Rosas de Tokio y condenada injustamente por traición. Sentenciada a diez años de prisión, más una multa de 10.000 dólares, cumplió seis años de reclusión antes de que un juez ordenara su puesta en libertad tras revisar el caso. No sería indultada hasta 1977 por el presidente Gerald Ford, en el que sería su último acto oficial.

Durante la primavera de ese año, el Estado Mayor Conjunto diseñó la Operación Cartwheel con la misión de aislar esta fortaleza enemiga. El plan requería que el general McArthur, al mando del Área Suroeste del Pacífico, se aproximara desde Nueva Guinea por el oeste, mientras que el almirante Halsey, comandante del Pacífico Sur, debía rodear la isla de Nueva Bretaña por el sureste, avanzando con su flota desde Guadalcanal a través de las Salomón. La cadena de islas que forman este archipiélago tiene unos 800 kilómetros de longitud, y Halsey creyó necesario hacerse con el control de Nueva Georgia para el establecimiento de bases aéreas que permitieran el bombardeo de Rabaul. El 21 de junio de 1943 los norteamericanos iniciaron su ofensiva, que concluyó con la toma de la isla a finales de agosto, no sin sufrir grandes pérdidas en la encarnizada batalla de Bairoko. Después le tocaría el turno a la gran isla de Bouganville, la más septentrional de las Salomón, defendida por 27.000 soldados y que disponía de varios aeródromos de grandes proporciones. Los japoneses resistieron hasta finales de marzo de 1944 pero, tras neutralizar Bouganville, Rabaul quedó aislada. Tras el daño irreparable infligido a sus fuerzas aéreas y navales en esta base, el gabinete japonés dimitió en pleno.

Unos meses antes, en noviembre de 1943, el almirante Chester W. Nimitz iniciaba la ofensiva en la zona central del Pacífico, camino de las Marianas y sus dos mayores islas, Guam y Saipán, con el objetivo de penetrar en el núcleo interior del anillo defensivo japonés, compuesto por islas como Iwo Jima y Okinawa. Los japoneses defendieron las Marianas con gran intensidad, porque su pérdida situaba a las ciudades japonesas dentro del radio de acción de los bombarderos estadounidenses. En el mar, la Armada Imperial japonesa salió al encuentro de la flota de la US Navy en el mar de las Filipinas, en lo que pasaría a denominarse con humor negro *Great Marianas Turkey Shoot*, literalmente, "Gran cacería del pavo de las Marianas". Durante esta ofensiva, los japoneses perdieron unos 450 aviones, frente a los poco más de treinta aliados, y los submarinos americanos también lograron hundir



El Shinano en la bahía de Tokio. Reconvertido de un acorazado clase Yamato, fue el mayor portaaviones japonés. Resultó hundido en noviembre de 1944, tras solo diez días de servicio.

Sobre estas líneas, mapa político de Papúa Nueva Guinea, situada al norte de Australia, al oeste de las islas Salomón y al suroeste del océano Pacífico.

dos grandes portaaviones enemigos. Pero la campaña terrestre no resultó tan desproporcionada, y el desembarco del 21 de julio de 1944 en las playas de Guam fue recibido por el fuego cruzado de los 18.000 hombres atrincherados en la accidentada cresta montañosa de la isla. Guam había sido una de las perlas del Pacífico pertenecientes al Imperio español, y la naturaleza la dotó de junglas muy intrincadas. Las operaciones de limpieza de japoneses se extenderían hasta el final de la guerra, quedando aislados en esas junglas algunos combatientes que no se darían por vencidos hasta 1972, cuando el sargento Shoichi Yokoi se convirtió en el último soldado del emperador en rendirse. Varios pescadores de la isla se toparon con él mientras colocaba sus trampas para capturar gambas. Luego vendría la ofensiva sobre las Filipinas, con las batallas de Corregidor, Luzón y Negros, antes de desembocar en el infierno de Iwo Jima, una isla de apenas doce kilómetros cuadrados de extensión y situada a unos 1.500 kilómetros de la metrópolis, pero que formaba parte de la llamada "Zona vital de defensa interior" nipona bajo la jurisdicción directa de Tokio. La toma de Iwo Jima sería la batalla más cruel de toda la Guerra del Pacífico y la más sangrienta en toda la historia del Cuerpo de Marines estadounidense, con una cifra de bajas que ascendió a 24.053 hombres, sumados a los 19.977 muertos japoneses y 1.100 prisioneros, sin contar el despliegue necesario de 450 buques de transporte y de guerra que arribaron a la isla a partir del 19 de febrero de 1945, iniciando esa última ofensiva que terminaría con la batalla de Okinawa. El asalto a esta isla, bajo el nombre en clave de Operación Iceberg, tuvo unas dimensiones parecidas al desembarco de Normandía. El Día A, para distinguirlo del Día D europeo, tuvo lugar el 1 de abril de 1945.

DAVID CASADO RABANAL
Periodista y divulgador

LA RESPUESTA FASCISTA

Hitler y Mussolini contra el coloso norteamericano

El 11 de diciembre de 1941, tras el 'Discurso de la Infamia' de Roosevelt y la entrada en el conflicto de EE UU, Hitler y Mussolini le declararon la guerra

Adolf Hitler no era el compañero de mesa ideal. Los desafortunados que solían compartir cena con él le describían como un ególatra que pasaba horas y horas sin callar. La misma Eva Braun, su esposa *de facto*, aquella con la que se suicidó años después en Berlín, prefería quedarse ensimismada en sus propios pensamientos antes que atender a las interminables charlas. Pero la incomodidad de los presentes no detenía al Führer y, entre plato y plato, agotaba a sus interlocutores hablando de política, ideología nazi o nutrición. En la noche del 4 de enero de 1942, el centro de su discurso fue Estados Unidos: "Roosevelt es un cerebro enfermo. No hay nada más tonto que los americanos. Su desilusión es tanto más grande cuanto mayor es la altura de la que caen". Acto seguido, indicó que Japón no había tenido que enfrentarse a una guerra en su territorio en dos mil seiscientos años.

El Führer estaba eufórico y sentía que nada podía detener la maquinaria militar del Eje. Menos de un mes antes, el 11 de diciembre de 1941, él y el líder fascista italiano Benito Mussolini habían declarado la guerra a Estados Unidos como respuesta al 'Discurso de la Infamia' de Franklin D. Roosevelt y a la entrada en el conflicto de Norteamérica tras el bombardeo de Pearl Harbor. Y lo habían hecho con una sonrisa, pues consideraban que el empuje de las fuerzas armadas niponas remataría a los aliados. La primera potencia en caer, vaticinaban, sería Gran Bretaña. "No veo cómo los ingleses podrán enfrentarse con Japón con posibilidades de éxito. Japón, gracias a sus bases, domina el mar lo mismo que el aire", admitió el líder alemán a sus compañeros de mesa. Esa misma noche también auguró que Winston Churchill pediría al Reich una "paz separada" y que, sin su ayuda, la Casa Blanca sería historia. Gran equivocación.

Eva Braun y Adolf Hitler posan el 14 de junio de 1942 con sus perros en su residencia alpina de Berghof. Fueron pareja durante 13 años, de 1932 a 1945.

SHUTTERSTOCK

A TRES BANDAS

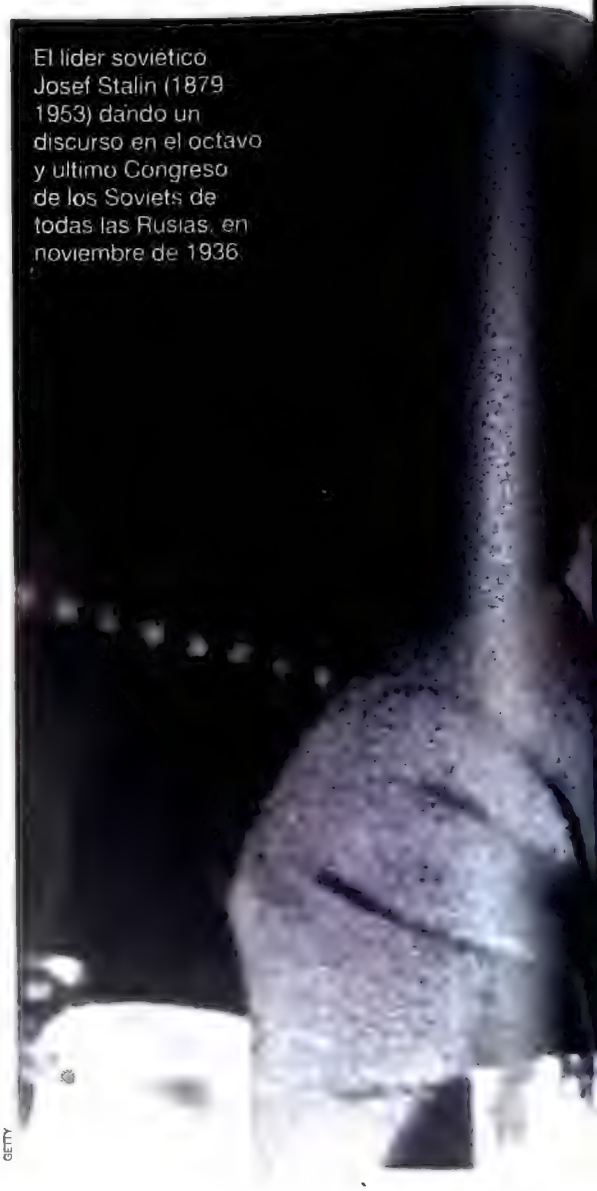
De lo que no se puede acusar al Tercer Reich es de haberse puesto en manos de Japón tras una sola noche de desenfreno. Lo suyo era una relación de años. El 25 de noviembre de 1936, mucho antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, ambos países habían firmado ya el Pacto Antikomintern con un solo objetivo: salvaguardarse del peligro que representaba para Hitler e Hirohito la Unión Soviética. Unos meses después rubricó su entrada en la alianza

la Italia de Benito Mussolini. Ese núcleo duro fue el mismo que suscribió el llamado Pacto Tripartito el 27 de septiembre de 1940. Aunque, en este caso, la finalidad última del documento no era aislar a Josef Stalin, sino evitar que Estados Unidos entrase en el conflicto por el bando Aliado y presionar a Roosevelt para que relajara el bloqueo en la exportación de materias primas al Imperio del Sol Naciente.

La realidad es que este tratado fue un documento redactado a la ligera y a toda prisa. Las cláusulas, tan solo seis, se limitaban a señalar las zonas de influencia de las tres potencias –Alemania e Italia en Europa y Japón en la Gran Asia Oriental– y aclaraban que las relaciones que cada uno de los integrantes tuviera con la Unión Soviética no cambiarían desde el momento en que se suscribiera el convenio. La disposición más controvertida era la tercera, pues exigía que los países se prestasen auxi-

ASC

Fotografía coloreada de Mussolini en 1940.



GETTY

El líder soviético Josef Stalin (1879 1953) dando un discurso en el octavo y último Congreso de los Soviets de todas las Rusias, en noviembre de 1936

lio ante una eventualidad muy concreta: "Las naciones se comprometen a ayudarse mutuamente con todos los medios políticos, económicos y militares cuando uno de los firmantes sea atacado por una potencia que actualmente no esté involucrada en la guerra europea o en el conflicto chino-japonés". La clave es que no se especificaba en qué consistiría esa ayuda.

La firma no causó estupor en el país de las barras y las estrellas; tan solo les permitió corroborar algo que sospechaban desde hacía media década. Así lo dejó claro el subsecretario de Estado Sumner Welles el 27 de septiembre de 1940: "El acuerdo de alianza no altera sustancialmente, en opinión del Gobierno, una situación que ha existido durante muchos años y sobre la que hemos llamado de forma reiterada la atención al mundo". En la práctica llevaba razón ya que, como han explicado en sus ensayos expertos de la talla de Florentino Rodao –catedrático especializado en historia de Asia–, el Pacto Tripartito no era una alianza total. De hecho, no obligaba a ningún país a prestar ayuda militar, permitía a Japón decidir de forma unilateral si entraba en el conflicto y no forzaba a Hitler y a Mussolini a declarar su beligerancia hacia Norteamérica si esta iniciaba hostilidades contra los nipones.

LAS EXCUSAS DEL FÜHRER

Hitler, sin embargo, se escondió bajo el paraguas del Pacto Tripartito y declaró la guerra a

CON EL PACTO TRIPARTITO, HITLER, HIROHITO Y MUSSOLINI QUERÍAN EVITAR QUE EE UU ENTRARA EN LA GUERRA POR EL BANDO ALIADO

Estados Unidos. Lo hizo mediante un mensaje que su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, hizo llegar a Ray Atherton, jefe de la División de Asuntos Europeos del Departamento de Estado. El día seleccionado fue el 11 de diciembre, y tampoco sorprendió a Roosevelt. La esencia del documento estaba al final: "Aunque Alemania se ha adherido al derecho internacional en sus relaciones con Estados Unidos durante todos los períodos del conflicto, su Gobierno ha creado un estado de guerra virtual. [...] En estas circunstancias, Alemania se considera en estado de guerra con EE UU". Fue la única vez que el Führer inició hostilidades de forma oficial contra un país. Él, por el contrario, era partidario de atacar de improviso, como había hecho en Polonia, Francia o la Unión Soviética.

Ese mismo 11 de diciembre, el Führer arribó al Reichstag henchido de orgullo. Las instantáneas de aquel día le muestran exultante, con una amplia sonrisa en la cara mientras estrecha la mano de sus ministros en el estrado. En su discurso, pronunciado con una gigantesca águila nazi como telón de fondo, insistió en que Alemania contaba con una maquinaria bélica que acabaría con cualquier enemigo: "Estoy al frente del ejército más fuerte del mundo, una fuerza aérea gigantesca y una armada orgullosa. Millones de soldados cumplen con su deber

El subsecretario de Estado de Estados Unidos, Sumner Welles, fotografiado en 1933.

GETTY

y millones de campesinos y obreros producen pan para el país y armas para el frente". Luego, insistió en que "las Tres Potencias han demostrado su determinación inquebrantable de no deponer las armas hasta que la guerra conjunta contra Estados Unidos e Inglaterra llegue a una conclusión exitosa".

Aunque a Hitler le sobraban excusas. A lo largo del discurso, criticó también la colaboración de la flota norteamericana en la protección de los mercantes británicos que cruzaban el Atlántico cargados de armas y vituallas. Después, recordó al pueblo germano que el Congreso estadounidense había aprobado a mediados de marzo de 1941 una ley que autorizaba al presidente a "vender, transferir, arrendar o prestar" material de guerra, alimentos y servicios a las potencias que considerase oportunas. En la práctica: Gran Bretaña, la Francia en el exilio y la Unión Soviética. "Motivado por su odio a la Alemania nazi, Roosevelt quiere apoderarse del Imperio británico. Dado que Inglaterra no está en condiciones de pagar en efectivo, ha impuesto la Ley de Préstamo y Arriendo al pueblo. De este modo, ha recibido poderes para dar apoyo a países cuya defensa considere vital para los intereses de EE UU", bramó.

Adolf Hitler abandonó el estrado entre sonoros aplausos. La declaración de guerra fue, al menos en lo político, una jugada magistral, pues

U-Boot, por Ferrer [illegible] submarinos alemanes [illegible] Primera Guerra Mundial [illegible] del alemán [illegible]

El incidente de la discordia

Las relaciones entre Estados Unidos y Alemania no estuvieron libres de incidentes antes del 11 de diciembre de 1941. El primer intercambio de fuego real entre ambas naciones sucedió el 4 de septiembre de ese mismo año. Aquel día, el USS Greer, un destructor norteamericano recuperado para el servicio, navegaba rumbo a Islandia cuando un avión de patrulla de largo alcance de la RAF británica le informó de que había un *U-Boot* en las cercanías. El capitán del navío, Laurence Frost, decidió acudir en su busca. No para atacarle, pues sus naciones no estaban en guerra, pero sí para localizarlo e informar de su posición a sus superiores.

El comandante del submarino en cuestión, el U-652, ordenó la inmersión de la nave en el momento en el que vio al destructor acercarse a su posición. Al parecer, no tuvo tiempo para descubrir de qué nacionalidad era. La situación podría haber terminado en este punto, pero Frost activó el SONAR e inició la búsqueda de su presa. A partir de este momento existe controversia entre las fuentes sobre lo que ocurrió. Historiadores como Craig L. Symonds son partidarios de que, en mitad de aquel juego del gato y el ratón, el avión de la RAF lanzó varias cargas de profundidad contra el sumergible. También sentencia que este, desde el fondo, creyó que los explosivos provenían del USS Greer. Fuera como fuese, a las tres horas, el oficial germano disparó dos torpedos contra el navío. Ninguno dio en el blanco, pero sí tensaron las relaciones entre ambas potencias mundiales.

El 11 de septiembre de 1941, el presidente Roosevelt cargó a través de sus *Charlas junto a la chimenea* contra Alemania. En primer lugar, rechazó que el incidente hubiera sucedido por una mera equivocación y, a continuación, confirmó que había dado la orden a sus capitanes de disparar a cualquier buque nazi o *U-Boot* con el que se toparan en el trayecto. Pocos días después, un submarino alemán fue atacado al este de Groenlandia y, allá por noviembre, los norteamericanos asaltaron el vapor germano Odenwald e hicieron prisioneros a sus tripulantes.

Hitler, avispado, utilizó aquello como la enésima excusa para iniciar las hostilidades contra Estados Unidos. "Roosevelt ha sido culpable de los peores crímenes contra el derecho internacional. Ordenó a su armada atacar y hundir a los barcos bajo bandera alemana e italiana. Los ministros estadounidenses se jactaban de haber destruido nuestros submarinos de esta forma traicionera", señaló el Führer durante el discurso en el Reichstag. La afrenta se incluyó incluso en la declaración formal de guerra. Fue casi un alivio tener ese pretexto en la cartera.

demostró a los ciudadanos del Reich que Hitler caminaba con paso firme hacia la victoria y que confiaba en sus fuerzas armadas. Y lo cierto es que no era una simple pose. En las semanas siguientes, el líder nazi repitió *en petit comité* que el Imperio del Sol Naciente era una potencia emergente y que sería imposible para los aliados detener su expansión: "Japón está haciéndose independiente en todo. Se asegura el caucho, el petróleo, el zinc, el wolframio y otra gran cantidad de productos. Será uno de los países más ricos del planeta". Su confianza en los nipones era tal que llegó a describirlos como la salvación de Alemania, ya que no renunciarían jamás a la preponderancia que tenían en el Pacífico y lucharían contra cualquiera que intentara arrebatársela.

Ray Atherton (1883-1960) en febrero de 1938, siendo ministro plenipotenciario de EE UU en Bulgaria.

EN PALABRAS DE MUSSOLINI: "LA ITALIA FASCISTA Y LA ALEMANIA NACIONALSOCIALISTA, SIEMPRE LIGADAS, PARTICIPAN JUNTO AL HEROICO JAPÓN CONTRA EE UU"

ITALIA SIGUE LA ESTELA

Roma siguió la estela del Führer. El Tercer Reich le marcaba por entonces el paso a un Mussolini que, tan solo un año antes, había hecho el ridículo a nivel internacional al quedar frenado en los Balcanes y verse obligado a solicitar la ayuda de las tropas germanas para llegar hasta Grecia. Aunque no hubiera querido, el dictador italiano habría tenido que plegarse a los deseos de su vecino. Así, el 11 de diciembre de 1941, el Duce informó al pueblo de que comenzaban las hostilidades: "Este es otro día solemne y de acontecimientos memorables destinados a dar un nuevo rumbo a la historia de los continentes. La Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista, siempre estrechamente ligadas, participan junto al heroico Japón contra los Estados Unidos de América".

Como su par, Mussolini invocó también el Pacto Tripartito: "La alianza une estos días a 250 millones de hombres decididos a hacer lo que sea para ganar. Ni el Eje ni Japón querían que el conflicto se generalizase. Pero un hombre, un solo hombre, un auténtico tirano, mediante una serie de provocaciones infinitas, ha traicionado a la población de su país. Él quería la guerra y se había preparado para ella con obstinación diabólica". A continuación, el Duce recordó "los formidables golpes" infligidos a las fuerzas estadounidenses del Pacífico y "lo preparados que están los soldados del Imperio del Sol Naciente" para hacer frente a la guerra. "Hoy, el Pacto Tripartito es un instrumento de guerra. Mañana, se convertirá en una herramienta de paz y de justicia entre los pueblos". Acabó de forma tajante: "¡Italianos, levantaos una vez más y sed dignos de esta hora histórica! ¡Ganaremos!".

MANUEL P. VILLATORO
Periodista y escritor

Los retratos del odio

Adolf Hitler, nada amigo de ser comedido en sus discursos, cargó contra figuras con nombres y apellidos el 11 de diciembre de 1941. En sus palabras, los "dos conflictos entre Alemania y Estados Unidos" habían sido provocados "por la misma fuerza". A saber: el líder de turno. El primero fue Thomas Woodrow Wilson, un presidente que abogaba por la neutralidad, pero terminó por llevar a Norteamérica a la Primera Guerra Mundial. "Su nombre representa una de las violaciones más viles de la palabra dada. Provocó la disrupción entre los vencedores y los vencidos. El incumplimiento de su promesa hizo posible el Dictado de Versalles. Hoy sabemos que un grupo de financieros le respaldó para ver mejorar sus negocios", afirmó el Führer.

Aunque el blanco de la mayor parte de sus críticas fue Roosevelt. Para empezar, le dibujó como una suerte de 'niño bien': "Proviene de una familia rica y pertenece a una clase a la que se le allana el camino en las democracias. Yo soy solo el hijo de una familia humilde y pobre que se vio obligada a luchar a base de trabajo". Tampoco dudó a la hora de definirle como un empresario que se había hecho rico "con la especulación financiera" tras la Primera Guerra Mundial y había podido ascender hasta la poltrona de la presidencia aupado por grandes empresas capitalistas.

Además de tildarle de mediocre y maquiavélico por conspirar desde una falsa neutralidad para acabar con el Reich alemán, Hitler también le atacó a nivel personal. Fue su respuesta a un adjetivo que Roosevelt le había endosado a él pocas semanas antes: "Que me llame ganster no me parece interesante. Despues de todo, esta expresión se acuñó en América, sin duda porque aquí escasean. Aparte, un loco como Roosevelt no me puede insultar. Primero incita a la guerra, luego falsifica las causas, luego se envuelve de forma odiosa en un manto de hipocresía cristiana y termina por conducir, lenta pero inexorablemente, a la humanidad a la guerra", señaló.

En sus palabras, este "tirano" que hacía y deshacía a su gusto en Estados Unidos había engañado durante meses a los japoneses. "El hecho de que el Gobierno japonés, que lleva un año negociando con este hombre, se haya cansado al fin de que se burlen de él de una manera tan indigna nos llena a todos, al pueblo alemán y a todas las demás personas decentes del mundo, de orgullo", finalizó. Casi nada...

Woodrow Wilson (1856-1924), vigésimo octavo presidente de los Estados Unidos de América.

HIRO HITO

El dios de Japón

SHUTTERSTOCK

El emperador de Japón Hirohito (1901-1989) a bordo del acorazado Nagato de la Armada Imperial japonesa durante unas maniobras en enero de 1939.

Muchos historiadores le consideran responsable del ataque sorpresa a Pearl Harbor y de las atrocidades cometidas durante su sangrienta ocupación de Asia, pero salió airoso de ser juzgado por crímenes de guerra. Hirohito (1901-1989) fue el último emperador divino de Japón y, aunque tuvo que renunciar a su condición cuasidivina al perder la guerra, legó a su hijo Akihito uno de los países más desarrollados y modernos del mundo.

Lo cierto es que su figura resultó ambivalente. Aprovechó muy bien la división del mundo en dos bloques durante la Guerra Fría para convertirse en aliado de los Estados Unidos en Asia y pacificar el continente, pero al mismo tiempo mostró una ambición desmedida por expandir su Imperio por el lejano Oriente con la invasión de China.

Mientras la atención del mundo se volcaba hacia Europa, donde se multiplicaban los presagios de guerra en el primer tercio del siglo pasado, el ejército japonés ocupaba diversas posesiones europeas en Asia. Hirohito encargó al príncipe Fumimaro Konoye la tarea de formar un gobierno capaz de contener al ejército, pero el intento fracasó. Aunque el emperador recurrió a la poesía para invitar a la paz, su mensaje fracasó igualmente.

En medio de este clima, el país del Sol naciente fue enfriando de una forma cada vez más amenazadora sus relaciones con los Estados Unidos, y se aproximó a las potencias totalitarias del Eje. Los norteamericanos respondieron con la misma desconfianza y comenzaron a construir bases aéreas y navales en numerosas islas del Pacífico.

En julio de 1940 Konoye asumió el cargo de primer ministro. Era considerado como un hombre moderado, aunque sus primeras decisiones no parecieron confirmar tal opinión. El príncipe incluyó en el gabinete ministerial a dos extremistas a los que confió dos carteras de gran importancia: el general Hideki Tojō fue nombrado ministro de la Guerra y el germanófilo Yōsuke Matsuoka se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores.

El gobierno 'moderado' de Konoye suprimió los partidos, disolvió los sindicatos y, el 27 de septiembre de 1940, firmó el Pacto Tripartito con la Alemania nazi y la Italia fascista. Hirohito ratificó la alianza, lo cual no le impidió dar grandes muestras de aprobación cuando el 10 de noviembre de aquel mismo año, durante la celebración del 2.600 aniversario de la fundación del Imperio, el embajador norteamericano, decano del cuerpo diplomático en Tokio, hizo un llamamiento a la paz y a la colaboración entre todos los países que se hallaban aún al margen del conflicto bélico europeo.

Apenas dos meses después, la Armada japonesa comenzó a elaborar el plan de ataque a Pearl Harbor. De cualquier modo, en agosto de 1941 el emperador nipón requirió al primer ministro para que se trasladara personalmente a los Estados Unidos con el objetivo de intentar restablecer las buenas relaciones entre ambos países. Cuando el acorazado que

El emperador Hirohito (centro) posa, alrededor de 1940, con la familia imperial japonesa: su esposa, la emperatriz Nagako (a la izquierda), y su hijo, Akihito (al lado).

El príncipe Fumimaro Konoye (1891-1945) posa en mayo de 1934.

GETTY

Hideki Tojo (1884-1948) en julio de 1944, siendo ya jefe del Estado Mayor del Ejército.

GETTY

TUVO QUE RENUNCIAR A SU CONDICIÓN DIVINA AL PERDER LA GUERRA, PERO LEGÓ UNO DE LOS PAÍSES MÁS DESARROLLADOS DEL MUNDO

debía llevar a Konoye a Norteamérica estaba ya listo para iniciar el viaje, una indiscreción hizo conocer anticipadamente la noticia de la iniciativa japonesa. Los militares reaccionaron airadamente, al igual que Hitler, que sospechó de una posible traición por parte de sus aliados. Por otra parte, Japón se había aprovechado ya de la alianza con Berlín al imponer al gobierno francés, vencido por Alemania, la aceptación de la presencia japonesa en Indochina.

Sin embargo, Hirohito continuaba pensando aún en la posibilidad de un acuerdo pacífico con Estados Unidos. El 6 de septiembre se convocó una conferencia imperial en la que los ministros parecían compartir la opinión de que no era posible perder más tiempo; la guerra debía estar preparada para octubre. Cuando la conferencia estaba a punto de terminar, Hirohito sorprendió a todos los presentes; se levantó y manifestó airadamente que no todos los jefes militares habían expresado su opinión. A continuación, sacó un papel del bolsillo y dijo: "¿Qué es más preferible: la guerra o la diplomacia? Por mi parte, responderé con unos versos del gran Emperador Meiji". Su voz se hizo más profunda cuando comenzó a recitar: "Los mares rodean a la tierra por todas partes/ y el grito de mi corazón se escucha por todo el mundo./ ¿Por qué, entonces, los vientos y las olas/ se agitan hoy con tanta inquietud?". La conferencia tuvo que aplazarse. Los versos leídos no eran una orden de paz, pero exigían al menos un retraso en el inicio de la guerra y la reanudación de las tentativas de paz.

El embajador norteamericano en Tokio hizo todo los posible por favorecer un encuentro diplomático entre los ministros de Asuntos Exteriores o incluso entre el presidente estadounidense Roosevelt y el primer ministro japonés. Sin embargo, el gobierno de los EE.UU. respondió con gran desconfianza. El 16 de octubre el príncipe Konoye presentó la dimisión, y su cargo pasó entonces a manos del general Hideki Tojo.

Los norteamericanos se negaron a negociar las propuestas que habían hecho unos meses antes a los japoneses: retirada de todas las tropas de China e Indochina y pacto de no agresión entre Japón, Estados Unidos, China, Gran Bretaña, Holanda y Tailandia. Tokio consideraba que la retirada inmediata de China era un acto deshonroso y, por tanto, imposible de realizar.

En la nueva conferencia imperial, celebrada el 29 de noviembre, Hirohito no leyó ninguna poesía. Tojo, por su parte, se sintió libre para descalificar con vehemencia los argumentos pacifistas. Los planes de ataque estaban listos

para ponerse en marcha. Una flota navegaba ya hacia Hawái y otra se dirigía hacia la península malaya y las Indias Holandesas.

EL ATAQUE A PEARL HARBOR

El 2 de diciembre se celebró una nueva conferencia en el palacio imperial. Los jefes militares manifestaron que el mejor momento para el ataque sería el día 8 de aquel mismo mes (el 7 de diciembre en el calendario norteamericano): la luna brillaría desde la medianoche hasta el alba, lo que favorecería el despegue de los aviones y su consiguiente ataque.

A Hirohito no le fue difícil comprender cuál era la base que iba a ser atacada; al otro lado de ese meridiano, el primer y más importante centro estratégico de los norteamericanos era Pearl Harbor. Sin hacer pregunta alguna, el emperador inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Su única orden fue que la declaración de guerra se presentara antes del ataque. Varios contratiempos impidieron que su orden fuera ejecutada: la declaración llegó a manos de Roosevelt cuando la aviación japonesa se encontraba bombardeando la base norteamericana. Y, en las oficinas de la embajada japonesa en Washington, los trabajos de transcripción del mensaje que contenía la declaración de guerra quedaron interrumpidos por una fiesta de despedida de un empleado.

Tras el despiadado ataque nipón que ya conocemos, Hirohito envió un mensaje de felicitación al almirante Yamamoto, que había dirigido el ataque: "Si seguimos manteniendo este tesón, nuestro Imperio tendrá un magnífico futuro". El 8 de diciembre, la radio japonesa transmitió otra declaración de Hirohito, dirigida a todo su pueblo. Era el anuncio de la guerra: "Uniendo en un solo corazón al Ejército y a la nación, es necesario avanzar sin vacilaciones hacia los objetivos de la guerra". El texto había sido preparado por los consejeros de la corte, pero Hirohito quiso añadir una frase: "Contra todos nuestros deseos, el Imperio se ha visto obligado a blandir su espada contra Estados Unidos y Gran Bretaña". Después de que Japón avanzara sin obstáculos por Filipinas, Guam, las islas Marianas, Hong Kong, Singapur, Borneo, Sumatra, Java, Nueva Guinea y Birmania, Hirohito se convirtió en una sombra silenciosa durante muchos meses. Lo único que se sabía de él era que se había impuesto un régimen de austeridad para "estar más cerca de los sufrimientos de los soldados". De este modo, renunció a uno de sus hábitos más queridos, el almuerzo a la inglesa a base de huevos con jamón, que fue sustituido por una dieta casi exclusivamente de arroz.

La victoria comenzó a parecer menos segura

TRAS LAS BOMBAS ATÓMICAS, HIROHITO ACEPTÓ LA CAPITULACIÓN: "HA LLEGADO EL MOMENTO DE SOPORTAR LO INSOPORTABLE"

en junio de 1942, cuando la flota nipona fue vencida en Midway por los norteamericanos. Coincidiendo con el declive de la suerte japonesa, el emperador comenzó a tomar un protagonismo cada vez mayor en la información periodística sobre la guerra. Después de las primeras victorias, la propaganda militar se dedicó a mentir sin escrúpulos, presentando como éxitos clamorosos las estrepitosas derrotas e implicando al emperador en las responsabilidades bélicas. Sin embargo, la realidad de Japón era penosa: sin materias primas, combustible ni comida, el ejército se veía obligado a defender las mismas fronteras de la patria.

El día de Año Nuevo de 1944, Hirohito reaccionó por vez primera ante los fracasos militares. En el curso de la conferencia imperial, el soberano, en contra de las reglas tradicionales, formuló una dura pregunta al primer ministro, el general Kumaki Koiso, que había sustituido a Tōjō poco tiempo antes: "¿Qué medidas piensa tomar para hacer frente a una situación tan funesta?".

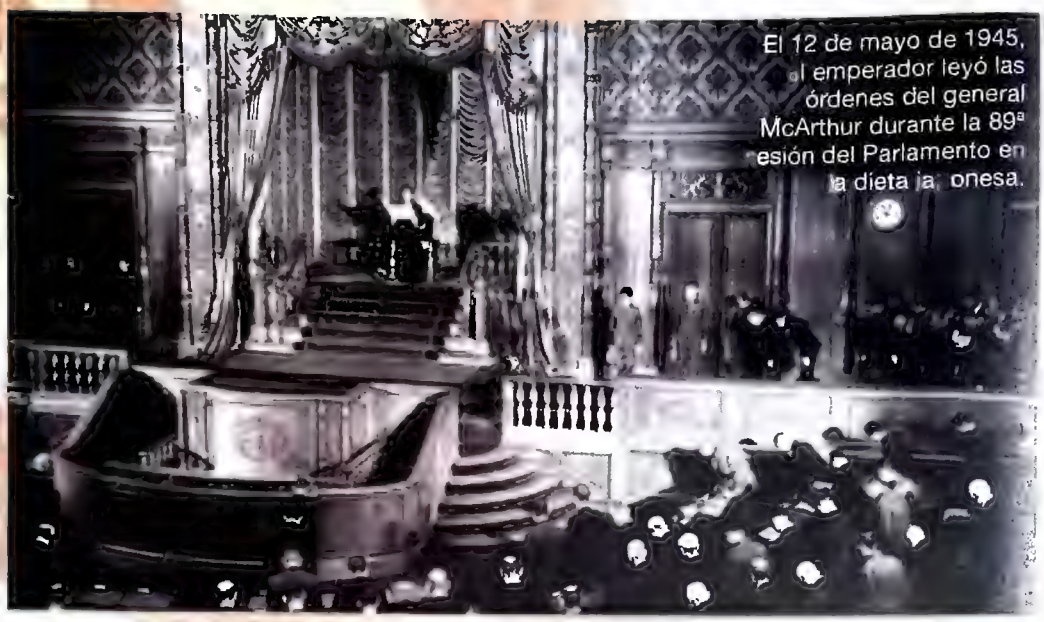
Y llegó agosto de 1945. Eran las 8:15 horas del día 6 cuando se encendió una bola de fuego sobre el cielo de Hiroshima. Tres días después, los norteamericanos lanzarían una segunda bomba atómica en Nagasaki. Aquella tarde, Hirohito se decidió a hablar en la conferencia imperial: "Ha llegado el momento de soportar lo insoportable", es decir, la capitulación. El anuncio a los aliados se llevó a cabo mediante el siguiente comunicado: "El gobierno japonés está dispuesto a aceptar las condiciones impuestas en la declaración que se formuló en Potsdam el 26 de julio de

El emperador Hirohito despacho, no a 1945

1945 (...) entendiendo que dicha declaración no contiene ninguna exigencia que perjudique las prerrogativas de Su Majestad como soberano reinante". El 12 de agosto respondieron los aliados. La autoridad del emperador debía someterse al comandante aliado de las fuerzas de ocupación. El pueblo japonés "decidiría la forma definitiva de gobierno".

LIBRE DE CONDENA

El 4 de septiembre de 1945, el propio Hirohito compareció ante el Parlamento nipón. En un nuevo discurso, el emperador exhortaba a los japoneses para que respetaran los términos de la rendición. Mientras, los



El 12 de mayo de 1945, el emperador leyó las órdenes del general McArthur durante la 89ª sesión del Parlamento en la dieta japonesa.

Hirohito y MacArthur se encuentran en la embajada de Estados Unidos en Tokio, el 27 de septiembre de 1945.

norteamericanos ocupaban el país. Entre los aliados, eran muchos los que pensaban que en el nuevo Japón no había lugar para el emperador. El periodista Raymond Cartier escribió: "Los rusos exigen que Hirohito ocupe el primer puesto entre los criminales de guerra, y también lo piden Chiang Kai-chek (China), Inglaterra (que no perdona el desastre de Singapur), Australia y Nueva Zelanda. En Estados Unidos, el departamento de Estado se ha pronunciado por la abolición de la monarquía. Algunos piden la horca para el emperador". Seguramente, Hirohito también pensó que los aliados llegarían en cualquier momento para encarcelarle. Sin embargo, los días pasaron y las autoridades aliadas no se presentaron. El 27 de septiembre, Hirohito se presentó ante el general MacArthur y le dijo: "Estoy dispuesto a someterme al juicio de las potencias aliadas. Yo soy el único responsable de las acciones de guerra ejecutadas por los soldados japoneses". Sin embargo, el representante de los aliados se opuso firmemente a que el emperador fuera sometido a juicio. En una notificación al departamento de Estado norteamericano decía: "Si tenéis intención de procesar a Hirohito, tendréis que enviar un millón de soldados para mantener el orden". Treinta y un jefes políticos y militares comparecieron ante el tribunal aliado de Tokio. Yosuke Matsuoka y Osami Nagano murieron durante el proceso. Los condenados a muerte fueron siete, y todos fueron ahorcados. Entre ellos se encontraba Hideki Tōjo.

EL NUEVO EMPERADOR

El nuevo Japón se acostumbró a ver a un emperador sin aureolas sagradas. Hirohito renunció a su origen divino y puso su empeño en comportarse como un rey europeo, a pesar de la dificultad que suponía la devoción de sus súbditos. Finalmente, tuvo la posibilidad de estudiar biología y se sintió feliz de poder estrechar la mano de la gente. Su persona había dejado de ser intocable. Una

Hirohito posa vistiendo el traje tradicional el día de su entronización oficial como emperador del Imperio japones, en 1928.

GETTY

nueva época comenzaba para el país asiático. Los adversarios de los primeros años cuarenta se fueron convirtiendo poco a poco en los más firmes aliados. La expansión militar se sustituyó ahora por una expansión de mercados: Japón caminaba hacia aquel *boom* económico que produciría la admiración de todo el mundo.

La vida del emperador volvió a adaptarse a los esquemas habituales. Se levantaba a las siete de la mañana; a continuación se vestía, sin ningún ayuda de cámara. Cuando pasaron los años de la austeridad, el emperador volvió a almorzar a la usanza inglesa, a base de huevos, panceta y copos de avena. Tras salir de la residencia Fukiage Goshi, Hirohito acudía a la superintendencia del palacio imperial para comenzar a trabajar. Su labor consistía en examinar papeles, despachar la correspondencia y poner el sello de oro en los documentos importantes. Gozaba de buena salud, a pesar de su edad avanzada. Su dieta de mediodía incluía *sushi*, patatas dulces, verduras variadas, tallarines y un plato a base de anguilas. Las tardes eran tranquilas Dedicaba tres de ellas a la semana a su pasión más conocida, la biología marina. Después del baño y la cena, Hirohito se sentaba en un sillón a ver la televisión. Aunque un buen número de japoneses sentían cariño por la familia imperial, Hirohito suspiró: "Mi hijo (Akihito) será el último emperador".

JAVIER RAMOS
Periodista y escritor

LA VIDA TRAS LA TRAGEDIA

Recelo, ley marcial y un nuevo rol para las mujeres

Fotograma de la película *Pearl Harbor* (2001) en el que vemos a la actriz británica Kate Beckinsale en el papel de enfermera militar.

AGE

Ocho décadas después del ataque, todavía se mira en Hawái con cierto recelo a los estadounidenses de origen nipón. La ofensiva de la Armada Imperial japonesa dejó unas enormes secuelas en el imaginario colectivo y desató en los años siguientes una oleada de racismo hacia el sector de la población que compartía los rasgos faciales rasgados. En el ataque murieron 2.403 estadounidenses y otros 1.178 resultaron heridos de diversa consideración, según fuentes oficiales. La tragedia fue de tal magnitud que el olvido se antojaba imposible. Pero el desarrollo de la vida en Hawái se abrió paso en medio de conflictos, represiones y un esfuerzo colectivo para devolver el esplendor a las islas.

Una de las principales consecuencias de la inesperada ofensiva del 7 de diciembre de 1941 fue el cambio radical del papel de Estados Unidos en la geopolítica internacional. Ver las orejas al lobo de manera tan sangrienta fue el detonante para que el gobierno norteamericano abandonara sus políticas aislacionistas y se involucrara de lleno en la Segunda Guerra Mundial. Al día siguiente de los bombardeos, el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt encadenó las palabras de lo que se conoce como el "Discurso de la Infamia", por el que solicitaba al Congreso la declaración de guerra contra el Imperio de Japón.

El ataque cambió la rutina de la sociedad hawaiana. La población local se dio cuenta de lo importantes que podían ser las mujeres en un mundo devastado por la guerra. Ganaron trascendencia y relevancia dentro de la sociedad, haciéndose cargo, quizás empujadas por la necesidad, del mantenimiento de la zona. Una de ellas vaticinó con acierto el camino que se abriría a partir del momento en el que dejaran de caer las bombas. Elizabeth 'Betty' McIntosh, reportera del *Honolulu Star-Bulletin*, estaba allí el día en que los japoneses volcaron el "viento de los dioses" sobre la zona. En un artículo que quedó enterrado por decisiones editoriales, pero recuperado 71 años después por *The Washington Post*, la periodista dejaba claro el futuro que se iba a encontrar la población de Hawái una vez apaciguada la primera fase del conflicto: las mujeres de la isla tendrían que aceptar un

ASC

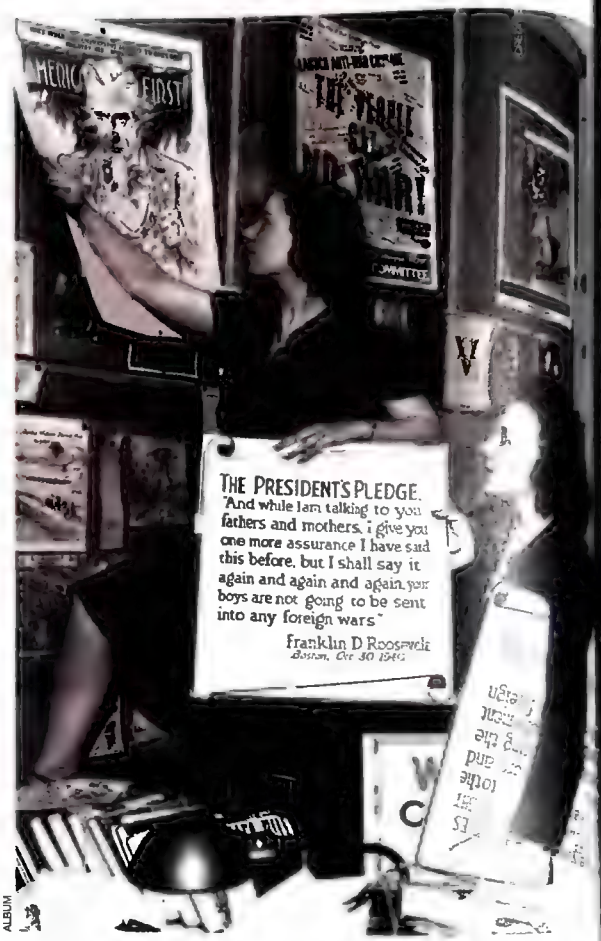
Portada del número extra del *Honolulu Star-Bulletin* publicado el 7 de diciembre de 1941. El titular reza: "¡Guerra! Oahu bombardeado por aviones japoneses".

rol distinto al que habían desempeñado hasta el momento. "Honolulu comenzó a darse cuenta de que había más en el ambiente que una alerta del ejército", relata en el texto, donde se recogen varios párrafos esclarecedores: "Me di cuenta de lo importantes que pueden ser las mujeres en un mundo devastado por la guerra. Hay un trabajo para cada mujer en Hawái. Lo descubrí cuando visité los centros de la Cruz Roja, los comedores, los distritos de evacuados".

NADA VOLVIÓ A SER IGUAL

Muchas de ellas tuvieron que trabajar en puestos que quedaron libres tras el fallecimiento de sus maridos. Recuerda el Museo de Pearl Harbor, de hecho, que las mujeres hasta entonces no podían participar en el combate pero, en cambio, se alistaban como enfermeras, telegrafistas, conductoras o, incluso, mecánicas. Una muestra de cómo el ataque alteró de forma drástica la identidad de la zona se encuentra en una singular fotografía de los archivos nacionales de la Ma

NO PODÍAN COMBATIR, PERO SE ALISTABAN COMO ENFERMERAS, TELEGRAFISTAS, CONDUCTORAS O MECÁNICAS



ALBUM

Dos empleadas del aislacionista America First Committee cerrando la sede de Chicago tras el ataque japonés a Pearl Harbor.

rina estadounidense que ensalza a un grupo de tres chicas cortando acero en el rescate de barcos hundidos. Fue la tónica general.

Los militares tomaron el control del trabajo y se abolieron temporalmente los juicios con jurado. Más de 2.000 personas fueron arrestadas solo en las primeras 48 horas. Llegaron a quemarse algunas casas de vecinos de origen japonés y se cometieron atrocidades de diversa consideración. Hawái permaneció bajo dominio militar casi tres años, pero la tensión se alargó durante algunos más. *Honolulu Advertiser*, un periódico local que dejó de publicarse en 2010, tras 154 años de historia, confirmaba que la Armada estadounidense todavía se mantenía en 1956 en estado de alerta ante la posibilidad de un ataque.

La instauración de un gobierno militar trajo una serie de medidas represivas. Por ejemplo, todos los residentes, con la excepción

de los menores, tuvieron que registrar sus huellas dactilares para engrosar un censo diseñado para el control de la población. También se expidieron documentos de identificación personal. Incluso se llegó a prohibir a los viandantes fotografiar cualquier lugar de la costa. El temor era permanente.

Todos los ciudadanos tenían que vivir en medio de la censura y recibían el correo previamente revisado. Así se recoge en *Hawaii Goes to War: Life in Hawaii from Pearl Harbor to Peace*, un libro de DeSoto Brown, historiador del Honolulu Bishop Museum, que pone de manifiesto el aciago modo de vida que los residentes tuvieron que aceptar. Ciudadanos de cualquier edad debían contar con todo tipo de material de protección, como máscaras de gas. Se fabricaron refugios antiaéreos en los patios traseros de las viviendas y los ciudadanos pasaban algunas noches a oscuras en sus hogares bajo el toque de queda. La avalancha de personal militar era constante. Muchos de ellos se asentaron en tiendas de campaña y buscaban momentos de diversión en algunos icónicos hoteles, que quedaron ocupados bajo el poder de los militares. Se racionó la comida en toda la isla y se cerraron los bares, prohibiéndose el consumo de alcohol. "Ya no debía hablar japonés", recuerda Jane Kurahara, que era una niña en Honolulu durante el ataque a Pearl Harbor, en los archivos conservados en el Centro Cultural Japonés en Hawái.

Hawái tardó varios años en superar la mutilación que había dejado el conflicto en la sociedad, pero sus ciudadanos siempre tuvieron una visión proestadounidense que se materializó de manera oficial en 1959 cuando se convirtió en el quincuagésimo estado de Estados Unidos. Su lema no pudo ser más acertado: *"Ua mau ke ea o ka aina i ka pono"* ("La rectitud perpetúa la vida de la patria"). Seiscientos mil habitantes poblaban en aquella época el archipiélago.

PRIVACIÓN DE LIBERTAD PARA CIEN MIL JAPONESES

La relación entre la sociedad hawaiana y los ciudadanos de origen asiático ha sido muy tensa a lo largo de la historia de la región. Años antes de los bombardeos japoneses, hubo un episodio que marcó las relaciones sociales: la plaga de peste bubónica de 1899. La ciudad de Honolulu se puso en cuarentena

Virginia Young (dcha.), viuda de un soldado, trabajando como supervisora en la Base Aerea Naval de Corpus Christi, Texas.

ALBUM

Mestizaje en el ejército

A pesar del resentimiento hacia los japoneses tras los bombardeos, la diplomacia estadounidense dio un giro de 180 grados a medida que la Segunda Guerra Mundial avanzaba por otros frentes. Aún perduraban cotas de resquemor, pero el Gobierno trató de corregir las narrativas de desconfianza racial abriendo la veda para que los ciudadanos de origen japonés pudieran alistarse. Para ello, se solicitó la firma de un documento por el cual reconocían ser leales al país.

Fruto de ese perdón surgió el 442° Regimiento de Infantería, una unidad compuesta solo por voluntarios japoneses-estadounidenses. Desempeñó un papel importante en el frente de Europa Occidental, en especial logrando éxitos en el desbloqueo de Italia y la recuperación de Francia a manos de los aliados. Fueron dos de las batallas más cruentas que se recuerdan.

Los orígenes del regimiento se fundamentaron en la formación del 100° Batallón Provisional Hawaiano, que contaba entre sus filas con unos 1.432 soldados de ascendencia japonesa. Tras un duro entrenamiento, los mandos militares decidieron ampliar la unidad para formar el 442° Regimiento de Infantería, reclutando para ello a unos 1.300 japoneses-americanos de Hawái.

La motivación de muchos de los soldados de origen japonés fue demostrar su lealtad y servir con orgullo al que consideraban su país. Tuvieron que enfrentarse, además, a la desconfianza de muchos de sus compañeros, aunque algunos informes oficiales conservados en museos militares de EE UU reconocían que se ganaron el respeto de los soldados estadounidenses. Al final de la guerra, y tras acumular una tasa de bajas muy alta, sumaron 18.142 condecoraciones. Es el regimiento más distinguido de la historia del Ejército norteamericano. En la ceremonia de entrega de medallas en 1946, el presidente Harry S. Truman reconoció que aquellos soldados no solo lucharon contra los enemigos, sino también contra los prejuicios de la sociedad.

Miembros del 442° Regimiento de Infantería japonés-estadounidense, con sus abanderados al frente, fotografiados en Bruyeres (Francia) el 12 de noviembre de 1944.

GETTY

Una joven norteamericana inspecciona un perno de armadura con un micrómetro, trabajo que hasta la guerra desempeñaban los hom- res.

GETTY

Mujeres de la Infantería de Marina estadounidense honrando a la bandera en Pearl Harbor, durante la Segunda Guerra Mundial.

El general John L. DeWitt en su despacho el 9 de diciembre de 1941.

GETTY

y los viajes quedaron restringidos. La Junta de Salud emitió incluso una petición para que los barcos no atracaran en el puerto. Las autoridades, entonces, culparon a la comunidad china de lo sucedido, acusando al colectivo de prácticas insalubres en sus barrios. Pasaron cuatro meses antes de que la ciudad fuera declarada libre de plagas y el turismo se reanudara.

Décadas después, fueron los japoneses los que estuvieron en el disparadero por los recelos de las autoridades tras el ataque a Pearl Harbor. La consecuencia más directa fue la orden ejecutiva 9.066 que emitió en febrero de 1942 el presidente Roosevelt, por la cual se enviaba a unas 120.000 personas de la costa oeste de Estados Unidos a campos de internamiento por su origen étnico. "Nuestra vida diaria en el campamento era monótona y vacía", afirman testimonios recogidos en el Centro Cultural Japonés de Hawai. Todo se limitaba a comer y dormir.

DURANTE CUATRO AÑOS, MILES DE 'JAPOS' PERMANECIERON RECLUIDOS EN UNA DECENA DE CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

En *Final Report, Japanese Evacuation from the West Coast*, el teniente general John L. DeWitt defendía en 1942 que su posición contraria hacia la co-

El turismo, paralizado durante años

El ataque a Pearl Harbor tuvo otras consecuencias para la zona, entre ellas que se paralizó por completo el turismo. Si bien, como recoge Robert C. Schmitt en *Estadísticas históricas de Hawái*, hasta mediados del siglo XIX la mayoría de los visitantes eran marinos mercantes y balleneros que se desplazaban a las islas mientras sus barcos eran reabastecidos, es decir, eran trabajadores y no estaban de vacaciones, poco a poco el turismo en Hawái comenzó a cambiar. En el siglo XX, aún era muy diferente de lo que es en la actualidad. Aunque ya empezaba a cambiar, solo 520 pasajeros se habían desplazado a Honolulu a través de vuelos transpacíficos en 1939, como publica Robert C. Schmitt.

Pearl Habor supuso la paralización total de este incipiente sector turístico. Japón, tenía todos los elementos para ser un reguero de asiáticos. No empezó a recuperarse hasta 1946, tras el fin del conflicto; aunque no fue hasta la segunda mitad de la década de los cincuenta, en plena efervescencia económica, cuando comenzó su verdadera escalada y se convirtió en un gran punto de atracción para los turistas. En realidad, la llegada de viajeros a nivel masivo apareció en la zona ya en la década de 1960, después de la llegada del avión a reacción en 1959. Se necesitaron unos treinta años para que el número de pasajeros aéreos alcanzara el millón. En 1958, el cómputo general ascendía a 171.588 personas, mientras que en 2017 compraron un billete más de nueve millones de personas. Desde los sesenta y hasta 1990, el número de visitantes a las islas no dejó de crecer, con la excepción de tres periodos muy concretos, publicaba Honolulu Civil Beat, una organización informativa sin ánimo de lucro. Por un lado, 1981, coincidiendo con una ligera recesión económica sufrida en Estados Unidos durante el mandato presidencial de Ronald Reagan; por otro, el año 2001, marcado por el atentado de las Torres Gemelas; y el 2009, tras el estallido de la burbuja financiera.

munidad japonesa estaba respaldada por el resto del país: "La raza japonesa es una raza enemiga [...]. Si bien muchos japoneses de segunda y tercera generación nacidos en suelo estadounidense, poseedores de ciudadanía estadounidense, se han 'americanizado', las cepas raciales no se han diluido".

El problema es que más de un tercio de los residentes de la isla eran de ascendencia japonesa. Y la paradoja es que dos tercios de ellos habían nacido en EE UU. Controlar a una población tan amplia no iba a ser fácil. Los oficiales dudaban de su lealtad. Sin distinción alguna y durante casi cuatro años, miles de 'japos' que residían en los estados de Oregón, California, Arizona o Washington permanecieron recluidos en una decena de campos de concentración.

"Traté de alistarme en la Marina de Estados Unidos con tres de mis compañeros caucásicos. Ellos fueron aceptados, pero yo no", recordaba en la BBC Lawson Ichiro Sakai, que tenía 18 años en 1941. La suya fue una imagen muy repetida. Dos años después se abrió la puerta al cambio, aunque más por necesidad que por convencimiento: en el momento en que el ejército estadounidense necesitó de más soldados para combatir en varios frentes, se amplió el programa para reclutar a los voluntarios japoneses-americanos.

Lawson Ichiro Sakai (1923-2020) posa de uniforme.

Aquello se produjo en marzo de 1943, 15 meses más tarde del ataque a Pearl Harbor. Unos 30.000 de estos jóvenes -como Lawson Ichiro Sakai- pasaron a servir en el ejército de EE UU. Algunos de ellos entraron a una unidad segregada conocida como el 442º Regimiento de Infantería, formada por estadounidenses de ascendencia nipona conocidos como "Nisei". El perdón había empezado a ser una realidad.

JOSÉ M. SÁNCHEZ
Periodista

TRAS LA ALAMBRADA

CAMPOS DE REUBICACIÓN para ciudadanos japoneses en EE UU

Escuela publica de Weill, en San Francisco (California), abril de 1942. Pequeños estudiantes de primer grado, algunos de ascendencia japonesa, juran –con la mano en el corazón– lealtad a la bandera de Estados Unidos.

Decenas de *nikkei* y de *nisei* (primera y segunda generación de emigrantes japoneses) hacen cola a las puertas de una estación de control civil y registro para alojamiento en centros de reubicación, en San Francisco, 1942.

ALBUM

El ataque a Pearl Harbor marcó un punto de inflexión en la vida de los residentes nipones en Estados Unidos. El temor al establecimiento de una quinta columna entre la colonia japonesa motivó su traslado a campos de internamiento, una traumática decisión que marcó su devenir y el de futuras generaciones. En 1942, el presidente Franklin D. Roosevelt firmó el decreto de internamiento.

La presencia japonesa en territorio norteamericano se remonta a mediados del siglo XIX. En 1868, la sociedad nipona acometió un vertiginoso proceso de modernización que provocó una meteórica transformación social. El emperador Meiji inició las reformas que abolirían el viejo sistema feudal en pos de una economía capitalista e industrializada. Como resultado, de la noche a la mañana miles de personas abandonaron las zonas rurales y ciudades como Tokio u Osaka comenzaron a sobrepoblarse. El gobierno nipón, consciente del problema, fomentó un fenómeno hasta entonces prohibido en el país del Sol Naciente: la emigración. Gracias a ella, el ejecutivo gestionó el problema demográfico y abandonó la tradicional política *sakoku* de país cerrado.

UN ARRAIGO CUASI CENTENARIO

Hawái (que en aquel momento no formaba parte de Estados Unidos) se convirtió en el primer alojamiento de los *nikkei* (nombre que designa a los emigrantes japoneses y sus descendientes). Se trataba de un pequeño grupo de 148 personas que arribaron al archipiélago en 1868 para trabajar en los campos de caña de azúcar. Doce años más tarde, Estados Unidos recibió a sus primeros inmigrantes. Se calcula que, entre los años 1886 y 1911, más de 400.000 personas recalaron en el país para trabajar en sectores tan diversos como las fábricas conserveras de salmón situadas en Alaska, la industria maderera de Oregón, las explotaciones agrícolas californianas o las cuencas mineras de Utah, además de la construcción de vías férreas.

La oleada migratoria fue de tal calibre que, en 1907, el presidente estadounidense Theodore Roosevelt pactó con el gobierno japo-

nés la restricción migratoria proveniente del país asiático. Mediante el acuerdo, conocido como *Gentleman's Agreement* o Pacto de Caballeros, Tokio limitó la concesión de permisos pero accedió a que los emigrantes varones establecidos en territorio norteamericano pudiesen traer a sus padres, hijos e incluso a sus esposas conseguidas a través de matrimonios concertados. Esta medida desvió el tránsito hacia otros destinos como America Latina. A fin de evitar picarescas, el redactado incluyó una cláusula secreta que impidió la emigración a México, para evitar un hipotético cruce fronterizo desde el país vecino.

LA OLEADA DE EMIGRANTES JAPONESES QUE CREARON NEGOCIOS Y SE HICIERON CON TIERRAS RESULTÓ UNA AMENAZA

CONVIVENCIA Y DISCRIMINACIÓN

Con el paso del tiempo, la comunidad japonesa no solo se asentó, sino que emprendió sus propios negocios y los primeros restaurantes, tiendas y alojamientos destinados a sus compatriotas dejaron paso a almacenes o sastrerías orientadas a toda clase de público. Además, muchos agricultores *nikkei* adquirieron terrenos y compitieron con las granjas y explotaciones autóctonas. Todo ello avivó un sentimiento antijaponés, respaldado por la prensa, que etiquetó al nipón como un enemigo del trabajador estadounidense, una amenaza para la feminidad y un agente corruptor del modelo social.

En 1913, California aprobó la Ley de Tierras para Extranjeros. Su redactado prohibió a los foráneos no elegibles para la ciudadanía la posesión de tierras agrícolas o el arrendamiento superior a tres años de las mismas. Unas condiciones revisadas al alza en 1920, cuando desapareció esta última opción. Finalmente, la Ley de Inmigración aprobada en

Una familia de japoneses estadounidenses de San Francisco (California) en proceso de reubicación. El niño lleva una gorra que dice "Recuerda Pearl Harbor". Fotografía de abril de 1942.

Fotografía de los años 30 de la ciudad de Davao (Filipinas), donde la emigración japonesa fue tal que era llamada *Davaokuo* o *Little Tokyo* (Pequeño Tokio).

1924 restringió el tráfico migratorio no europeo y asestó un duro golpe a países como Corea o Japón.

No obstante, en 1930, una nueva generación relevó a la anterior. Eran los llamados *nisei*, hijos de los *nikkei* nacidos ya en Estados Unidos. Su existencia desveló una nueva realidad: sus miembros preferían las costumbres autóctonas a las importadas desde su país de origen. Hablaban inglés, practicaban el cristianismo y anteponían la gastronomía, la música y las normas sociales locales a las heredadas de sus antepasados. En este sentido, esta generación se identificó como japoneses estadounidenses en vez de inmigrantes japoneses. Un matiz significativo.

LOS 'NISEI' -NACIDOS YA EN EE UU- PREFERÍAN LAS COSTUMBRES AMERICANAS A LAS DE SUS ANTEPASADOS IMPORTADAS DE JAPÓN

LA ORDEN EJECUTIVA 9066

El ataque japonés a Pearl Harbor, ocurrido el 7 de diciembre de 1941, condicionó el futuro de los 120.000 nipones residentes en Estados Unidos. Durante la primera semana posterior a la agresión, cerca de 2.000 *nisei*, entre los que se hallaban periodistas, funcionarios públicos o prominentes empresarios, fueron arrestados. La sociedad norteamericana, sensibilizada por las imágenes provenientes desde Hawái, proyectó su odio hacia dicha comunidad y no tardaron en aparecer los primeros síntomas racistas. Como el ofrecimiento de "afeitados gratis a los 'japos'" anunciada por una barbería californiana que evitaba cualquier responsabilidad ante un "posible accidente" o la predisposición de una funeraria a realizar negocios antes "con un 'japo' que con un estadounidense". La prensa, como ocurrió con anterioridad, añadió más leña al fuego cuando alertó sobre el surgimiento de una quinta columna, una idea adoptada por el teniente general John L. DeWitt, que lideró el internamiento de japoneses-estadounidenses. El 9 de diciembre, DeWitt anunció la aparición de aviones japoneses sobre el cielo nocturno de San Francisco. Desde su punto de vista, el ataque era cuestión de horas. No obstante, estas inexistentes maniobras, así como la búsqueda infructuosa de portaaviones enemigos fondeados frente a las costas estadounidenses, relajó a los sanfranciscanos, una conducta que exasperó al militar. Dewitt no dudó en calificarlos de "necios, idiotas y estúpidos", amenazándoles con una visita policial para convencerlos del peligro "a base de porrazos".

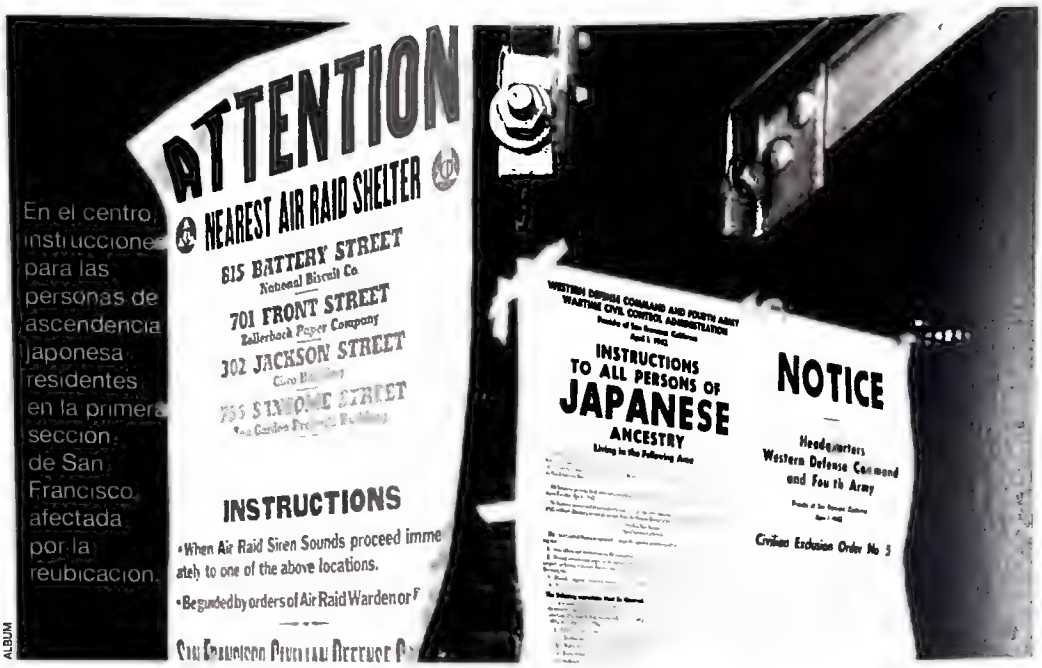
Owen Roberts, juez de la Corte Suprema, presidió una comisión destinada a esclarecer el ataque a Pearl Harbor. El informe final denunció la participación consular nipona y la de algunos ciudadanos hawaianos en las labores de espionaje que facilitaron la operación militar. Sus conclusiones respaldaron el internamiento de la colonia japonesa en centros especiales. Fruto de esta presión, el 19 de febrero de 1942 Roosevelt firmó la Orden Ejecutiva 9066 que autorizó al Ejército a evacuar a todas y cada una de las personas de determinadas "áreas militares" y proporcionarles alojamiento en otro lugar.

CONTROVERSIAS POLÍTICAS

A principios de marzo de 1942, Dewitt designó como Área Militar 1 a las mitades occidentales de Washington, Oregón y California. La mitad sur de California, sumada a la zona sur de Los Ángeles, completó dicho perímetro. El resto de territorios pertenecientes a estos estados conformaron el Área Militar 2. Aquel mismo mes, finalizado el proceso, se emitieron las primeras órdenes de exclusión civil para desplazar a todos los japoneses, tanto nacionales como extranjeros, hacia campamentos de reubicación situados en localizaciones interiores. Tan solo hubo una excep-

Una joven familia *nisei* es vacunada en el momento de registrarse para la evacuación y reubicación.

ALBUM



En el centro, instrucciones para las personas de ascendencia japonesa residentes en la primera sección de San Francisco, afectada por la reubicación.

ALBUM

ción: la exclusión de los nipones hawaianos, porque su mano de obra impulsaba la economía insular.

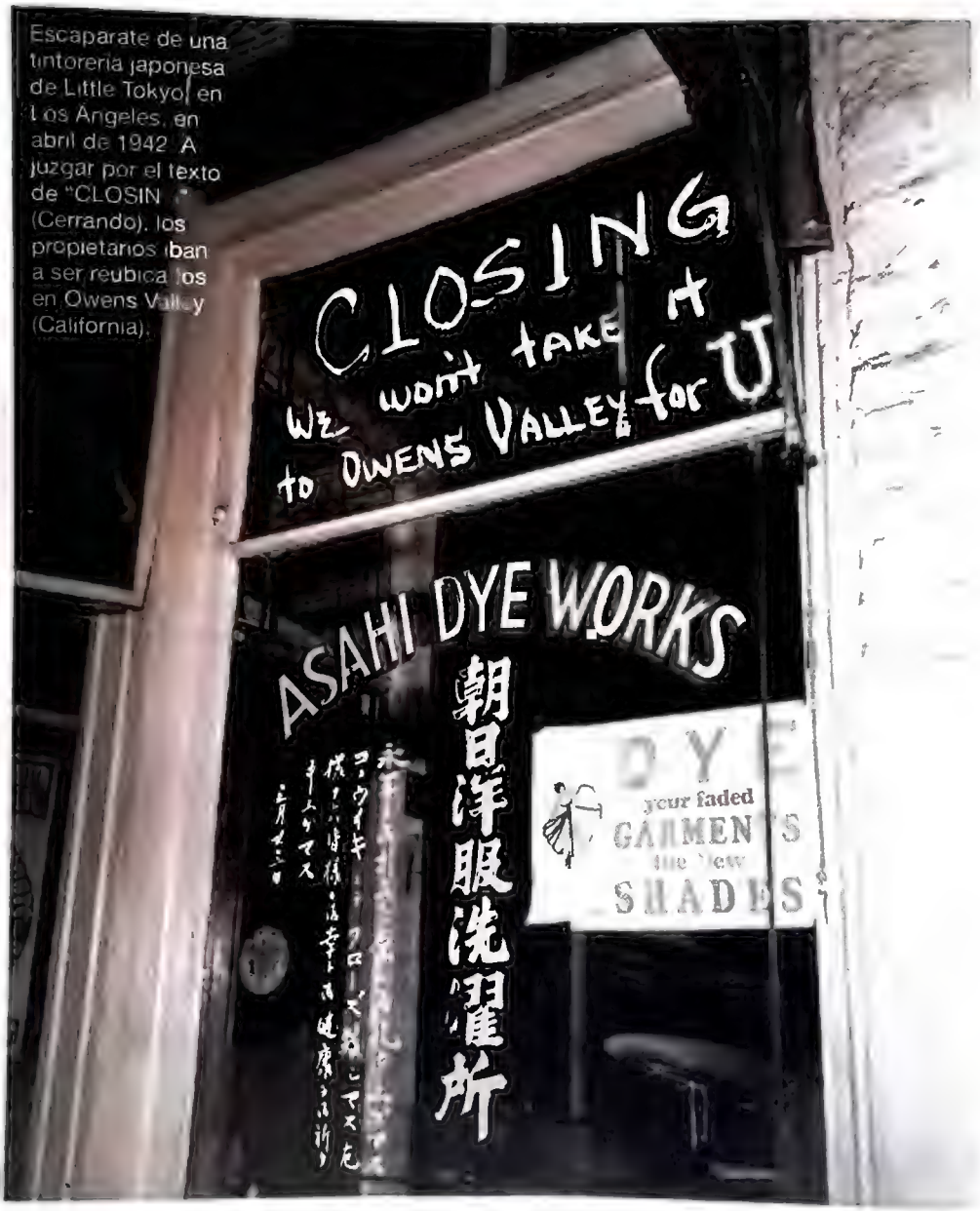
La ubicación de los campamentos generó rechazo y tensiones entre diversos gobernadores. Nels Smith, representante de Wyoming, comentó desairado: "La gente de Wyoming tiene aversión por los orientales y no tolerará convertirse en el vertedero californiano. Si traes japoneses a mi estado, te prometo que colgarán de los árboles". Chase Clark, gobernador por Idaho, sentenció: "Los japoneses viven como ratas, se reproducen como ratas y actúan como ratas. No quiero que vengan

El 442 Regimiento de Combate

La necesidad de incorporar tropas, detectada en marzo de 1943, obligó al ejército norteamericano a retirar el veto a la generación *nisei*. Esta actitud contrastó con la mantenida en 1941 cuando se denegó su reclutamiento, una decisión que originó un profundo sentimiento de desarraigo entre los aspirantes: se sentían estadounidenses, pero su país los trataba como enemigos.

Tras el ataque a Pearl Harbor, 1.300 miembros de la Guardia Nacional Hawaiana fueron trasladados a California para asegurarse su lealtad ante un ataque nipón. Estos hombres formaron el Batallón Provisional Hawaiano, aunque el nombre tan solo duraría cinco días, siendo rebautizados como el 100 Batallón de Infantería Independiente. Finalizada su exitosa formación, el ejército decidió ampliar el número de unidades nisei y otros 3.000 soldados hawaianos y 800 continentales se sumaron a los anteriores para formar el 442 Regimiento de Combate.

El 100 Batallón recibió su bautismo al norte de Salerno, Italia: el 29 de septiembre de 1943, sus hombres intercambiaron disparos con un grupo alemán. La acción permitió el avance sobre Benevento. En octubre lucharon contra el 29 Regimiento Panzergrenadier y más adelante en Volturno, Montecassino y Anzio. Su arrojo y valentía les otorgaron el sobrenombre de "Batallón del Corazón Purpura", en referencia al número de condecoraciones obtenidas: 18.143 medallas, entre las que destacan 21 medallas de Honor, 1 medalla al Servicio, 560 Estrellas de Plata, 22 Legiones al Mérito, 52 cruces de servicios distinguidos, 15 medallas del soldado, 4.000 Estrellas de Bronce y 9.486 Corazones Purpura.



Escaparate de una tintorería japonesa de Little Tokyo, en Los Ángeles, en abril de 1942. A juzgar por el texto de "CLOSIN..." (Cerrando), los propietarios iban a ser reubicados en Owens Valley (California).

ALBUM

a Idaho". Ralph Carr, gobernador de Colorado, emitió el único discurso favorable: "Si les dañas a ellos, me dañas a mí. Me crié en un pequeño pueblo donde conocí la vergüenza y el deshonor que genera el odio racial".

GEOGRAFÍA DEL DESASOSIEGO

El proceso de reasentamiento fue incierto y doloroso. Una vez emitida la orden de exclusión, la persona disponía de una semana para registrarse ante las autoridades, recoger sus efectos personales e informar al centro de reunión más cercano a su domicilio. Deshacerse de sus activos formó parte del procedimiento y familias enteras se vieron abocadas a malvender las casas y los negocios que tantos esfuerzos les había costado obtener. La premura hizo que, en determinados casos, las propiedades cambiasen de manos por una pequeña parte de su valor real o que, simplemente, fuesen abandonadas.

Llegados a este punto, la pesadilla no hizo más que empezar. Los centros de reunión carecían de acomodo alguno. Se trataba de

hipódromos o recintos feriales acondiciona dos a toda prisa en donde las familias dormían en establos o al raso mientras aguardaban su traslado a los diez campos construidos en Arizona, Arkansas, California, Colorado, Idaho, Utah y Wyoming.

La War Relocation Authority, el organismo gubernamental encargado de gestionar el reasentamiento, comenzó su trabajo en marzo de 1942. La primera evacuación comenzó el día 24 en la isla de Bainbridge, Seattle, y antecedió a las iniciadas en la costa oeste. Al finalizar el proceso, la WRA había emitido un total de 108 órdenes dirigidas a un millar de personas cada una. Cientos de trenes y autobuses trasladaron a los internos hacia unos campos similares a prisiones. Los recintos, alejados de núcleos urbanos y rodeados de alambradas, poseían torres de vigilancia desde donde los guardias custodiaban a los prisioneros. Los barracones, carentes de agua corriente, albergaron a una población angustiada ante su aciago futuro, desprotegida frente a las inclemencias climatológicas y carente de intimidad.

A medida que transcurrieron los meses, se relajaron las condiciones de vida castrenses y comenzaron a asignarse trabajos a los varones adultos, mientras sus hijos acudían a las escuelas edificadas en los campos. Los salarios percibidos eran exiguos (doce dólares mensuales para trabajadores no cualificados y diecinueve para los especialistas) comparados con los sueldos medios norteamericanos, pero permitieron cierta autonomía. Las comunidades resultantes se rigieron por

Los campos de la vergüenza

En marzo de 1942, un grupo de voluntarios nipones inició la construcción de Manzanar, el primero de los diez campos de reubicación diseminados por California (Manzanar y Tule Lake), Arizona (Poston y Gila River), Colorado (Granada), Wyoming (Heart Mountain), Idaho (Minidoka), Utah (Topaz) y Arkansas (Rohwer y Jerome). En julio de 1942, la instalación ocupó una extensión de 2.500 hectáreas rodeadas de alambre de púas y albergó 36 bloques donde se alojó a más de 10.000 internos controlados desde ocho imponentes torres de vigilancia.

El campo de Poston, situado en Arizona, se hallaba tan alejado de los núcleos urbanos que su diseño prescindió de atalayas. Compuesto por tres campamentos separados a una distancia de tres millas entre sí, albergó a 17.000 internos convirtiéndose en la tercera ciudad más grande de dicho estado. La premura constructiva convirtió los barracones en edificios de escasa calidad, como en Minidoka, donde la madera utilizada se encogió y desprotegió a los internos frente a las inclemencias meteorológicas o las miradas indiscretas. En Heart Mountain, los reubicados convivieron en barracones fabricados con papel alquitranado levantados sobre una superficie polvorienta sin asfaltar, y la única estufa instalada en cada sala apenas los aisló de las bajas temperaturas invernales. Algo similar a lo experimentado por los desplazados hasta el campo Granada, en Colorado. Acostumbrados al clima californiano y carentes de ropa gruesa, soportaron temperaturas extremas en unos barracones construidos con madera.

Campo de concentración de Minidoka, en Idaho

El fiscal general de Estados Unidos, Francis Biddle, en 1941.

un consejo de gobierno que canalizó adecuadamente las actividades sociales recién aparecidas como la creación de periódicos, negocios, equipos deportivos e incluso departamentos de policía y hasta de bomberos.

UNA HERIDA ABIERTA

En 1943, el gobierno requirió a los internos retirar su lealtad al emperador y preguntó su predisposición a enrolarse en el ejército. Los cerca de 8.500 *nisei* que respondieron negativamente fueron recluidos en Tule Lake, California. Este traslado provocó un efecto no deseado en determinados sectores oficiales. Un reducido número de figuras cercanas al presidente argumentó que, aislados los desleales, debía liberarse al resto. Acto seguido, el fiscal general Francis Biddle y el secretario de interior Harold Ickes solicitaron a Roosevelt la anulación del programa. Finalmente, el 2 de enero de 1945, la War Relocation Authority canceló el internamiento y compensó con 25 dólares y un billete de tren a cada uno de los internos.

Lamentablemente, el regreso deparó una desagradable sorpresa a los recién liberados. Muchos comprobaron cómo sus vecinos les habían robado las posesiones abandonadas a toda prisa. Otros tantos sufrieron la expropiación gubernamental de sus viviendas, al no haber satisfecho a tiempo los impuestos, y algunos terratenientes descubrieron que sus peones habían vendido sus tierras durante su obligada ausencia. En definitiva, el internamiento forzoso supuso la pérdida de todos sus bienes y un desarraigo que no solo alteró sus estructuras sociales, sino que además los instaló en la desesperanza.

El presidente estadounidense Jimmy Carter, fotografiado en abril de 1977.

Los primeros reconocimientos llegaron en 1946 cuando el presidente Truman homenajeó al 442 Regimiento de Combate en la Casa Blanca. Dos años más tarde, firmó la Japanese American Evacuation Claims Act, una primera ley compensatoria del todo insuficiente. En 1952, la ley McCarram-Walter anuló la Ley de Inmigración promulgada en 1924 y permitió la naturalización de los *nisei*. No obstante, habría que esperar más de dos décadas, hasta 1976, para que el presidente Gerald Ford aboliese la Orden Ejecutiva 9066 y pidiese disculpas a la comunidad nipona. En 1980, el presidente Jimmy Carter encargó una comisión oficial, y ocho años más tarde, Ronald Reagan firmó la Ley de Libertades Civiles, que, aparte de reconocer la injusticia sufrida y compensar con 20.000 dólares a cada superviviente, otorgó una naturaleza basada en "prejuicios raciales, histeria de guerra y falta de liderazgo político" a la Orden Ejecutiva 9066.

PERE CARDONA
Historiador

La congresista Jeannette Rankin recibe la bandera que ondeó en la Cámara de Representantes durante la aprobación de la enmienda al sufragio femenino en 1919. El 8 de diciembre de 1941, su voto fue el único en contra de la declaración de guerra al Imperio japonés aprobada en el Congreso de EE UU.

GETTY

'REMEMBER

La reacción inmediata d

'EARL HARBOR'

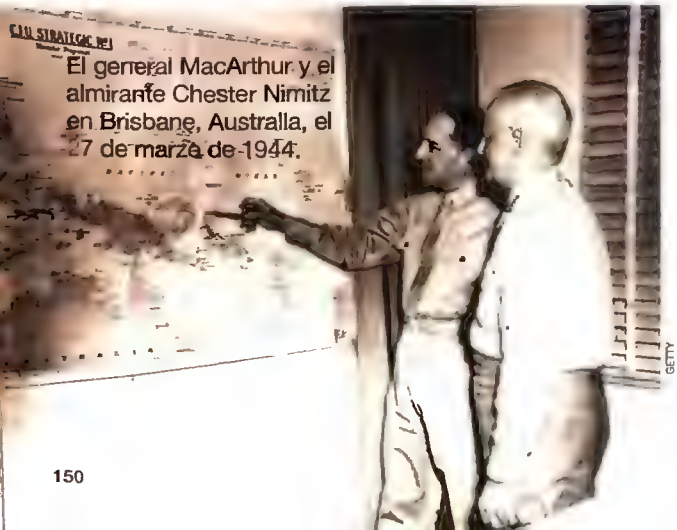
E UU al ataque japonés

SHUTTERSTOCK

El titular "¡EE UU declara la guerra! 1.500 muertos en Hawái" en portada de *The Call Bulletin*, el 8 de diciembre de 1941.

El ataque a Pearl Harbor no podía quedar sin respuesta. Tal golpe militar y psicológico trasladó el miedo y la desconfianza a la sociedad norteamericana, pero también la unión contra el enemigo japonés.

"Ayer, 7 de diciembre de 1941 –una fecha que vivirá en la infamia–, Estados Unidos de América fue atacado repentina y deliberadamente por fuerzas navales y aéreas del Imperio de Japón". El presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, introducía con estas palabras la declaración que marcaría la intervención norteamericana en la Segunda Guerra Mundial. "Desde el ataque no provocado y vil de Japón el domingo 7 de diciembre de 1941, existe el estado de guerra entre Estados Unidos y el Imperio japonés". El Congreso de Estados Unidos aprobaba la declaración de guerra al Imperio nipón con un único voto en contra, el de la congresista Jeannette Rankin, una reconocida pacifista que también se había mostrado en contra de



El general MacArthur y el almirante Chester Nimitz en Brisbane, Australia, el 27 de marzo de 1944.

GETTY

ASC

El USS Yorktown es alcanzado por un torpedo aéreo japonés durante la batalla de Midway, el 4 de junio de 1942.

la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la actitud de Rankin distaba mucho de coincidir con la de sus compatriotas, a los que el bombardeo de Pearl Harbor soliviantó de modo extraordinario.

Durante los años anteriores, la idea del aislacionismo había calado hondo en buena parte de la sociedad estadounidense, pero Pearl Harbor cambiaría todo de golpe. El país se unió en torno a una palabra: venganza. Apenas dos semanas después del ataque, el compositor Sammy Kaye y el letrista Don Reid sacaban a la luz la canción *Remember Pearl Harbor*, que pronto se convirtió en un himno que llamaba a la unión de todo el pueblo estadounidense en la lucha contra el enemigo japonés.

La histeria antinipona se comenzó a vivir en el mismo territorio estadounidense. Crecieron por doquier los rumores que informaban de la presencia de quintacolumnistas japoneses espiando en el mismo Estados Unidos. Las conversaciones sobre bases enemigas en la frontera de México con japoneses dispuestos a invadir el país estaban a la orden del día. Y no eran menos constantes los rumores de que Los Ángeles, San Francisco o ciudades cercanas a la costa estaban siendo bombardeadas por submarinos japoneses o sobre el envenenamiento de presas, agua y alimentos

por parte de fuerzas japonesas instaladas en Estados Unidos.
Todo ello generó un discurso racista contra cualquier persona con ascendientes o rasgos japoneses –e incluso asiáticos en general– que también alcanzó a las autoridades. Más de 120.000 personas, en su mayor parte de etnia japonesa, fueron encerradas desde 1942 en diversos campos de concentración para japoneses que se construyeron en EE UU. Sin embargo, el verdadero campo de batalla se hallaba a miles de kilómetros de las fronteras estadounidenses. Y no tardaría en ver estallar las bombas de la venganza.

1942: EE UU COMIENZA A ATACAR

El comienzo de 1942 fue desalentador para los aliados en el Pacífico. Estados Unidos, Francia, Holanda y Gran Bretaña observaban impotentes cómo la potente tecnología japonesa imponía su ley aplastando sus posiciones. Roosevelt se impacientaba ante las dificultades de su Estado Mayor para lanzar un ataque sobre Japón. También los políticos estadounidenses comenzaban a dudar si Roosevelt era el hombre indicado para conducir un tiempo crítico como este, al punto de que el gobernador de Virginia llegó a criticar públicamente la ausencia de reacciones de las fuerzas estadounidenses en el Pacífico. La amenaza de una moción de censura contra Roosevelt sobrevolaba el ambiente.

Eisenhower entra en escena

Cuatro días después del bombardeo de Pearl Harbor, el general Dwight Eisenhower (1890-1969) recibió una llamada de la Casa Blanca pidiéndole que acudiera a Washington. El presidente Roosevelt quería preparar con él la respuesta al ataque japonés. Así lo cuenta Stephen E. Ambrose en su obra *Eisenhower: Soldier and President*
El 15 de diciembre llegó a la capital de Estados Unidos a primera hora de la mañana y, según cuenta Ambrose, el jefe del Estado Mayor del Ejército, George Marshall, lo recibió en la sede del Departamento de Guerra en Avenue Constitution. "¿Cuál debe ser nuestra línea de actuación?", le espetó. Eisenhower apenas sabía más en aquel momento de lo que había leído en los periódicos: "Deme unas horas". Inmediatamente, se sentó en un escritorio y comenzó a esbozar una estrategia de ataque a los japoneses en Filipinas. La respuesta norteamericana balbuceaba su forma. "El pueblo de China, de Filipinas, de las Indias Orientales Neerlandesas nos estará observando. Pueden excusar el fracaso, pero no excusarán el abandono", señalaba Eisenhower en el informe que entregó a Marshall.
El general abogó por enviar aviones, armamento y pilotos a Australia para establecer allí una base militar que sirviera de puente para un futuro ataque a las posiciones niponas. Pero, al mismo tiempo, ordenaba mantener y reforzar las tropas que se encontraban en Filipinas bajo el mando del general Douglas MacArthur. Eisenhower se convertía en el responsable de Filipinas y el Lejano Oriente en la División de Planes de Guerra norteamericana. Esta idea que él propagó de resistir en las plazas más desprotegidas, pese a las dificultades que conllevaba, fue fundamental para el devenir del conflicto y para la imagen que mostraba Estados Unidos a sus enemigos y a sus propios compatriotas. En cierto modo, la primera consecuencia militar de Pearl Harbor fue poner en primera línea estratégica a Eisenhower, figura fundamental en la futura derrota de la Alemania nazi y del Eje.

El compositor de música *swing* Sammy Kaye (con sombrero) y su Big Band en una sesión de grabación para Columbia Recording Company, en septiembre de 1944.

GETTY

'Remember Pearl Harbor', de Sammy Kaye y Don Reid, se convirtió en un himno de unión contra el enemigo japonés

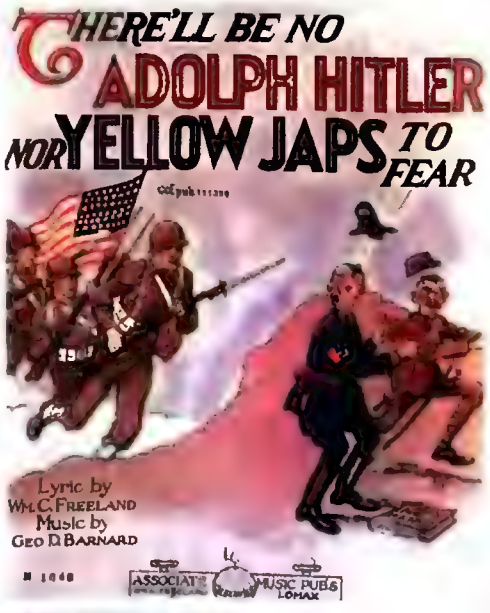
Desde el Estado Mayor entendieron que era el momento de arriesgar. Y encontraron al hombre dispuesto a hacerlo: el teniente coronel James Doolittle. Nacido en California en 1896, Doolitle era uno de los pioneros de la aviación norteamericana, un atrevido piloto que en 1922 había batido el récord de vuelo transcontinental y destacaba por su capacidad para poner al límite los aparatos en que volaba. Su apellido bautizó a la primera incursión norteamericana en suelo japonés: la Operación Doolittle.

La operación tenía una intención sobre todo propagandística. Los responsables de la misma sabían que Estados Unidos no estaba aún en condiciones de infligir daños relevantes al Imperio del Sol Naciente y que la misión a la que encaminaban al piloto y sus hombres era casi suicida. Pero, en la primavera de 1942, lo importante parecía ser sobre todo vengar el orgullo herido, provocar el temor en la población japonesa y hacer entender a los enemigos del Eje que Estados Unidos estaba allí y tenía mucho que decir.

80 combatientes distribuidos en 16 aviones y bajo las órdenes de Doolittle tenían la misión de bombardear Tokio y otras ciudades japonesas, como Yokohama y Nagoya. El ataque no era nada fácil. Se llevaría a cabo con aviones B25 que tendrían que despegar desde un portaaviones con una pista de despegue más corta de lo habitual. La intención era que, tras el bombardeo, los aviones pudieran aterrizar en China, aliado de EE UU. En los meses anteriores al ataque, y en un lugar secreto de Florida, los elegidos se sometieron a un intenso entrenamiento con el honor estadounidense como principal apoyo y la única compañía de la incertidumbre.

El 2 de abril de 1942, el portaaviones USS Hornet partía desde la bahía de San Francisco

Partitura de *No habrá Adolf Hitler ni 'japos' amarillos que temer* (1943), otro ejemplo de la histeria antinipona desatada en EE UU.



El teniente coronel Doolittle amarra unas medallas japonesas a una bomba, sobre la cubierta de vuelo del USS Hornet.

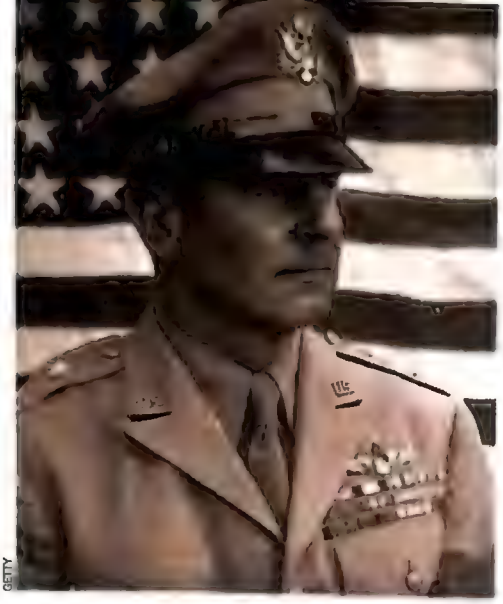
con 16 aviones en su cubierta. La operación estaba en marcha. La estrategia disponía que los aviones despegaran a unas 300 millas de Japón para poder desarrollar la misión con éxito. Sin embargo, un navío japonés se encontró con el Hornet antes de llegar al punto indicado. Fue hundido por las tropas estadounidenses, pero tuvo tiempo de dar la voz de alarma. La Operación Doolittle debería lanzarse desde una distancia mucho mayor de lo previsto. Y así se hizo. El 18 de abril de 1942, dieciséis aviones de la Armada norteamericana surcaron los cielos preparados para atacar al enemigo que tanto daño había producido casi cuatro meses atrás.

El vuelo se prolongó durante cinco horas antes de divisar las costas japonesas. El objetivo era principalmente Tokio. Doolittle comenzó bombardeando una fábrica de armamento en la capital japonesa. La flota también logró alcanzar un portaaviones en la ciudad de Yokohama. Los ataques pudieron llevarse a cabo sin que ninguno de los aparatos fuera derribado. Pero ahora llegaba una de las

Kimmel y Short, los chivos expiatorios

El 1 de febrero de 1941, Husband Edward Kimmel había sido nombrado por el presidente Roosevelt comandante en jefe de la Flota de Estados Unidos y, específicamente, de la del Pacífico. Por su parte, desde el mismo mes de febrero, el general Walter Short era el responsable de las defensas militares estadounidenses en las islas Hawái. Tras Pearl Harbor, los políticos y la opinión pública norteamericana comenzaron a buscar culpables. El país necesitaba chivos expiatorios en los que sacudir el dolor y los encontraron en Kimmel y Short. Una semana después del ataque, ambos fueron destituidos fulminantemente y degradados en sus rangos militares. Se les acusó de no haber preparado suficientemente una defensa ante un posible ataque enemigo. Sus carreras quedaron truncadas para siempre. Años después, Kimmel acusó directamente en sus memorias al presidente Roosevelt de ser el principal culpable de que no se hubiera defendido correctamente la base de Pearl Harbor "No estábamos preparados porque el presidente Roosevelt impidió que llegasen los informes de inteligencia a la flota de Hawái", señaló.

Vista de la bahía de San Francisco con el puente Golden Gate en primer término. Fotografía tomada en enero de 1947.



GETTY

El teniente coronel James H. Doolittle, de quien tomó el nombre la primera operación estadounidense de ataque a Japón.

Yokohama en ruinas tras el bombardeo aliado. Los principales objetivos de la incursión del 18 de abril de 1942 fueron Tokio, Kobe, Nagoya y Yokohama.

GETTY

partes más difíciles: conseguir aterrizar en un lugar seguro. Fue el momento en el que la Operación Doolittle puso rumbo a China. Los aviones estaban quedándose sin combustible. La única opción era agotarlo y tratar de guarecerse del enemigo en el disfraz de la noche. Los aeroplanos fueron cayendo a tierra firme. Tres de los pilotos murieron y otros ocho fueron capturados por los japoneses, tres de los cuales fueron ejecutados y los otros torturados y enviados a prisión.

Desde el punto de vista militar, la operación no tuvo una consecuencia significativa en el desarrollo de la guerra. No se destruyeron infraestructuras decisivas para Japón y su poder bélico quedó intacto. Pero, desde la perspectiva de la propaganda, fue un éxito inconmensurable. Los medios de comunicación de todo el mundo aliado destacaron en grandes titulares la audaz incursión estadounidense. Japón no era inexpugnable en su propio territorio. Por otro lado, Japón comenzó a temer la fuerza norteamericana hasta tal punto que empezó a compartir mensajes en clave por radio en una cantidad hasta entonces inexistente, lo que permitió empezar a descifrar muchos de esos mensajes. La reacción de Japón no se haría esperar.

LA BATALLA DEL MAR DEL CORAL

Tras el ataque sorpresa de Estados Unidos sobre su propio territorio, el comandante en jefe de la Flota Combinada de la Armada Imperial japonesa durante la Segunda Guerra Mundial y máximo responsable de Pearl Harbor, Isoroku Yamamoto, tenía claro que la victoria pasaba, por un lado, por destruir todos los portaaviones estadounidenses. Por otro, el dominio en el Pacífico requería aislar a Australia, que luchaba con los aliados.

Con este último objetivo, las tropas japonesas invadieron a comienzos de mayo las islas Salomón. Apenas dos días después, se prepararon para hacer lo propio con Nueva Guinea. Pero Estados Unidos estaba alerta. El almirante jefe, Chester Nimitz, desplegó una flota compuesta por destructores, acorazados y dos portaaviones en el mar del Coral. Los ejércitos de las dos potencias iban a encontrarse allí en una gran batalla.

El 7 de mayo de 1942, los bombarderos estadounidenses alcanzaron y hundieron el portaaviones Shoko. Un día después, la cubierta del portaaviones norteamericano Yorktown era destruida por una bomba que costó la vida de 37 marineros. También la cubierta de vuelo del portaaviones japonés Shokaku quedaba inutilizada por el ataque estadounidense.

La peor parte de esta batalla a distancia se la llevó, sin embargo, el Lexington, el mayor de los portaaviones estadounidenses que participaban en la batalla. El 8 de mayo había sido alcanzado por los torpedos japoneses, pero había resistido. Sin embargo, el 9 de mayo, cuando los dos ejércitos se retiraban dando por terminada la batalla, el Lexington explotaba a causa de los daños producidos por

Un bombardero B-25 despega del USS Hornet en el marco de la Operacion Doolittle (primera incursión significativa sobre Japón).

GETTY

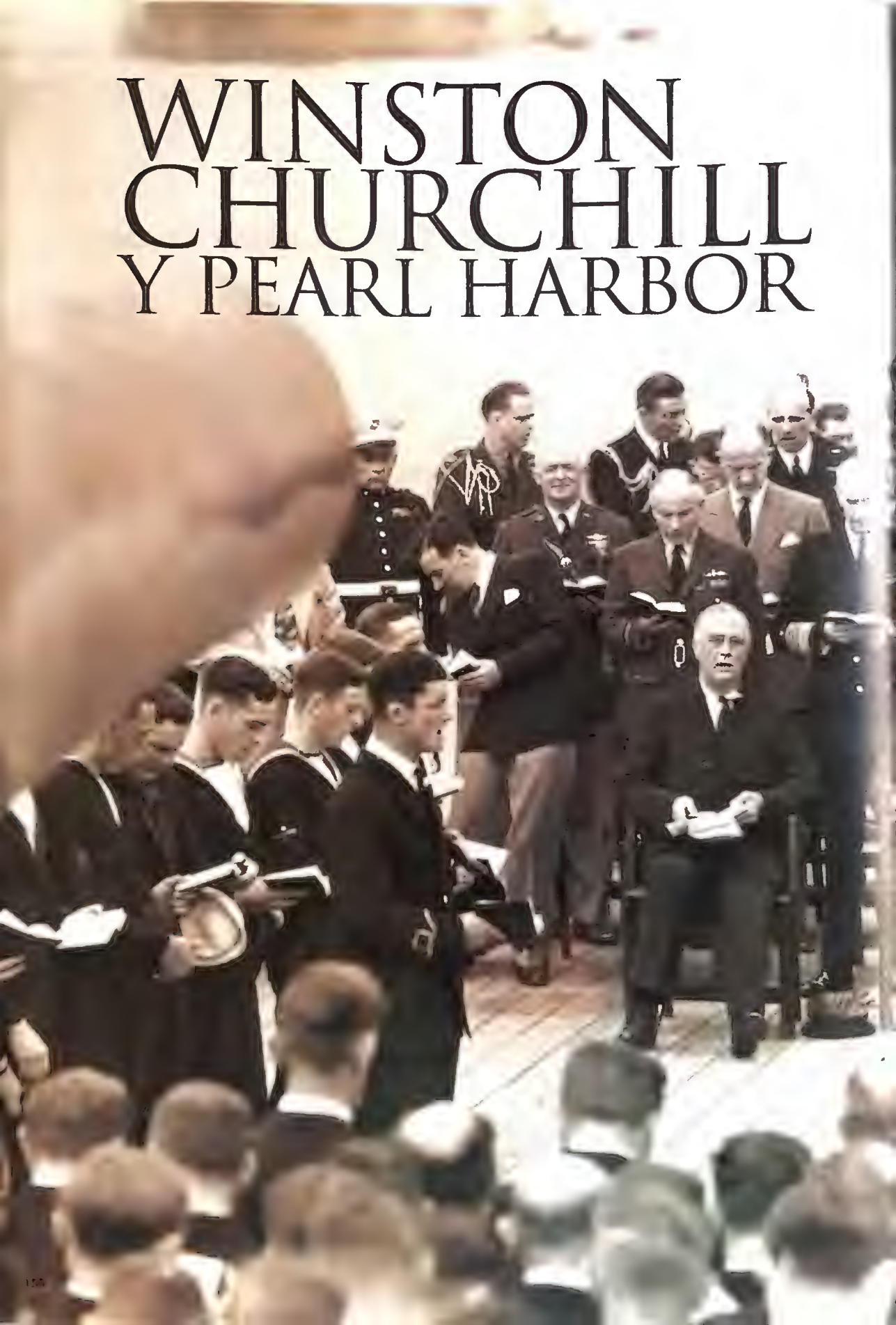
bombas y torpedos nipones. La explosión produjo la muerte de 320 personas.
La batalla del mar del Coral no tuvo un ganador claro. Por un lado, la destrucción generada por parte de los japoneses en los barcos norteamericanos podría ser considerada como una victoria. Sin embargo, el verdadero objetivo, que era aislar a Australia, no fue alcanzado. Habría que esperar apenas un mes para comprobar cómo iba a ser el desempate de esta batalla.

MIDWAY, EL PRINCIPIO DEL FIN DE JAPÓN

Tras el hundimiento del USS Lexington y los graves daños que había sufrido el Yorkt won, los japoneses ponían sus ojos en los dos únicos portaaviones que les quedaban a los norteamericanos en el Pacífico, el Hornet y el Enterprise. Acabar con ellos fue uno de los objetivos de la batalla de Midway.
Las fuerzas estadounidenses tenían una base naval ubicada entre Asia y América, en el atolón de las Midway. Japón creía que un ataque exitoso contra dicha base daría el golpe de gracia a EE UU. Las fuerzas de Yamamoto fueron con todo hacia Midway: 185 buques, cuatro portaaviones pesados, un millar de aviones, submarinos y destructores componían la flota que atacaría en el atolón, mucho más poderosa que la de Estados Unidos. Ya mamoto estaba convencido de que una derrota norteamericana obligaría a una negociación beneficiosa para los intereses japoneses.
La estrategia de Yamamoto pasaba por dispersar sus fuerzas, de modo que el ataque viniera por sorpresa y que cualquier aproximación de defensa estadounidense se encontrara en el camino con buques japoneses que impidieran el acercamiento a Midway.
El primero de los ataques lanzado por el almirante Nagumo comenzó a las 4:30 h de la mañana del 4 de junio con 108 aviones. La resistencia numantina de los estadounidenses y su rápida reacción, unida a ciertas indecisiones del mando japonés, impidieron que se diera el resultado esperado por Yamamoto.
La batalla de Midway se prolongó hasta el 7 de junio. Fallecieron por los ataques 3.057 japoneses y alrededor de 250 estadounidenses. El Imperio del Sol Naciente perdió cuatro portaaviones, por lo que solo le quedaron dos en perfecto estado, que no habían participado en la batalla. Estados Unidos perdió un portaaviones. El 7 de junio, las mermadas fuerzas japonesas se vieron obligadas a retirarse.
La batalla de Midway había terminado con la derrota japonesa. Pero lo más importante es que la balanza se iba a inclinar desde entonces del lado de los aliados. Si hasta entonces la iniciativa la llevaba la Marina nipona, desde estos momentos Estados Unidos se convirtió en la fuerza dominante en el Pacífico. La Segunda Guerra Mundial entraba en un escenario nuevo apenas seis meses después del ataque a Pearl Harbor.

JAVIER MARTÍN GARCÍA
Periodista

WINSTON CHURCHILL Y PEARL HARBOR



La declaración de guerra de EE UU y la derrota del Eje

El presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, y el primer ministro del Reino Unido, Winston Churchill, asisten a un servicio dominical en el HMS Prince of Wales el 10 de agosto de 1941, durante la Conferencia Atlántica. GETTY

Neville Chamberlain (1869-1940) sale del número 10 de Downing Street (Londres) en octubre de 1938.

GETTY

Londres devastado tras los bombardeos alemanes de la batalla de Inglaterra, entre julio y octubre de 1940.

La Segunda Guerra Mundial no había llegado a su ecuador cuando el 7 de diciembre de 1941 se produjo el ataque nipón a la base aeronaval de Pearl Harbor. Hasta ese momento, Estados Unidos había tratado de mantenerse neutral en el conflicto. Sin embargo, aquel domingo todo cambió a primera hora de la mañana.

Winston Churchill, el primer ministro británico, fue consciente de la gravedad del suceso por las pérdidas humanas que se intuían. Sin embargo, la mente humana está llena de laberintos, y el estadista reconoció que, aquella noche, "estando saturado y saciado de emociones y sensaciones, me fui a la cama y dormí el sueño de los seguros y agradecidos". Esta confesión la escribió en su *Historia de la Segunda Guerra Mundial*. El hecho de que Estados Unidos entrara en la guerra permitió al premier presagiar la derrota del Eje y la victoria aliada en el conflicto.

Para Gran Bretaña, la Segunda Guerra Mundial fue una experiencia más dura que la Gran Guerra, pues, aunque tuvo menos pérdidas humanas, las destrucciones materiales resultaron más elevadas. A nivel político, cabe señalar que, tras el fracaso de los aliados en su intento de expulsar a los alemanes de Noruega en abril de 1940, el gobierno de Chamberlain tuvo que dimitir el 10 de mayo, llegando al poder otro conservador, Winston Churchill.

En el verano de 1940 se desató un enfrentamiento librado exclusivamente en el aire y conocido como la batalla de Inglaterra. Gran Bretaña resistió los ataques aéreos y las bajas fueron numerosas en la aviación alemana, que tuvo que limitarse a bombardeos de terror sobre ciudades abiertas con el fin de abatir la moral británica.

En 1941, las potencias aliadas comenzaron a planificar el sistema mundial de la posguerra a partir de una serie de conferencias internacionales. La primera de ellas se celebró el 14 de agosto de 1941 en el océano Atlántico, frente a Terranova, a bordo del barco de guerra estadounidense Potomac. En esta reunión, el presidente estadounidense, Franklin Delano Roosevelt, y el primer ministro británico, Winston Churchill, formularon una declaración política, la *Carta Atlántica*. En dicho manifiesto expresaban los propósitos de las dos naciones en cuanto a la organización del mundo; claro está, una vez que los aliados consiguieran la victoria. El 24 de septiembre, los gobiernos en el exi-

GETTY

lio de Bélgica, Checoslovaquia, Luxemburgo, Noruega, Yugoslavia, Polonia y Francia y la Unión Soviética se sumaron a los corolarios de la *Carta Atlántica*.

CÓMO IMPLICAR A LOS AMERICANOS

Pero a Winston Churchill le preocupaba sobremanera que Estados Unidos no interviniera directamente en el conflicto. Era evidente que estaba del lado de los aliados. Desde su llegada a Downing Street, Churchill escribía por lo menos dos veces por semana a Roosevelt, y a los funcionarios estadounidenses que visitaban Gran Bretaña los recibía como a dignatarios. Cuando el embajador Winant llegó para tomar posesión de su cargo, lo llevó rápidamente a Windsor. Allí, el rey Jorge VI estaba esperando en la estación para desplazar al embajador en su coche y entrar juntos al castillo. Nunca el protocolo había contemplado una atención tan singularizada.

En noviembre de 1939 se había aprobado la legislación basada en el principio de *Cash and Carry* (paga y lleva), de forma que los países en guerra podían adquirir material bélico norteamericano siempre que el comprador transportara la mercancía y

Declaración de guerra del Reino Unido a Japón

El 8 de diciembre de 1941, el Reino Unido declaró la guerra a Japón por los ataques contra Malasia, Singapur y Hong Kong. En esa jornada también fueron emitidas las declaraciones de guerra al Imperio del Sol Naciente por parte de Estados Unidos, Canadá y los Países Bajos, las cuales fueron secundadas por China y Australia al día siguiente. El 11 de diciembre, Alemania e Italia declararon la guerra a Estados Unidos. Como Anthony Eden, el ministro de Asuntos Exteriores, estaba de viaje hacia Moscú, el premier Winston Churchill firmó el documento, que decía lo siguiente:

Señor,
En la tarde del 7 de diciembre, el Gobierno de Su Majestad en el Reino Unido se enteró de que las fuerzas japonesas, sin previo aviso, ya sea en forma de una declaración de guerra o de un ultimátum con una declaración de guerra condicional, habían intentado aterrizar en la costa de Malasia y bombardeado Singapur y Hong Kong.
En vista de estos actos desenfrenados de agresión no provocada cometidos en violación flagrante del derecho internacional y en particular del artículo I de la Tercera Convención de La Haya en relación con la apertura de hostilidades, a la que tanto Japón como el Reino Unido son partes, el embajador de Su Majestad en Tokio recibió instrucciones de informar al Gobierno Imperial japonés en nombre del Gobierno de Su Majestad en el Reino Unido que existe un estado de guerra entre nuestros dos países.
Tengo el honor de ser, con gran consideración, Señor, Tu siervo obediente,

Winston S. Churchill

Más tarde, el inglés reconoció: "A algunas personas no les gustó este estilo ceremonial. Pero, después de todo, cuando tienes que matar a un hombre no cuesta nada ser cortés".

Roosevelt y Churchill conversan a bordo del Príncipe de Gales el 10 de agosto de 1941. Tras ellos, el almirante Ernest Joseph King y el general Marshall, del Ejército de Estados Unidos.

GETTY

pagara de inmediato. Esto no acababa de solucionar el problema; Estados Unidos salía favorecido con el *Cash and Carry*, que lo convertía *de facto* en un gigantesco mercado de armas para Francia y Reino Unido, pero los aliados deseaban que la implicación fuera mayor.

EN EL MISMO BANDO

Por ello, el ataque por sorpresa de Japón contra la Flota del Pacífico en Pearl Harbor, que llevó a Estados Unidos a la guerra, marcó un antes y un después en la historia y también en la biografía de Winston Churchill.

El 7 de diciembre de 1941, Churchill estaba cenando en Chequers, el retiro campestre de los primeros ministros. Esta casa de campo se encuentra en Inglaterra, a los pies de las colinas Chiltern. Sus invitados eran el embajador estadounidense Gil Winant y el enviado especial del presidente Franklin D. Roosevelt a Europa, Averell Harriman. Un mayordomo sintonizó la radio portátil para que los congregados escucharan el noticiero de la BBC de las 9 de la noche. Los invitados estaban en la sobremesa, tomando una copa de coñac. Cuando se confirmó el ataque, Churchill se puso en pie de un salto y dijo que debía declarar la guerra a Japón de inmediato. Sus acompañantes lo disuadieron. A continuación, el primer ministro fue a su despacho, telefoneó a Roosevelt y le preguntó: "Señor

presidente, ¿qué es esto de Japón?". Roosevelt respondió que era cierto y que ahora estaban todos en el mismo barco. Para Churchill, esto significaba que su país ya no estaba solo, pues los estadounidenses entrarían en la contienda. Los testigos declararon que Churchill estuvo de excelente humor toda la velada y que no veía el momento de despedir a sus invitados, como si quisiera estirar la noche. "Después de 17 meses de combates en solitario (...) habíamos ganado la guerra. ¡Inglaterra viviría!".

El 8 de diciembre, Estados Unidos declaró la guerra a Japón. El único miembro del Congreso que votó en contra de la entrada americana en el conflicto fue Jeannette Rankin. Esta trabajadora social, militante del Partido Republicano y pacifista, también se había opuesto a la Primera Guerra Mundial y, en los años 60, lideraría la resistencia ante la Guerra de Vietnam. El 11 de diciembre de 1941, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania, unas horas después de que los alemanes se adelantaran haciendo lo propio.

UNA DECISIVA VISITA A AMÉRICA: LA CONFERENCIA DE WASHINGTON

Churchill y Roosevelt se habían conocido en Londres en 1918, el año de la mal llamada "gripe española". Entonces Churchill era ministro de Municiones y Roosevelt, subsecretario de la Marina. En la primavera de 1940, cuando el inglés llegó a ser primer ministro, Gran Bretaña ya estaba involucrada en la lucha contra las potencias del Eje. Al otro lado del charco, Roosevelt, el hombre que se postulaba para un tercer mandato presidencial sin precedentes, había dado una gran lección a dirigentes y a ciudadanos al sobrevivir a la poliomielitis de adulto, aunque le quedó la secuela de la inmovilidad de las piernas, y sacó a Estados Unidos de su mayor crisis financiera, la de 1929.

Con su aspiración de que británicos y estadounidenses combatieran en el mismo bando no solo económicamente, sino desde el punto de vista militar, en 1942 Winston Churchill realizó una arriesgada travesía en el acorazado HMS Duke of York para encontrarse con el presidente Roosevelt. En el tormentoso periplo hacia América, escribió una serie de memorandos en los que exponía sus puntos de vista sobre la mejor manera de derrotar al Eje. También le dijo a un compañero de viaje que Estados Unidos podría acortar la guerra al no tratar de defender cada ciudad del Pacífico de los japoneses: "Que venga el asaltante, qué importa".

Paisaje de las colinas Chiltern. En esta zona del Reino Unido se encuentra Chequers Court, el retiro campestre de los primeros ministros británicos.

SHUTTERSTOCK

GETTY

Un trabajador de California leyendo la noticia del bombardeo de Pearl Harbor en el *San Francisco Chronicle*.

Al americano, ocho años menor que el premier, le intranquilizaba que la noticia de la singladura del primer ministro por el Atlántico se filtrara y pusiera en peligro su vida. El presidente ni siquiera le dijo a su esposa, Eleanor, quién iba a ser su "invitado especial". Ella comentó *a posteriori* que su marido le había pedido que se asegurara de que hubiese "buen champán y brandy en la casa, y mucho whisky".

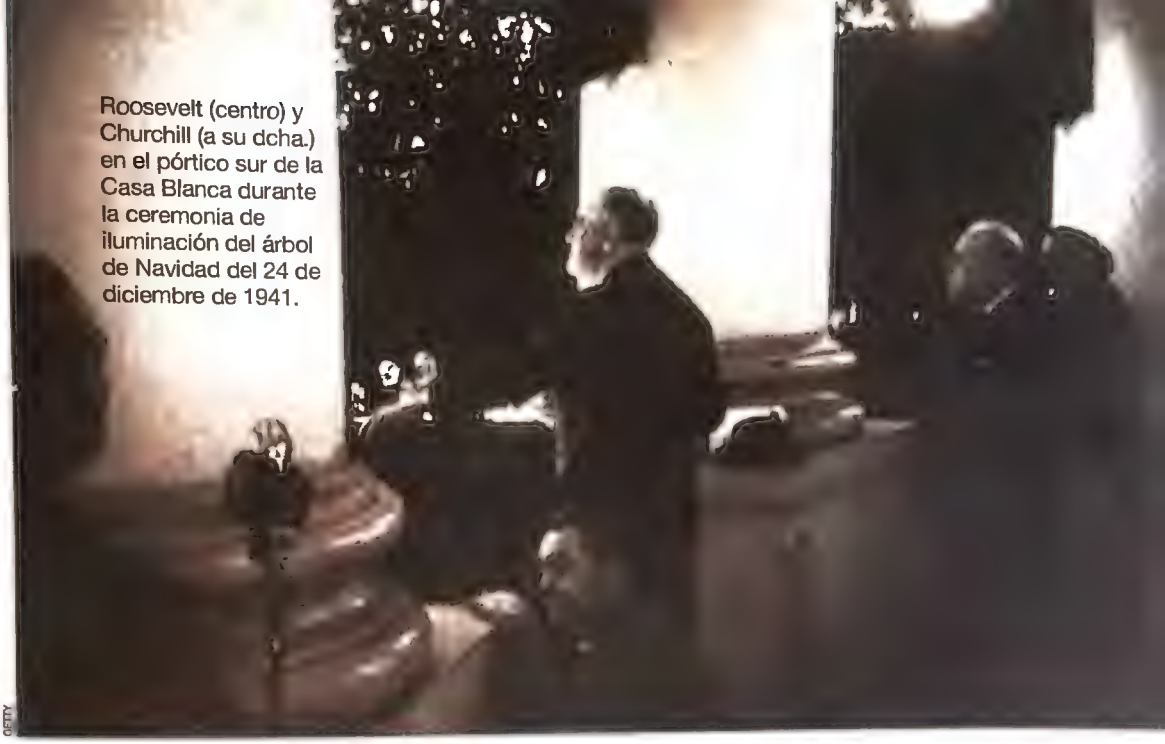
Churchill llegó a Estados Unidos el 22 de diciembre, con el objetivo de planificar la estrategia para derrotar a Alemania; además, desembarcó a tiempo de pasar la Navidad en la Casa Blanca. En un aeródromo cercano, lo esperaba Roosevelt. Aunque residiendo en América se libró de las bombas alemanas, las jornadas de trabajo fueron intensas.

Roosevelt y Churchill tenían estilos de trabajo distintos: el americano se levantaba temprano, dispuesto a despachar los asuntos a primera hora; el inglés prefería quedarse en la cama unas horas leyendo la prensa y, al mediodía, reunirse con el presidente. Los dos eran los líderes indiscutibles y, pese a esas diferencias, se entendieron bien.

Arcadia fue el código de la primera de las grandes conferencias del conflicto. El encuentro se celebró en Washington D.C. desde el 22 de diciembre de 1941 hasta el 14 de enero de 1942. Metafóricamente, Arcadia venía a representar el fin de la guerra, pues el origen del término está en una región de la antigua Grecia, situada en el Peloponeso, que resistió el ataque de Esparta. Su población pastoril dio pie a que, desde el Renacimiento y hasta el Romanticismo, los poetas y pintores imaginaran una tierra rebosante de felicidad conocida con este topónimo.

Alentando la resistencia de sus naciones frente al anexionismo de Hitler, Mussolini y Tōjō, Churchill, Roosevelt y sus jefes militares debatieron sobre la estrategia a seguir y llegaron a acuerdos en torno a la estructura de mando y la producción de armamento.

En Nochebuena, Roosevelt y Churchill asistieron a la iluminación del Árbol Nacional de Navidad y pronunciaron discursos ante una multitud de 15.000 personas. Roosevelt pidió



Roosevelt (centro) y Churchill (a su dcha.) en el pórtico sur de la Casa Blanca durante la ceremonia de iluminación del árbol de Navidad del 24 de diciembre de 1941.

GETTY

El mapa falso de Sudamérica

Hitler ha dicho muchas veces que sus planes de conquista no se extienden a través del oceano Atlántico. Pero yo tengo un mapa secreto realizado por el gobierno de Hitler que muestra sus planes para un nuevo orden mundial. Se trata de un mapa de Sudamérica y de parte de América Central que exhibe la reorganización propuesta por Hitler". Esta alocución pertenece al presidente Roosevelt, que se dirigio en estos términos por radio a la nación el 27 de octubre de 1941.

Aunque el detonante de la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial fue el ataque a Pearl Harbor, también hay que valorar las consecuencias que pudo tener un mapa de Iberoamérica que llegó a la Casa Blanca y que resultó ser falso. Pero ¿quién hizo ese mapa?

A partir de la invasión nazi de Francia y los Países Bajos en la primavera de 1940, Churchill decidió organizar una estructura de inteligencia en Estados Unidos, oficina que estaría bajo las órdenes de William Stephenson, un piloto canadiense que había despuntado durante la Gran Guerra. La organización se denominaría British Security Coordination (BSC) y debería investigar las actividades alemanas en suelo norteamericano e influir en la opinión pública para convencer al equipo de Roosevelt de que EE UU debía entrar en el conflicto con los aliados, alertando para ello de la amenaza de una invasión nazi sobre América del Sur.

Los despachos de la BSC se encontraban en los pisos 35 y 36 del Rockefeller Center, en Nueva York, siendo la información controlada desde Londres por el propio Churchill. El dia previo a los sucesos de Pearl Harbor, el 6 de diciembre de 1941, Stephenson inauguró en la costa noroeste del lago Ontario, en Canadá, un cuartel de entrenamiento secreto en los métodos de contraespionaje. Allí se había elaborado el mapa falso que el presidente Roosevelt dio por verdadero en su discurso de otoño. Los artífices fueron un grupo de agentes entre los que estaba Ivar Bryce, amigo del escritor y oficial de inteligencia británico Ian Fleming, autor de la saga de novelas de James Bond. Las actas de la British Security Coordination fueron redactadas por el académico escocés Gilbert Highet y el novelista británico de origen noruego Roald Dahl, el autor de *Charlie y la fábrica de chocolate*.

En Washington, Churchill reconoció que la mejor noticia ya se había producido: "Estados Unidos ha desenvainado la espada por la libertad y desechado la vaina"

a Dios que guiara a los aliados en la meta que tenían. Churchill aconsejó arrinconar temporalmente las preocupaciones del mundo para "hacer para los niños una noche de felicidad en un mundo de tormentas". Los dos tenían a sus hijos combatiendo: Churchill a Randolph, y Roosevelt, a James, Elliott, Franklin Jr. y John; todos ellos sobrevivirían a la contienda.

El 26 de diciembre, Winston Churchill pronunció su primer discurso en una sesión conjunta del Congreso. El propósito era ganar apoyo para su concepto de la guerra. Mencionó con emoción a su madre, Jennie Jerome Spencer-Churchill, nacida en Brooklyn. Implícitamente, habló de Gran Bretaña y de Estados Unidos como si fueran una sola nación, diciendo a su vez de los japoneses: "¿Qué tipo de personas creen que somos?". Advirtió de que llegarían días terribles, pero reconoció que la mejor noticia ya se había producido: "Estados Unidos, unido como nunca antes, ha desenvainado la espada por la libertad y ha desechado la vaina".

Y terminó exponiendo que esperaba que los británicos y los estadounidenses "caminaran juntos en majestad, en justicia y en paz". Después de recibir un caluroso aplauso, Churchill respondió con su famoso gesto de "V de Victoria". En público, parecía tener una entereza inquebrantable. En privado, la tensión le estaba haciendo mella, y esa misma noche sufrió un leve ataque cardíaco.

LAS ANÉCDOTAS DE UN ENCUENTRO DECISIVO

La estancia estuvo rodeada de numerosas anécdotas. En una ocasión, Roosevelt entró en la habitación de Churchill y encontró al primer ministro desnudo, dando grandes zancadas y dictando a su taquígrafo. Desde la Casa Blanca, Churchill escribió a Clement Attlee, el líder del Partido Laborista: "Vivimos aquí como una gran familia, en la mayor intimidad e informalidad".

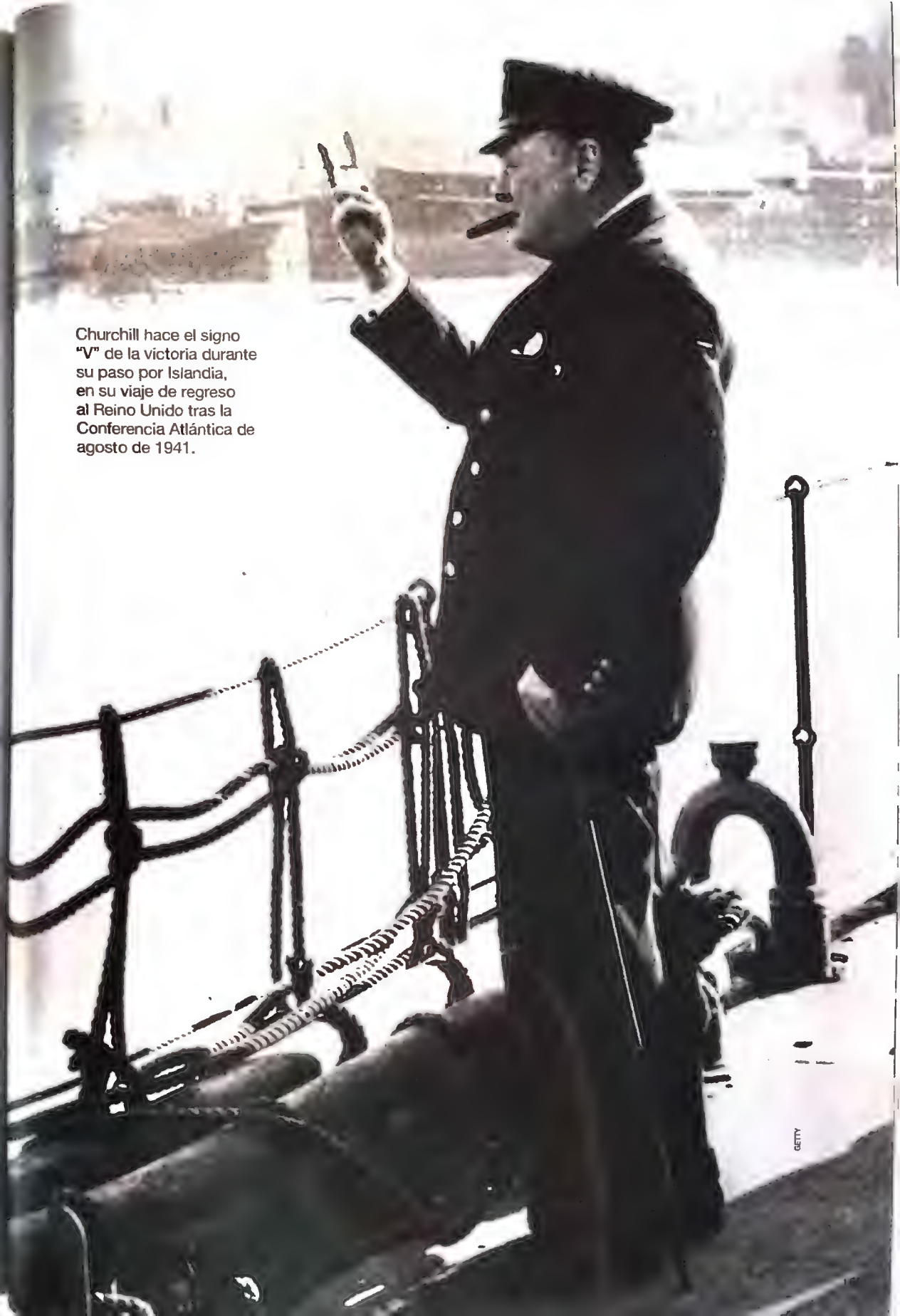
En otro momento, Roosevelt pidió a su ayudante que llevara a la habitación de Churchill el borrador donde se daba nombre a los aliados, que al inicio iban a ser llamados "Potencias Asociadas". Roosevelt consideró esta expresión poco precisa, por lo que ambos aceptaron el concepto de "Naciones Unidas". La entrega del borrador se produjo justo cuando el primer ministro británico estaba terminando de bañarse, pero él siguió adelante y aprobó el borrador. El americano le reveló a su secretaria, Grace Tully: "Es rosado y blanco por todas partes".

La Primera Conferencia de Washington llevó consigo la creación de un Estado Mayor Combinado, que agruparía las fuerzas americanas y británicas. El 1 de enero de 1942, un total de 26 gobiernos firmarían la Declaración de las Naciones Unidas, el documento que reafirmaba la *Carta Atlántica* y que además establecía un fuerte compromiso para que los firmantes destinaran todos sus recursos militares y económicos a la lucha contra el Eje.

En la Navidad siguiente, en diciembre de 1942, el jefe de Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos, George Marshall, siguiendo una sugerencia del general Dwight Eisenhower, envió como regalo globos idénticos de 340 kg y 1,27 cm de diámetro a Roosevelt y a Churchill. Parece que el original era el globo dirigido a Roosevelt, pero que se hicieron dos réplicas exactas, una para Churchill y otra para Marshall. Además de su valor simbólico, estos artilugios fueron utilizados por sus tres dueños como instrumentos de trabajo para preparar batallas y para medir distancias en la asignación de los recursos.

No hay duda de que Pearl Harbor hizo casi hermanos a Churchill y Roosevelt. El inglés llegó a Estados Unidos buscando un aliado político, pero se llevó mucho más. A su regreso a Londres, recibió un sentido telegrama del americano que decía: "Es divertido estar en la misma década que tú".

DRA. MARÍA LARA MARTÍNEZ
Historiadora, imagen de la Marca Ejército y profesora de Seguridad, Defensa y Geoestrategia



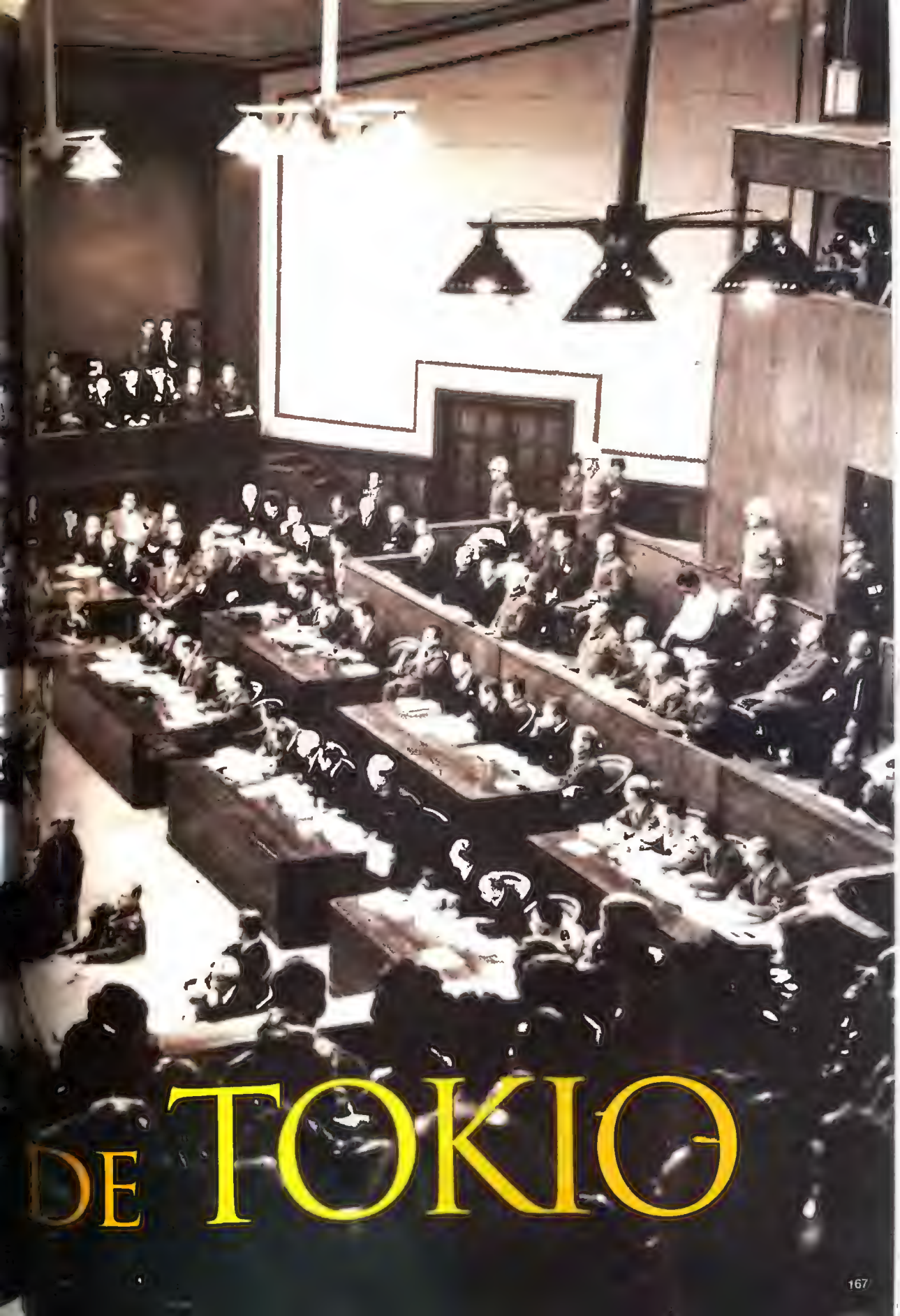
Churchill hace el signo "V" de la victoria durante su paso por Islandia, en su viaje de regreso al Reino Unido tras la Conferencia Atlántica de agosto de 1941.

GETTY

GETTY

Agosto de 1946. Fotografía de una de las sesiones de los Juicios de Tokio. A la derecha, los 26 criminales de guerra japoneses juzgados por un tribunal militar.

LOS JUICIOS



DE TOKIO

Los famosos Juicios de Núremberg no fueron los únicos que se realizaron al acabar la Segunda Guerra Mundial. Mucho menos conocidos son los Juicios de Tokio. El 12 de noviembre de 1948, un Tribunal Militar Internacional juzgó y condenó a muerte a responsables políticos y militares japoneses acusados de haber cometido crímenes contra la humanidad durante el conflicto de 1939-1945. Sin embargo, el debate sobre la objetividad y la forma en que estos juicios se llevaron a cabo aún sigue vigente.

El Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente se instituyó en paralelo a los Juicios de Núremberg con el objetivo de juzgar a los imputados de los crímenes recogidos en el Estatuto o Carta de Londres del 8 de agosto de 1945. Esta carta se hacía pública tres meses después del Día de la Victoria aliada y ponía sobre la mesa las bases para la institución de un Tribunal competente para conocer y juzgar los crímenes de guerra contra la humanidad y contra la paz.

LA OCUPACIÓN DE JAPÓN

A su llegada a Japón, los estadounidenses habían encontrado un país absolutamente devastado social, humana y económicamente. No solo las viviendas y prácticamente todos los edificios estaban en ruinas, sino también las creencias y las tradiciones de los japoneses. Asimismo, miles de hogueras destruían cualquier documento que les pudiera inculpar por todo lo que había sucedido en el conflicto mundial. De este modo quemaban las pruebas de sus delitos y su pasado, antes de la llegada americana.

Mientras se desarrollaba el juicio, MacArthur, el general más condecorado de Estados Unidos, supervisó la ocupación de Japón, la cual duró desde 1945 hasta 1951. Fueron

FUERON MUCHOS LOS RESPONSABLES JAPONESES ACUSADOS QUE PREFIRIERON SUICIDARSE ANTES QUE SER DETENIDOS Y JUZGADOS

Lo peor y lo mejor del ser humano

En Nankín tuvo lugar una de las mayores barbaridades del siglo XX [ver página 24], que sigue siendo un obstáculo político en las relaciones de Japón con China y otras naciones de Asia oriental, como Corea del Sur. El ejército japonés conquistó Nankín el 13 de diciembre de 1937. El gobierno chino, encabezado por Chiang Kai-shek y los comandantes del ejército nacionalista chino (Kuomintang), abandonó la ciudad dejando a miles de soldados atrapados en la ciudad amurallada. El asedio duró seis semanas y se calcula que los muertos llegaron a 300.000 –hombres, mujeres y niños–, aunque algunas fuentes hablan de 500.000. A estas cifras hay que añadir las víctimas de violaciones y mutilaciones, que vienen a completar una imagen atroz. Los diarios escritos por John Rabe sobre los hechos de Nankín, publicados en 1997, confirman testimonialmente una masacre ante la que él no se quedó de brazos cruzados. Con sus acciones humanitarias, este comerciante y diplomático alemán afiliado al Partido Nazi, conocido como el 'Oskar Schindler de Nankín', salvó la vida de 200.000 chinos. Rabe garantizó la existencia de un área diplomática de 2 x 2 km que ofreció refugio a la población china frente a los soldados japoneses.

El general Douglas MacArthur en la galería de su oficina en Manila poco antes de partir hacia Tokio tras la rendición japonesa.

años en los que MacArthur concibió un experimento de democracia forzada. Además, Japón debió afrontar, nada más acabar el conflicto, un proceso de desmilitarización total.

Aunque la intención del general americano era encontrar a los responsables de Pearl Harbor, finalmente se contempló juzgar todo lo sucedido entre 1931 y 1945, es decir, desde que Japón ocupó Manchuria, con treinta millones de habitantes, y comenzó la guerra de Indochina. Pronto se vio la complejidad de encontrar culpables, dada la cantidad de cargos y de personas que habían sido responsables en el poder desde entonces.

LO QUE SE JUZGÓ EN TOKIO

El Tribunal estaba compuesto por once jueces, los cuales representaban a once países aliados. Pese a que la duración no fue corta, ya que fueron dos años y medio de sesiones, declaraciones y sentencias, el proceso fue relativamente sencillo. El motivo es que la mayoría habían decidido el veredicto antes de empezar los juicios: los japoneses acusados eran culpables de todos los cargos.

Se determinaron crímenes contra la paz y crímenes de guerra, que se basaban en la existencia de una premeditación para alterar la paz y la existencia de asesinatos, torturas y violaciones contrarios a las Leyes de la Guerra. También se hablaba de genocidio y de crímenes contra la humanidad, ya que se había producido exterminio y muerte en masa, especialmente en la llamada Masacre de Nankín. Además, se les acusaba de complot de guerra por atentar contra la seguridad interior de un Estado soberano.

Fueron muchos los responsables acusados que prefirieron suicidarse antes que ser detenidos y juzgados. Ente las figuras más importantes que tomaron esta decisión se en-

GETTY Kamikazes o aviadores suicidas japoneses cuya misión era destruir tantos buques de guerra como fuera posible, incluso estrellando sus aviones contra ellos.

El artífice de la Guerra del Pacífico, Hideki Tōjō, fue el chivo expiatorio de los juicios: se le quiso culpar de todo

cuentran el general Anami Korechika, ministro de la Guerra, y el vicealmirante Onishi, el creador de los kamikazes. Doce miembros de la Asociación del Sol Esplendoroso, con su líder Hibi Waichi a la cabeza, se suicidaron delante del palacio imperial. Muchos de ellos pensaron que suicidándose podrían evitar el deshonor a la familia imperial y a las máximas jerarquías niponas al atribuirse por entero la culpa de la derrota. ¿El método elegido por la mayoría? El *seppuku*, el clásico ritual de los antiguos samuráis del país del Sol Naciente. Peor suerte corrió Hideki Tōjō –considerado el artífice de la Guerra del Pacifico–. Quien había sido primer mi nistro y ministro de la Guerra japonés quiso suicidarse, pero no murió en el intento de dispararse. Arrestado y juzgado, Tōjo fue el chivo expiatorio de los juicios, aquel a quien se pretendió culpar de absolutamente todo lo sucedido en el conflicto mundial.

EL VERDADERO RESPONSABLE

Pero, si nos atenemos a los hechos, lo cierto es que solo una persona estuvo en la cúspide del poder todo ese tiempo: el emperador Hirohito. Y he aquí una de las mayores polémicas en torno a los Juicios de Tokio. Recordarán los lectores que en los juicios de Núremberg no se pudo juzgar a Adolf Hitler como máximo responsable de las atrocidades cometidas por los nazis debido a su suicidio. Pues bien, en el proceso de Tokio tampoco se pudo juzgar al emperador Hirohito. Este fue un punto de fricción desde el principio entre los aliados. Mientras que el setenta por ciento de los estadounidenses quería un castigo para el emperador, en Washington se vivía un polémico debate. En 1946 ya se había llegado a un acuerdo debido a las advertencias de MacArthur: si le ocurría algo a la figura del emperador, símbolo del país del Sol Naciente, Japón se desintegraría y el caos, la guerra

civil y la revolución comunista se apoderarían del país. De esta manera, se decidió que el emperador no solo no fuera acusado y condenado, sino que ni siquiera estuviera presente como testigo en el juicio.

Es más, se conformó todo un aparato ideológico en torno a Hirohito. Aparecía ante los medios de comunicación vestido a la occidental, realizando por primera vez una gira por el país ante miles de japoneses que le consideraban un ser divino y no habían visto jamás su rostro salvo a través de escasas fotografías. La nueva imagen de Hirohito –quien tuvo que renunciar públicamente a ser considerado una divinidad– era la de un hombre deseoso de paz, desinformado, una víctima que había acudido a la guerra obligada y forzada por los militares.

En todo este debate sobre la figura del emperador, Pearl Harbor era un motivo más de conflicto. Algunos dirigentes declararon que Hirohito se había enterado del suceso posteriormente. Pero pese al intento de destruir todas las pruebas que habrían podido incul parlo, salió a la luz la transcripción de una conferencia que demostraba claramente que, cuatro días después de que las tropas imperiales zarparan hacia Pearl Harbor, el emperador se había reunido con Hideki Tōjō para hablar del asunto. Algo por otro lado evidente para algunos jueces, y para gran parte de la opinión pública, que sabían que en su nombre millones de personas lucharon, murieron, cometieron crímenes atroces y llegaron, como se ha visto, a suicidarse.

JUICIOS Y SENTENCIAS

Tras muchas sesiones y deliberaciones, los acusados subieron a la tribuna en septiembre de 1947 en el antiguo cuartel general del ejército japonés –que era de los pocos edificios que habían quedado en pie–.

El general Hideki Tojo (1884-1948) ante el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente que le condenaría a muerte por crímenes de guerra. Sería ahorcado el 23 de diciembre de 1948.

El emperador Hirohito fotografiado en Ogacki (prefectura de Gifu), en noviembre de 1946, durante su gira por el país.

Mamoru Shigemitsu, ministro de Asuntos Exteriores nipón, fue uno de los firmantes de la rendición a bordo del USS Missouri.

Pero la resolución de los jueces no fue rápida. Mientras, el interés público por la sentencia se fue desvaneciendo y Japón se americanizó a pasos agigantados. Siete meses después, el 12 de noviembre de 1948, cuando el juicio ya se alargaba dos años y medio, tocó a su fin. Los datos nos hablan de 818 sesiones, 419 testimonios, 779 declaraciones juradas y 4.336 pruebas documentales. Les llevó cinco días leer la sentencia final, repleta de crueldades inhumanas que fueron ordenadas y permitidas por el gobierno y la milicia japonesa entre 1931 y 1945. En total, veintiocho oficiales y militares japoneses fueron declarados culpables de multitud de cargos y atrocidades mayores de las que podemos imaginar, frente a los veintiún dirigentes alemanes de los juicios de Núremberg. Nadie se sorprendió de que no se mencionara en ningún momento al emperador. Se había aceptado que supuestamente dijera que la guerra era inevitable y estaba por encima de sus deseos.

Los juicios acabaron con dieciséis cadenas perpetuas, dos condenas menores y siete penas de muerte en la horca –cinco generales, el anterior primer ministro y Tōjō–. No todos los jueces estuvieron de acuerdo con esto, pero estas opiniones no se mencionaron en la sentencia final.

Poco después, en 1955, los condenados a cadena perpetua fueron perdonados, aunque quedaron inhabilitados para tener ningún cargo público exceptuando a Shigemitsu Mamoru, que había sido indultado en 1950 y se convertiría nuevamente, en 1954, en ministro de Relaciones Exteriores.

¿CUÁL FUE LA FINALIDAD?

En junio de 1950 también acabó la pactada desmilitarización, ya que, cuando comenzó la Guerra de Corea, Washington decidió volver a armar a Japón. Un hecho de gran importancia que demostraba lo que muchos habían expresado tras acabar los juicios, tachándolos de farsa y de ser una completa hipocresía. Es comprensible que, tras esta lectura, ronde las mentes de los lectores la siguiente pregunta: ¿cuál fue la finalidad de los Juicios de Tokio?

Lo cierto es que proteger al emperador Hirohito fue de vital importancia para Estados Unidos, aunque, realmente, si hubiera sido juzgado no se habrían cumplido aquellas profecías apocalípticas de las que hablaba MacArthur. A lo sumo, habría habido algunas manifestaciones, puesto que, pasada la atrocidad

Cuando los soldados americanos entraron en Japón

Fotograma de la película *Memorias de una geisha* (2005)

Por todos es sabido que durante el conflicto de 1939-1945 se cometieron atrocidades por parte de ambos bandos. Pero si bien fueron juzgados los crímenes cometidos por los países del Eje, no así actuaciones de los aliados como el ataque atómico de Hiroshima y Nagasaki o el bombardeo aéreo sobre Tokio, descritos como crímenes contra la humanidad.

Página negra de la actuación aliada fue también el controvertido y menos conocido tema de las múltiples violaciones de soldados estadounidenses a mujeres japonesas. Hay numerosos testimonios de ello, especialmente en Okinawa, donde se encuentran la mayoría de las bases estadounidenses en Japón. Durante el conflicto y después de la rendición japonesa, los soldados estadounidenses violaban a las mujeres amenazándolas a punta de pistola, en los campos y en las calles, e incluso secuestrándolas delante de sus familias. De ahí surgieron muchos embarazos no deseados; todas las mujeres de Okinawa eran posibles víctimas de la violencia sexual, independientemente de su edad. Se tiene testimonio, por ejemplo, de un caso de violación a un bebé de nueve meses, en 1949, y de una niña de seis años violada y asesinada en 1955.

de la guerra, los japoneses estaban más preocupados por comer y tener un techo.

Pronto llegaron más conflictos: la Guerra de Indochina, el conflicto británico contra los comunistas de las antiguas colonias neerlandesas y, por supuesto, la Guerra Fría. En todos ellos, Japón desempeñaría un papel crucial, siendo clave en el equilibrio de poder de la posguerra. Quizá, como sugieren muchos especialistas en el conflicto y sus consecuencias, Japón estaba preparado para un cambio, pero Estados Unidos no.

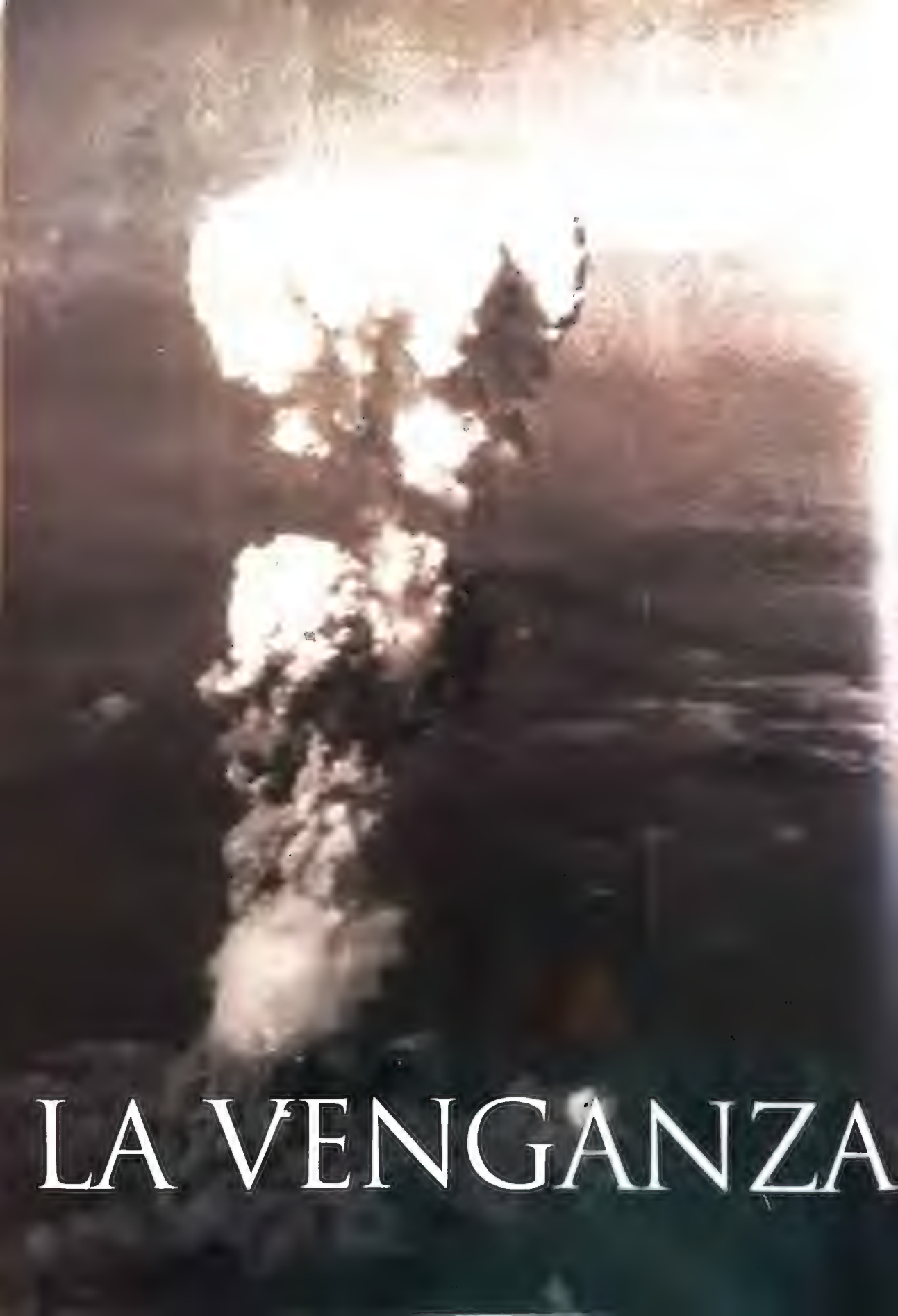
LUNA G. ALIJARCIO
Historiadora

PARA SABER MÁS:

Nanking, película de 2007.

El desarrollo de la competencia internacional. Primeros aportes desde Núremberg y Tokio. Jaime A. Sandoval Mesa. Revista *Prolegómenos. Derechos y Valores*, pgs. 35 a 55 (2012).

La justicia de los vencedores. De Núremberg a Bagdad. Danilo Zolo. Editorial Trotta (2007).


LA VENGANZA

Fotografías del momento de la explosión nuclear de las bombas atómicas de Hiroshima (izquierda) y Nagasaki (derecha), con sus ya célebres nubes de hongo u hongos nucleares.

ATÓMICA

En Oahu, la mayor isla de Hawái, empezó la cuenta atrás. Ninguno de los súbditos de Hirohito, ni el propio emperador, ni los espíritus sagrados de los ancestros que lo protegían podían sospechar entonces que aquel ataque desembocaría, menos de cuatro años después, en los bombardeos más mortíferos de la historia de la humanidad. De este modo, Pearl Harbor se convirtió en la génesis de un mundo nuevo, más peligroso y desalmado, que marcaría el rumbo y la memoria del siglo XX.

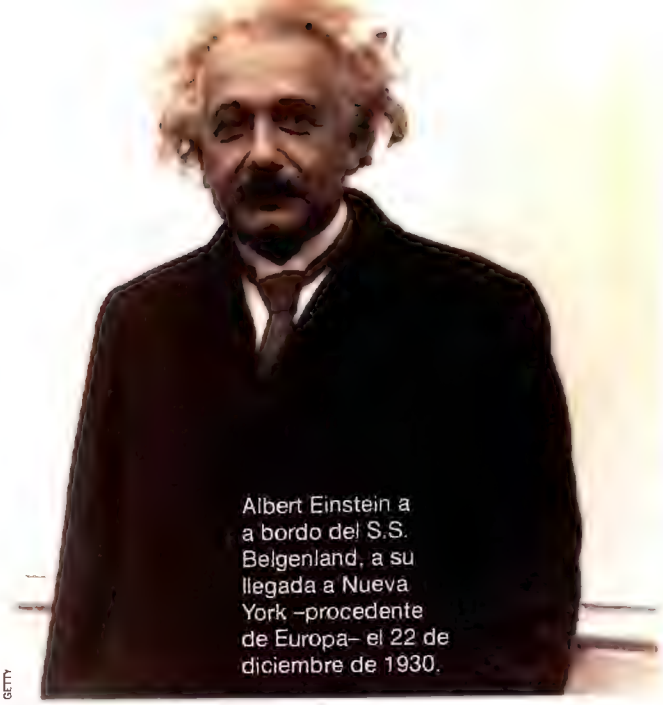
Desde mediados de los años treinta, Estados Unidos había consolidado su posición de neutralidad ante una eventual guerra en Europa y Asia, mediante cuatro leyes aprobadas en 1935, 1936, 1937 y 1939 (iniciadas ya las hostilidades), lo que no quiere decir que siguiera el 'partido' de brazos cruzados. Ciertamente, el gobierno parecía aclimatado a una opinión pública que, según la empresa de sondeos Gallup, se mostraba partidaria de apoyar materialmente a Polonia, Francia y Gran Bretaña, pero que rechazaba de plano el envío de fuerzas militares al terreno. No obstante, Roosevelt no era ajeno a los desafíos de una era que aún no tenía nombre, pero que el descubrimiento de la fisión nuclear había avanzado ya en 1938.

Una carta del físico húngaro Leó Szilárd, firmada y remitida por Albert Einstein a la Casa Blanca el 2 de agosto de 1939, alertó del peligro de que Alemania se hiciera con la bomba de uranio, e instó al gobierno a aprovisionarse de ese elemento. Roosevelt convocó a Lyman J. Briggs, director de la Oficina Nacional de Normas, junto a un selecto grupo de representantes del Ejército y la Armada, para explorar tal posibilidad. El Comité Asesor del Uranio, primero; el Comité de Investigación de la Defensa Nacional, fundado en junio de 1940, después; y, finalmente, la Oficina de Investigación y Desarrollo Científico (OSRD), a cargo de Vannevar Bush, se pusieron manos a la obra para actualizar el potencial armamentístico del país y, en última instancia, para desarrollar el arma nuclear.

LA REVANCHA COMO ACICATE

¿Qué significó Pearl Harbor en esa carrera? Lógicamente, le dio alas. Dos meses antes del ataque, el 9 de octubre de 1941, Bush enseñó a Roosevelt los resultados del informe Maud, elaborado por los británicos y en el que se rebajaba a unos pocos kilogramos la masa crítica necesaria para una reacción nuclear en cadena, lo que permitiría el transporte de una bomba por vía aérea. El presidente le preguntó a Bush cuánto costaría el proyecto y qué necesitaría para desarrollarlo, y el 6 de diciembre se fijó un comité inicial, compuesto por varios premios Nobel de Física y Química (Arthur H. Compton, Harol Urey, Ernest O. Lawrence) y el químico Eger V. Murphree. A partir de entonces, la sección S-1 de la OSRD coordinaría los trabajos

Una carta del físico Leó Szilárd, enviada por Einstein a la Casa Blanca en 1939, alertaba del peligro de que Alemania lograra crear la bomba de uranio



Albert Einstein a a bordo del S.S. Belgenland, a su llegada a Nueva York –procedente de Europa– el 22 de diciembre de 1930.

GETTY

que, en un plazo de seis meses, debían valorar la viabilidad de la nueva arma.

Tras el "Día de la Infamia", el Ejército acrecentó su interés por el proyecto. El 18 de diciembre el Comité Ejecutivo del S-1 se reunió por primera vez en un ambiente de "entusiasmo y urgencia", tal como resumió Henry DeWolf Smyth en su exhaustivo informe Atomic Energy for Military Purposes. "El pueblo de Estados Unidos se ha formado ya sus opiniones", había subrayado el presidente en su discurso del 8 de diciembre, y era cierto: tras el ataque nipón, el 97 % de la población apoyaba la respuesta de EE UU en forma de declaración de guerra.

Durante varios meses, distintos equipos a lo largo y ancho del país trabajaron en una serie de tecnologías con un mismo propósito. Los apoyaba el Ejército y el gobierno los financiaba generosamente. Pese a las vacilaciones iniciales, no tardarían en ponerse por delante de los británicos, que, simultáneamente, estaban desarrollando el programa Tube Alloys con los canadienses. El de Estados Unidos, bajo la dirección del escéptico coronel James C. Marshall y la asistencia de Leslie M. Groves, ambos del Cuerpo de Ingenieros, se denominó Proyecto Manhattan y se benefició del genio del físico teórico Robert Oppenheimer, su director científico y responsable del laboratorio de Los Álamos, en Nuevo México.

Impresionante vista de la parte sureste de Oahu (Hawái), desde el sendero del faro de Makapuu.

SHUTTERSTOCK

CREADORES DE SOMBRAS

El padre de la bomba atómica tenía un rancho en esa zona y fue quien le recomendó el sitio a Groves. Gozaba de buenas comunicaciones con Albuquerque y de un clima aceptable, y el área estaba poco poblada, condición indispensable para no levantar sospechas. Una vez adquirido el terreno y levantadas las instalaciones, el centro empezó a operar el 1 de abril de 1943, pocas semanas después de que concluyera la campaña de Guadalcanal, la mayor ofensiva aliada contra Japón, que, a partir de ese momento, empezaría a perder la iniciativa en el teatro del Pacífico.

Hoy en día, el Proyecto Los Álamos-Japón articula un triángulo cuyos vértices son el principio y el fin de esa pesadilla nuclear: Los Álamos, Hiroshima y Nagasaki, a través de sus respectivos museos de Historia, Memorial de la Paz y de la Bomba Atómica. Sus destinos quedaron unidos para siempre en agosto de 1945,

Soldados de la 5ª División del Cuerpo de Marines de Estados Unidos izan su bandera en el monte Suribachi durante la batalla de Iwo Jima, el 23 de febrero de 1945.

GETTY

pero, antes de llegar a esa fecha, conviene marcar en el calendario otra: el 16 de julio de 1945, cuando en el campo de misiles de Arenas Blancas se llevó a cabo la prueba Trinity, la primera detonación de un arma nuclear de la historia.
Tantos meses de preparativos habían dejado exhaustos a los científicos y al personal militar desplazado a la base. La idea inicial era detonar la bomba el 4 de julio, el día de la Independencia, pero Oppenheimer insistió en retrasar la prueba hasta que todos los factores fueran favorables. La incertidumbre era máxima, y, en una reunión informal, los más pesimistas predijeron que la explosión, cuyo material fisionable era el plutonio, podría acabar con todo el planeta, en tanto que otros se limitaron a calcular los kilotones de energía que liberaría el proceso (dieciocho, finalmente).
Harry S. Truman, presidente de Estados Unidos desde la muerte de su antecesor Roosevelt el 12 de abril de 1945, no podía permitirse el más mínimo fallo. Consciente de que la victoria sobre Japón era cuestión de tiempo –Tokio había sido arrasada en el bombardeo incendiario de marzo, los marines habían clavado la bandera de barras y estrellas en Iwo Jima y la batalla de Okinawa se había saldado con otra decisiva victoria aliada–, pensaba, sobre todo, en el nuevo orden del mañana, que los líderes de las potencias vencedoras, el británico Winston Churchill (al poco, Clement Attlee), el soviético Jósef Stalin y él mismo habían empezado a perfilar en la Conferencia de Potsdam.

INVASIÓN O EXTERMINIO

Pero, ojo, Japón todavía no había sido derrotado y, en su obstinación suicida, podía causarles miles de bajas. Más de cien mil soldados americanos perecieron en la Guerra del Pacífico y otros doscientos cincuenta mil resultaron he-

EE UU y su Proyecto Manhattan se beneficiaron del genio del físico alemán Robert Oppenheimer, "padre de la bomba atómica"

ridos. Sobre el papel, existía un plan, diseñado por el almirante Nimitz, el general MacArthur y los jefes del Estado Mayor, para finiquitar la guerra por medios convencionales: la Operación Downfall. Esta preveía la invasión de la isla de Kyūshū, al sur, y luego la de Honshu, la mayor del archipiélago, durante dos fases, entre noviembre de 1945 y los primeros meses de 1946. Las cifras de bajas propuestas por los analistas eran mareantes –cientos de miles, en el peor de los casos–, y Truman hubo de considerar si la población estadounidense estaría preparada para semejante sangría después de cuatro años de sacrificios.

Por eso, cuando le informaron del éxito de la prueba en Arenas Blancas, respiró aliviado. La ayuda del Ejército Rojo para la invasión de Japón, que Stalin le había prometido para mediados de agosto, resultaba ya superflua. El americano le reveló que su nación disponía de un arma de "inusual fuerza destructiva", a lo que el ruso, que conocía de sobra su existencia por sus espías, replicó que esperaba que hiciera buen uso de ella contra los japoneses.

Desde luego, Truman pudo frenar el apocalipsis nuclear. El 17 de julio, solo un día después de la prueba Trinity, Leó Szilárd, el hombre que había advertido de la amenaza que supondrían las armas nucleares en manos nazis, le dirigió una petición para que no atacara a Japón con esa fuerza aniquiladora. Argumentos no le faltaban: "El desarrollo de la energía atómica proveerá a las naciones de nuevos medios de destrucción (...), y casi no hay límite para el poder destructivo que estará disponible en el curso de su desarrollo futuro". El húngaro no estaba solo: setenta científicos secundaron su solicitud y exigieron que se contemplaran todas las implicaciones morales de la agresión.

LA RESPUESTA DE JAPÓN

El fracaso de Szilárd hace que nos preguntemos si Japón pudo conjurar la amenaza o se dirigió al abismo por su propio pie, sin atender a los avisos previos. En 1965, el historiador Gar Alperovitz cambió el enfoque historiográfico vigente hasta el momento en su obra *Atomic Diplomacy: Hiroshima and Potsdam*, donde concluyó que los líderes nipones habían asumido que la rendición sería inevitable y que esta tendría lugar antes de que empezara la invasión.

La declaración de Potsdam, el 26 de julio, no dejó ningún resquicio al Imperio del Sol Na-

El programa de armas nucleares japonés

Cuando la bomba atómica cayó sobre Hiroshima, Werner Heisenberg, padre del principio de incertidumbre y el científico más destacado del Proyecto Uranio –el homólogo del Proyecto Manhattan en Alemania–, dijo que no creía una sola palabra de la noticia. Estados Unidos ganó la carrera nuclear, sí, pero las potencias del Eje también intentaron llegar a la meta. La historia habría sido muy diferente si los proyectos Uranio o F-Go se hubieran adelantado.

En 1941, el doctor Yoshio Nishina, colega de Niels Bohr en Copenhague, inició el programa atómico japonés, tras la pertinente aprobación del primer ministro Hideki T. A sus órdenes, un centenar de técnicos sirvieron en la sede del Instituto Riken, a las afueras de Tokio. Aquel proyecto embrionario recibiría el nombre de Ni-Go, y sus conclusiones fueron muy poco alentadoras: la bomba atómica no era factible. Mientras tanto, la Armada Imperial acometió sus propias investigaciones, que, con el nombre de F-Go, se encomendaron a un aventajado alumno de Einstein, Bunsaku Arakatsu, un profesor de Física que trabajó hasta el último momento en la separación del uranio. La falta de presupuesto y la inseguridad que se cernía sobre su laboratorio a causa de los bombardeos frustraron sus planes.

Cuando la maldición de la bomba se materializó sobre Hiroshima, el ministro de Guerra pidió a los científicos que corroboraran si aquello era posible, y Yoshio Nishina escribió una carta a un compañero. "Si se confirma que la transmisión de Truman es verdadera, creo que ha llegado el momento de que nos hagamos el harakiri: los americanos han logrado una gran victoria sobre nosotros".

Víctima de la explosión de Hiroshima. Tiene cicatrices queloides allí donde la piel estuvo directamerite expuesta al calor del destello inicial de las explosiones.

ciente: o se rendía incondicionalmente o sería destruido en su totalidad, lo que no pareció asustar al primer ministro Kantarō Suzuki, que señaló que ese punto era "indigno de atención pública". Cuatro días después, la declaración provisional sobre la bomba atómica, base del comunicado oficial del 6 de agosto, ya se había redactado negro sobre blanco, con el nombre de Hiroshima garabateado a mano en el espacio en blanco de los folios: "Hace tres horas un avión americano arrojó una bomba sobre Hiroshima y destruyó su utilidad para el enemigo. (...). Los japoneses empezaron la guerra desde el aire en Pearl Harbor. Se lo hemos hecho pagar con creces. Y el final todavía no ha llegado. Con esta bomba hemos sumado un nuevo y revolucionario grado de destrucción para complementar el creciente poder de nuestras fuerzas armadas".

EL HORROR, EL HORROR...

No incidiremos demasiado en la crónica del horror, que John Hersey o el doctor Michihiko Hachiya, entre otros autores, retrataron a la perfección en títulos como *Hiroshima* o *Diarios de Hiroshima*. La muerte viajó a bordo del USS Indianápolis, un crucero pesado de la Quinta Flota, que, en los muelles de San Francisco, recibió la carga de uranio y los componentes con los que armar la bomba en Tinian, isla japonesa conquistada por EE UU en julio de 1944.

De esa isla despegaron los bombarderos B-29 Enola Gay y Bockscar el 6 y el 9 de agosto, esos otros "días de la infamia". El comandante y piloto Paul Tibbets encabezaba la primera misión, que partió a las 2:45 h y alcanzó su destino a las 8:15 (9:15 en Hiroshima). Solo él y otro miembro de su tripulación, el capitán artillero William Sterling Parsons, conocían su objetivo, que Tibbets desveló al resto de los hombres a las 7:30. "Llevamos la primera bomba atómica del mundo", les dijo. Cuando Little Boy estalló a una altura de mil quinientos pies, generando la icónica y macabra nube con forma de hongo, el B-29 y los aviones de observación que lo acompañaban se hallaban a más de once millas

"HACE TRES HORAS, UN AVIÓN AMERICANO ARROJÓ UNA BOMBA SOBRE HIROSHIMA. LOS JAPONESES EMPEZARON LA GUERRA DESDE EL AIRE EN PEARL HARBOR. SE LO HEMOS HECHO PAGAR CON CRECES"

Norris E. Bradbury, director del Laboratorio de Los Alamos tras Oppenheimer, junto a Gadget, prototipo de la primera bomba nuclear real, aún sin ensamblar. Bradbury sería el responsable de ensamblar Gadget y Fat Man

ASC

de distancia, por lo que, de aquella mañana, Tibbets solo conservó en el recuerdo un destello azul y cierto sabor a plomo en la boca. Su copiloto, Robert Lewis, escribiría en su diario: "Dios mío, ¿qué hemos hecho?".

Entre tanto, abajo, la temperatura alcanzó los 4.000 °C en un radio de 4,5 kilómetros. En un área de 10 km^2, no quedó piedra sobre piedra. Alrededor de setenta mil personas, tal vez cien mil, murieron durante las primeras veinticuatro horas, mientras que la radiación ionizante, responsable del 20 % de los fallecimientos, empezaba a causar estragos.

En japonés hay un término, *hibakusha*, que significa "persona bombardeada". Los *hibakusha* fueron –siguen siendo– víctimas y supervivientes de la enfermedad y el miedo, de la culpa y el desamparo. Sin duda, más que en cualquier prueba, los efectos se visibilizaron en el escenario real de Hiroshima, asolada por el fuego y la lluvia negra, huérfana y despoblada como la cúpula Genbaku, símbolo para siempre de una crueldad injustificable.

Tres días después, la historia se repetía en Nagasaki, que ingresó en la historia de la fatalidad por un mero azar meteorológico: Kokura, el objetivo número uno, había amanecido cubierta de nubes y del humo provocado por el salvaje bombardeo lanzado el 8 de agosto contra la vecina ciudad de Yahata. Cambiaron los nombres: Bockscar por Enola Gay, Fat Man por Little Boy y Charles Sweeney por Paul Tibbets, la hora del lanzamiento (en este caso, las 11:01) y el material fisionable (plutonio, al igual que en la prueba Trinity, en lugar de uranio como en Hiroshima); pero la ciudad que había inspirado a Puccini su *Madame Butterfly* se postró, igualmente, ante ese diablo caído del cielo, que destruyó el 40% de su superficie a partir de la zona cero, situada en el área del valle de Urakami, al norte, donde se ubicaba la planta de torpedos de Mitsubishi. En parte por la topografía de la urbe, protegida por un escudo de colinas, el número de víctimas fue inferior. De

El apocalipsis, ahora

Durante la primavera de 1945, el gobierno estadounidense instituyó dos comités para abordar el futuro de la energía nuclear y su uso inmediato en Japón. Dos visiones de la guerra se enfrentaron en aquellos meses, la de quienes todavía pretendían salvar la vida de los civiles de un inapelable asesinato en masa –caso del general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército o del físico Arthur H. Compton– y la de quienes habían abolido ya cualquier atisbo de humanidad en esa contienda inhumana. Durante los encuentros, sus miembros barajaron todas las opciones, desde el empleo de la bomba contra objetivos exclusivamente militares hasta su utilización contra ciudades, con o sin aviso previo, pasando por su exhibición con fines disuasorios. Finalmente, los "halcones" impusieron su veredicto, que, para vergüenza de la humanidad, se ejecutó en Hiroshima y Nagasaki.

El comité Target (objetivo) había considerado otras opciones además de esas ciudades de la región de Chugoku y la isla de Kyushu, a saber, Kioto, que el secretario de Guerra Henry Stimson retiró de la lista por su importancia cultural, Yokohama, Niigata y Kokura, cuyo nombre va ligado a la expresión "la suerte de Kokura", ya que fue el primer objetivo del Boeing B-29 Superfortress que acabó asolando Nagasaki la mañana del 9 de agosto. A finales de julio, la guadaña apuntaba claramente sobre tres chinchetas en el mapa: Hiroshima, Yokohama y Kokura. Así pues, "la desgracia de Nagasaki".

Cuando Obama visitó Hiroshima en 2016 –era el primer presidente americano en funciones que lo hacía–, algunos pensaron que pediría perdón por la matanza, pero no lo hizo: en su país, la mayoría sigue considerando que las bombas fueron determinantes para acabar con la guerra, y tampoco Japón ha reclamado nunca sus disculpas. Quien sí se excusó por el trato infligido a los japoneses en los campos de internamiento fue Ronald Reagan, que, en el año 1988, promulgó la Ley de Libertades Civiles para compensarles económicamente por ese daño, fruto de "una política motivada por prejuicios raciales, histeria en tiempos de guerra y un fracaso del liderazgo político".

sus cerca de trescientos mil habitantes, murieron unos setenta y cuatro mil, y una cantidad similar sufrió heridas de diversa consideración. Si Japón no se hubiera rendido el día 15, otras ciudades habrían corrido la misma suerte.

SE APAGA EL SOL NACIENTE

Volvamos ahora a Gallup, la empresa de sondeos que nos hizo ver el rechazo de los ciudadanos americanos a la guerra y su apoyo casi unánime tras el ataque a Pearl Harbor. ¿Qué opinaba la gente de aquel espanto a finales de agosto de 1945? A la pregunta de si el desarrollo de la bomba atómica les parecía un avance positivo o negativo, un 69% se mostró a favor, un 17% en contra y un 14% carecía de opinión.

Durante los meses siguientes se alzarían otras voces críticas, lo que llevó al gobierno a un ejercicio de pedagogía para justificar su resolución. El artículo que el ya exsecretario de Guerra Henry Stimson publicó en la revista *Harper's* en febrero de 1947, titulado *The decisión to use the atomic bomb*, reconocía que Japón había tratado de buscar una salida negociada, implicando, con esa intención, a la Unión Soviética. Pero el gobierno americano consideraba que sus propuestas no podían tomarse en serio por su vaguedad. Stimson sostenía que había indicios de que el Imperio trataría de resistir hasta el final, lo que hubiera obligado a los aliados a "destruir una fuerza armada de cinco millones de hombres y cinco mil aviones suicidas". Si Estados Unidos se hubiese aventurado a la invasión, razonaba, la guerra se habría prolongado hasta finales de 1946, causando más de un millón de bajas americanas. ¿Y por qué Hiroshima y Nagasaki? El político silenciaba la intromisión del azar y decía que la primera ciudad era un "centro militar, sede del cuartel general del ejército japonés que defendía el sur de Japón", y la segunda, un "importante puerto marítimo, con diversas y grandes plantas industriales". Finalmente, argüía que el bombardeo de Tokio había causado más

Enola Gay, el bombardero Boeing B-29 Superfortress que el 6 de agosto de 1945 lanzó la primera bomba atómica de la historia, Little Boy, sobre Hiroshima. Fue bautizado así en honor a Enola Gay Tibbets la madre de su piloto.

bajas que el de Hiroshima y que el efecto de las bombas atómicas había sido, ante todo, psicológico. La sensación de vulnerabilidad les había arrastrado a la claudicación.

Hay teóricos, como Ward Wilson, que aportan otros motivos. Este miembro del *think tank* British American Security Information Council (BASIC) cree que el gobierno nipón habría resistido a la embestida –de hecho, tras la experiencia de Hiroshima siguió sin dar su brazo a torcer y ya llevaba varios meses asistiendo a la metódica destrucción de sus ciudades, con el displicente entierro de miles de civiles–; pero que no pudo soportar la declaración de guerra de la Unión Soviética el 8 de agosto, que el Ejército Rojo acompañó de su entrada en Manchuria por tres frentes. Japón y la Unión Soviética, no lo olvidemos, habían suscrito en 1941 un pacto de neutralidad que no expiraría hasta 1946. La Operación Tormenta de Agosto, rematada el 25 de agosto, habría condenado al país a una segura ocupación.

Lo cierto es que Japón se rindió el 15 de agosto de 1945, tras una serie de reuniones sin acuerdo por parte del Consejo Supremo de Guerra, formado por el primer ministro, los ministros de Exteriores, Ejército y Armada y los jefes del Estado Mayor General del Ejército y del Estado Mayor General de la Armada. En su declaración a sus súbditos, retransmitida por radio, el emperador Hirohito aceptó las condiciones impuestas por los aliados y volvió la vista atrás, a aquel 7 de diciembre de 1941, cuando la Flota Combinada machacó a la desprevenida Flota del Pacífico de Estados Unidos. La verdadera razón de aquel ataque, dijo, no había sido otra que el "sincero deseo de autoconservación del Imperio y la seguridad de Asia Oriental". A bordo del USS Missouri, los representantes de los países aliados y del Imperio de Japón sellaron el 2 de septiembre el fin de la guerra.

ALBERTO DE FRUTOS
Periodista y escritor

PEARL HARBOR

en el imaginario estadounidense

Mujeres bomberos durante un ejercicio de entrenamiento en el Astillero Naval de Pearl Harbor, alrededor de 1941.

GETTY

Participantes en la II Guerra Mundial. Verde oscuro: países aliados antes de Pearl Harbor; verde intenso: aliados que entraron en la guerra después de Pearl Harbor; azul: potencias del Eje; gris: países neutrales.

Cuando el comandante Fuchida ordenó el despliegue de sus aviones para atacar la flota estadounidense atracada en Pearl Harbor, comenzó a dibujarse un nuevo orden mundial. Eran las 7:48 del 7 de diciembre de 1941 y con ese ritual de la operativa militar culminaba el plan trazado por el país del sol naciente para facilitar sus aspiraciones expansionistas en el Pacífico.

En aquella mañana de invierno en la que vio atacado su propio suelo, el pueblo estadounidense tomo conciencia de su destino histórico como primera potencia mundial y superó esa vocación aislacionista que le había llevado a no intervenir hasta entonces en la Segunda Guerra Mundial; un conflicto que adquirió por completo esa dimensión global cuando a las hostilidades en Europa y el norte de África se sumaron las inauguradas con ese ataque en la isla hawaiana de Oahu de la mano del pacto que vinculaba a Japón con la Alemania nazi y la Italia fascista.

Lastrada por las devastadoras consecuencias de la guerra fratricida que padeció entre 1861 y 1865, y sin terminar de resolver los efectos de la Crisis de 1929, la sociedad estadounidense se conjuró en un instante para superar sus recelos y reunirse en torno a un solo ideal: vengar la infame agresión nipona y asumir un papel de liderazgo global que acabaría trascendiendo del empeño militar.

Mucho se ha escrito y no menos debatido sobre las circunstancias en las que se produjo aquel ataque: desde quienes piensan que no cabía esperarlo bajo ningún concepto, hasta los que afirman que llegó con la plena aquiescencia del gobierno estadounidense para facilitar el camino hacia el encumbramiento de aquel país; razón por la que los tres portaviones afincados en Pearl Harbor no se encontraban allí en el momento de la incursión japonesa y por lo tanto quedaban disponibles para la guerra que estaba por venir, conscientes de que constituían el activo esencial de un nuevo tipo de conflicto por mar en el que los acorazados no jugarían un papel tan protagonista.

CONMOCIÓN TOTAL

De lo que no cabe duda es de que aquel *Tora! Tora! Tora!* con el que Fuchida transmitió el famoso mensaje de éxito al almirante Yamamoto, fue también el paradigma de una falsa victoria que despertó a los EE UU de un letargo geopolítico. Hasta el punto de que solo un voto en el Congreso, el de Jeannette Rankin, se opuso a la entrada en el conflicto y de que solo una re-

LA SOCIEDAD ESTADOUNIDENSE SE CONJURÓ EN UN INSTANTE PARA SUPERAR SUS RECELOS Y REUNIRSE EN TORNO A UN SOLO IDEAL: VENGAR LA INFAME AGRESIÓN DE LOS JAPONESES

Una multitud de personas se reúnen en Wall Street, Nueva York, el Jueves Negro, día en el que comenzó el Crac del 29.

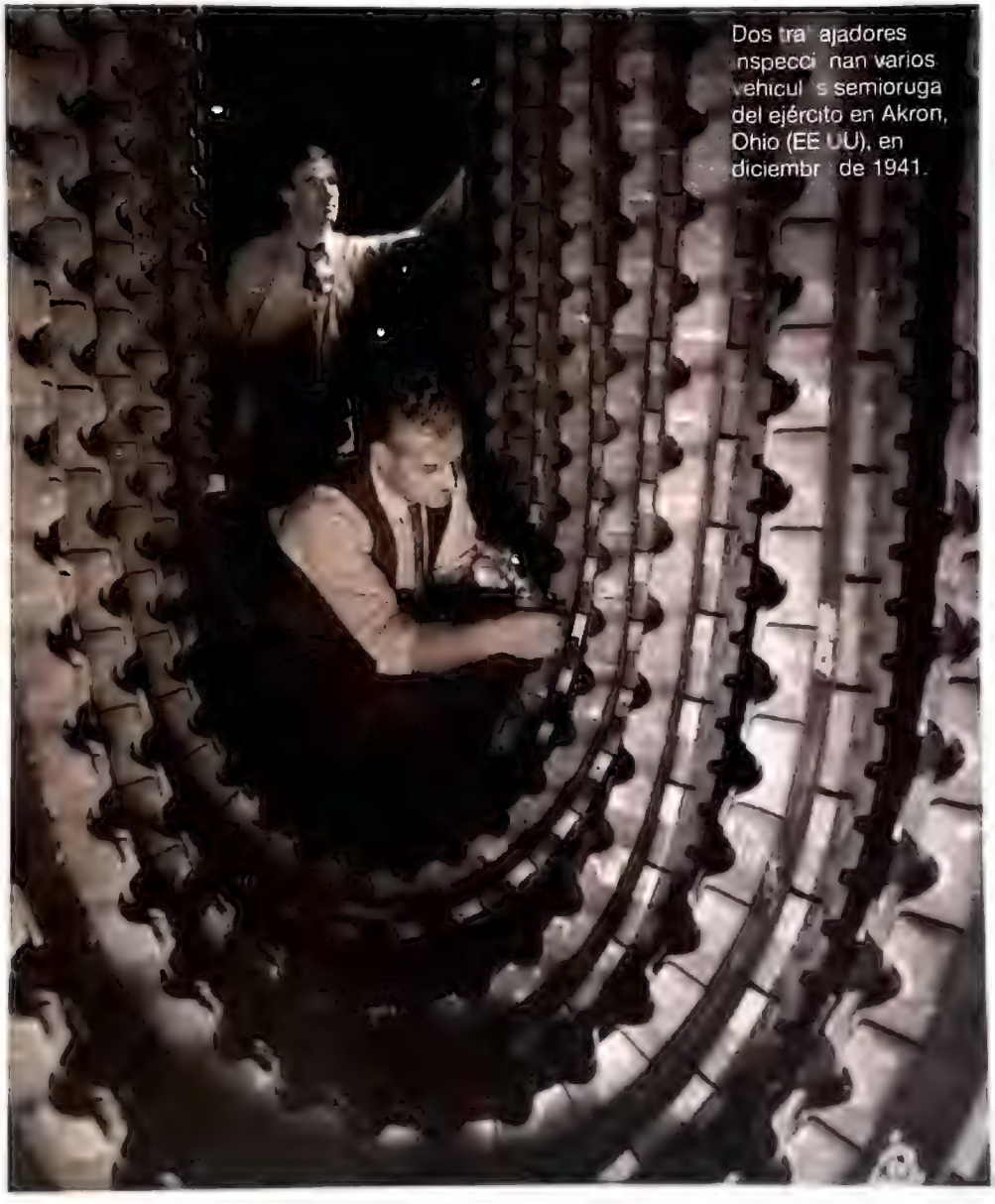
GETTY

ducidísima minoría del pueblo estadounidense se mantuvo fiel a la corriente de neutralidad que dominaba ampliamente la opinión pública hasta entonces mientras el *lobby* político opuesto a la intervención quedó disuelto aquel mismo día. En palabras atribuidas al almirante Yamamoto tras el ataque, aquel gigante dormido que acababa de despertar adquirió una nueva identidad convencido de que su proyección estratégica pasaba por el dominio de los mares. La convulsión que experimentó la sociedad americana aquel domingo forjó la voluntad de un pueblo decidido ahora a salir de sus fronteras y galvanizó un sentimiento de revancha y de conquista como el que sesenta y cinco años antes le decidió a completar la ocupación de las tierras de los oriundos de aquella tierra tras la batalla de Little Big Horn. Por todo el país se popularizo un grito en el que se condensaba el espíritu reinante por aquellos días: ¡Recuerda Pearl Harbor! Tres palabras que resumían un anhelo escrito en infinidad de proclamas y pronunciado en cualquier conversación para dejar patente la irrenunciable vocación com partida de una ciudadanía que exigía venganza y reparación.

Desde entonces, Hawái, Oahu y el mismísimo Pearl Harbor ocuparon el lugar central de las aspiraciones de un pueblo que pronto se recuperó del espanto para afrontar una apuesta colectiva en defensa de su patria allí donde hiciera falta y conscientes de que solo en esas fronteras se defiende la integridad territorial y política de su país. Desde aquel día, la maquinaría bélica de los Estados Unidos se constituyó en la punta de lanza de una sociedad capaz de asumir cualquier medida que les condujera a la victoria y que, en última instancia, desembocó en el Proyecto Manhattan mediante el que se produjeron las bombas atómicas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki que años después pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial.

PEARL HARBOR EN EL CINE

Como en la derrota de Custer en aquel lejano 1876, y salvando todas las distancias, el desastre militar se hizo presente en las más diversas manifestaciones de la vida cotidiana y de la producción informativa y cultural, señalando ahora al pueblo nipón como un enemigo a batir también en casa; lo que se tradujo, por ejemplo, en que los villanos de antes, criminales de cualquier especie, fueran sustituidos por malvados de ojos rasgados que amenazaban la seguridad ciudadana. Así, y de igual manera que el *western* se recreaba en los fundamentos de



Dos trabajadores inspeccionan varios vehículos semioruga del ejército en Akron, Ohio (EE UU), en diciembre de 1941.

GETTY

aquella nación, las cintas sobre Pearl Harbor, continuadas en un sinfín de producciones bélicas, hicieron lo propio con el creciente papel de los Estados Unidos de América en la Segunda Guerra Mundial y su progresiva posición dominante en el contexto mundial.

La repercusión del ataque japonés en el cine se manifestó en la producción documental y en la de ficción, y desde entonces se ha desplegado por todo el orbe a lomos de la poderosa industria cinematográfica estadounidense, ese Caballo de Troya mediante el que se infiltran sus valores en cualquier rincón del mundo.

Pronto aparecieron las primeras producciones, aunque la cinta que abrió una larga serie de obras llegó de la mano del mítico John Ford, quien en 1943 llevó a las pantallas un documental que formó parte de su servicio militar y en el que bajo el título de *El siete de diciembre* da cuenta de los pormenores del ataque a Pearl Harbor. Exactamente diez años después, Fred Zinnemann firmó *De aquí a la eternidad*, extraordinaria película premiada con ocho Oscar que atesora una de las escenas mas icónicas de la historia del séptimo arte: el beso bañado por las olas entre Burt Lancaster y Deborah Kerr,

'El siete de diciembre', del mítico John Ford, abrió una larga serie de productos cinematográficos sobre Pearl Harbor

y en la que se revela el ataque nipón como radicalmente transformador para la vida de sus protagonistas. Pero, probablemente, la película que mejor retrate lo sucedido aquel siete de diciembre de 1941 sea *Tora! Tora! Tora!* Rodada en 1970 bajo la dirección de Richard Fleischer, Kinji Fukasaku y Toshio Masuda, la obra desarrolla las operaciones militares desde la óptica de ambos bandos bajo el título de aquel mensaje críptico que trasladó el comandante de la aviación nipona a sus superiores. Un trabajo de magnífica factura y altamente eficaz para entender el hecho histórico, sus circunstancias y protagonistas bajo un prisma de imparcialidad verdaderamente admirable y que llegó a contar en sus inicios con la participación como codirector del gran Akira Kurosawa.

Incluso en la ciencia ficción se introduce el ataque a Pearl Harbor de la mano de *El final de la cuenta atrás* (1980), que narra el salto en el tiempo de un portaaviones estadounidense que se planta en Pearl Harbor el día anterior del ataque y pone a su tripulación en el brete de intervenir o no ante la inminencia del desastre.

De mayor alcance y menor fidelidad a los hechos históricos que las anteriores, aunque de excepcional fotografía y efectos especiales, es la película directamente titulada *Pearl Harbor*. Filmada en 2001 sobre la base de una historia de amor a tres envuelta en el ataque japonés a la base hawaiana, nos ha dejado impactantes escenas como la que sigue la trayectoria de la bomba que acabó con el acorazado Arizona tras atravesar su cubierta y alcanzar el depósito de municiones para sumergir en el fondo de aquel puerto a 1.117 de sus tripulantes. Un film del que ahora se cumplen veinte años y que muestra el primer bombardeo sobre Tokio que encabezó el comandante Doolittle el 18 de abril de 1942; una operación que señaló el camino de la victoria y llevó la moral del pueblo americano allá donde el esfuerzo bélico la necesitaba. Aquel primer bombardeo estadounidense sobre territorio japonés duran

TORA! TORA! TORA!

La transmisión de este mensaje desde el monomotor triplaza del comandante Mitsuo Fuchida a sus superiores, pasados cinco minutos exactamente de comenzar el ataque, fue la señal convenida para comunicar que la operación se había llevado a cabo con la sorpresa y el efecto deseados. Sobre su significado, hay quienes piensan que siendo *tora* la palabra japonesa para nombrar al tigre, bien podría ser simplemente una apelación a la fuerza y la sagacidad de la fuerza militar nipona; aunque los hay que lo explican recordando que *to-* es la sílaba inicial del término japonés para atacar y *ra-* la sílaba inicial de *raigeki* que significa torpedo. Sobre esa base, *tora* sería, sencillamente, la expresión de "ataque de torpedos".

te la Segunda Guerra Mundial reúne la épica necesaria como para nutrir de optimismo la conciencia de un pueblo agredido y humillado ante un ataque traidor, porque los pilotos de aquellos dieciséis bombarderos intervinientes en la incursión hicieron mucho más que arrojar sus bombas sobre suelo japonés: sabedores de que el combustible no garantizaba su vuelta al portaviones Hornet del que partieron, no dudaron en aceptar la misión y cumplirla hasta sus últimas consecuencias, que a algunos les llevó a aterrizar en China o en la Unión Soviética y a otros a ser fusilados a manos del Ejército nipón.

En cualquier caso, la influencia de Pearl Harbor en el cine trascendió del propio hecho histórico y se constituyó en una referencia continua de la filmografía estadounidense para otras cintas como *La batalla de Midway*, que reproduce el enfrentamiento en el que la fuerza naval japonesa, invicta hasta ese momento, resultó mortalmente herida. Dirigida por Jack Smight en 1976, cuenta con un elenco de actores de primer orden: Charlton Heston, Henry Fonda, James Coburn, Glenn Ford, Toshiro Mifune, Robert Mitchum..., y subraya la trascendencia de aquellos años de conflicto en el Pacífico.

A estas y a otras películas de esta enjundia se han venido sumando multitud de producciones relacionadas directa o indirecta con el ata-

EL DISCURSO DE LA INFAMIA

Pronunciado al día siguiente del ataque a Pearl Harbor por el presidente Franklin Delano Roosevelt ante los miembros del Senado y de la Cámara de Representantes, constituye una pieza esencial para entender el salto estratégico de un pueblo hacia una nueva identidad colectiva. Baste recordar la apelación a la protección del país en su expresión "El pueblo de Estados Unidos ya se ha formado sus opiniones y comprendido bien las implicaciones para la vida y seguridad de nuestra nación" o la aseveración de que los estadounidenses "no sólo nos defenderemos al máximo, sino que conseguiremos que esta forma de traición nunca más nos ponga en peligro". Toda una declaración de intenciones que explica entonces y ahora el planteamiento vital de la geopolítica que guía a la primera potencia mundial de nuestros días.

que japonés a Pearl Harbor. Entre las primeras, bien puede citarse *Primera victoria* (1965), en la que Otto Preminger dirige a figuras de la talla de John Wayne y Kirk Douglas. Hechos históricos y actores icónicos se unen para mostrar la respuesta de una unidad de la Marina estadounidense a la incursión japonesa del 7 de septiembre de 1941. Entre las segundas, podrían identificarse una multitud de obras que en su inmensa mayoría se extienden más allá de los noventa minutos que duró el ataque japonés y que como todas las anteriores deberían recordarnos que en menos de lo que dura una película en el cine puede cambiar el curso de una guerra y hasta del mundo.

EL IMPACTO EN EL CÓMIC, LAS CARICATURAS Y LOS VIDEOJUEGOS

También en el mundo del cómic se adentró la catástrofe de Pearl Harbor. El nuevo género, que gozaba de una creciente popularidad gracias a las aventuras de los superhéroes, se mimetizó con el contexto de la época y sumó entre sus argumentos la lucha contra las potencias del Eje. Gracias a su formato de fácil lectura se convirtió también en un producto muy apreciado por la tropa, que a su regreso a casa se trajo el gusto por un producto que extiende su éxito hasta nuestros días.

Por ello resulta paradójico la escasa representatividad de las referencias al ataque a Pearl Harbor en este formato, que apenas encontró encaje en ediciones conmemorativas para recordar a los caídos, entre ellas el especial *Remember Pearl Harbor*, de 1942. En cualquier caso, resulta imprescindible traer a estas páginas el trabajo publicado en noviembre de 1941, donde un resuelto Tío Sam se emplea frente a la Alemania nazi en una ficticia incursión a la base naval que un mes después sería el objetivo de las fuerzas aeronavales japonesas.

Hasta el cómic español, que aquí llamábamos tebeo, llegó el ataque japonés; y así, una edición de la famosa serie de *Hazañas bélicas* se dedicó a lo sucedido en Pearl Harbor, recogiendo una premonitoria aseveración en su portada: "Quien a hierro mata..."

También las caricaturas que comenzaban a poblar las páginas de entretenimiento de los estadounidenses fueron a la guerra para interpretarla desde su particular hacer y llevar a lo

cotidiano la lucha en el frente: desde el popular Pluto que ya en 1943 se vistió de soldado a Popeye, héroe de la Marina, o a Porky, quien tras el ataque a Pearl Harbor era la cara visible de una trascendental campaña recaudatoria de fondos para cubrir el enorme gasto militar de la contienda. En todo caso, fue Bugs Bunny quien se desplazó al Pacífico en los años del conflicto a luchar contra las tropas japonesas, aunque lo excesivo de los mensajes antijaponeses y la ridiculización étnica llevaran a que la cinta fuera retirada una vez finalizada la contienda mundial.

Y hasta hoy nos ha llegado aquel "día de la infamia" en forma de videojuegos que recrean lo sucedido. Entre ellos *Pearl Harbor: Hora Zero* (2001), la serie *Medal of Honor* o, también, *Héroes del Pacífico* (2005), donde el jugador asume el papel de un piloto de combate.

DE PEARL HARBOR AL 11-S

Sin ninguna duda, el ataque a Pearl Harbor supone uno de los hechos trascendentales de la Segunda Guerra Mundial y constituye un fenómeno incorporado a lo más profundo de la identidad y la cultura estadounidense, además de haber impulsado decididamente al país hacia su papel dominante en el mapa mundial. Finalizado el conflicto, Estados Unidos ocupó una posición central sobre la base de una visión talasocrática del mundo y Japón se transformó en uno de los países más abiertamente pacifistas después de tres milenios de conquistas y guerras resueltas a su favor.

El icónico beso entre las olas protagonizado por Deborah Kerr y Burt Lancaster en *De aquí a la eternidad* (1953).

AGE

DESPUÉS DEL 11-S, LA CONCIENCIA COLECTIVA ESTADOUNIDENSE SE MOVILIZÓ COMO OCURRIERA TRAS PEARL HARBOR

La conciencia colectiva estadounidense pasó así a entender que solo en los confines del mundo conocido se libraba la batalla por su seguridad y, como en Little Big Horn o en Pearl Harbor, tras el 11-S se repitió ese mismo patrón. Una vez más, la cultura del país se alimentó de nuevos enemigos coyunturales y los cómics se llenaron de nuevos rostros y nombres que representaban a quienes ahora desde otros frentes amenazaban la convivencia y la manera de vivir del país.

Ahora que el mundo gravita fundamentalmente en torno al océano Pacífico, como antes lo hizo alrededor del Atlántico y aún antes tuvo su mismo centro en las aguas del mar Mediterráneo, no puede olvidarse que el ataque a Pearl Harbor forma parte de esa secuencia de acontecimientos capitales que han contribuido en las últimas décadas a polarizar la atención en un nuevo entorno geopolítico donde las potencias emergentes bañan otras costas. Un mundo en el que símbolos como el Monumento Nacional de Pearl Harbor, levantado en 1962 sobre los restos hundidos del acorazado Arizona, alimentan cada día la identidad de un país y nos recuerdan los desastres de la guerra. Y, también, que hay días que lo cambian todo cuando las mujeres y los hombres de un pueblo se reconocen en el espejo que representa el alma compartida por la comunidad a la que pertenecen y deciden afrontar un destino común e irrenunciable.

TOMÁS MORENO
Arquitecto y escritor

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

❑ *De Pearl Harbor a Tokio. La derrota del Imperio nipón.* Guillermo Carrero. Ediciones Prensa del Movimiento, 1950.

❑ *Battle Report: Pearl Harbor to Coral Sea.* Comandante Walter Karig y teniente Welbourn Kelley. Ed. Farrar & Rinehart, Inc., 1944.

❑ *Pearl Harbor Attack. Hearings before the Joint Committee on the Investigation of the Pearl Harbor Attack.* Congress of the United States. Ed. GPO, 1946.

❑ *Después de Pearl Harbor.* Bill Sloam. Editorial Crítica, 2003.

❑ *Recordad Pearl Harbor.* Manuel Leguineche. Editorial Temas de Hoy, 2001.

❑ *Los Estados Unidos y las repúblicas americanas en la primera fase de la Segunda Guerra Mundial (1939-1943).* Ernest Belenguer Cebriá. *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, nº. 21 (pp. 139-168), 1971.

❑ *The Grand Alliance. The Second World War, vol. III.* Winston Churchill. Ed. Houghton Mifflin Company, 1951.

❑ *Japan's Imperial Conspiracy.* David Bergamini. Ed. William Morrow Company, Inc., Nueva York, 1971.

❑ *Chiang Kai-shek. China's Generalissimo and the Nation he Lost.* Jonathan Fenby. Ed. Carroll & Graf Publishers, 2004.

❑ *El desarrollo de la competencia internacional. Primeros aportes desde Núremberg y Tokio.* Jaime A. Sandoval Mesa. Revista *Prolegómenos: Derechos y Valores* (pp. 35-55), 2012.

❑ *La justicia de los vencedores. De Núremberg a Bagdad.* Danilo Zolo. Editorial Trotta, 2007.

❑ *De la Invencible a Guadalcanal. Nacimiento y ocaso del cañón en la guerra naval.* Álvaro Akerman Trecu. Fondo Editorial de Ingeniería Naval, 1960.

❑ *La guerra aeronaval en el Mediterráneo, en el Atlántico y en el Pacífico (1939-1945).* Contralmirante R. de Belot. Editorial Naval, Madrid, 1962.

❑ *El buque acorazado. Su historia y su presencia en la Armada.* Marcelino González Fernández. Navantia, S.A., Madrid, 2017.

❑ *El ataque japonés a Pearl Harbor.* Rafael A. Permuy López. Ed. Galland Books, 2018.

❑ *La guerra naval en el Pacífico.* Luis de la Sierra. Editorial Juventud, Barcelona, 1979.

❑ *El Día de la Infamia. Pearl Harbor, diciembre de 1941.* Carl Smith. Osprey Publishing, 2008.

❑ *Campaigns of World War II. The Pacific war.* Andrew Wiest, Gregory I. Mattson. Ed. Amber Books, 2001.

❑ *Acorazados de la Segunda Guerra Mundial. Un estudio técnico 1921-1945.* Manuel P. González López. HRM Ediciones, 2020.

❑ *Ingenieros de la victoria.* Paul Kennedy. Debate, Barcelona, 2014.

❑ *Camino del Sol Naciente. La Guerra del Pacífico 1942-1945.* Patrick K. O'Donnell. Ariel, Barcelona, 2003.

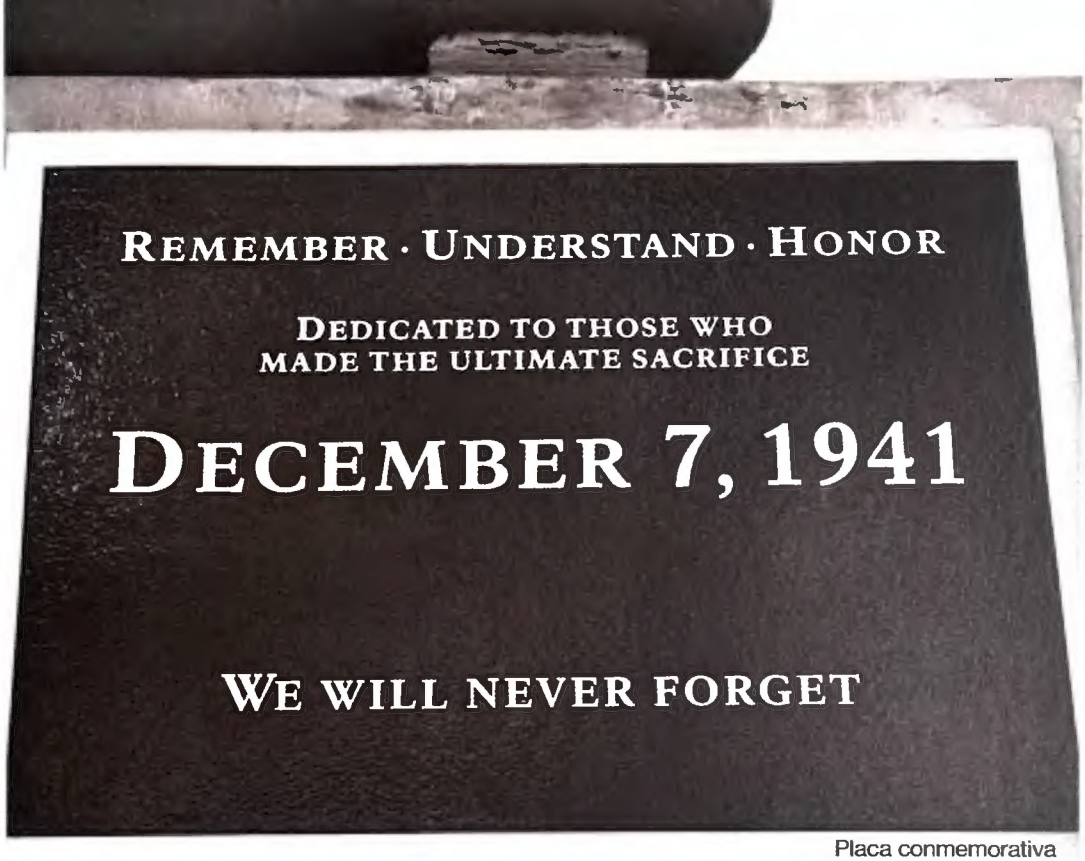
❑ *Hawaii Goes to War: Life in Hawaii from Pearl Harbor to Peace.* Desoto Brown. Editions Ltd., 1996.

❑ *Memorializing Pearl Harbor: Unfinished Histories and the Work of Remembrance.* Geoffrey M. White. Duke University Press Books, 2016.

❑ *La Batalla del Wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947).* Joan Maria Thomàs. Catedra, 2010.

❑ *Japón 1941. El camino a la infamia: Pearl Harbor.* Eri Hotta. Galaxia Gutenberg, 2015.

❑ *Pearl Harbor: Drama en el Pacífico.* Jean-Jacques Antier. Salvat Editores, 2001.



Placa conmemorativa en honor de los soldados americanos caídos durante el ataque a Pearl Harbor.

ISTOCK

muy HISTORIA

Directora **Carmen Sabalete** (csabalete@zinetmedia.es)

REDACCIÓN

Redactora jefe **Cristina Enríquez** (cenriquez@zinetmedia.es).
Jefe de redacción **Nacho Otero** (iotero@zinetmedia.es).
Coordinador de diseño **Óscar Álvarez** (oalvarez@zinetmedia.es).
Edición gráfica **Eva Domínguez** (edominguez@zinetmedia.es).
Secretaria **Mar Pastor** (mpastor@zinetmedia.es).
Editores online **Sarah Romero** (ladymoon@gmail.com), **María del Mar Aguilar** (maguilar@zinetmedia.es). Vídeo **Jesús Nicolás** (jnicolas@zinetmedia.es), **Pablo Cantudo** (pcantudo@zinetmedia.es), **Adriana Toca** (atoca@zinetmedia.es).

Colaboran en este número: **Carlos Aguilera, Federico Romero Díaz, Manuel P. Villatoro, Dra. Laura Lara Martínez, Alberto de Frutos, Óscar Herradón, Norberto Ruiz Lima, José Luis Hdez. Garvi, Javier Velasco Ollaga, Marcelino González Fernández, David Casado Rabanal, Javier Ramos, José M. Sánchez, Pere Cardona, Javier Martín García, Dra. María Lara Martínez, Luna G. Alijarcio, Tomás Moreno.**

DEPARTAMENTO CREATIVO

Jefes de Diseño **María Somonte, Mónica Ibalbarriaga, Jaky González**
Diseñadores **Daniel Montero, Esther García, Javier Vicente**
Tratamiento de Imagen **Marga Esteban**

EVENTOS Y RRPP

Responsable **Inés Pérez** (iperez@zinetmedia.es)
Claudia Olmeda (colmeda@zinetmedia.es)

REDACCIÓN EN MADRID

Calle Alcalá N.º 79, Piso 1.º A, 28009 - Madrid.
Tel.: 810 583 412.
E-mail: mhistoria@zinetmedia.es

zinet MEDIA GROUP

Consejera Delegada **Marta Arlño**
Director General Financiero **Carlos Franco**
Director de Brand Development **Óscar Pérez Solero**
CRO **Alfonso Juliá**

DEPARTAMENTO DE PUBLICIDAD Y DELEGACIONES

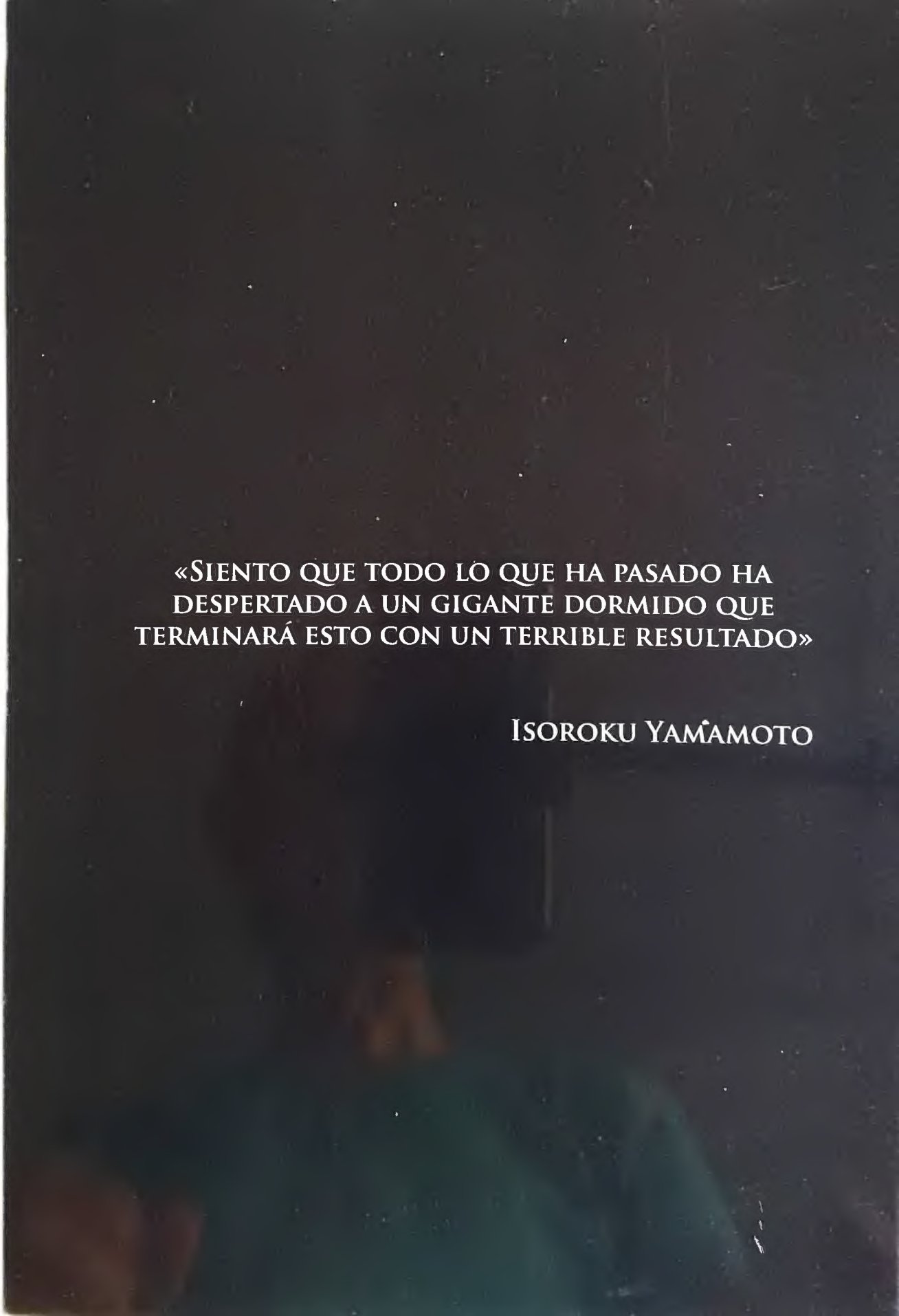
Jefe de Publicidad **Cristian Toledo** (ctoledo@zinetmedia.es). BARCELONA. Avda. Diagonal, 534, 1º 1ª. 08006 Barcelona. Tel.: 93 545 40 17. Móvil: 650 51 72 94. Directora de Publicidad **Mery Pareras** (mpareras@zinetmedia.es). Jefe de Publicidad **Javier Muñoz** (jmunoz@zinetmedia.es). LEVANTE. Quart, 2, puerta 2. 46001 Valencia. Tel.: 96 391 01 91. **Ramón Medina** (rmedina@zinetmedia.es). ANDALUCÍA y EXTREMADURA. Tel.: 95 409 99 86. **Silvia Robles** (srobles@guadalmedia.com). PAÍS VASCO y NAVARRA. Tel.: 94 444 18 00. **Koldo Marcilla** (km@edicionextra.com). PUBLICIDAD INTERNACIONAL. **Celia Delgado** (cdelgado@zinetmedia.es).

SUSCRIPCIONES

Alcalá N.º 79, Piso 1.ºA, 28009 Madrid.
Teléfono: 910 604 482.
E-mail: suscripciones@zinetmedia.es
DISTRIBUYE: Logista Publicaciones, S.L.
Depósito legal: M-34023-2019. ISSN 2695-5377
Zinet Media Global, S.L.
Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización expresa de la empresa editora.
Impreso en España: Edición: 4/2022

Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información (ARI)

ARI



«Siento que todo lo que ha pasado ha despertado a un gigante dormido que terminará esto con un terrible resultado»

Isoroku Yamamoto